



SARAH  
PINBOROUGH

DETRÁS  
DE SUS OJOS

KUNAS

# DETRÁS DE SUS OJOS

SARAH PINBOROUGH

Traducción de Pilar Ramírez Tello

**Alianza** editorial

# Índice

## PRIMERA PARTE

1. Entonces
2. Después
3. Ahora
4. Louise
5. Adele
6. Louise
7. Entonces
8. Adele
9. Louise
10. Adele
11. Entonces
12. Adele
13. Louise
14. Adele
15. Louise
16. Entonces
17. Louise
18. Adele

## SEGUNDA PARTE

19. Louise
20. Entonces
21. Louise
22. Adele
23. Louise
24. Adele
25. Entonces
26. Adele
27. Louise
28. Adele
29. Louise

- [30. Adele](#)
- [31. Entonces](#)
- [32. Louise](#)
- [33. Adele](#)
- [34. Louise](#)
- [35. Adele](#)
- [36. Louise](#)

### TERCERA PARTE

- [37. Adele](#)
- [38. Louise](#)
- [39. Entonces](#)
- [40. Louise](#)
- [41. Adele](#)
- [42. Louise](#)
- [43. Adele](#)
- [44. Louise](#)
- [45. Entonces](#)
- [46. Adele](#)
- [47. Louise](#)
- [48. Adele](#)
- [49. Louise](#)
- [50. Entonces](#)
- [51. Louise](#)
- [52. Adele](#)
- [53. Louise](#)
- [54. Adele](#)
- [55. Louise](#)
- [56. Después](#)
- [57. Entonces](#)
- [58. Rob](#)

### Agradecimientos

### Créditos

«Tres pueden guardar un secreto si dos de ellos están muertos».

BENJAMIN FRANKLIN

*Para Tasha*

*No hay palabras que basten. Lo único que puedo decir es:  
gracias por todo; las bebidas corren de mi cuenta.*

# PRIMERA PARTE

1

## Entonces

Pellizcarme y repetirme cada hora: «No es un sueño».

Mirarme las manos. Contarme los dedos.

Mirar un reloj, apartar la vista, volver a mirar.

No perder la concentración ni la calma.

Pensar en una puerta.



## 2

### Después

Ya era casi de día cuando por fin terminó. Una capa de gris entreverado sobre el lienzo del cielo. Hojas secas y lodo pegados en los vaqueros, y el cuerpo, tan débil, le dolía mientras el sudor se le enfriaba con el aire helado y húmedo. Lo que se había hecho no podía deshacerse. Un acto terrible, aunque necesario. Un final y un principio que en aquel momento se unían para siempre. Esperaba que los colores del mundo cambiaran para reflejarlo, pero la tierra y los cielos mantuvieron sus tonos apagados, y los árboles no temblaron de ira. El viento no lloró entre susurros. No se oyeron sirenas que gimieran a lo lejos. El bosque no era más que el bosque, y la tierra no era más que la tierra. Dejó escapar un largo suspiro y se sintió bien, para su sorpresa. Limpio. Un nuevo amanecer. Un nuevo día.

Caminó en silencio hacia lo que quedaba de la casa, que esperaba a lo lejos. No miró atrás.

### 3

## Ahora

### Adele

Todavía tengo barro bajo las uñas cuando David por fin regresa a casa. Noto el picor que me produce contra la piel en carne viva de debajo de las lúnulas. El estómago se me revuelve y escupe más nervios al exterior cuando se cierra la puerta principal y, por un momento, nos limitamos a observarnos desde extremos opuestos del largo pasillo de nuestra nueva casa victoriana, un tramo de madera pulida a la perfección entre nosotros, antes de que él se vuelva, algo tambaleante, y se dirija a la sala de estar. Respiro hondo y me uno a él, aunque doy un respingo con cada duro golpeteo de mis tacones contra la tarima. No debo tener miedo. Tengo que arreglarlo. Tenemos que arreglarlo.

—He preparado la cena —le digo, intentando no sonar demasiado desesperada—. Solo una ternera Strogonoff. Puedo guardarla para mañana, si ya has comido.

Está de espaldas a mí, mirando nuestras estanterías; los de la mudanza ya han colocado los libros. Intento no pensar en el tiempo que ha pasado fuera. He limpiado los cristales rotos, he barrido y fregado el suelo, y me he encargado del jardín. Todo rastro del momento de ira ha desaparecido. Me enjuagué la boca tras la última copa de vino que tomé durante su ausencia para que no me lo huela en el aliento. No le gusta que beba. Solo una copa de vez en cuando, siempre en compañía. Nunca a solas. Sin embargo, esta noche no he podido evitarlo.

Aunque no haya conseguido limpiarme por completo la tierra de debajo de las uñas, me he duchado, me he puesto un vestido azul celeste con tacones a juego y me he maquillado. Nada queda de las lágrimas y la pelea. Nuestro nuevo comienzo. Tiene que serlo.

—No tengo hambre.

Entonces se vuelve para mirarme; veo el odio tranquilo patente en sus ojos y reprimo el súbito impulso de llorar. Ese vacío es peor que la rabia. Todo lo que tanto he trabajado por construir se desmorona de verdad. No me importa que esté otra vez borracho, solo quiero que me ame como antes. Ni siquiera se fija en el esfuerzo que he realizado desde que salió de casa, hecho una furia. En lo

ocupada que he estado. En mi aspecto. En lo mucho que lo intento.

—Me voy a la cama —dice.

No me mira a los ojos, y sé que se refiere al dormitorio de invitados. Aunque no han pasado más que dos días desde nuestro nuevo comienzo, no dormiré conmigo. Siento que las grietas que se abren entre nosotros vuelven a ensancharse. Pronto seremos incapaces de alcanzarnos por encima de ellas. Me rodea con cuidado, y yo deseo tocarle el brazo, pero temo su reacción. Parece que le doy asco. O quizá sea que siente tanto asco por sí mismo que irradia de él y llega hasta mí.

—Te quiero —le digo en voz baja.

Me odio por decirlo y él no responde, sino que sube con paso inestable las escaleras, como si yo no estuviera allí. Lo oigo cada vez más lejos hasta que se cierra una puerta.

Tras quedarme mirando el espacio en el que ya no está mientras escucho el sonido de mi remendado corazón al romperse, regreso a la cocina y apago el horno. No lo guardaré para mañana. Sabría amargo por culpa del recuerdo de este día. La cena se ha ido al traste. Nosotros nos hemos ido al traste. A veces me pregunto si querrá matarme y acabar con todo, librarse de la rémora que lo ahoga. Puede que una parte de mí también desee matarlo.

Resisto la tentación de servirme otra copa del vino prohibido. Estoy al borde de las lágrimas y no soy capaz de enfrentarme a otra pelea. Quizá por la mañana volvamos a encontrarnos bien. Sustituiré la botella y nunca sabrá que he estado bebiendo.

Miro hacia el jardín hasta que me decido a apagar las luces de fuera y contemplo mi reflejo en la ventana. Soy una mujer preciosa; me cuido. ¿Por qué no puede seguir amándome? ¿Por qué no puede ser nuestra vida como yo esperaba que fuera, como yo habría querido, después de todo lo que he hecho por él? Tenemos dinero de sobra. Ha conseguido labrarse la carrera con la que soñaba. Lo único que he hecho yo es intentar ser la esposa perfecta y darle una vida perfecta. ¿Por qué no es capaz de dejar atrás el pasado?

Me permito unos minutos más de autocompasión mientras limpio y brillo las superficies de granito, y después respiro hondo y me recompongo. Necesito dormir. Dormir de verdad. Me tomaré una pastilla que me deje KO. Mañana será distinto. Tiene que serlo. Lo perdonaré. Siempre lo hago.

Amo a mi marido. Lo he amado desde la primera vez que lo vi y jamás dejaré de amarlo. No renunciaré a eso. No puedo.

## Louise

«Nada de nombres, ¿vale? Ni de trabajo. Ni de nuestras aburridas vidas. Prefiero hablar de cosas de verdad».

—¿Eso dijiste? ¿En serio?

—Sí. Bueno, no. Lo dijo él.

Me arde la cara. A las cuatro y media de la tarde, hace dos días, con el primer Negroni ilícito de la tarde, me había resultado muy romántico, pero ahora era como algo sacado de una mala comedia romántica: mujer de treinta y cuatro años entra en un bar y el hombre de sus sueños se la camela, pero al final resulta ser su nuevo jefe. Dios mío, es tan horrible que me quiero morir. Menudo lío.

—Claro que sí —responde Sophie entre risas y, de inmediato, intenta controlarse—. «Ni de nuestras aburridas vidas», en plan, en fin, no sé, el pequeño detalle de que estoy casado. —Me ve la cara—. Lo siento, sé que, en teoría, no tiene gracia, pero el caso es que sí. Y sé que has perdido la práctica con esto de los hombres, pero después de que te soltara eso, ¿cómo no te diste cuenta de que estaba casado? Lo de que sea tu nuevo jefe no te lo echaré en cara. Eso es mala suerte, pura y dura.

—No tiene ninguna gracia —le digo, aunque sonrío—. En cualquier caso, los hombres casados son tu especialidad, no la mía.

—Cierto.

Sabía que Sophie me haría sentir mejor. Juntas somos graciosas. Nos reímos. Ella es actriz de profesión (aunque nunca hablamos de por qué hace años que no consigue ningún papel, salvo dos cadáveres en la tele) y, a pesar de sus aventuras, lleva toda la vida casada con un ejecutivo de la industria musical. Nos conocimos en las clases de preparación para el parto de la NCT y, aunque nuestras vidas son muy distintas, nos hicimos íntimas amigas. Ya han pasado siete años y seguimos bebiendo vino.

—Pero ahora eres como yo —dice, y guiña un ojo con malicia—. Te has acostado con un hombre casado. Ya no me siento tan mal conmigo misma.

—No me he acostado con él. Y no sabía que estaba casado.

La última parte no es del todo cierta. Al final de la noche estaba bastante segura de ello. La forma en que apretaba su cuerpo contra el mío, con urgencia,

mientras nos besábamos, mareados de ginebra. Cómo se despegó de mí, de repente. Su cara de culpa. Que pidiera perdón: «No puedo hacerlo». Todas las pistas estaban presentes.

—Vale, Blancanieves. Es que me emociona que hayas estado a punto de echar un polvo. ¿Cuánto tiempo hace?

—No quiero pensar en eso, en serio. Deprimirme más no me va a ayudar en este lance —respondo antes de beber otro trago de vino.

Necesito otro cigarrillo. Adam está metido en la cama, profundamente dormido, y no se meneará hasta el desayuno y el colegio. Puedo relajarme. Él no tiene pesadillas. Él no es sonámbulo. Gracias a Dios por los pequeños favores.

—Además, es todo por culpa de Michaela —continúo—. Si hubiera cancelado la cita antes de que yo llegara, nada de esto habría sucedido.

Sin embargo, Sophie tiene parte de razón: hace mucho tiempo que no ligo con un hombre, y más aún que no me emborracho y me beso con uno. La vida de mi amiga es distinta, siempre está rodeada de gente nueva e interesante, de personas creativas que viven más libres, beben hasta tarde y se comportan como adolescentes. Ser una madre soltera en Londres que subsiste a duras penas con un trabajo de secretaria a tiempo parcial para un psiquiatra no me ofrece lo que se dice muchas oportunidades de olvidarme de la precaución y salir todas las noches con la esperanza de conocer a alguien (y mucho menos a mi media naranja), y no soy capaz de enfrentarme a Tinder, Match o cualquiera de esos sitios web. Me he acostumbrado a estar sola, a dejar todo eso aparcado durante un tiempo. Un tiempo que empieza a convertirse en el estilo de vida que he elegido sin darme cuenta.

—Esto te animará —afirma Sophie mientras saca un porro del bolsillo de arriba de su chaqueta de pana roja—. Te garantizo que todo te parecerá más divertido cuando estemos fumadas. —Se da cuenta de mi reticencia y sonrío—. Venga, Lou, es una ocasión especial. Te has superado: te has enrollado con tu nuevo jefe, que además está casado. Es una genialidad. Debería buscar a alguien para escribir la peli. Yo haría de ti.

—Vale. Voy a necesitar la pasta cuando me despidan.

Ni puedo ni quiero luchar contra Sophie, así que no tardamos en encontrarnos sentadas en el balconcito de mi diminuto piso con vino, patatas fritas y cigarrillos a los pies, mientras nos pasamos la yerba y nos reímos como tontas.

A diferencia de Sophie, que, no sé cómo, sigue siendo medio adolescente, colocarme no forma parte de mi rutina habitual (cuando estás sola, no tienes ni tiempo ni dinero para eso), pero reírse siempre es mejor que llorar, así que me lleno los pulmones del dulce humo prohibido.

—Solo podía pasarte a ti —dice—. ¿Te escondiste?

Asiento mientras sonrío al recordar la anécdota imaginada a través de los ojos de otra persona.

—No se me ocurrió nada mejor. Salí pitando hacia el baño y me quedé allí dentro. Cuando salí, ya se había ido. No empieza hasta mañana. El doctor Sykes lo llevaba en la visita de rigor.

—A él y a su mujer.

—Sí, y a su mujer.

Recuerdo lo bien que se les veía juntos en aquel breve, aunque horroroso, momento de comprensión antes de huir.

—¿Cuánto tiempo pasaste en el baño?

—Veinte minutos.

—Ay, Lou.

Tras una pausa, a las dos vuelve a entrarnos la risa tonta, con el zumbido del vino y la yerba en la cabeza, y durante unos minutos no conseguimos parar.

—Ojalá te hubiera visto la cara —dice Sophie.

—Sí, bueno, yo no tengo demasiadas ganas de verle la cara a él cuando vea la mía.

Sophie se encoge de hombros.

—Él es el que está casado, así que la vergüenza es suya. No puede decirte nada.

Me absuelve de mi culpa, aunque todavía la noto pegada a mí, junto con la conmoción, con el puñetazo en el estómago al atisbar junto a él a su mujer antes de esconderme a toda prisa. A su preciosa mujer. Elegante. De pelo oscuro y piel aceitunada en plan Angelina Jolie. Con el mismo aire de misterio que la actriz. De una delgadez excepcional. Lo contrario que yo. Llevo esa imagen grabada en el cerebro. A ella no me la imagino presa del pánico y escondiéndose de alguien en el baño, y eso me escuece de un modo que no debería, no después de una tarde de borrachera, y no solo porque mi confianza haya tocado fondo.

El problema es que él me gustaba, me gustaba de verdad. Eso no se lo puedo contar a Sophie. Que no había hablado así con nadie desde hacía mucho tiempo. La felicidad de ligar con una persona que, a su vez, ligaba conmigo, y recordar lo fantástica que es la emoción de empezar algo nuevo, lleno de posibilidades. Por lo general, mi vida es un manchurrón de interminable rutina. Levanto a Adam y lo llevo al colegio. Si estoy trabajando y quiero empezar temprano, lo llevo a la matinal. Si no estoy trabajando, quizá me pase una hora buscando trajes de diseño de segunda mano en las tiendas benéficas, porque hay que encajar en la imagen de la clínica: cara, pero sutil. Después, es todo cocinar, limpiar y comprar hasta que Adam regresa a casa, y luego toca deberes, cena, baño, cuento, cama para él, y vino y dormir mal para mí. Cuando se va a pasar el

fin de semana a casa de su padre, estoy demasiado cansada para hacer algo que no sea tumbarme y ver telebasura. La idea de que esta pueda ser mi vida hasta que Adam tenga más o menos quince años me aterra, así que no pienso en ello. Sin embargo, conocer al hombre del bar me recordó lo bueno que era sentir algo. Como mujer. Me sentí viva. Incluso había pensado en volver al bar y ver si aparecía para buscarme. Pero, por supuesto, la vida no es una comedia romántica. Y él está casado. Y yo he sido una idiota. No estoy amargada, solo triste. A Sophie no puedo contarle todas esas cosas porque le daría lástima, y no quiero eso, es mucho más fácil convertirlo en algo gracioso. Es gracioso. Y tampoco me paso todas las noches en casa lamentando mi soltería, como si para estar completa necesitara a un hombre. En general, soy bastante feliz. Soy adulta. Mi vida podría ser mucho peor. Esto no ha sido más que un error y tengo que asumirlo.

Cojo un puñado de Doritos, y Sophie me imita.

—Ahora se llevan las curvas —decimos al unísono antes de metérnoslos en la boca y estar a punto de ahogarnos de la risa.

Pienso en cómo me escondí de él en el baño, muerta de miedo y de incredulidad. Sí que es gracioso. Todo es gracioso. Quizá lo sea menos mañana por la mañana, cuando tenga que enfrentarme a la realidad, pero, por ahora, puedo reírme. Si no eres capaz de reírte de tus propias cagadas, ¿de qué te vas a reír?

—¿Por qué lo haces? —le pregunto después, cuando la botella de vino ya está vacía en el suelo y la noche toca a su fin—. Lo de las aventuras. ¿Es que no eres feliz con Jay?

—Por supuesto que sí —responde Sophie—. Lo quiero. No es que lo esté haciendo todo el rato.

Es probable que sea cierto. Es actriz, así que a veces exagera por el bien de la historia.

—Pero ¿por qué hacerlo, aunque sea poco?

Puede que parezca raro, pero nunca hemos hablado mucho del tema. Ella sabe que me resulta incómodo, no porque lo haga (eso es asunto suyo), sino porque conozco a Jay y me cae bien. Es una buena influencia para ella. Sin él, estaría jodida. Por así decirlo.

—Tengo más apetito sexual que él —dice al fin—. Y, de todos modos, el matrimonio no es sexo, sino estar con tu mejor amigo. Jay es mi mejor amigo. El tema es que llevamos juntos quince años y el deseo no se mantiene. Es decir, seguimos haciéndolo de vez en cuando, pero no es lo que era. Y tener un hijo cambia las cosas. Te pasas muchos años viendo a tu pareja como a un padre, en vez de como a un amante, y cuesta recuperar esa pasión.

Pienso en mi matrimonio, que fue más corto. Nuestro deseo no murió, pero eso no evitó que me dejara después de cuatro años para irse con otra cuando nuestro hijo apenas había cumplido los dos. Quizá Sophie tenga razón: creo que nunca consideraré a mi ex, Ian, mi mejor amigo.

—Es que me parece un poco triste —digo, y me lo parece.

—Eso es porque tú crees en el verdadero amor y el felices para siempre de los cuentos de hadas. La vida no funciona así.

—¿Crees que te ha engañado alguna vez?

—Estoy segura de que ha tenido sus devaneos —responde—. Hubo una cantante con la que trabajó hace tiempo. Creo que tuvieron algo durante una temporada, pero, fuera lo que fuese, no nos afectó. No de verdad.

Hace que todo suene muy razonable. En lo único que puedo pensar es en el daño que me hizo la traición de Ian cuando se fue. En cómo sus actos afectaron a la imagen que tenía de mí misma. Como si yo no valiera nada. Me sentí fea. La relación por la que me dejó tampoco duró mucho, pero eso no me hizo sentir mejor.

—Creo que nunca lo comprenderé —digo.

—Todo el mundo esconde secretos, Lou. Y todo el mundo tiene derecho a esconderlos. Es imposible conocer a una persona por completo. Te volverías loca intentándolo.

Cuando se ha ido y estoy limpiando los restos de nuestra noche, me pregunto si quizá fuera Jay el que engañó primero. Quizá sea ese el secreto que explica las citas de Sophie en las habitaciones de hotel. Quizá lo haga para sentirse mejor o para vengarse en silencio. ¿Quién sabe? Seguramente le estoy dando demasiadas vueltas. Es mi especialidad. Me recuerdo que sobre gustos no hay nada escrito: ella parece feliz y eso me basta.

Solo son un poco más de las diez y media, pero estoy agotada, así que me asomo al dormitorio de Adam un minuto y disfruto de la paz que me envuelve al observar su pacífico sueño, acurrucado de lado bajo su edredón de *Star Wars*, con el oso Paddington bajo un brazo, y cierro la puerta para que siga durmiendo.

Está oscuro cuando me despierto en el cuarto de baño, de pie frente al espejo, y, antes de darme cuenta de dónde estoy, siento un dolor palpitante en la espinilla, en el punto en el que me he golpeado contra la cesta de la ropa de la esquina. Se me acelera el corazón y el sudor me pega el pelo al cuero cabelludo. Conforme recupero la realidad, el terror nocturno se hace añicos y me deja tan solo algunos fragmentos dentro de la cabeza. De todos modos, sé lo que era. Siempre es el mismo sueño.



Un edificio enorme, como un viejo hospital o un orfanato. Abandonado. Adam está atrapado en algún lugar del interior, y yo sé, lo sé, que si no llego hasta él va a morir. Me llama, asustado. Algo malo va a por él. Corro por los pasillos intentando alcanzarlo, y las sombras salen de las paredes y los techos, como si formaran parte de un mal terrible que vive en el edificio, y me envuelven, me atrapan. Lo único que oigo es el llanto de Adam mientras intento escapar de los pegajosos filamentos negros que están decididos a apartarme de él, a ahogarme y arrastrarme a la oscuridad infinita. Es un sueño horrible. Se me pega como hacen las sombras en la pesadilla. Puede que los detalles varíen un poco de una noche a otra, pero la narrativa siempre es la misma. Por muchas veces que lo sueñe, nunca me acostumbraré.

Los terrores nocturnos no empezaron cuando nació Adam. En realidad, siempre los he sufrido, pero antes de él luchaba por mi propia supervivencia. Visto en retrospectiva, aquello era mejor, aunque entonces no lo supiera. Son la maldición de mi existencia. Acaban con mis posibilidades de disfrutar de un sueño reparador, como si ser madre soltera no me cansara lo suficiente.

Esta vez he caminado más que en los últimos tiempos. Lo normal es que me despierte, confusa, de pie junto a mi cama o junto a la cama de Adam, a menudo en medio de una frase sin sentido, aterrada. Sucede con tanta frecuencia que ya ni siquiera molesta al crío si se despierta. Tiene el espíritu práctico de su padre. Por suerte, también ha heredado mi sentido del humor.

Enciendo la luz, me miro en el espejo y gruño: unas bolsas oscuras tiran de la piel bajo mis ojos, y sé que la base de maquillaje no va a cubrirlas, no a plena luz del día. Genial. Me recuerdo que da igual lo que piense de mí el hombre del bar, alias «mierda, es mi nuevo jefe casado». Con suerte, se sentirá tan avergonzado que no me hará caso en todo el día. De todos modos, noto un nudo en el estómago y la cabeza me palpita por el exceso de vino y cigarrillos. «Sé una mujer —me digo—. Estará todo olvidado en un par de días, así que ve para allá y haz tu trabajo».

Son solo las cuatro de la mañana, así que bebo un poco de agua, apago la luz y regreso a mi cama con la esperanza de, al menos, dormir un poco antes de que suene el despertador a las seis. Me niego a pensar en sus labios sobre los míos, en lo bien que sentaba aquel arrebato de deseo, aunque durase solo un instante. Sentir esa conexión con otra persona. Me quedo mirando la pared y considero la posibilidad de contar ovejas, pero entonces me doy cuenta de que, además de los nervios, me emociona la idea de volver a verlo. Aprieto los dientes y me llamo idiota. No soy esa clase de mujer.

## Adele

Lo despido con un gesto de la mano y una sonrisa cuando se marcha a su primer día de trabajo propiamente dicho en la clínica, y la anciana de al lado nos aprueba con la mirada mientras saca a pasear a su perro, que es pequeño e igual de frágil que ella. Siempre parecemos la pareja perfecta, David y yo. Me gusta.

Aun así, dejo escapar un suspiro de alivio cuando cierro la puerta y me quedo la casa para mí, por mucho que la exhalación sea como traicionarlo un poco. Me encanta tener aquí, conmigo, a David, pero todavía no hemos recuperado lo que sea que sustenta nuestra relación, así que el ambiente está repleto de todo lo que no nos hemos dicho. Por suerte, la casa nueva es lo bastante grande como para que pueda esconderse en su despacho y finjamos que todo va bien mientras nos esquivamos con suma precaución.

No obstante, sí que me siento un poco mejor que cuando volvió borracho a casa. Por supuesto, no hablamos sobre el tema a la mañana siguiente; últimamente no hablamos mucho. Lo dejé con sus papeles y fui a apuntarnos a los dos al centro deportivo local, que es tan caro como debe, y después recorrí nuestro elegante barrio para empaparme de todo. Me gusta conocer mis alrededores. Ser capaz de verlos. Me hace sentir más cómoda. Me ayuda a relajarme.

Caminé durante unas dos horas mientras iba tomando nota mental de tiendas, bares y restaurantes hasta tenerlos bien guardados en la cabeza, de modo que pueda recuperar sus imágenes a voluntad, y después compré pan en la panadería artesanal del barrio, y aceitunas, jamón en lonchas, humus y tomates secos en la charcutería (todo ello con un precio desmesurado que dejó tiritando mi presupuesto para compras domésticas), y preparé un pícnic de interior para comer los dos, aunque hacía calor de sobra para sentarnos fuera. Creo que David todavía no quiere salir al jardín.

Ayer fuimos a la clínica, y yo cautivé con mi encanto al socio principal, el doctor Sykes, y a los otros médicos y enfermeras a los que conocimos. La gente responde bien a la belleza. Suena superficial, pero es cierto. David me contó una vez que era más probable que los miembros de un jurado creyeran a un acusado guapo que a uno de aspecto normal o feo. No es más que la piel que te toca en

suerte, pero he aprendido que tiene su magia. Ni siquiera es necesario decir gran cosa, basta con escuchar y sonreír, y la gente se desvive por ti. He disfrutado de mi belleza. Decir lo contrario sería mentir. Me esfuerzo mucho por estar guapa para David. Todo lo que hago es por él.

El nuevo despacho de David es el segundo más grande del edificio, por lo que vi, del estilo que cabría esperar si alguna vez se estableciera en Harley Street, la calle de los médicos por excelencia. La suave moqueta es de color crema, el escritorio es adecuadamente ostentoso y cuenta con una sala de espera muy lujosa. La atractiva (si ese es tu tipo) rubia que había detrás del escritorio de dicha sala se escabulló antes de que pudieran presentárnosla, lo que me molestó, pero el doctor Sykes apenas pareció darse cuenta mientras hablaba conmigo y yo me ruborizaba de la risa con sus lamentables intentos de bromear. Creo que lo hice bastante bien, teniendo en cuenta lo que me dolía el corazón. David también debía de estar contento, ya que se ablandó un poco después.

Esta noche cenamos en casa del doctor Sykes a modo de bienvenida informal. Ya he elegido mi vestido y sé cómo me arreglaré el pelo. Estoy más que dispuesta a que David se sienta orgulloso de mí. Puedo ser la buena esposa. La mujer del socio nuevo. A pesar de mis preocupaciones. Desde que nos mudamos, no había estado tan tranquila.

Miro el reloj, cuyo tictac atraviesa el vasto silencio de la casa. No son más que las ocho de la mañana. Es probable que acabe de llegar a la consulta. No hará la primera llamada a casa hasta las once y media. Tengo tiempo. Subo a nuestro dormitorio y me tumbo sobre la colcha. No voy a dormir. Pero cierro los ojos. Pienso en la clínica. En la consulta de David. En esa moqueta color crema. En la reluciente caoba del escritorio. En el diminuto arañazo de la esquina. En los dos esbeltos sofás. En los firmes asientos. En los detalles. Respiro hondo.

## Louise

—Qué guapa estás —dice Sue, casi con sorpresa, en cuanto me quito el abrigo y lo cuelgo en la sala de personal.

Adam me ha dicho lo mismo y en el mismo tono, algo desconcertado ante mi blusa sedosa, recién comprada en la tienda de segunda mano, y el pelo alisado, mientras yo le colocaba la tostada en la mano antes de salir para el colegio esta mañana. Dios mío, mi esfuerzo resulta obvio y lo sé. Pero no es por él. Si acaso, es contra él. Pintura de guerra. Algo detrás de lo que esconderme. Además, no conseguía volver a dormirme y necesitaba algo que hacer.

Lo normal en mañanas como esta es llevar a Adam a la matinal, ser la primera en la clínica y preparar el café para todos antes de que lleguen. Sin embargo, hoy, por supuesto, es uno de esos días en los que Adam se despierta gruñón y quejica, después no es capaz de encontrar el zapato izquierdo, y al final, aunque yo llevara preparada un siglo, hay que salir corriendo para llegar a tiempo a la puerta del colegio, con mi consiguiente irritación.

Tengo las palmas de las manos sudadas y me siento un poco mareada cuando sonrío. También me he fumado tres cigarrillos en el paseo entre el colegio y la clínica. Normalmente intento no fumar ninguno hasta la hora del café. Bueno, normalmente... En mi cabeza no fumo ninguno hasta el café, pero, en realidad, lo habitual es fumarme uno antes de llegar a la consulta.

—Gracias. Adam pasa este fin de semana con su padre, así que quizá vaya a tomarme algo después del trabajo.

Quizá necesite tomarme algo después del trabajo. Me recuerdo mentalmente enviar un mensaje a Sophie para ver si quiere quedar. Claro que querrá: estará deseando saber cómo acaba esta comedia de enredo. Intento sonar como si no tuviera importancia, pero me oigo rara. Tengo que recomponerme, me estoy comportando de un modo ridículo. Va a ser mucho peor para él verme que para mí verlo. No soy yo la que está casada. Puede que las frases de ánimo sean ciertas, aunque no cambian el hecho de que yo no hago estas cosas. Quizá sea normal para alguien como Sophie, pero no para mí, y me siento fatal. Soy tal manojo de nervios y emociones varias que no consigo pararme en una. Por mucho que esta situación no sea culpa mía, me siento barata, estúpida, culpable

y enfadada. El primer momento de romance en potencia en lo que parecen siglos, y ha sido una engañifa. Sin embargo, a pesar de todo eso y del recuerdo de su preciosa mujer, también siento una pizca de emoción por volver a verlo. Soy como una adolescente pava e insegura.

—Están todos en una reunión hasta las diez y media o así, por lo que me cuenta Elaine, la de arriba —me dice Sue—. Podemos relajarnos. —Abre su bolsa—. Y no se me ha olvidado que me tocaba a mí. —Saca dos bolsitas de papel grasientas—. Los bocadillos de beicon de los viernes.

Me alivia tanto saber que tengo dos horas de gracia que lo acepto con sumo gusto, a pesar de que dice mucho sobre el tedio de mi rutina diaria que este desayuno de los viernes sea el momento culminante de la semana. En cualquier caso, es beicon. Algunas partes de la rutina son menos deprimentes que otras. Le doy un buen bocado y disfruto del pan caliente y mantecoso, y de la carne salada. Cuando estoy nerviosa, como. En realidad, siempre como, sea cual sea mi estado de ánimo: cuando estoy nerviosa, cuando necesito consuelo, cuando estoy contenta... Me da igual. Otra gente se divorcia y pierde cinco kilos. A mí me pasó al revés.

El trabajo no empieza de manera oficial hasta dentro de veinte minutos, así que nos sentamos a la mesita con unas tazas de té, y Sue me habla de la artritis de su marido y de la pareja gay que vive en la casa contigua a la suya y que no para de hacerlo, y yo sonrío y dejo que me resbale todo mientras intento no dar un brinco cada vez que veo la sombra de alguien proyectada sobre la puerta.

No veo caer el ketchup hasta que ya es demasiado tarde y luzco una mancha rojo chillón en la blusa color crema, justo sobre el pecho. Sue se abalanza sobre mí de inmediato para intentar limpiarla con pañuelos de papel y, después, con un trapo húmedo, pero lo único que consigue es que una gran parte de la tela se vuelva transparente, a pesar de lo cual sigue habiendo un pálido cerco rojo desvaído. Noto que se me sobrecalienta el rostro y que la seda se me pega a la espalda. Es un aviso de lo que me espera el resto del día. Lo presiento.

Me río con amabilidad de sus bienintencionados esfuerzos por limpiarme, me voy al baño e intento colocar el mayor trozo de blusa posible debajo del secamanos. No se seca del todo, pero, al menos, ya no se me ve el borde de encaje del sujetador, que está algo gris de tanto lavarlo. Los pequeños favores de la vida.

Tengo que reírme de mí misma. ¿A quién pretendo engañar? No puedo hacerlo. Se me da mejor hablar de la última aventura de los *Transformers* o de *Mike el Caballero* con mi hijo que intentar parecer una mujer moderna y sofisticada. Ya han empezado a dolerme los pies por culpa de los tacones de cinco centímetros. Siempre he pensado que era algo a lo que te acababas

acostumbrando, esa habilidad para caminar a la perfección con tacones altos y vestir siempre bien. Pero resultó (al menos para mí) que se trataba de una corta fase a los veintitantos, cuando salía por las noches; ahora era todo vaqueros, jerséis y Converse, y el pelo recogido en una coleta, con el único accesorio de mi envidia por las mujeres que todavía son capaces de hacer un esfuerzo por arreglarse. Mi envidia por las que tienen un motivo para hacerlo.

«Seguro que lleva tacones altos», pienso mientras me recoloco la ropa. Tonta de mí por no limitarme a los pantalones y los zapatos planos.

Los teléfonos están tranquilos esta mañana, y me distraigo del reloj que avanza sin pausa camino de las diez y media seleccionando en el ordenador los historiales de los casos que tienen cita el lunes y preparando una lista con los pacientes que acudirán a lo largo de la semana. Ya le pasaron copias de las notas de los casos más complicados, pero quiero que vea lo eficiente que soy, así que me aseguro de que tenga a mano la lista completa. Después imprimo los correos electrónicos que creo que le resultarán útiles o importantes, o que han olvidado enviarle de dirección, e imprimo y plastifico una lista con los números de contacto de los hospitales, la policía y las distintas organizaciones que quizá necesite. Lo cierto es que me tranquilizo. El hombre del bar empieza a desaparecer de mis recuerdos y lo reemplaza mi jefe, aunque su rostro se está mezclando de un modo alarmante con el del viejo doctor Cadigan, a quien sustituye.

A las diez pongo los papeles sobre su escritorio y enciendo la cafetera de la esquina para que le espere un café recién hecho. Compruebo que las limpiadoras hayan metido leche en el pequeño frigorífico oculto en el armario, como si fuera el minibar de un hotel, y que haya azúcar en el azucarero. Una vez que he terminado, no puedo evitar echar un vistazo a las fotos de su escritorio, en sus marcos de plata. Hay tres: dos de su mujer sola y una de los dos juntos. La última me llama la atención, así que la cojo. Parece tan distinto, tan joven... Veintipocos, a lo sumo. Están sentados en una gran mesa de cocina, abrazados, y se ríen de algo. Parecen muy felices, los dos jóvenes y sin preocupación alguna en el mundo. Él la mira como si ella fuera lo más importante del planeta. Ella lleva el pelo largo, pero no recogido en un moño, como en las otras fotos, e incluso con vaqueros y camiseta está preciosa, una belleza natural. Noto un nudo en el estómago. Seguro que ella nunca se mancha la camisa de ketchup.

—¿Hola?

Me sorprende tanto oír su ligero acento escocés que por poco se me cae la foto, y me cuesta horrores colocarla bien en el escritorio, tanto que casi tiro al suelo la ordenada pila de papeles. Está de pie en el umbral, y de repente me entran ganas de vomitar el bocadillo de beicon. Dios mío, se me había olvidado

lo guapo que es. Cabello casi rubio con un brillo que ya querría yo para el mío. Lo bastante largo por delante como para peinarlo con los dedos, pero elegante. Unos ojos azules capaces de atravesarte de lado a lado. Una piel que incita a tocarla. Trago saliva con dificultad. Es uno de esos hombres. Un hombre que quita el aliento. Me arde la cara.

—Se suponía que estaba en una reunión hasta las diez y media —le digo mientras deseo que se abra un agujero en la moqueta y me trague hasta el mismísimo infierno de la vergüenza.

Estoy en su despacho, mirando fotos de su mujer como si fuera una acosadora. Dios mío.

—Dios mío —dice, robándome las palabras de la cabeza. Se queda pálido y abre mucho los ojos. Parece sorprendido, conmocionado y aterrado, todo en uno —. Eres tú.

—Mire, no fue nada, estábamos borrachos, nos dejamos llevar y no fue más que un beso, y, confíe en mí, no tengo ninguna intención de contárselo a nadie, y creo que si los dos hacemos todo lo posible por olvidar lo que pasó no hay razón alguna para que no nos llevemos bien y nadie sepa nunca...

Las palabras salen todas de golpe, como en un galimatías, y no consigo detenerlas. Noto el sudor atrapado bajo la base de maquillaje, ruborizada y acalorada.

—Pero... —Está entre desconcertado y alarmado mientras cierra la puerta a toda prisa, y no puedo culparlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Oh. —Con tanto hablar se me había olvidado contarle lo más obvio—. Soy su secretaria y recepcionista. Tres días a la semana, al menos. Martes, jueves y viernes. Estaba colocando algunas cosas sobre su escritorio y he visto... — Señalo las fotos con la cabeza—. Y, bueno...

La frase se muere antes de acabar. No puedo decirle: «Estaba echándoles un vistazo de cerca a usted y a su preciosa mujer, como haría cualquier loca».

—¿Eres mi secretaria? —Pone cara de haber recibido un puñetazo en el estómago—. ¿En serio?

Puede que no en el estómago. Quizá en un punto más bajo. En realidad, me da un poco de pena.

—Lo sé —respondo, y me encojo de hombros mientras hago una mueca cómica que seguro que me queda espantosa—, ¿qué probabilidades había?

—Vi a otra mujer aquí el mes pasado, cuando vine a hablar con el doctor Cadigan. No eras tú.

—¿Mayor, un poco estirada? Debía de ser Maria. Es la que se encarga de los otros dos días. Ahora está casi retirada, pero lleva aquí toda la vida y el doctor Sykes la adora.

No se ha metido más en la habitación; está claro que le cuesta asimilar lo que está pasando.

—Le aseguro que soy su secretaria —repito, más despacio, más tranquila—. No soy una acosadora. A mí tampoco me emociona la situación, se lo aseguro. Lo vi ayer, cuando vino. Brevemente. Después, digamos que me escondí.

—Te escondiste. —Hace una pausa. El instante que necesita para procesarlo se me hace eterno.

—Sí —respondo, antes de añadir, para mayor humillación—: En el baño. Se hace el silencio.

—Si te soy sincero, yo habría hecho lo mismo —dice al fin.

—No creo que escondernos los dos en el baño hubiese causado el efecto deseado.

Él se ríe, un sonido corto e inesperado.

—No, supongo que no. Eres muy graciosa. Lo recuerdo.

Camina hasta colocarse detrás de su escritorio y observa todo lo que le he dejado allí; yo me aparto automáticamente.

—En fin, lo de arriba es una lista de los historiales que necesitará repasar para el lunes. Hay café en...

—Lo siento mucho —dice, y me mira con esos maravillosos ojos azules—. Debes de pensar que soy un cabrón. Yo mismo lo pienso. Normalmente no... Bueno, no estaba buscando nada y no debería haber hecho lo que hice. Me siento fatal. No sé cómo explicarlo. La verdad es que no suelo hacer esas cosas y no hay excusa para mi comportamiento.

—Estábamos borrachos, eso es todo. En realidad no hizo nada. Nada de nada.

«No puedo hacerlo». Recuerdo la vergüenza patente en su voz cuando se apartó de mí y se alejó calle abajo mientras mascullaba disculpas. Quizá por eso no sea capaz de pensar demasiado mal de él. Al fin y al cabo, no fue más que un beso, por más que mi estúpido cerebro se empeñara en lo contrario.

—Paró, y eso es lo que cuenta. No pasó nada. En serio. Vamos a olvidarlo. Mejor empezar de cero desde hoy. Yo tampoco quiero sentirme incómoda.

—Te escondiste en el baño —comenta, y sus ojos azules son penetrantes y cálidos.

—Sí, y una buena forma de evitar que me sienta incómoda es no volver a mencionarlo jamás.

Sonríe. Me sigue gustando. Cometió un error estúpido en el calor del momento. Podría haber sido peor: podría haberse ido a casa conmigo. Lo pienso un segundo. Vale, habría sido genial a corto plazo, pero sin duda peor a largo.

—Vale, pues amigos —dice.

—Amigos —repito, aunque no nos damos la mano para acordarlo, ya que es



demasiado pronto para el contacto físico—. Soy Louise.

—David. Encantado de conocerte. En condiciones.

Tras otro momento de vergüenza e incomodidad, se frota las manos y mira de nuevo al escritorio.

—Parece que pretendes mantenerme ocupado. ¿Por casualidad eres de aquí?

—Sí. Bueno, llevo más de diez años viviendo en la zona, no sé si eso basta.

—¿Crees que podrías hablarme del barrio? ¿Problemas y zonas conflictivas? ¿Diferencias sociales, ese tipo de cosas? Quería recorrerlo con el coche y echar un vistazo, pero no me va a dar tiempo. Tengo otra reunión esta tarde, con alguien del hospital, y después ceno temprano con los otros socios.

—Puedo hacerle un resumen general —respondo—. Desde el punto de vista del ciudadano medio, por así decirlo.

—Bien, eso es lo que quiero. Estaba pensando en trabajar como voluntario algunos fines de semana, así que me iría bien contar con la perspectiva de un residente sobre las posibles causas de problemas de adicción específicos del barrio. Es mi especialidad.

Me deja atónita. Creo que ninguno de los otros médicos está metido en temas de voluntariado. Es una clínica privada muy cara, así que, por muchos problemas que tengan nuestros clientes, no pertenecen a las clases más desfavorecidas, y los socios son todos expertos en sus respectivos campos. Aceptan pacientes que envían los médicos de familia, por supuesto, pero no ofrecen sus servicios gratis a la comunidad en general.

—Bueno, estamos en el norte de Londres, así que se trata de una zona de clase media, en su mayor parte —le explico—. Sin embargo, al sur de donde vivo hay una urbanización bastante grande. Allí hay problemas, sin duda. Alta tasa de paro juvenil. Drogas. Esas cosas.

David mete la mano debajo del escritorio para recuperar su maletín, lo coloca sobre la mesa, lo abre y saca un plano local.

—Sirve el café mientras hago hueco para esto. Podemos marcar los lugares que tengo que ver.

Nos pasamos casi una hora hablando, y le señalo los colegios, las consultas, los pubs más problemáticos, y el paso subterráneo en el que han apuñalado a tres personas en un año y en el que todo el mundo sabe que no se debe dejar entrar a los niños porque es donde los yonquis venden drogas y se pinchan. En realidad, me sorprende la cantidad de cosas que sé sobre el sitio en el que vivo y me sorprende cuántos detalles sobre mi vida cuento mientras se las explico. Para cuando mira el reloj y me detiene, no solo sabe que estoy divorciada, sino que tengo a Adam, a qué colegio va el niño y que mi amiga Sophie vive en una de las manzanas de pisos pijos que hay al doblar la esquina del instituto con mejor

fama. Sigo hablando cuando mira la hora y se pone un poco rígido.

—Lo siento, tengo que cortarte —me dice—. Pero ha sido fascinante.

El plano está lleno de marcas de bolígrafo, y David ha tomado algunas notas en un trozo de papel. Tiene una letra horrible, de auténtico médico.

—Bueno, espero que le resulte útil.

Recojo mi taza y me aparto. No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos. Vuelve la incomodidad.

—Es fantástico, gracias. —Mira de nuevo la hora—. Es que tengo que llamar a mi... —vacila—. Tengo que llamar a casa.

—Puede decir la palabra «mujer», ¿sabe? —Sonrío—. No entraré en combustión espontánea.

—Lo siento. —Él está más incómodo que yo, y la verdad es que debería—. Y gracias. Por no pensar que soy un mierda. O, al menos, por no dar muestras de pensarlo.

—De nada.

—¿Piensas que soy un mierda?

—Estaré en mi escritorio si me necesita —respondo con una sonrisa.

—Me lo merezco.

«Bueno, podría haber sido mucho peor», medito mientras regreso a mi mesa y espero a que se me refresque la cara. Y no tengo que regresar al trabajo hasta el martes. Todo habrá vuelto a la normalidad para entonces, y nuestro pequeño encontronazo quedará barrido bajo la alfombra de la vida. Hago un trato con mi cerebro: no pensar más en ello. Voy a disfrutar de un fin de semana de lujo para mí sola. Dormiré hasta tarde, comeré pizza barata y helado, y puede que me vea una serie entera en Netflix.

La semana que viene es la última semana de colegio, y después me esperan las largas vacaciones escolares de verano, así que mis días consistirán, básicamente, en horribles quedadas con niños, gastarme el salario en gente que cuide de Adam e intentar encontrar nuevas formas de entretenerlo que no sean dejarlo jugar como loco en un iPad o un móvil mientras yo me siento como una mala madre por aprovechar para encargarme de todo lo demás. Sin embargo, al menos Adam es un buen chico. Me hace reír todos los días, e incluso cuando sufre una rabieta lo quiero tantísimo que me duele el corazón.

«Adam es el hombre de mi vida —pienso mientras miro hacia la puerta del despacho de David y me pregunto qué zalamerías le estará susurrando a su mujer—. No necesito otro».

## Entonces

En más de un aspecto, a Adele aquel edificio le recuerda a su casa. A su casa como era antes, en cualquier caso. Porque está ahí plantado como si fuera una isla en medio de un océano de tierra. ¿A nadie se le había ocurrido pensar en ello (ni a los médicos ni a los abogados de sus padres muertos, ni siquiera a David) antes de mandarla a pasar un mes en aquella casa remota perdida en el altiplano escocés? ¿Acaso se había parado alguno de ellos a meditar sobre lo mucho que le recordaría al hogar que había perdido?

El sitio es viejo, no sabe cuánto, pero está construido con sólidos ladrillos escoceses que desafían a los intentos del tiempo por acabar con ellos. Alguien debe de haberlo donado a la clínica o quizá perteneciera a alguno de los miembros de la junta, qué más daba. Ni lo había preguntado ni le importaba. No se imaginaba a una familia viviendo allí. Seguramente habrían acabado usando unas cuantas habitaciones, como le pasó a su familia en su casa. Grandes sueños, vidas pequeñas. Nadie necesita una casa enorme. ¿De qué la vas a llenar? Las casas hay que llenarlas de amor y, en algunas (incluida la suya, antes), el amor no calienta lo suficiente para caldearlas. Usarlo como retiro terapéutico al menos servía para darles un uso a las habitaciones. Deja a un lado sus recuerdos infantiles, cuando corría libre por pasillos y escaleras jugando al escondite mientras reía con ganas; una niña medio olvidada. Es mejor pensar que su hogar era demasiado grande. Mejor pensar en verdades imaginarias que en recuerdos reales.

Han transcurrido tres semanas, pero ella sigue aturdida. Todos le dicen que debe pasar por un período de duelo. Sin embargo, no está allí por eso. Necesita dormir. Se niega a dormir. Día tras día, noche tras noche, se arrastraba a fuerza de café, Red Bull y cualquier otro estimulante que encontrara para evitar dormir, hasta que la enviaron a la clínica. Decían que «no se comportaba con normalidad», no se comportaba como alguien que acababa de perder a sus padres. Lo de no dormir era lo de menos. Todavía se pregunta cómo estaban tan seguros de cuál era el «comportamiento normal» en aquellas situaciones. ¿Qué los convertía en expertos? Pero, aun así, sí, querían que durmiera. Sin embargo, ¿cómo explicárselo?

El sueño es la liberación que le ha dado la espalda, una serpiente que se revuelve en la noche para atacarla.

Al parecer, está allí por su propio bien, aunque sigue tomándose como una traición. Solo lo ha aceptado porque David quería. Odia verlo preocupado, y le debe eso, como mínimo, después de lo que hizo por ella. Su héroe.

No se ha esforzado nada por encajar, aunque les haya prometido a David y a los abogados que lo está intentando. Utiliza las salas de ocio y habla (o, más bien, escucha) a los terapeutas, pero no está segura de lo profesionales que son en realidad. Todo le parece un poco hippy. Blandengues, como habría dicho su padre. Al hombre no le gustaron esas cosas cuando las vio en su primera ronda de terapia, años atrás, y seguirles la corriente ahora habría sido como decepcionarlo. Habría preferido que la llevaran a un hospital en condiciones, por mucho que tanto sus abogados como David considerasen que no era buena idea. A la estancia en Westlands la llamaban un «retiro», mientras que enviarla a una institución mental podría haber perjudicado los negocios de su padre. Así que allí está, lo hubiera aprobado su padre o no.

Después del desayuno, la mayoría de los residentes, o pacientes, o lo que sean, se van de paseo. Hace un día precioso para ir de excursión, ni frío ni calor, y el cielo está despejado y el aire es fresco, y por un momento siente la tentación de acompañarles y quedarse un poco atrás; pero entonces ve los emocionados rostros del grupo que se ha reunido en los escalones de la entrada y cambia de idea. No se merece ser feliz. ¿Adónde la ha llevado la felicidad? Además, el ejercicio la cansa, y no quiere dormir más de lo imprescindible. Bastante poco le cuesta dormirse tal como está.

Espera para ver la cara de decepción del guía del grupo, Mark (el de la coleta, alias «aquí todos nos tuteamos, Adele»), cuando niega con la cabeza, y después se da media vuelta y se dirige a la parte de atrás de la casa, donde está el lago.

Ha terminado la mitad del circuito a paso lento cuando lo ve a unos seis metros. Está sentado debajo de un árbol, haciendo una guirnalda de margaritas. Ella sonríe por instinto ante aquel espectáculo tan poco común: aquel adolescente desgarbado con sus vaqueros y su camiseta rarita, al que le cae el pelo oscuro sobre la cara de lo concentrado que está en algo que solo se ve hacer a las niñas pequeñas; de repente, se siente mal por sonreír. No debería sonreír nunca. Por un momento, vacila y piensa en dar media vuelta para cambiar de ruta, pero él levanta la cabeza y la ve. Tras una pausa, le hace un gesto con la mano. Adele no tiene más remedio que acercarse, aunque tampoco le molesta. Es el único interno que le interesa. Lo ha oído por las noches. Los gritos y los desvaríos, casi todos sin sentido. El ruido de las cosas que tira al suelo cuando tropieza con ellas. Los enfermeros corriendo para devolverlo a la cama. A ella le

resulta familiar. Lo recuerda todo: terrores nocturnos.

—¿No te apetecía un abrazo en grupo en los páramos? —le preguntó Adele.

El rostro del chico es un puro ángulo, como si todavía no hubiera crecido lo suficiente para adaptarse a él, pero debe de ser de su edad, quizá un año mayor, unos dieciocho, aunque todavía lleva aparato en los dientes.

—Pues no. Tampoco es lo tuyo, ¿no?

Habla con un ligero ceceo húmedo.

Ella niega con la cabeza, incómoda. Desde que llegó no había iniciado una conversación con nadie por el simple gusto de hablar.

—No te culpo, yo no me acercaría a Mark. Seguro que esa coleta tiene liendres. La semana pasada llevó la misma camiseta tres días seguidos. No es un hombre limpio.

Entonces, ella sonrío y deja ahí la sonrisa. No había planeado quedarse con aquel chico, pero se acaba sentando.

—Eres la chica que dibuja incendios —dice él—. Te he visto en la sala de arte.

La mira, y a ella le parece que sus ojos son más azules que los de David, aunque quizá sea porque es muy pálido de piel y tiene el cabello casi negro. El chico ensarta otra margarita en la guirnalda.

—He estado pensando en eso. Sería mejor que dibujaras agua. Quizá te resulte terapéutico. Les puedes decir que los dibujos del fuego representaban tu pena y lo que sucedió, y que dibujar agua es tu forma de apagar el fuego y ahogar la pena. De que el agua se lo lleve todo.

Habla deprisa. Su cerebro debe de pensar deprisa. El de ella está espeso como la melaza.

—¿Por qué iba a hacer eso? —le pregunta. De todos modos, es incapaz de imaginarse ahogando la pena.

—Para que dejen de fastidiarte para que te abras —responde, y sonrío mientras le guiña un ojo—. Dales algo y te dejarán en paz.

—Suenas como un experto.

—Ya he estado en otros sitios como este. Toma, extiende el brazo.

Hace lo que le pide, y él le coloca la pulsera de margaritas en la muñeca. No pesa nada, a diferencia del reloj de David, que le cuelga de la otra muñeca. El gesto le resulta tan dulce que, por un momento, se le olvida toda la culpa y todo el miedo.

—Gracias.

Guardan silencio durante un rato.

—Leí sobre ti en el periódico —dice él—. Siento lo de tus padres.

—Yo también —responde, y entonces desea cambiar de tema—. Tú eres el

chico de los terrores nocturnos, el sonámbulo.

Él se ríe entre dientes.

—Sí, lo siento, sé que despierto a la gente.

—¿Es algo nuevo? —le pregunta Adele.

Se pregunta si será como ella. Le gustaría conocer a alguien como ella. Alguien que la comprenda.

—No, siempre lo he hecho. Desde que recuerdo. No estoy aquí por eso. —Se levanta la manga y deja al aire unas marcas de pinchazos—. Malos hábitos.

Se echa para atrás y apoya los codos en la hierba mientras estira las piernas delante de él, y ella hace lo mismo. El sol les calienta la piel y, por primera vez, no le recuerda a las llamas.

—Creen que las drogas están relacionadas con lo mal que duermo —dice—. No dejan de preguntarme por mis sueños. Es un aburrimiento. Voy a empezar a inventarme cosas.

—Un sueño sexual con Mark —sugiere ella—. Puede que con esa gorda del comedor, la que nunca sonrío.

Él se ríe y ella se le une, y sienta bien hablar «normal» con alguien. Con alguien que no está preocupado por ella. Con alguien que no intenta desmontarla.

—Dicen que no quieres dormir —sigue él, mirándola con ojos entornados—. Porque estabas dormida cuando pasó y no te despertaste.

Lo dice en tono relajado. Podrían estar hablando de cualquier cosa. De un programa de la tele. De música. No del incendio que había matado a sus padres. Del incendio que por fin calentó su casa.

—Creía que no podían hablar de nosotros —responde ella mirando al agua, que resplandece. Es preciosa. Hipnótica. La deja adormilada—. No lo entienden.

Él se ríe de nuevo, un único resoplido.

—No me sorprende. Son unos cabezas cuadradas, aplican el mismo método para todos. Sin embargo, en este caso concreto, ¿qué es lo que no entienden?

Un pájaro vuela por encima del agua y su fino pico rebana la superficie. Se pregunta qué presa intenta atrapar.

—Dormir es distinto para mí —responde al fin.

—¿A qué te refieres?

Entonces, Adele se sienta y lo mira. Cree que le gusta. Quizá haya otro modo de enfrentarse a toda esta mierda, un modo de ayudarlo a él también. No lo dice, pero tampoco es la primera vez que ella está en un sitio como aquel. El sueño la conduce a terapia una y otra vez: primero, por culpa del sonambulismo y los terrores nocturnos cuando tenía ocho años; y, ahora, por no querer dormir.

El sueño, siempre el sueño. El sueño falso, el sueño real. La apariencia del

sueño.

Y, en el centro de todo, aquello de lo que no les puede hablar. La encerrarían para siempre si lo hiciera. Está convencida.

—Tú invéntate algo para tenerlos contentos, y yo te ayudaré con los terrores nocturnos. Puedo ayudarte mucho más que ellos.

—Vale —responde él, intrigado—. Pero, a cambio, tienes que dibujar algo que tenga agua, aunque no lo hagas en serio. Será divertido verlos darse palmaditas en la espalda por haberte salvado.

—Trato hecho —acepta ella.

—Trato hecho.

Se dan la mano y, a la luz del sol, los centros de las margaritas brillan como si fueran de oro. Ella se tumba en la hierba y disfruta del cosquilleo de la pulsera en el brazo, y los dos se quedan así, en silencio, un buen rato, disfrutando del día sin que nadie los juzgue.

Ha hecho un amigo. Está deseando contárselo a David.

## Adele

Llevo despierta desde el alba, pero no me he movido. Los dos estamos tumbados de lado, él con un brazo sobre mí, y, a pesar de la pena, siento bien. Me siento protegida por el peso de este brazo, me recuerda a los primeros tiempos. Su piel es lisa, reluciente y lampiña donde lo recorren las cicatrices, que él mantiene ocultas, aunque me gusta verlas. Me recuerdan quién es en realidad, debajo de todo lo demás: el hombre que se adentró en el fuego para salvar a la chica que amaba.

A través de las rendijas de las persianas, el sol lleva dibujando bastas líneas en el suelo de madera desde antes de las seis, y sé que va a ser otro día precioso. Al menos, en el exterior. Bajo el peso del brazo de David, rumio los acontecimientos de ayer. La cena de anoche en casa del doctor Sykes fue un éxito. En general, los psiquiatras me resultan aburridos y predecibles, pero yo estuve encantadora e ingeniosa, y sé que todos me adoraron; incluso las mujeres de los médicos le comentaron a David lo afortunado que era de tener una esposa como yo.

Me siento orgullosa de mí misma. Aunque me costó conseguirlo (tuve que correr ocho kilómetros en la cinta del gimnasio por la tarde y después levantar pesas como loca para calmarme), estaba de un evidente buen humor cuando David llegó a casa del trabajo, y el ejercicio contribuyó a esa imagen. La noche en compañía transcurrió de forma triunfal, sin un solo fallo, y fingimos tan bien nuestra gloriosa felicidad que incluso nosotros nos la creímos de nuevo por un ratito. Anoche hicimos el amor por primera vez en meses, y aunque no fue del todo como me habría gustado, dejé escapar los ruiditos correctos y me esforcé al máximo por ser cálida y dócil. Era maravilloso tenerlo tan cerca, tenerlo dentro, aunque no me mirara a los ojos ni una vez y estuviera muy borracho.

Yo había cumplido la regla de beber solo un par de copas; no así David, que de todos modos logró permanecer dentro de lo aceptable, algo achispado, hasta que llegamos a casa y se sirvió un brandy enorme que procedió a beberse en un segundo, seguramente con la esperanza de que no me percatara. Lo hice, pero, por supuesto, no dije nada, a pesar de que habría estado en mi perfecto derecho.

Se suponía que iba a reducir el consumo de alcohol como parte de nuestro



«nuevo comienzo». Hasta él sabe que no puedes ser un psiquiatra experto en adicciones y obsesiones cuando tienes un problema con la bebida. En fin, supongo que soy la única de los dos que está intentando de verdad lo de empezar de nuevo.

David siempre ha controlado nuestro matrimonio. Cuida de mí. Si prestaran verdadera atención, algunos dirían que me asfixia y estarían en lo cierto, aunque a veces creo que soy más lista que él. Siento su erección contra mi espalda, me muevo con cuidado y me pego a él, incitándolo, a punto de metérmelo entre las nalgas para apretarlo entre ellas y conducirlo hacia el lugar en el que más me gusta tenerlo, ese punto ilícito. Quizá dormido esté más dispuesto. Sin embargo, no puede ser; se da la vuelta hasta ponerse boca arriba y se lleva la mitad de las sábanas con él. Murmura en tono dulce (los ecos del sueño que se desvanecen mientras regresa al mundo real), y yo resisto el impulso de montarlo a horcajadas, besarlo, dar rienda suelta a mi pasión y exigir que me ame de nuevo.

En vez de ello, cierro los ojos y finjo seguir dormida hasta que se levanta, sale descalzo al pasillo y se mete en el cuarto de baño. Al cabo de un momento, abre el grifo de la ducha y la caldera cobra vida. Me duele un poco. No puedo evitarlo, por muy decidida que esté a ser fuerte. En el dormitorio tenemos un cuarto de baño con una ducha con hidromasaje, pero ha decidido alejarse más de mí, y creo que sé por qué. Por lo que está haciendo allí. Lo he despertado insinuándome y ahora, en vez de hacer el amor conmigo, prefiere «desahogarse» él solo. Es un verbo estúpido, pero nunca me ha gustado la palabra masturbarse. Es tan clínica... Meneársela es mejor, aunque, al parecer, esa clase de lenguaje no me pega, así que hace tiempo que me acostumbré a olvidar el vocabulario soez y ahora me resulta raro incluso pensarlo.

Para cuando baja las escaleras, ya tengo preparado el café y he calentado cruasanes. Nos apaciguamos el uno al otro a nuestra manera, y sé que necesitará algo que absorba los restos de su resaca. Me vuelvo y me pongo a trastear en el fregadero para que pueda sacar el ibuprofeno del armario sin que nadie lo juzgue en silencio.

—He preparado la mesa de fuera —le digo, despreocupada y relajada, mientras coloco los bollos en un plato—. Sería un poco tonto malgastar una mañana tan bonita.

La puerta de atrás está abierta y el aire es cálido, a pesar de que son solo las nueve y media.

David mira con cautela a través de la ventana, y me doy cuenta de que intenta localizar el lugar en el que enterré a la gata, entre las flores, después de que me dejara para encargarme del lío yo sola mientras él se emborrachaba y lo que

fuera. Todavía piensa en ello. Yo intento dejar atrás el pasado. Él se aferra a cosas que no puede cambiar, pero lo que está hecho, hecho está, nos guste o no.

—Vale —responde, y esboza una sonrisa a medias—. El aire fresco me espabilará.

Me está haciendo una pequeña concesión, puede que a modo de recompensa por lo bien que me comporté anoche.

No nos decimos gran cosa, pero disfruto de nuestro silencio porque, por una vez, es afable. Permito que el camisón de seda se me deslice por una pierna hasta desnudarla, de modo que el sol la caliente mientras bebo mi café y me como el cruasán, y después echo la cabeza atrás. De vez en cuando noto que él me mira y sé que todavía lo atrae mi belleza. En este preciso momento nos sentimos casi satisfechos. No durará, no puede durar, así que procuro saborearlo. Quizá con más ganas porque sé lo que se avecina.

Cuando terminamos, me voy a la ducha y me tomo mi tiempo para disfrutar del agua caliente. El día es un paisaje vacío, pero tiene su propia rutina tácita. David trabajará unas cuantas horas y puede que después vayamos juntos al gimnasio (una actividad que podemos fingir que realizamos en pareja, aunque, por supuesto, hagamos por separado) antes de volver a casa, cenar, ver la tele y, seguramente, acostarnos temprano.

Cuando bajo las escaleras ya está en su despacho y me llama, lo que me sorprende. Lo normal es que quiera estar solo mientras trabaja, y a mí no me importa: ahí dentro guarda información sobre sus pacientes y, aunque beba demasiado, por lo demás es todo un profesional.

—Tengo algo para ti —me dice.

—Ah.

Esto se desvía de nuestra rutina habitual y me desconcierta. Se me cae el corazón a los pies y se me enfría un poco cuando lo primero que me entrega es una caja de pastillas.

—Para la ansiedad —explica—. Creo que te irán mejor que las otras. Una pastilla, tres veces al día. No tienen efectos secundarios de los que preocuparse.

Las acepto. El nombre de la caja no me dice nada, no es más que otra palabra que no soy capaz de pronunciar.

—Por supuesto —respondo, abatida. Más pastillas. Siempre con las pastillas.

—Pero también tengo esto para ti —añade en un tono esperanzado que me hace levantar la vista.

Una tarjeta de crédito y un móvil.

—La tarjeta está vinculada a la mía, pero me ha parecido que ya era hora de que volvieras a tener una. Lo mismo con el móvil.

Es un modelo antiguo, sin Internet, imagino, nada más que las funciones

básicas, pero el corazón me brinca en el pecho. Ya no tendré que depender de que David me pase la paga para las cosas de la casa. Ya no tendré que quedarme aquí sentada esperando a que me llame. Mi sonrisa es real al cien por cien.

—¿Estás seguro? —pregunto, sin creermelo del todo mi suerte.

Casi soy capaz de olvidar el golpe bajo de la medicación.

—Sí. —Sonríe, porque, por ahora, se alegra de haberme hecho feliz—. Un nuevo comienzo, ¿recuerdas?

—Un nuevo comienzo —repito, y, antes de darme cuenta, he corrido al otro lado del escritorio y le he abrazado el cuello, todavía con las manos ocupadas.

Quizá lo diga en serio. Quizá lo intente con más ahínco a partir de ahora.

—Gracias, David —susurro.

Inhalo su aroma cuando me devuelve el abrazo. Su calor. La sensación de estar entre sus brazos. Su pecho esbelto bajo la caricia del fino jersey. Con tanta intimidad me va a reventar el corazón.

Cuando nos separamos, veo el plano garabateado que ha estado mirando y la hoja con notas al lado.

—¿Qué es eso? —pregunto, fingiendo interés, siguiendo con mi papel de esposa perfecta en este momento tan maravilloso.

—Ah, estoy pensando en hacer algo por la comunidad. Trabajo de voluntariado. Con una asociación benéfica o algo así. Todavía no estoy seguro. En parte, por eso he pensado que quizá necesitaras un móvil.

Me mira de soslayo, pero sonrío.

—Es una idea estupenda —respondo—. En serio.

—Significa que quizá pase más tiempo fuera. Los fines de semana y por las noches. Intentaré que sea lo menos posible.

Está hablando con frases cortas, lo que me dice que se siente incómodo. Cuando llevas tanto tiempo casada aprendes a distinguir esas pequeñas señales.

—No pasa nada —le aseguro—. Creo que es algo bonito.

—¿Lo dices en serio?

Ahora le toca a él sorprenderse. Siempre he preferido que trabaje todo lo posible en el sector privado; esa sofisticación me resulta tranquilizadora, alejada de la mundana suciedad del trabajo duro. He intentado convencerlo para que monte una consulta en Harley Street, que es donde debería estar, donde tendríamos más tiempo para nosotros. Es muy bueno en su trabajo, todos lo dicen. Siempre lo ha sido, y debería estar en lo más alto. Sin embargo, esto me conviene. Nos convendrá a los dos.

—De todos modos, estaba pensando en redecorar. Será más sencillo sin tenerte encima.

Sonrío para asegurarme de que sepa que bromeo. No sugiero la idea de

buscarme un trabajo. Al fin y al cabo, ¿por dónde empezaría? Llevo años sin trabajar y, sin duda, en el último puesto no me darían una carta de recomendación.

—Eres un buen hombre, David —le digo, aunque me cuesta y me suena a mentira—. De verdad.

Entonces, la atmósfera se paraliza, el ambiente se carga de repente en el cuarto, y los dos sentimos que el pasado se anquilosa de nuevo entre nosotros.

—Bueno, iré a tomarme una de estas —le digo—. Te dejo con lo tuyo.

Mantengo la sonrisa pintada en la cara mientras me alejo y finjo no percatarme de que, de repente, nos sentimos incómodos; pero a pesar de llevar en una mano las pastillas que no tengo intención de tomar, camino con energía renovada. Un móvil y una tarjeta de crédito. Parece Navidad.

## Louise

El domingo por la tarde ya he abandonado toda esperanza de disfrutar de un «fin de semana liberador para mí sola» y no hago más que mirar el reloj a la espera del regreso de Adam. Me tomé una copa con Sophie después del trabajo, el viernes, y la hice reír un poco más con el *jefegate*, como ella lo llama, aunque me daba cuenta de su alivio al enterarse de que no había sucedido nada más. «Donde tengas la olla, no metas la polla», fue lo que me dijo. Estuve a punto de señalar que ella siempre se acostaba con los amigos o los clientes de Jay, pero decidí callarme. De todos modos, no podía quedarse mucho rato, así que, tras dos copas de vino, me despedí de ella con sumo gusto. Empezaba a cansarme de lo mucho que le divertía mi situación.

Lo que ocurre con las parejas es que, aunque no sean tan engréidas como creen los solteros, sí que caen en la rutina de salir tan solo con otras parejas. Nadie quiere que un impar le descuadre los números. Lo recuerdo. Ian y yo éramos así. Y, de todos modos, a medida que te haces mayor, todo el mundo se va casando; y los que no se han casado se vuelven locos con las citas para volver a encajar en el molde. A veces me da la impresión de que todos se han emparejado menos yo.

El sábado me encargué de las tareas de la casa con la radio a todo volumen para intentar que pareciera algo divertido, en vez de un rollo; después vi la tele, pedí pizza, bebí vino y fumé demasiado; y luego me odié por mis excesos. Lo que me había sonado tan disoluto al planearlo, de repente se volvía lamentable al vivirlo.

También fracasé en mi determinación de no pensar más en David. ¿Qué habían hecho el fin de semana? ¿Habrían jugado al tenis? ¿Habrían salido a su jardín, que sin duda era perfecto, para beber cócteles y reír juntos? ¿Habría pensado en mí? ¿Tenía alguna razón para hacerlo? Quizá su matrimonio no fuera bien. Todas esas ideas me daban vueltas por la cabeza sin parar mientras veía la tele a medias y bebía demasiado vino. Tenía que olvidarme de él, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Ambas noches caminé dormida, y el domingo a las cuatro de la mañana me desperté en la cocina, con el grifo del agua fría abierto, más cerca de la puerta del balcón de lo que me habría gustado. Me quedé en la

cama hasta las diez, me comí los restos de la pizza para desayunar, y me obligué a salir para hacer la compra de la semana en Morrisons antes de sentarme en casa a esperar a que llegara Adam y llenara el piso de vida.

Adam llega por fin a las siete pasadas. Tengo que contenerme para no salir corriendo hasta la puerta y, cuando pasa junto a mí como un torbellino, el ruido y la energía que desprende me alegran el corazón. A veces me agota, pero es mi niño y es perfecto.

—Nada de jugar —le digo mientras él se me enreda en las piernas—. Ve a llenar la bañera, que ya es casi la hora de irse a la cama.

Él pone cara de hartazgo y gruñe, pero se va arrastrando los pies camino del cuarto de baño.

—Adiós, hijo.

—¡Gracias, papá! —le grita Adam con la mochila medio caída y un dinosaurio de plástico en alto—. ¡Nos vemos la semana que viene!

—¿La semana que viene? —pregunto.

Estoy algo desconcertada; Ian baja la vista, lo que me permite ver por un instante su creciente calva. Espera a que nuestro hijo no pueda oírnos.

—Sí, quería hablar contigo del tema. Verás, a Lisa le han ofrecido una casa en el sur de Francia durante un mes. Sería una tontería desperdiciarla.

—¿Y el trabajo?

Me siento como si me hubieran pegado una bofetada en la cara.

—Puedo trabajar desde allí un par de semanas y tomarme las otras dos de vacaciones. —Empieza a ruborizarse, como cuando me dijo que me dejaba—. Lisa está embarazada —me suelta—. Ella... Los dos creemos que sería una buena forma de que estrechara lazos con Adam antes de que venga el bebé. No puede llegar a conocerlo bien si lo ve cada dos fines de semana. También es por él. No quiere que se sienta desplazado. Ni yo.

No he oído más que ruido blanco desde que ha pronunciado la palabra *embarazada*. Lisa es relativamente nueva, un nombre impreciso en mi cabeza en vez de una persona completa que está destinada a formar parte de mi vida para siempre. Solo lleva por aquí unos nueve meses. Dado el historial de Ian desde nuestro divorcio, suponía que se le estaba acabando el tiempo. Recuerdo vagamente que me había contado que esta era distinta, pero no me lo había tomado en serio. Me equivocaba. Lo es.

«Van a formar una familia de verdad».

La idea es como un cuchillo clavado en mi corazón, que de repente se ha vuelto amargado y negro. Vivirán en una casa de verdad. Lisa cosechará los beneficios de la continua escalada de Ian por la pirámide empresarial. Mi pisito me asfixia. Estoy siendo injusta, lo sé. Ian paga mi hipoteca y jamás ha discutido

conmigo por dinero. Aun así, el dolor está arrollando a mi cerebro racional, y la idea de que me quiten a Adam todo el verano para sumarlo a su perfecta imagen de la felicidad me hace verlo todo rojo, como si me hubiera estallado el corazón y toda la sangre me hubiera subido hasta los ojos.

—No —escupo la palabra—. No va a ir.

No lo felicito. No me importa su nuevo bebé. Solo me importa el mío, que ya está creciendo.

—Venga, Lou, esto no es propio de ti.

Se inclina sobre el marco de la puerta, y por un momento lo único que veo es su barriga abultada. ¿Cómo es posible que él haya encontrado a alguien nuevo, a alguien nuevo de verdad, y yo no? ¿Por qué soy yo la que se queda sola y vive sus días en una especie de aburrido *remake* de *Atrapado en el tiempo*?

—Se lo pasará genial —sigue diciendo Ian—. Lo sabes. Y tú tendrás algo de tiempo para ti.

Pienso en las últimas cuarenta y ocho horas. Tiempo para mí no es lo que necesito en estos momentos.

—No. Y deberías haber hablado primero conmigo.

Estoy a punto de dar un pisotón en el suelo y sueno como una cría, pero no puedo evitarlo.

—Lo sé, lo siento, se me escapó. Al menos, piénsatelo, ¿vale? —Parece dolido—. Son las vacaciones escolares. Sé que te resultan complicadas. No tendrás que preocuparte de buscar dónde dejarlo mientras trabajas y te dará un respiro. Puedes salir por ahí cuando quieras. Conocer gente nueva.

Se refiere a conocer a un hombre. Ah, bien, justo lo que necesitaba este fin de semana: que mi exmarido infiel me tenga lástima. Es la gota que colma el vaso. Ni siquiera vuelvo a decir que no, sino que le cierro la puerta en las narices y lo obligo a retroceder de un salto para no tragársela.

Llama dos veces a la puerta después de eso, pero no hago caso. Me siento enferma y perdida. Estoy enfadada. Y lo peor de todo es que me da la sensación de que no tengo derecho a nada de eso. Seguro que Lisa es una persona muy agradable. Ian se merece ser feliz. Ni siquiera se me había ocurrido que yo no lo fuera hasta ese estúpido beso de borrachos. Apoyo la cabeza en la puerta y resisto el impulso de golpeármela con fuerza contra ella para recuperar la sensatez.

—¿Mamá?

Me vuelvo. Adam se asoma desde la sala de estar, incómodo.

—Entonces, ¿puedo ir a Francia?

—Te he dicho que llenes la bañera —le suelto, de nuevo rabiosa.

Ian no tenía derecho a mencionarle las vacaciones a Adam antes de hablar

conmigo. ¿Por qué siempre me toca ser la progenitora mala?

—Pero...

—Bañera. Y no, no puedes ir a Francia, y se acabó.

Mi niño, convertido de repente en una bolita de rabia pura, me lanza una mirada de odio, ya que esas palabras han reventado la burbuja de su emoción.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

—Eso no es una razón. ¡Quiero ir!

—Es razón de sobra. Y se acabó la discusión.

—¡Es una razón estúpida! ¡Eres estúpida!

—No me hables así, Adam. Ahora llena la bañera. Te quedas sin cuento antes de dormir.

No me gusta cuando se comporta así. No me gusta cuando me comporto así.

—¡No quiero un cuento! ¡Quiero ir a Francia! ¡Papá quiere que vaya! ¡Eres mala! ¡Te odio!

Entonces me lanza el dinosaurio de plástico que lleva en la mano antes de salir hecho un basilisco hacia el cuarto de baño. Oigo el portazo. No soy la única que sabe hacerlo con efecto. Recojo el dinosaurio y veo la pegatina del Museo de Historia Natural en el pie.

Eso me hace sentir peor, porque llevo un siglo prometiéndole que iríamos y todavía no lo he cumplido. Cuando eres el progenitor a tiempo completo hay muchas cosas que no cumples.

Su baño es corto y ninguno de los dos lo disfruta. Él hace caso omiso de mis intentos por explicarle por qué creo que las vacaciones no son buena idea y se limita a mirarme con rabia a través de su flequillo mojado. Es como si con tan solo seis años ya supiera identificar mis mentiras. No es porque nunca haya pasado un mes fuera. No es porque crea que lo mejor sería una única semana, por si echa de menos su casa. No es porque papá y Lisa necesiten su propio espacio ahora que viene el bebé... Es solo porque no quiero perder lo único que me queda. A él. Ian no se va a quedar también con Adam.

—Odias a papá y a Lisa —gruñe mientras envuelvo su cuerpecito perfecto en una gran toalla—. Los odias y quieres que yo también los odie.

Sale en estampida hacia su dormitorio y me deja arrodillada en el suelo del cuarto de baño, con la ropa mojada, mirándolo, perpleja. ¿De verdad es eso lo que cree? Ojalá tuviera rabieta como es debido más a menudo. Ojalá gritara, llorara y rabiara en vez de enfurruñarse y después escupir estas hirientes verdades. «Los niños y los borrachos...».

—¿Quieres *Harry Potter*? —le pregunto cuando termina de ponerse el pijama y la toalla ya está colgada en el baño para secarse.



—No.

—¿Estás seguro?

No me mira, pero se aferra con fuerza a su oso. Con demasiada fuerza. Tanto dolor y rabia contenidos... Su rostro es la viva imagen del enfado. Solo le falta hacer un mohín sacando el labio inferior.

—Quiero ir a Francia con papá. Quiero comer caracoles. Y nadar en el mar. No quiero quedarme aquí para ir a la escuela de verano mientras tú te pasas el día trabajando.

—No me paso el día trabajando.

Su rabia me escuece tanto como sus palabras porque hay cierta verdad en ellas: no puedo tomarme días libres para pasarlos con él como hacen otras madres.

—Casi todo el día.

Resopla un poco y se pone de lado, de espaldas a mí. Todavía tiene agarrado con fuerza al oso, que se asoma por encima de su pequeño hombro para mirarme casi como si se disculpara.

—No quieres que vaya porque eres mala.

Me quedo mirándolo un momento con el corazón en un puño. Es verdad. Es todo verdad. Adam se lo pasaría genial en Francia, serían cuatro semanas de nada y me haría la vida más fácil en muchos sentidos. Sin embargo, la idea me sigue atravesando las entrañas como un cuchillo: más fácil, sí, pero también más vacía.

A pesar de la gélida frialdad con la que me da la espalda, me inclino para besarle la cabeza sin hacer caso de la tensión de su cuerpo al darse cuenta. Absorbo este maravilloso olor a limpio, tan suyo. Me recuerdo que siempre seré su madre y que Lisa nunca podrá reemplazarme.

—Me lo pensaré —le digo en voz muy baja desde la puerta antes de apagar la luz.

Dejarlo marchar es lo correcto, lo sé, pero saberlo no evita que tenga ganas de llorar mientras me sirvo una copa de vino y me tiro en el sofá. Un mes entero. En ese tiempo pueden cambiar tantas cosas... Adam se pondrá más alto, sin duda. Se agotará otro poquito esta maravillosa época en la que todavía quiere acurrucarse contra mí, darme la mano y disfrutar siendo mi bebé. En un abrir y cerrar de ojos se convertirá en un adolescente, y el comportamiento de esta noche no es más que un adelanto de lo que está por venir. Después crecerá, se marchará y se montará su propia vida, mientras que lo más probable es que yo siga en este piso de mierda, apañándomelas a duras penas en una ciudad que no puedo permitirme, con tan solo un puñado de amigos a tiempo parcial. Sé que me doy tanta pena que lo exagero todo, que en realidad sigo intentando procesar

la palabra *embarazada* y cómo afectará a mi vida. Creía que Ian no tendría más hijos. En realidad, ni siquiera le interesó demasiado el tema la primera vez.

«Fui su esposa de prueba —pienso, dándome cuenta de repente—. Adam y yo fuimos su familia de prueba. Cuando termine de urdirse la historia de su vida, no seremos más que los primeros hilos, no el color».

Es una idea extraña y triste, y no me gustan las ideas extrañas y tristes, así que bebo más vino y empiezo a planificar actividades divertidas para esas cuatro semanas sola. Podría pasar fuera un fin de semana. Empezar a correr. Perder los tres kilos que se me han acumulado en la tripa y los muslos. Ponerme tacones altos. Transformarme en alguien nuevo. Son muchas cosas para un único mes, pero estoy dispuesta a intentarlo. O, al menos, estoy dispuesta a intentarlo ahora que llevo dentro media botella de Sauvignon Blanc. Antes de cambiar de idea, envió un mensaje de texto a Ian para darle el visto bueno a las vacaciones. Adam puede ir. Me arrepiento casi al instante, aunque no tengo alternativa, la verdad: mi niño me lo echará en cara si le digo que no, y no puedo evitar que también forme parte de esa otra familia. Intentar quedármelo para mí sola no servirá más que para alejarlo. Me siento más fuerte cuando estoy achispada; ahora mismo, todo me parece una buena idea.

Más tarde, me despierto a oscuras junto a la cama de Adam. Respiro en rabiosos jadeos mientras el mundo se vuelve a ordenar a mi alrededor. Está profundamente dormido, con un brazo sobre el maltrecho oso Paddington. Me quedo mirándolo un momento y dejo que su calma se convierta en la mía. ¿Qué le pareceré cuando se despierte? ¿Una loca desconocida con la cara de su madre? Es un crío que nunca ha sufrido pesadillas, así que tiene que resultarle inquietante, por mucho que lo niegue.

Quizá deba recibir terapia en condiciones para mis terrores nocturnos. Quizá lo haga, algún día. «¿Me tumbo en el sofá, doctor? ¿Le apetece tumbarse conmigo? Ah, no, por supuesto, está usted casado. Puede que lo mejor sea hablar de sus problemas».

Ni siquiera consigo sonreír. Adam pasará un mes fuera. Lisa está embarazada. El mundo me deja atrás. Me cobijo entre las sábanas, que están algo húmedas de sudor, y me digo que tengo que ser fuerte, que hay situaciones peores en esta vida. Al menos, lo que ocurrió con David demuestra que todavía quedan hombres que me resultan atractivos. Y, lo más importante: que todavía quedan hombres a los que les resulto atractiva. Hay que mirar el lado positivo de las cosas y tal.

A pesar del discurso motivacional de medianoche, y de la alegría y el amor que

veo en el rostro de Adam cuando le cuento que se va a Francia, sigo sintiéndome fatal cuando lo veo correr entre la melé de niños a las puertas del colegio sin tan siquiera volverse una vez para mirarme. En circunstancias normales, me alegraría; me gusta que sea un niño tan seguro de sí mismo. Sin embargo, que hoy me olvide de inmediato me parece simbólico, como una representación de mi futuro: los demás corriendo hacia delante mientras yo permanezco al otro lado de las puertas y los saludo con la mano, aunque ellos no se vuelvan para mirarme y me dejen atrás, sola. Me quedo pensándolo un minuto, pero es tan pretencioso que al final me río de mí. Adam se ha ido a clase como hace casi todos los días. ¿Qué más da que Ian sea feliz? Que él lo sea no quiere decir que yo no pueda serlo. Aun así, la palabra *embarazada* es como un peso muerto que no puedo sacarme del corazón, y estoy tan cansada que me escuecen los ojos; anoche no logré seguir durmiendo.

Rodeada de los chillidos y las risas de los niños, y de la cháchara de las mamás del norte de Londres, desearía tener que ir hoy a trabajar, a pesar del «tema de David». Repaso la lista de quehaceres mundanos que debo terminar antes de que acaben las horas lectivas y no me sorprende comprobar que la idea de fregar la bañera no me levanta el ánimo. A lo mejor debería comprarle a Adam un bañador nuevo y ropa de verano para su viaje. Seguro que Ian ya tiene, pero me gustaría participar de algún modo en esas vacaciones familiares de las que no formo parte.

Aunque se me pasa por la cabeza regalarle a Lisa ropa para el bebé, es demasiado pronto para eso; su nuevo bebé no tiene nada que ver conmigo. Y, además, ¿por qué iba a querer ella nada que proceda de la exmujer? De la madre del primer hijo. De la relación imperfecta. ¿Qué le habrá contado Ian sobre mí? ¿Con qué cantidad de culpa me habrá hecho cargar?

Una vez que Adam ha desaparecido dentro, agacho la cabeza y salgo a toda prisa para no verme atrapada en ninguna conversación sobre las vacaciones de verano con las otras madres; además, estoy desesperada por fumarme un cigarrillo y quiero doblar la esquina antes de encenderlo. Seguro que, de todos modos, me huele la ropa a tabaco, pero prefiero no enfrentarme al juicio de la puerta del cole.

Siento la colisión antes de darme cuenta de que me he chocado con alguien: una repentina sacudida de la cabeza, el golpe de un cuerpo contra el mío, un grito de sorpresa, y trastabillar marcha atrás. Mantengo la vertical, aunque la otra mujer no. Primero le veo los zapatos, los pies enredados en el suelo: unos delicados taconcitos color crema. Sin rozaduras. Me pongo en piloto automático y la agarro para intentar ayudarla a levantarse.

—Lo siento mucho, no miraba por dónde iba —le digo.

—No, es culpa mía —murmura con una voz que se alza en el aire como hilos de azúcar moreno—. No estaba mirando.

—Pues entonces somos las dos idiotas —afirmo, y sonrío.

Se levanta y me doy cuenta, horrorizada, de quién es esta mujer de figura alta y grácil. Es ella.

—Eres tú —le digo.

Las palabras me salen antes de poder detenerlas. Mi mañana ha ido de mal en peor a pasos agigantados, y me arde el rostro. Me mira, desconcertada.

—Lo siento, creo que no nos conocemos.

Aprovecho que una pequeña manada de carritos de bebé sale del colegio para ocultar mi vergüenza y, una vez que han pasado de largo, ya he conseguido esbozar lo que espero que sea una sonrisa genuina.

—No, es verdad. Pero trabajo para su marido. A tiempo parcial, al menos. He visto su fotografía en el escritorio.

—¿Trabajas con David?

Asiento con la cabeza. Me gusta que diga *con* en vez de *para*.

—Acabo de dejarlo allí y me apetecía pasear un rato —dice ella—. El mundo es un pañuelo, supongo.

Entonces sonrío y, madre mía, es que es preciosa. El breve vistazo que le eché en la consulta no le hacía justicia (aunque en aquel momento huía al servicio, presa del pánico), y esperaba que simplemente fuera fotogénica. Pero no. A su lado me sentía como un torpe saco de patatas; me metí un mechón de pelo detrás de la oreja, como si eso fuera a ponerme presentable así, de repente.

Llevo unos vaqueros viejos, una sudadera con capucha y una mancha de té en la manga, y ni siquiera me he acercado el rímel a la cara antes de salir del piso. Ella parece chic sin pretenderlo, con un recogido informal y un fino jersey verde encima de unos pantalones de lino verde pálido. Un espectáculo en tonos pastel que a cualquiera le quedaría cursi, pero no a ella. Debería estar navegando en yate por el sur de Francia. Es más joven que yo, puede que ni siquiera haya cumplido todavía los treinta, aunque tiene aspecto de adulta, mientras que yo parezco un espantapájaros. David y ella deben de hacer una bonita pareja.

—Me llamo Adele —dice; hasta su nombre es exótico.

—Louise. Perdona mi aspecto. Las mañanas siempre son una carrera, y cuando no estoy trabajando prefiero pasar media hora más en la cama.

—No seas tonta, estás bien. —Vacila un segundo, y estoy a punto de anticiparme a ella, ya que presiento que busca el modo de despedirse y seguir con su día, cuando añade—: Mira, ¿te apetecería tomar un café? He visto uno en esa esquina, estoy segura.

No es buena idea, lo sé. Sin embargo, me mira con tal cara de esperanza que

me dejo llevar por la curiosidad. Se trata de la mujer del hombre del bar. David está casado con esta bella criatura y, aun así, me besó. Mi lado sensato me dice que ponga una excusa y me vaya, pero, por supuesto, no es lo que hago.

—Me encantaría, aunque en ese sitio no. Estará lleno de mamás dentro de diez minutos, y preferiría ahorrármelo. A no ser que le guste el café acompañado por un coro de bebés llorones y leche materna.

—No, creo que no —responde entre risas—. Tú primero, te sigo.

Acabamos en el patio del Costa Coffee con sendos capuchinos y unas porciones de tarta de zanahoria que Adele ha insistido en comprar. Son casi las diez, así que el frío de la mañana se dispersa para dar paso al cálido sol; entorno un poco los ojos porque brilla bajo por encima del hombro de mi acompañante. Enciendo un cigarrillo y le ofrezco otro, pero no fuma. Claro que no fuma. ¿Por qué iba a hacerlo? No parece importarle que lo haga yo, y mantenemos una educada conversación sobre su adaptación a la zona. Me cuenta que su nueva casa es preciosa, aunque está pensando en redecorar algunos de los cuartos para alegrarlos un poco, y que pretendía acercarse a elegir algunas muestras de pintura esta mañana. Me cuenta que se ha muerto su gata, lo que no es una bonita forma de empezar, pero que ahora que David está en el trabajo empiezan a organizar su rutina diaria. Me dice que sigue intentando ubicarse, acostumbrarse al barrio nuevo. Todo lo que sale por su boca es encantador, aderezado con un toque de arrebatadora timidez. Es cautivadora. Esperaba de todo corazón que fuera horrible o malintencionada, pero no lo es. Me siento fatal por lo de David y debería desear encontrarme a cien kilómetros de ella. Sin embargo, me resulta fascinante, la clase de persona a la que no puedes dejar de mirar. Un poco como su marido.

—¿Tienes amigos en Londres? —le pregunto.

Me parece una apuesta segura, ya que casi todo el mundo tiene viejos amigos acechando en la capital: conocidos semiolvidados del instituto o la facultad que te han añadido a Facebook. Aunque no sea tu ciudad natal, es donde acaba todo el mundo.

—No —responde negando con la cabeza y encogiéndose un poco de hombros mientras se mordisquea un momento el labio inferior y aparta la vista—. La verdad es que nunca he tenido demasiados amigos. Hace tiempo tuve un amigo muy cercano... —Deja la frase en el aire y, por un instante, me da la impresión de que no recuerda que estoy aquí; entonces vuelve a mirarme a los ojos y sigue hablando sin terminar la historia—. En fin, ya sabes, la vida.

Se encoge de hombros. Pienso en mis reducidas amistades y comprendo a lo que se refiere: los círculos se reducen a medida que creces.

—He conocido a las mujeres de los socios y parecen agradables —continúa—,

pero son casi todas bastante mayores que yo. Más de una me ha comentado la posibilidad de ayudarlas en sus obras benéficas.

—Aunque estoy a favor de las obras benéficas, no es lo mismo que echar un rato en el pub.

Hablo como si mi vida estuviera repleta de noches en el pub, en vez de pasarlas en casa sola, e intento no pensar en mi última noche fuera. «Has besado a su marido —me recuerdo—. No puedes ser su amiga».

—Gracias a Dios que te he encontrado —dice, y sonríe antes de darle un bocado a la tarta.

Come con deleite, así que no me siento tan mal cuando ataco la mía.

—¿Estás pensando en buscar trabajo? —le pregunto.

En parte es por egoísmo: si quiere trabajar con su marido, estoy jodida.

—No. La verdad es que nunca he tenido un trabajo en serio, salvo por unas semanas en una floristería, hace años, y salió fatal. Seguro que te suena un poco estúpido, y sé que es raro y un poco embarazoso, pero, bueno... —Vacila un momento—. Bueno, de joven pasé por una época problemática, me sucedieron algunas cosas que debía superar y tardé un tiempo, y ahora no sabría ni por dónde empezar a buscarme una profesión. David siempre ha cuidado de mí. Tenemos dinero, y si consiguiera un trabajo me sentiría como si se lo robara a alguien que sí que lo necesita y que seguramente lo haría mejor que yo. Creía que en algún momento seríamos padres, pero no ha pasado. Al menos, todavía no.

Oír su nombre de boca de Adele me resulta raro. Aunque no debería serlo, lo es. Espero que no esté a punto de decirme que se esfuerzan mucho por formar una familia, porque sería lo que me faltaba para volverme loca esta mañana. Sin embargo, cambia de tema, y me pregunta por mi vida y por Adam. Me alivia hablar de algo que no está relacionado con David ni con embarazos, y acabo contándole la historia resumida (y no tan resumida) de mi vida, como siempre hago (demasiado sincera, demasiado pronto), de modo que lo peor suene gracioso y lo mejor, más gracioso todavía, y Adele se ríe mientras yo fumo y gesticulo repasando mi matrimonio, mi divorcio, mi sonambulismo, mis terrores nocturnos y la diversión que supone ser madre soltera, todo ello a través de cómicas anécdotas.

A las once y media, después de dos horas que han pasado volando, nos interrumpe la melodía de un viejo Nokia, y Adele se apresura a sacar el móvil de su bolso.

—Hola —dice mientras mueve los labios para disculparse conmigo en silencio—. Sí, estoy bien. He salido a buscar muestras de pintura y he parado a tomarme un café rápido. Sí, lo compraré también. Sí, estaré en casa para

entonces.

Es David, tiene que serlo, ¿con quién iba a estar hablando, si no? Procura ser breve y mantiene la cabeza agachada mientras habla en voz baja, como si estuviera en un tren y todos pudieran oírla. Hasta que acaba no me doy cuenta de que no me ha mencionado, lo que parece un poco raro.

—Eso no es un móvil —comento mientras observo el ladrillito negro—, es una reliquia de museo. ¿Cuántos años tiene?

Adele se ruboriza, no a rodales, sino con un intenso tono rosado que le sube por la piel tostada.

—Cumple su función. Oye, podemos intercambiar números. Estaría bien repetir.

Está siendo amable, por supuesto, así que le doy mi número y ella lo graba con cuidado en el móvil. No volveremos a quedar; somos demasiado distintas. Después de la llamada habla menos y empezamos a recoger las cosas para marcharnos. No puedo dejar de mirarla, es una criatura frágil y etérea de movimientos delicados y precisos. Incluso después de caerse en plena calle, está impecable.

—Bueno, encantada de haberte conocido —le digo—. Intentaré no tirarte al suelo la próxima vez. Buena suerte con la redecoración.

Nuestro momento de intimidad ha terminado, y ahora somos semidesconocidas semiincómodas.

—Ha sido un placer —responde, y una de sus manos toca la mía, de repente—. En serio. —Un breve suspiro de vacilación—. Y te va a sonar tonto, pero... —Parece nerviosa, como un pájaro herido que revolotea en el sitio—. Pero preferiría que no le mencionaras nada a David. Lo del café. De hecho, lo mejor será que ni siquiera menciones que me has conocido. Es un poco especialito con lo de mezclar la vida familiar con la vida laboral. Le gusta... —Hace una pausa para buscar la palabra correcta—. Compartimentar. No me gustaría que... Bueno, sería más sencillo que no lo mencionaras.

—Por supuesto —respondo, aunque me sorprende.

Tiene razón, suena tonto... De hecho, no es que suene tonto, sino que es muy extraño. David es tan tranquilo y encantador... ¿Por qué le iba a importar? Y, si le importa, ¿qué clase de matrimonio es este? Lo lógico sería suponer que se alegrara de que su mujer hubiera encontrado una amiga. Sin embargo, en cierto modo me siento aliviada. Lo más probable es que también sea mejor para mí que no lo sepa. Puede que crea que soy una acosadora demente si mañana aparezco en el trabajo y le suelto que me he tomado un café con su esposa. Es lo que pensaría yo.

Sonríe, y veo que el alivio le recorre el cuerpo y le relaja los hombros, que

bajan un par de centímetros y vuelven a ser tan lánguidos como siempre.

Una vez que se ha ido y voy camino de mi piso para enfrentarme a la limpieza del cuarto de baño, se me ocurre que ha sido una suerte conocerla. Me gusta. O eso creo. Es dulce sin resultar empalagosa. Parece natural. No es tan arrogante como había supuesto por sus fotos. Quizá, ahora que la conozco, su marido no me resulte tan atractivo. Quizá sea capaz de dejar de pensar en ese beso. Me siento culpable otra vez. Es una mujer muy simpática. Pero tampoco podía contárselo, ¿no? Su matrimonio no es asunto mío. Además, lo más probable es que no vuelva a saber nada de ella.



## Adele

Se me había olvidado lo que es la felicidad. Hace tanto tiempo que todo gira en torno a la felicidad de David (cómo acabar con sus momentos de mal humor, cómo evitar que beba, cómo conseguir que me ame) que, en algún momento, mi felicidad se nubló. Ni siquiera tener conmigo a David me ha hecho feliz, y eso es algo que no creía posible.

Sin embargo, ahora mismo noto fuegos artificiales dentro, estallidos de pura alegría y color. Ahora tengo a Louise. Un nuevo secreto. Es graciosa y mordaz, un soplo de aire fresco después de los áridos vientos de la limitada compañía de infinitas mujeres de médicos. Es más guapa de lo que cree, y si perdiera tres kilos tendría una figura estupenda. No esbelta y andrógina, como la mía, sino femenina y voluptuosa. Además, es dura; otras personas buscarían compasión o lástima de haber vivido lo que ha vivido ella. Lo cierto es que es maravillosa.

Solo miro a medias las manchas de pintura que colorean la pared del dormitorio como si fueran un código de barras; hay distintos tonos de verde con nombres caros, como debe ser: Pale Eau de Nil, Vert de Terre, Verde Tunsgate, Humo Oliváceo. Ninguno de ellos tiene un nombre que insinúe de qué color se trata. Me gustan todos. Juntos, en línea, podrían ser las hojas de los árboles de un bosque. Sin embargo, no logro escoger uno, el cerebro me da demasiadas vueltas con todo lo que Louise y yo podemos hacer juntas, así que no consigo concentrarme en la decoración.

Louise solo trabaja tres días a la semana, lo que nos deja tiempo de sobra para hacer cosas de chicas. Puede que ir al gimnasio. Sin duda. Puedo ayudarla a perder esos kilos de más y a tonificarse. Quizá consiga que deje de fumar. Eso estaría bien, y no puedo permitirme que el pelo y la ropa me huelan a humo; nos descubriría. David sabría que tengo una nueva amiga y no le gustaría.

Podemos beber vino juntas en el jardín o en una de esas pequeñas cafeterías de Broadway, y beber y reír como hoy. Quiero saberlo todo sobre ella; ya me tiene fascinada. Me pierdo imaginando lo que nos vamos a divertir juntas.

Dejo mis diminutas latas de pintura y voy a prepararme una tetera de infusión de menta. Tiro una de las pastillas de David al fregadero de la cocina y abro el grifo para asegurarme de que desaparece del todo.

Saco la taza de infusión al jardín, a la luz del sol. No hace mucho de la hora de la comida, así que todavía me queda algo de tiempo hasta la siguiente llamada de David, y quiero disfrutar de no tener nada que hacer salvo saborear esta maravillosa sensación, pensar y planear. Sé que Louise no le contará a David lo de nuestro encuentro. Ella no es así. Y sabe que no nos conviene a ninguna de las dos.

Fue muy fácil dar con ella gracias al plano que trajo mi marido a casa, ya que estaba claro quién lo había ayudado a marcarlo con sus conocimientos sobre la zona. El domingo por la tarde hice de copiloto mientras conducíamos por el barrio para visitar las ubicaciones señaladas en el plano y vi que, en cuestión de un par de manzanas, las boutiques daban paso a bazares de cachivaches y escaparates tapados con tablones. Los pasos subterráneos por los que no iría nadie en su sano juicio, salvo los yonquis. Los grupos de edificios desvencijados que estaban a dos o tres kilómetros de nuestra maravillosa casa. También vi el colegio de primaria con las flores de vivos colores pintadas en las paredes. Leí la nota que había garabateado David junto a la marca.

Después de eso, fue muy fácil.

Dos desconocidas que se chocan.

No sospechó nada.

## Entonces

David lleva al menos diez minutos esperando al teléfono cuando la encuentran en lo más alto de un árbol, junto al lago, riéndose con Rob. El rostro pálido y fofo de la enfermera Marjorie contempla con horror cómo hacen equilibrios entre las ramas, tan campantes, mientras ella les grita que bajen inmediatamente. Adele no necesita más incentivos (el corazón se le acelera al pensar en hablar con David), y Rob masculla algo irónico sobre seguros y clientes que se matan de una caída, antes de fingir que se resbala en la basta corteza y arrancarle a Marjorie un chillido que va en contra de la calma que se predica en Westlands.

Se ríen de ella como críos traviesos, aunque Adele ya baja a toda prisa sin importarle que se le haya levantado la camiseta y se esté arañando la barriga. Corre a toda velocidad por la hierba para entrar en la casa sin frenar en los pasillos. Está ruborizada y le brillan los ojos. David la espera. Es como si hubiera pasado una eternidad desde su última llamada.

En el centro están prohibidos los móviles, tienen que controlar el contacto con el mundo exterior y, de todos modos, es probable que no haya señal, pero David llama al fijo con frecuencia. Sin embargo, esta semana ha estado de nuevo en el hospital por el brazo. Cuando Adele llega al despachito y coge el viejo teléfono de la pared, el reloj que su novio no puede ponerse le cuelga de la muñeca como una gruesa pulsera. Le da igual que sea demasiado grande y masculino para ella: llevar su reloj la ayuda a sentirlo a su lado.

—¡Hola! —exclama sin aliento mientras se aparta el pelo de la cara.

—¿Dónde estabas? —pregunta él. La recepción es mala y suena muy lejano —. Empezaba a pensar que habías huido o algo así.

A pesar de decirlo en tono de broma, se nota la preocupación que bulle debajo. Adele se ríe y percibe la silenciosa sorpresa de él en su aliento, al otro lado de la línea: no se reía con él desde que sucedió.

—No seas tonto, ¿adónde iba a huir? Son todo páramos. Y vimos *Un hombre lobo americano en París*, ¿recuerdas? No pienso vagar yo sola por estos interminables brezales; ahí fuera podría haber cualquier cosa. ¿Cómo te ha ido en el hospital? ¿Te van a hacer un injerto de piel?

—Eso dicen. En cualquier caso, ya no me duele. Lo peor era por los bordes, y

eso se ha calmado mucho. No te preocupes por mí, concéntrate en mejorar y volver a casa. Te echo de menos. Podremos empezar de nuevo; lejos de todo, si quieres.

—Y casados —añade ella, sonriendo—. Tenemos que hacerlo en cuanto podamos.

Como dice Rob, ¿por qué no iba a ser feliz? ¿Por qué debía sentirse tan mal por ser feliz? «No te puedes prometer con diecisiete años —le había dicho su padre—. Con diecisiete años todavía no sabes lo que quieres. Y él es demasiado mayor. ¿Qué clase de chico de veintidós años quiere salir con una adolescente?».

No obstante, su padre se equivocaba. Adele quería a David desde que tenía uso de razón. Estaba todo allí, en sus ojos azules, desde el primer momento en que se había mirado en ellos. Su madre nunca decía gran cosa, salvo para comentar que «están a punto de desahuciarlos de la granja por culpa del borracho de su padre, que ha conseguido arruinarlo todo y que ni siquiera ha conservado a su esposa, así que el chico se va a quedar sin un penique, y tiene “malos genes”». Había muchas formas de decir que «no es lo bastante bueno para nuestra perfecta niñita» sin decirlas de verdad. Quizá todo lo que había dicho su madre fuera cierto, pero Adele sabía que no tenía nada que ver con quién era David en realidad. Nunca tuvo nada que ver.

Lo amaba cuando era una niña de ocho años y jugaba en el campo mientras lo veía trabajar, y lo ama ahora. Va a ser médico. Ya no tendrá que preocuparse por cómo pagar los préstamos de estudiante: será su marido, y ella lo ha heredado todo. Ha dejado de importar que sus padres no lo aprobaran, y no piensa sentirse culpable por ello. Ellos se han ido y, como dice Rob, desear haberse ido con ellos no va a solucionar nada; solo puede seguir adelante.

—Suenas bien, mejor —comenta David, algo desconcertado.

También algo preocupado, como si no confiara del todo en este aparente cambio de ánimo, lo que no es de extrañar. Adele apenas habló con él la última vez que llamó, aunque aquello había sido hacía diez días y mucho había cambiado desde entonces.

—Es que me siento mejor. Creo que tenías razón: este sitio me irá bien. Ah, y tengo un amigo —añade, como si se le hubiera ocurrido de repente—. Se llama Rob. Es de mi edad. Es muy gracioso, siempre me ayuda a reírme de la gente de aquí. Creo que nos ayudamos el uno al otro.

Está parloteando, pero no puede evitarlo; también está un poco nerviosa. Es como si, después de todo lo sucedido, ser amiga de Rob fuera traicionar a David de algún modo. Lo que es una estupidez, porque es completamente distinto. Solo porque ame a David no significa que no pueda gustarle Rob.

—Me gustaría que lo conocieras algún día. Creo que a ti también te va a

gustar.

## Adele

Tengo más energía después de su llamada de la tarde. Dice que va a llegar más tarde de lo habitual a casa, que al parecer se reúne con dos organizaciones benéficas a través de las que ayudar a algunos pacientes en recuperación.

Murmuro las respuestas correctas a sus torpes frases entrecortadas, aunque por dentro estoy pensando en lo que opinarán esos yonquis pobres en sus torres de pisos llenas de mierda cuando David (con el falso aspecto de clase media que tanto se ha trabajado durante su formación médica y que ya se le ha infiltrado en la piel como un barniz en la madera) aparezca por allí para que le hablen de sus problemas. Me imagino las risas que se echarán a su costa cuando se vaya. Aun así, es su forma de flagelarse y, además, encaja en mis planes. Ahora tengo planes. Ser consciente de ello me despierta mariposas en el estómago.

Por un momento casi siento lástima por él, pero entonces recuerdo que puede que ni siquiera sea verdad. Podría ir a emborracharse, a reunirse con alguien o lo que sea. No sería la primera vez, con nuevos comienzos o sin ellos. Me ha ocultado secretos. No tengo tiempo de comprobarlo, al menos hoy. Estoy demasiado emocionada, demasiado concentrada en otras cosas.

Le digo que he elegido algunos colores para el dormitorio y que creo que le van a gustar. Finge interés. Le digo que me he tomado las pastillas para ahorrarle el esfuerzo de preguntarlo. Creo que, si pudiera, vendría a casa para verme tragarlas, pero no le queda más remedio que aceptar mi mentira como si fuera cierta. Desea que sea complaciente. He disfrutado de estos últimos días en los que nos sentíamos casi satisfechos, por mucho que no vaya a durar, no si quiero salvar nuestro amor. No obstante, por ahora, le sigo el juego. Me ocupo de las cosas. Solo necesito ser valiente. Lo he hecho antes. Puedo volver a hacerlo.

Cuando se termina la llamada, subo de nuevo al dormitorio y pinto las franjas de colores para que sean más largas y gruesas. La luz del sol las baña y, desde el otro lado de la habitación, parecen todos los colores de un bosque. Hojas, sin duda. Tendría que haber elegido algunos marrones pálidos, también, y amarillos, pero ya es demasiado tarde. Con los verdes bastará. Miro la pared y pienso en hojas y árboles, así que él también lo hará. Quizá sea en lo único que piensa: «los árboles le impiden ver el bosque».

Me lavo las manos y me limpio las irritantes gotas secas que se me pegan a la piel antes de bajar al sótano. Los encargados de la mudanza, siguiendo órdenes de David, bajaron aquí algunas de las cajas. No me preguntó dónde las quería, aunque ya sabe que no me importa. No mucho. El pasado es el pasado. ¿Por qué pasarse la vida desenterrando tumbas? Llevo años sin mirar en estas cajas.

Bajo el suelo, lejos de las ventanas y la luz del sol, hace frío, y una única bombilla amarillenta me ilumina mientras examino las cajas para intentar encontrar la correcta. A nadie le importa el aspecto que presente un sótano; en cierto modo, la mugre y la suciedad de las paredes desnudas son las que hablan con más sinceridad del alma de una casa.

Procedo con cuidado, ya que no quiero ensuciarme de polvo la ropa; una mancha de pintura es aceptable, pero el polvo suscitara preguntas. David sabe que no me gusta tener la casa sucia, y no quiero que inquiere sobre el origen del polvo. No quiero mentirle más de lo estrictamente necesario. Lo amo.

Encuentro lo que busco apoyado contra la pared húmeda más alejada de la pálida luz, que se afana por alcanzarla: una pila de cuatro cajas más desgastadas que las otras que hemos guardado aquí abajo (cajas de un marrón reluciente con libros, viejos archivadores, esa clase de cosas), con las evidentes huellas de la edad en sus laterales hundidos y arrugados. Estas cajas son viejas, nunca hemos desembalado lo que contienen, y el cartón es más grueso y resistente. Cajas sólidas para ocultar los restos de otras vidas; todo lo que rescatamos del ala quemada de una casa.

Bajo con cuidado la de arriba y me asomo a ella. Candelabros de plata, creo. Loza. Un delicado joyero. Sigo mirando. Tardo un rato en encontrar lo que busco porque está escondido entre chismes, fotos, álbumes y libros que sobrevivieron a las llamas pero siguen oliendo a quemado. No huelen a humo. El humo tiene un olor agradable. Estas cosas huelen a algo destrozado; achicharrado y amargo. Aparto las fotos sueltas que me revolotean entre las manos, aunque en una veo de reojo mi cara; está más rellena, reluciente de juventud, y sonrío. Unos quince años. Es el rostro de una desconocida. Sin prestarle más atención, me concentro en mi búsqueda; está aquí, en alguna parte. Lo escondí donde sabía que David no miraría, entre estas reliquias que son solo mías.

Está justo al fondo, bajo toda la porquería, aunque indemne: el viejo cuaderno. Los trucos del oficio, por así decirlo. Es fino (arranqué las últimas páginas hace años porque algunas cosas deben permanecer en secreto), pero aguanta. Contengo el aliento al abrirlo, y las hojas que quedan están frías y algo deformadas, lo que les otorga la textura de crujientes hojas de otoño. La caligrafía de la primera página es cuidadosa: pulcra y subrayada. Instrucciones de otra vida.

«Pellizcarme y repetirme cada hora: “No es un sueño”».

Mientras las miro, es como si las palabras se hubieran escrito hace un momento, y nos veo sentados bajo el árbol, y la brisa es maravillosa y le arranca ondas al lago. Es algo vívido y presente, no un recuerdo de hace una década, y una punzada de dolor me atraviesa el estómago. Respiro hondo y la reprimo.

Dejo las cajas justo como las he encontrado y me llevo arriba el cuaderno, que sostengo como si fuera un frágil manuscrito antiguo que pudiera desmoronarse en las manos al incidir sobre él la luz, en vez de una libreta barata hurtada de Westlands hace tantos años. Lo escondo en el bolsillo con cremallera del exterior de mi bolsa de deporte, donde no lo verá nadie.

Es lo que necesita Louise. Estoy deseando dárselo. Ella es mi secreto, y pronto tendremos un secreto compartido.

Al final no llega tan tarde a casa, sino que aparece por la puerta a las siete y cinco. Salgo de la cocina, que huele a comida (he empleado este tiempo en preparar un delicioso curry tailandés), y lo arrastro a la planta de arriba para que vea los colores del dormitorio.

—¿Qué te parece? —le pregunto—. No me decido entre el Verde Hoja Estival de la izquierda y el Bruma Boscosa de la derecha.

Nunca sabrá que no son sus nombres reales, sino que me los he inventado sobre la marcha. Quizá me esté pasando por culpa de la emoción. De todos modos, ni siquiera estoy segura de que me haya oído: está contemplando las franjas de pintura que brillan a la moribunda luz del día. Ve en ellas todo lo que vi yo.

—¿Por qué has elegido estos colores? —me pregunta con voz monótona, controlada, muerta.

Después se vuelve para mirarme, y lo veo todo en sus fríos ojos, todo lo que se interpone entre nosotros.

«Bien», pienso, y me preparo para su rabia o su silencio, erijo mis defensas para la lucha.

«Que dé comienzo».



## Louise

David está metido en su consulta incluso antes de que llegue yo, y mientras voy a colgar el abrigo, Sue arquea las cejas y sacude la cabeza.

—Alguien se ha levantado con el pie izquierdo esta mañana.

Por un momento temo que se refiera a mí, porque debo de parecer cansada y gruñona. Mis terrores nocturnos me despertaron, y después me quedé despierta en la cama pensando en el embarazo de Lisa (todavía no puedo imaginármelo como el nuevo bebé de Ian) y en el mes que Adam va a pasar fuera, así que cuando dieron las siete ya me había tomado tres cafés, me había fumado dos cigarrillos y estaba de un humor de perros. De algún modo, el embarazo de Lisa me ha recordado las espantosas emociones de las que fui víctima cuando Ian me abandonó, y su felicidad es como una segunda traición, que sé que es estúpido, pero así lo siento de todos modos. No obstante, Sue no se refiere a mí, sino a David.

—Ni siquiera me ha dado los buenos días —sigue diciendo mientras me sirve un té—. Y eso que hasta ahora me había parecido un hombre encantador.

—Todos tenemos nuestros días —respondo—. Quizá le cueste arrancar por las mañanas.

—Pues que no venga tan temprano. Parece que te ha quitado el puesto de madrugadora.

En eso está en lo cierto. Me encojo de hombros y sonrío, aunque el corazón se me acelera: ¿le habrá contado Adele que se tomó un café conmigo? ¿Está ahí sentado diagnosticándome como una acosadora compulsiva y preparado para despedirme? Casi me estremezco de culpa. Ya se lo haya contado ella o no, yo debería hacerlo. Bastante mierda tengo ya encima como para guardarle un secreto a su mujer. No es que la conozca mucho, y él es mi jefe. Además, la verdad es que no tuve más remedio que tomarme ese café con ella; me lo pidió. ¿Qué le iba a decir? Recuerdo su cara de preocupación e incomodidad cuando me dijo que no le mencionara nada sobre el encuentro a su marido y vaciló un momento. Parecía tan vulnerable... Sin embargo, se lo tengo que contar, tengo que hacerlo. David lo entenderá. Claro que sí.

Tengo que afrontar las consecuencias y quitarme ese peso de encima, así que

en vez de echar un vistazo a las notas que Maria dejó ayer impresas tras pasarlas al ordenador, como siempre, llamo a la puerta con el corazón en un puño. La abro sin esperar respuesta y entro. Confianza. Esa es la forma de abordarlo.

—Tengo que...

—¡Mierda! —ladra él, cortándome.

Está tirando de la gruesa tapa de papel de aluminio de una lata de café caro (no el normal de la clínica, sino uno que se ha traído de casa) y, al volverse, una lluvia marrón cae sobre la superficie del armario del café.

—¡Hostia puta! ¿Es que no sabes llamar?

No estoy segura de haber visto antes a alguien echar chispas por los ojos, pero ya sí. Su tono es tan agresivo y rabioso que es como si me hubiera dado una bofetada.

—Lo he hecho —mascullo—. Lo siento, iré a por un trapo.

—Ya lo hago yo —me suelta mientras saca unos pañuelos de papel de la caja que tiene sobre el escritorio—. Con un trapo húmedo será peor.

—Al menos no ha caído en la moqueta —comento intentando sonar alegre—. Cafetera y cuenta nueva.

—¿Querías algo?

Entonces se me queda mirando y es como un desconocido. Frío. Distante. Sin nada de su encanto y calidez habituales. Se me disparan los nervios y noto un nudo en la garganta. Ahora no puedo contarle lo del café con Adele, no mientras esté de este humor. No recuerdo la última vez que enfadé tanto a alguien sin haber hecho nada para merecerlo. ¿Es la otra cara de David? Una idea insidiosa me culebrea por el cerebro: ¿por eso mantiene Adele a sus amigos en secreto?

—Solo quería saber si necesita que le prepare el café —digo intentando mantener la cabeza alta—, pero veo que lo tiene controlado.

Me vuelvo, camino muy tiesa hasta la puerta y la cierro sin hacer ruido. Es lo más parecido a salir hecha una furia que puedo permitirme si quiero conservar mi trabajo, aunque para cuando me siento, tiemblo de rabia. No he hecho nada malo, ¿cómo se atreve a hablarme así? ¿Cómo se atreve a intimidarme así?

La culpa que sintiera antes por haberme tomado un café con su mujer se evapora mientras sigo echando humo. Total, ¿qué sucedió con David, en realidad? ¿Un estúpido beso? Eso fue todo; y cada día que pasa, más se parece a un sueño de algo que no ocurrió nunca. A una fantasía. Y Adele y yo habríamos acabado por conocernos en algún momento, en la fiesta de Navidad o algo así. ¿Qué más da que ya la haya conocido por accidente?

—Te lo dije —comenta Sue cuando se acerca a mi escritorio para dejar encima mi té olvidado—. No te lo tomes como algo personal, ya sabes cómo son los hombres: en el fondo, todos siguen siendo bebés gruñones. —Se inclina

sobre la mesa—. Sobre todo los pijos malcriados.

Me río, aunque todavía me duele cómo me ha tratado.

«Cabeza baja, Louise —me digo mientras enciendo el ordenador y doy comienzo a mi día—. De todos modos no vas a volver a saber de Adele, y David no es más que tu jefe».

La familia Hawkins llega por la tarde, y resulta obvio que el paciente de veintiún años, Anthony Hawkins, no quiere estar aquí. Sus padres son una estoica pareja de cincuentones de clase media alta a los que una nube de aromas acompaña en su entrada: polvos caros para el rostro, colonia, perfume. Visten bien: él lleva traje; y ella, perlas con blusa y falda de diseño, pero noto el cansancio que se le acumula alrededor de los ojos. Los conduzco a la sala de espera, que es como la sala de estar de un club exclusivo, y la mujer se sienta al borde de un sillón orejero. Su marido permanece de pie, con las manos en los bolsillos, y me da las gracias en voz muy alta. A pesar de toda su arrogante afabilidad, tiene tantas ganas de estar aquí como su hijo.

Anthony Hawkins es delgado, demasiado delgado, no deja de moverse, y sus ojos, rebosantes de una rabia defensiva muy primaria, parecen poco estables en sus cuencas. Son como esos ojos temblones de algunos muñecos infantiles, que se sacuden un poco sin enfocarse nunca, o al menos sin enfocarse en nada que podamos ver los demás. A mí no me mira en ningún momento. Aunque no supiera de antemano que se trata de un adicto a la heroína, no hace falta ser un genio para imaginárselo. Anthony Hawkins es la viva imagen de la adicción. Parece a punto de estallar, pero me percato de que es miedo, sobre todo. Aun así, mantengo las distancias: el miedo no es óbice para la violencia, y siempre soy más precavida con los pacientes que vienen por orden de un juez.

—No quiero hacer esto —masculla cuando David sale para invitarlo a entrar en la consulta—. Joder, que no tengo ningún problema.

El acento de Anthony apesta a colegio privado.

—Tus padres pueden esperar aquí —dice David, que es amable pero firme; ni rastro de su anterior mal humor, aunque no me mira—. Solo será una hora. No te hará daño. —Se encoge de hombros un poco y dedica a Anthony una de esas sonrisas tan encantadoras que te dejan sin defensas—. Y, con suerte, te mantendrá lejos de la cárcel.

Entonces, Anthony se concentra en él; sus temblorosos ojos de yonqui siguen siendo suspicaces, pero lo sigue al interior de la consulta como un condenado al cadalso.

Cuando se cierra la puerta detrás de ellos, veo que la señora Hawkins deja caer los hombros y pierde su fachada de falsa fortaleza, y siento lástima por ella. Haya hecho Anthony lo que haya hecho, les ha pasado factura a sus padres, y no

hace mucho era un niño pequeño como Adam. A ojos de su madre, es probable que lo siga siendo. Les preparo un té (en las tazas de porcelana para los clientes, no en las tazas baratas para el personal) y les aseguro que el doctor Martin es un médico muy respetado. No me arriesgo a decirles que ayudará a su hijo, ya que no podemos hacer semejantes promesas, pero quería decirles algo, y percibo la gratitud en los ojos de la mujer, como si apretara mis palabras contra su pecho en busca de consuelo.

La incertidumbre del mundo me recuerda a Adam y, en un momento de paranoia maternal, de repente me preocupa que haya surgido algún problema en el colegio o en las actividades extraescolares de después y que las líneas de la clínica estuvieran ocupadas, así que pesco mi móvil del bolso para comprobar si hay llamadas. No, por supuesto, todo sigue tan bien como siempre. Sin embargo, sí que tengo un mensaje de texto. De Adele. Mierda. ¿Por qué no se lo he contado a Adam?

«Si no estás ocupada mañana, ¿quieres hacer algo? Se me había ocurrido pasar por el gimnasio. Tienen sauna y piscina, y quizá sea relajante. Puedo conseguirte un pase de un día. ¡Estaría bien ir acompañada! Un beso».

Contemplo la pantalla. Mierda. ¿Qué coño hago ahora? No me esperaba que se pusiera en contacto conmigo. Dejo los dedos suspendidos sobre las teclas. A lo mejor debería fingir que no lo he visto. Probablemente debería fingir que no lo he visto. Sin embargo, sería de mala educación, y entonces me sentiría incómoda con ambos. Mierda, mierda, mierda. Estoy a punto de enviar un mensaje a Sophie para pedirle consejo. Al final no lo hago porque sé lo que me diría y, si le cuento lo de ser amiga de Adele, ya no podré retirar mis palabras y ella querrá saber qué pasa a continuación. No quiero que mi vida se convierta en su entretenimiento.

Vuelvo a leer el texto. Debería responder. Debería aceptar la propuesta. Es decir, lo de David no fue más que un tonto de borrachos que ya ha terminado para siempre. Un error estúpido por ambas partes. Adele podría ser una nueva amiga; me da la impresión de que me necesita. Sin duda, se siente sola, esas vibraciones me llegan con claridad. Y, por mucho que me pese reconocerlo, no es la única, porque yo también me siento sola... y me aterra que esto sea todo lo que haya en mi futuro próximo: una interminable sucesión de semanas idénticas.

Las dos nos sentimos solas y, aunque ella parezca sofisticada y carismática, sabe Dios cómo es su matrimonio si él sale, se emborracha y se enrolla con otras mujeres. David me dijo que no era normal en él, pero todos dicen eso, ¿no? ¿Y qué otra cosa iba a decir? Tenemos que trabajar juntos, que es algo que ninguno

de los dos esperaba en aquel momento. Y, sí, el otro día estuvo encantador, pero hoy se ha comportado muy mal. ¿Estaría siendo simpático conmigo para que no le contara nada al doctor Sykes? Ahora que lo pienso, debería estar de parte de Adele, puesto que sé lo que es vivir con un marido que te engaña. Sé lo mucho que me destrozó enterarme y odio que ahora sea yo la posible culpable de provocar un dolor semejante.

Aunque todavía no la conozca bien, Adele es dulce. Me gusta. Y resulta agradable que alguien me mande mensajes para quedar, en vez de al revés. Debería reunirme con ella. Es lo más educado. Y, si nos llevamos bien, se lo contaré a David después. Le diré que no se lo conté cuando me encontré con ella porque él estaba de un humor de perros. Es una buena solución. Ya me siento mejor.

Solo hay un problema: ¿por qué no ha sugerido salir a comer y tomar una copa de vino en alguna parte? La idea del gimnasio me da ganas de huir despavorida. Aparte de correr detrás de Adam, hace siglos que no hago ejercicio, y el niño tiene seis años, así que ya ni siquiera lo persigo tanto. Resulta tan obvio que Adele está en forma que a su lado me voy a poner en evidencia. Ni siquiera estoy segura de tener ropa deportiva en condiciones; al menos, ninguna que me entre.

Estoy a punto de acobardarme y poner alguna excusa tonta. Sin embargo, me contengo; recuerdo la decisión que tomé el fin de semana estando medio borracha, en pleno ataque de autocompasión, de perder los kilos que me sobran cuando Adam se fuera. De vivir. Me descubro escribiendo en el móvil antes de tener tiempo de arrepentirme.

«Claro, pero estoy en muy baja forma, ¡así que no te rías de mí!».

Me siento bastante satisfecha de mí misma. Que le den a David. No estoy haciendo nada malo. La respuesta me llega enseguida.

«¡Genial! Dame tu dirección y te recojo. ¿A mediodía?».

La idea de que la maravillosa Adele entre en mi piso me revuelve las tripas casi tanto como la idea del gimnasio. «¿Puedo reunirme contigo allí?», respondo.

«¡No seas tonta! Voy en coche».

Como no tengo forma de librarme, escribo de mala gana mi dirección y tomo nota mental de ordenar y pasar la aspiradora esta noche. Es una estupidez, claro.

Soy una madre soltera que vive en Londres, así que Adele ya supondrá que no vivo en un pisazo. Aun así, sé que pasaré vergüenza. Es probable que no tanta como en el gimnasio, pero, en fin, será una prueba para nuestra nueva amistad y servirá para darle el golpe de gracia a lo que no está pasando entre David y yo. Solo es un día. Me digo que irá bien. ¿Qué puede salir mal?

La reunión con Hawkins se pasa media hora de lo previsto, aunque, cuando Anthony por fin sale de la consulta, se le nota más tranquilo. Algún tic le queda, pero es evidente que se ha relajado un poco. Mientras David charla con su familia y los acompaña a la salida, Anthony no deja de mirarlo. A pesar de que intenta ocultárselo a sus padres, observa al médico con torpe adoración. Me pregunto qué le habrá contado David para que se abra a él tan deprisa, hasta que me recuerdo, algo picada, cómo me sentí en aquel bar: este hombre consigue que te creas especial. Lo he vivido. Lo entiendo. A Anthony y yo nos pierde lo mismo, por lo que veo.

Finjo escribir una carta cuando regresa al escritorio y, aunque él también parece más calmado, como si pasar el día resolviendo los problemas de los demás lo relajara, me mantengo fría. No sé por qué he dejado que me altere, y desearía que no siguiera poniéndome nerviosa. Cuando se me acerca, me vuelvo torpe.

—He apuntado a Anthony Hawkins para otra sesión el viernes —me dice—. A la misma hora, cuatro menos cuarto. Está en el ordenador.

Asiento y pregunto:

—¿Le cobro la media hora de más que ha echado hoy?

—No, ha sido culpa mía. Una vez que ha empezado a hablar, no quería pararlo.

¿Qué pensaría el doctor Sykes de esto? Puede que David quiera trabajar de voluntario, pero esto no es una ONG ni de lejos. Lo dejo correr. Ha hecho algo bonito, y eso me desconcierta un poco: es una persona contradictoria.

A medio camino hacia su consulta, se vuelve y regresa a toda prisa.

—Mira, Louise, siento mucho haber sido tan desagradable esta mañana —dice—. Estaba de un humor de mierda y no debería haberlo pagado contigo.

Parece tan sincero... Intento seguir distante.

—No, no debería. Por otro lado, no soy más que su secretaria, así que no importa.

Hablo con más frialdad de la que pretendía, y él retrocede un poco. Bajo la vista para mirar mi trabajo mientras el corazón me golpetea en el pecho y un incómodo sudor me brota de las palmas de las manos.

—Bueno, solo quería disculparme.

De su voz ha desaparecido toda delicadeza, y vuelve a alejarse de mí. Estoy a punto de llamarlo, ya que de inmediato me arrepiento de mi hosquedad y pienso que esto es una estupidez, porque deberíamos ser amigos. Entonces recuerdo que he quedado mañana con Adele y que estoy atrapada en ese secreto que todavía no le he contado. ¿Debería confesar ahora? Me quedo mirando su puerta cerrada. No, creo que me ceñiré al plan: si me da la impresión de que la amistad de Adele seguirá adelante, se lo contaré.

Necesito un café. Necesito algo más fuerte, pero un café tendrá que bastar. ¿Cómo se me ha complicado tanto la vida?

## Adele

—Ay, qué bien sienta esto. Podría quedarme aquí dentro para siempre.

A mi lado, Louise apoya la cabeza en la madera y deja escapar un suspiro de satisfacción. Estamos sentadas en el escalón superior de la sauna, envueltas en una niebla aromática, con la piel cubierta de resbaladizas gotas de agua y sudor.

—No soy capaz de aguantar más de diez minutos, más o menos —respondo—. Eso es que te gusta el calor.

A pesar de todo, resulta agradable sentir que toda la tensión se funde y se escapa del cuerpo, que no tiene más remedio que relajarse. Han sido dos horas estupendas. Al principio, cuando llegué a su piso, Louise estuvo encantadora en su incomodidad, y me di cuenta de que no quería que entrara (tenía su bolsa junto a la puerta), pero insistí en una visita. No podía negarse, claro: la mala educación no es uno de sus muchos defectos. Lo que está bien, porque quería ver el interior.

—Es lo más parecido a unas vacaciones que voy a tener este año —murmura, y suelta una risa a medias.

Yo también he cerrado los ojos para repasar mentalmente mi catálogo de las habitaciones de su hogar: la sala de estar; una tele, un sofá color crema con una manta beis para cubrir los cojines viejos, una quemadura de cigarrillo en el brazo izquierdo; moqueta azul, robusta, a prueba de niños; el dormitorio principal, pequeño pero con espacio para una cama de matrimonio; papel pintado detrás de la cama, armario empotrado, cómoda blanca con la superficie abarrotada de maquillaje, bisutería barata enredada saliéndose por los bordes de una bolsita (seguro que de esas que dan gratis con una crema facial o un set de regalo); colgado detrás de la puerta, un camión que antes era blanco pero que ahora estaba basto y cansado de tanto lavarlo, además de lucir manchas de café o té en las mangas.

He aprendido a fijarme en los detalles. Los detalles son importantes cuando necesitas ver un lugar. Es un piso compacto. El dormitorio de Adam (ese no lo he estudiado tan a fondo) es mucho más pequeño y rebosa objetos coloridos, aunque resulta acogedor. Cálido.

—Además —sigue diciendo Louise, y ahora que estoy segura de que tengo



todo grabado en la cabeza vuelvo a prestarle atención—, esto de sentarse siempre es preferible al gimnasio. Mañana me va a doler todo.

—Y te sentirás mejor gracias a eso —añado.

—En realidad, creo que ya me siento mejor. Gracias por ayudarme. Y por no reírte.

De repente, siento cariño por ella. Lo ha hecho bastante bien, en general; al menos, lo ha intentado. He procurado no correr tan deprisa como siempre porque no quería desanimarla. Hoy lo importante era que a Louise le atrajera la idea del gimnasio, no ejercitarme, y después de pasarme casi todo el día de ayer tumbada en la cama tenía las articulaciones agarrotadas y me ha sentado bien moverme, aunque no me haya cansado tanto. Hemos hecho algo de cardio y después le he explicado las distintas máquinas de pesas, y ella las ha probado todas como una valiente mientras yo diseñaba unos cuantos circuitos para despertar el interés de sus músculos.

—¿Sabes? Me gustaría tener una compañera para ir al gimnasio —digo, como si fuera la primera vez que se me pasa por la cabeza—. ¿Por qué no vienes conmigo los días que no trabajas? —Hago una pausa, y bajo tanto la cabeza como la voz—. Y los fines de semana, si vengo sola. Ya sabes, sin David.

Entonces me mira con una mezcla de preocupación y curiosidad, sin llegar a preguntar a qué viene tanto secreto. Sé que no lo preguntará; todavía no somos tan íntimas.

—Estaría bien —responde al cabo de un momento—. Va a ser un mes muy largo. Adam se va a Francia con su padre. Sé que le irá genial y eso, y seguro que suena estúpido, porque me tiene agotada casi todo el tiempo y debería estar dispuesta a matar por la oportunidad de contar con un mes entero para mí sola, pero todavía no se ha ido y ya me siento un poco perdida. —Le sale todo de golpe—. Mañana a mediodía acaba el trimestre, así que su padre lo recoge a las cinco y media. Lo han organizado todo tan deprisa que ni siquiera he tenido tiempo de hacerme a la idea. —De repente se echa hacia delante y abre mucho los ojos—. Ay, mierda, quería pedir un día libre y se me ha olvidado. Tendré que llamar por teléfono y suplicar.

—Relájate. —Por supuesto que se le ha olvidado, tenía otras cosas en la cabeza—. Llama para decir que estás enferma. ¿Por qué vas a perder un día de sueldo?

Se le nubla la cara.

—No estoy segura. —Me mira—. Ayer tu marido estaba de un humor de perros y no quiero empeorarlo.

Me miro las rodillas.

—A veces se pone así —digo, casi incómoda, antes de alzar la vista y esbozar

una dulce sonrisa—. Pero llamar para avisar de que estás enferma no cambia nada. Y es solo un día. Significará mucho para ti y poco para ellos.

—Cierto —responde—. Puede que lo haga.

Guardamos silencio un momento, y entonces me pregunta:

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

Es una pregunta inocua. En una amistad normal, lo habría preguntado antes, pero, claro, lo que Louise y yo tenemos no es normal.

—Diez años —respondo—. Desde que cumplí los dieciocho. Lo quise en cuanto le puse los ojos encima. Era él. Lo supe.

—Eras muy joven.

—Quizá. Supongo. ¿Sabías que me salvó la vida?

—¿Que hizo qué? —A pesar del soporífero calor, he captado toda su atención—. ¿Hablas literal o metafóricamente?

—Literalmente. Fue la noche en que murieron mis padres.

—Ay, Dios, lo siento mucho.

Ahora mismo parece muy joven, con sus rubios rizos mojados apartados de la cara y chorreándole sobre los hombros, y se me ocurre que, cuando pierda unos tres kilos, cualquiera mataría por su estructura ósea.

—No pasa nada, fue hace mucho tiempo.

—¿Qué sucedió?

—En realidad no recuerdo nada sobre esa noche. Tenía diecisiete años, casi dieciocho. Estaba dormida en la casa de mis padres, en su finca del condado de Perth.

—¿Tus padres tenían una finca? ¿Una finca de verdad, en el campo?

—Pues sí. Se llamaba Fairdale House. —Noto cómo crece la fascinación que Louise siente por mí: una bella princesa herida—. Ya te dije que no necesitaba trabajar. En fin —añado, encogiéndome de hombros como si me avergonzase—, mi dormitorio no estaba cerca del suyo. Nos gustaba tener nuestro propio espacio. Al menos, a ellos les gustaba. Me querían, pero no eran lo que se dice cariñosos, si es que eso tiene sentido. Y una vez que fui lo bastante mayor me pareció bien que hubiera distancia entre nosotros: así podía poner la música al volumen que quisiera y meter a David en la casa a escondidas por la noche sin que ellos se enterasen. Todos contentos.

—¿Y?

Está pendiente de mis palabras, cautivada, aunque sé que quiere llegar al meollo de la historia: a David. Me parece bien. De todos modos, no puedo ofrecerle ningún detalle sobre el incendio: lo sé todo de segunda mano.

—En resumidas cuentas, mis padres habían tenido invitados, y la policía cree que los dos estaban bastante borrachos cuando se fueron los demás. En algún

momento de la noche empezó el incendio, que se propagó rápidamente. Para cuando David entró, sobre las dos de la mañana, llegó hasta mi dormitorio y me sacó a rastras, medio edificio estaba ardiendo. La mitad en la que vivíamos. Yo estaba inconsciente. Mis pulmones se resintieron por culpa del humo, y David sufrió quemaduras de tercer grado en el brazo y el hombro. Necesitó injertos. Creo que, en parte, por eso eligió psiquiatría en vez de cirugía: tiene los nervios dañados. A pesar de las quemaduras, intentó volver a por mis padres, pero no fue posible. De no ser por él, yo también estaría muerta.

—Vaya. Eso es asombroso. Quiero decir que es horrible, claro, pero también asombroso. —Hace una pausa—. ¿Qué hacía allí en plena noche?

—No podía dormir y quería verme. Tenía que regresar a la universidad unos días después. Supongo que fue buena suerte. En fin, intento no pensar en ello demasiado a menudo.

Sigue perdida en la historia, y creo que debe escocerle un poquito. A lo mejor se siente como una segundona. Quizá esté acostumbrada a sentirse así porque, aunque no lo sepa, irradia luz, y a la gente le gusta apagar a las personas como ella. Estoy decidida a devolverle el brillo.

—Voy a refrescarme un minuto en la piscina —le digo; con tanto hablar de fuego, el vapor se ha vuelto insoportable—. ¿Y si después nos tomamos una ensalada en el restaurante? Están estupendas. Sanas y sabrosas.

—Claro. A este ritmo me vas a meter en mis vaqueros de talla treinta y ocho en un segundo.

—¿Y por qué no?

—Sí, ¿por qué no?

Esboza una sonrisa entusiasta mientras yo salgo a disfrutar del aire fresco; estoy contenta. Me gusta Louise. De verdad.

Una vez en el agua (de un frío delicioso sobre la piel) muevo las piernas con energía, y los brazos en largas y esbeltas brazadas que atraviesan la superficie y me proporcionan parte del entrenamiento que me he perdido. Necesito el subidón que lo acompaña. Me encanta ese subidón.

Nos dirigimos a la cafetería con la cara lavada y el pelo seco, cuando levanto la vista y me encuentro con el reloj de la pared: son las dos.

—¿Es esa hora? Espera —digo, de repente presa del pánico, mientras me pongo a rebuscar en la bolsa.

—¿Estás bien? —me pregunta Louise—. ¿Te has dejado algo en los vestuarios?

—No, no es eso —respondo con el ceño fruncido, distraída—. El móvil. Se me ha olvidado el móvil. Es que no estoy acostumbrada a tener uno, pero son las

dos y si no respondo... —Ahora me toca a mí hablar a toda prisa. Levanto la vista y me obligo a sonreír. No resulta muy convincente—. Mira, ¿por qué no vamos a comer a mi casa? Las ensaladas de aquí están buenas, pero en el frigo tengo cosas ricas que compré en la charcutería, y podemos comer en el jardín.

—Bueno, no sé... —empieza, y está claro que no le hace gracia estar en mi casa..., en la casa de David.

Sin embargo, la interrumpo.

—Y después te llevo a casa. —Sonrío otra vez, intentando ser deslumbrante, genial y preciosa—. Nos lo pasaremos bien.

—Vale —responde al cabo de un momento, aunque sigue perpleja—. Vamos a ello. Pero no puedo quedarme mucho.

Me gusta: es fuerte, cálida y graciosa.

Y, además, resulta fácil manejarla.

## Louise

Intento darle conversación en el coche; le digo que solo puedo quedarme una hora, más o menos, porque Adam sale de sus actividades extraescolares y lo dejan en casa sobre las cinco, así que tengo que estar allí a las cuatro y media, como muy tarde, pero no me escucha. Aunque masculla los sonidos oportunos, no deja de mirar el reloj del salpicadero y conduce demasiado rápido para las estrechas calles londinenses. ¿Por qué tanta prisa? ¿Qué llamada importante se va a perder? Está tan preocupada que su frente es un puro surco. No se relaja hasta que entramos por la puerta principal, lo que resulta irónico, porque el acto de traspasar el umbral a mí me revuelve el estómago. No debería estar aquí. En absoluto.

—Con diez minutos de margen —dice, sonriente—. Entra.

Es una casa preciosa, absolutamente maravillosa. Suelos de madera (tablones de roble, gruesos y suntuosos, nada de tarima barata) que recorren toda la entrada, con las elegantes escaleras a un lado. Es una vivienda en la que se puede respirar. El aire es fresco, las paredes de ladrillo son viejas y robustas. Esta casa lleva más de un siglo en pie y permanecerá en pie otro siglo más.

Me asomo a un cuarto y veo que es un despacho: un escritorio junto a la ventana; un archivador, un sillón orejero; libros en las estanterías, todos de tapa dura, nada de lecturas de verano. Después descubro una bonita sala de estar, elegante y despejada. Ligera y espaciosa. Y todo está impoluto. Me late tan fuerte el corazón que me duele la cabeza. Me siento como una intrusa. ¿Qué pensaría David si supiera que he estado aquí? Una cosa es tomar café con su esposa y otra muy distinta estar en su casa. A lo mejor piensa que ambos actos son una locura. Adele también lo pensaría si supiera lo que pasó con su marido. Se odiaría por haberme invitado a su hogar, me odiaría a mí. Lo peor es que aquí, donde me siento más fuera de lugar, echo de menos al hombre del bar. No quiero que me odie. Voy a contárselo. Voy a confesar.

Dios, qué imbécil soy, no debería haber permitido que lo de Adele llegara tan lejos. Sin embargo, ¿qué se supone que debo hacer ahora? No puedo largarme sin más, así que tengo que quedarme a comer, como acordamos. Y me gusta Adele. Es dulce. Nada estirada ni fría.

—¡Aquí está!

La sigo hasta la cocina, que es tan grande como mi piso y seguramente cuesta lo mismo. Las superficies de granito despiden un brillo lustroso, y no veo ni un solo cerco ni una sola mancha de café. Adele levanta en alto el pequeño Nokia, que no parece pertenecer a esta casa tan lujosa. ¿Por qué tiene un móvil tan cochambroso? ¿Y por qué tanto pánico por llegar a casa?

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Por qué te asustaba tanto no responder la llamada? ¿Es algo importante?

—Bueno, suena tonto. —Deja caer un poco los hombros y, para evitar mirarme, se concentra en llenar el hervidor con el agua de una jarra con filtro—. Es David, le preocupa que no responda cuando me llama.

Estoy desconcertada.

—¿Cómo sabes que va a llamar?

—Porque llama a la misma hora todos los días. Se preocupa por mí, nada más.

Tanto mi incomodidad por estar en su casa como el resurgir de mis sentimientos por David se esfuman de golpe mientras la miro: ¿esta joven tan bella y elegante vuelve corriendo a casa porque le da pánico no llegar a tiempo para responder a la llamada de su marido?

—¿Tienes que estar en casa cuando te llama? ¿Cuántas veces lo hace?

—No es lo que parece —dice, y sus ojos me suplican que lo entienda—. Es solo un par de veces al día. Y está el móvil, así que ya no tengo que quedarme en casa.

¿Lo que siente es pánico o miedo? Lo recibo como una bofetada en la cara. En realidad, ¿qué sé sobre David? Una sola noche de borrachera, y a partir de ahí me invento toda su personalidad. Una fantasía. Recuerdo su mal humor de ayer, que no cuadraba con la imagen que tenía de él. Sin embargo, tampoco lo era que estuviera casado.

—Bien —respondo, y cruzo los brazos—. Porque parece más controlador y demencial de la cuenta.

Ella se ruboriza y mete unas bolsitas de menta en una tetera de porcelana.

—Le gusta saber que estoy bien, nada más.

—¿Por qué? Eres una mujer adulta. —El móvil suena, y las dos nos sobresaltamos un poco—. No deberías responder. Llámalo después.

Entonces ella me mira convertida en un manojo de nervios y yo me siento mal. No es asunto mío. Sonrío.

—Estaba de broma. No haré ruido.

Sale al pasillo a toda prisa con el teléfono pegado a la oreja y, cuando el agua empieza a hervir, la echo en la tetera. Aunque no oigo cada palabra que dice, si presto atención capto algunas. Ahora sí que me siento como una intrusa, pero no

puedo evitarlo: la curiosidad me puede. Es demasiado raro. David solo es unos cuantos años mayor que ella, no lo bastante para convertirse en una especie de figura paternal. La voz de Adele me llega desde el pasillo.

—No se me ha olvidado, me la tomaré ahora. Es que acabo de volver del gimnasio. No, va todo bien. Estoy preparando una infusión. Te quiero.

¿Qué es eso que le distingo en la voz? ¿Miedo? ¿Nada? ¿Incomodidad? Cuesta mucho saberlo. Quizá suelen hablar así entre ellos. Me estoy planteando abrir la puerta de atrás y salir a echar un cigarrillo rápido cuando regresa Adele. No he oído ni una risa cuando estaba al teléfono, pero parece más relajada.

—He llenado la tetera —la informo.

—Genial. —No va a hablar más sobre la llamada, y no pregunto—. Coge algunos platos de ese armario, y hay humus, fiambres y unos pimientos rellenos exquisitos en el frigorífico.

Mientras yo estoy distraída con la cantidad de delicias que se amontonan en su enorme Smeg de acero inoxidable, ella saca pan de pita de la panera y abre furtivamente el armario de arriba. Vuelvo la vista atrás y me detengo.

—Vaya, eso sí que es un botiquín bien surtido.

—Bueno, tengo problemas de ansiedad. —Lo cierra a toda prisa—. Nerviosa por naturaleza, supongo. Por eso voy tanto al gimnasio: me ayuda a quemarlo.

—¿Cuántas pastillas tomas al día?

Hay un montón de cajas apiladas, y no puedo evitar pensar en que tanta medicación no le hace bien a nadie.

—Solo un par. Lo que me receta David. Me las tomaré después de comer algo.

Estoy haciendo que se sienta incómoda, pero mi rostro siempre ha sido un libro abierto. Me parece una persona bastante normal. Lo que no me parece normal son las llamadas y las pastillas. ¿Y se las prescribe su marido? Ni siquiera estoy segura de que eso sea muy ético. De repente, no quiero estar aquí; no ha sido buena idea. Me imaginaba que disfrutarían de un matrimonio perfecto, y ahora, incluso después de ver su preciosa casa, no me dan envidia. Ni siquiera me da envidia Adele, con toda su belleza y elegancia. En absoluto. Esta casa es como una jaula dorada. ¿A qué se dedica todo el día? Por mucho que mi vida sea una interminable serie de rutinas, al menos me mantiene ocupada.

—Vamos a sacar fuera todo esto y ponernos al sol —dice, y supongo que el tema queda zanjado por el momento.

La comida está deliciosa, y yo me moría de hambre después del gimnasio; y, lo que es mejor, Adele no come como me había imaginado. Creía que sería una de esas de «ay, ya estoy llena» después de tres bocaditos de ensalada, pero zampa con tantas ganas como yo. No tardamos en acabar con la mayor parte de lo que

hemos sacado, y Adele tiene que entrar a por más pan.

—¿Por qué no tenéis hijos? —pregunto a lo bruto.

No entiendo por qué no: son acomodados, ella no trabaja y llevan juntos mucho tiempo.

Adele bebe de su infusión antes de responder.

—Supongo que no los hemos querido a la vez. David quería al principio, y yo no estaba preparada. Ahora es al revés.

—¿La llamada del reloj biológico?

—Quizá. Un poco. —Se encoge de hombros—. Pero estamos muy concentrados en su carrera.

—Puede que él lo esté, pero tú debes de aburrirte.

No sé por qué le pregunto todo esto. Tampoco sé por qué quiero ayudarla, aunque así es. Tiene un aire vulnerable.

—Cocino. Limpio la casa yo misma. Odio la idea de que venga alguien para hacerlo por mí. Me gusta ser una esposa tradicional, supongo. Me gusta hacerlo feliz.

La verdad es que no sé qué decir ante eso, y noto que empiezan a sudarme los muslos. Mientras ella está en casa cocinando, limpiando y yendo al gimnasio para mantenerse perfecta, él sale a emborracharse y enrollarse con rollizas madres solteras que llevan muchos problemas a cuestas.

—¡Dios mío, se me había olvidado!

Se levanta de un salto y corre al interior como una gacela, y yo me pregunto: «Y ahora, ¿qué?». ¿Se le ha olvidado otra de las normas de David? ¿Qué coño pasa en esta casa? Pero entonces vuelve, sonriente, agarrada a un cuaderno.

—Quería dártelo en el gimnasio y con lo del móvil se me ha olvidado. Es para ayudarte con tus terrores nocturnos.

¿Cómo se ha acordado? Se los mencioné el día del café, sí, pero de pasada.

—Yo también los sufría. Eran horribles. David intentó ayudarme a su modo, me dio un libro de una librería de segunda mano sobre el poder de los sueños, aunque yo acabé en terapia y todo.

—¿Cuando murieron tus padres? —pregunté, comprendiéndolo todo con horror.

—No, antes. Cuando era pequeña. Después de la muerte de mis padres tuve otros problemas con el sueño, pero esa es otra historia. ¿Cuánto hace que los sufres? ¿Se lo has contado a algún especialista?

Es como si me propinara un puñetazo en el estómago, en cierto modo. Joder, míranos a las dos: los mismos terrores nocturnos; el mismo mal gusto para los hombres.

—Desde que era pequeña —respondo, obligándome a hablar como si nada—.



Como tú, supongo. Mi madre me llevó al médico y, al parecer, se suponía que se me pasarían. Sin embargo, lo que pasó fue que me acostumbré a ellos. Era una mierda con los novios: me ponía a dar vueltas por ahí con los ojos abiertos, como una loca sacada de una peli de terror, y cuando intentaban despertarme les pegaba y me daban unos ataques de llanto tremendos. —Sonrío, aunque los recuerdos no son nada divertidos. A Ian lo agobiaba mucho. Sigo pensando que, en parte, rompimos por eso—. Volví al médico, pero me dijo que no podían ser terrores nocturnos de verdad porque los recordaba, así que me dejaron que me apañara sola. Las pastillas para dormir ayudan un poco; lo malo es que me dejan hecha polvo al día siguiente, y no me gusta tomarlas si he bebido vino.

No añadido: «Cosa que hago todas las noches». No tiene por qué saberlo. Tampoco es que me emborrache a diario; dos copas de vino no son malas, digan lo que digan. A los franceses les funciona. No quiero pensar en Francia. *Embarazada.*

—Ese médico se equivocaba —dice Adele—: hay gente que recuerda sus terrores nocturnos. Gente como tú y como yo. ¿Sabes lo excepcionales que somos?

Nunca la había visto tan animada. Está concentrada en mí, decidida, con la espalda recta. Niego con la cabeza: en realidad, no he pensado mucho en ello. Simplemente, forma parte de mí.

—Menos del uno por ciento de los adultos sufre terrores nocturnos, y solo un porcentaje muy pequeño de ellos los recuerda. Gente como tú y como yo. —Sonríe de pura felicidad—. ¡Es asombroso que dos personas de ese pequeño porcentaje se hayan conocido!

Parece tan contenta que vuelvo a sentirme culpable. Debería irme a casa, volver a mi vida y salir de la suya. No quiero que me ayude. Sin embargo, ha despertado mi curiosidad. Me había dicho que tenía problemas de ansiedad, no de sueño. Si es como yo, cabría pensar que los problemas de sueño encabezarían su lista de preocupaciones, así que miro el fino cuaderno que ha dejado en la mesa, entre nosotras.

—Entonces, ¿cómo me va a ayudar esto?

—Tienes que aprender a controlar tus sueños.

Me río, no puedo evitarlo, porque suena como esa mierda de meditación *new age*, y yo soy cínica por naturaleza.

—¿Controlarlos?

—Eso es lo que hice yo. Sé que suena a tontería, pero me cambió la vida. Llévate el cuaderno. Léelo. Créeme: si te esfuerzas se acabarán los terrores nocturnos y solo tendrás sueños de una claridad asombrosa, los sueños que tú elijas. Sueños lúcidos.

Recojo el cuaderno y miro la primera página. Las palabras están escritas cuidadosamente y subrayadas:

«Pellizcarme y repetirme cada hora: “No es un sueño”.  
Mirarme las manos. Contarme los dedos.  
Mirar un reloj, apartar la vista, volver a mirar.  
No perder la concentración ni la calma.  
Pensar en una puerta».

—¿Es tuyo? —pregunto mientras lo hojeo.

Hay algunas páginas escritas de cualquier manera, está claro que perdió la pulcritud después de aquella primera página, y después, hacia el final, han arrancado un montón de hojas. No lo han tratado demasiado bien.

—No —responde—. Era de otra persona a la que conocía. Sin embargo, forma parte de mí. Estaba allí cuando él aprendió cómo hacerlo.

## Entonces

—¿Pellizcarme y repetirme que no es un sueño? ¿Cada hora? ¿Quieres que vaya por ahí haciendo eso? Como si no hubiera ya bastante gente que nos toma por locos.

—Entonces te va a dar igual.

—Si tú lo dices... ¿Y qué pasa con lo de los dedos?

Se habían apropiado de aquel rincón junto al río, y mientras el buen tiempo se lo permitiera, les gustaba pasar allí los ratos libres, tumbados alegremente al calor, bajo las ramas.

—Las manos tienen un aspecto distinto cuando sueñas. Lo aprendí en un libro que me regaló David cuando era pequeña. Mis padres me lo quitaron porque creían que era una basura (quizá David me lo dio demasiado pronto), pero no lo era. Me enseñó todo lo que voy a enseñarte.

Se siente casi satisfecha, y aunque estos momentos son fugaces y sigue destrozada por la pena y la culpa, a las que todavía no se ha enfrentado, cada vez son más frecuentes. Trabrar una amistad con Rob la ha salvado de sí misma. Él la está devolviendo a la vida.

—Tienen razón sobre ti —dice el chico—: estás loca.

Ella le pega y se ríe.

—Es verdad, ya lo verás. Lo mismo sucede con el tiempo: el tiempo nunca es coherente dentro de un sueño; los relojes cambian más deprisa.

—Estoy despierto —dice Rob, sonriendo—. ¿Ves? Lo estoy haciendo —añade mientras agita los dedos y los contempla.

—No tienes que hacerlo todo a la vez.

—Si voy a comportarme como un pirado, quiero parecer un pirado en condiciones.

Adele se mira las manos, que tienen pintura azul bajo las uñas, y el cristal del reloj de David refleja la luz del sol. Rob estaba en lo cierto: los enfermeros están encantados con su nuevo arte acuático (por así llamarlo), aunque eso no la ayuda a que su familia descanse en paz. En vez de eso, se imagina el viejo pozo abandonado del bosque que hay detrás de la casa de sus padres. Se ve de pie junto a él, echando dentro su pasado. Quizá algún día lo encuentre

metafóricamente lleno y entonces pueda cubrirlo y pasar página. Quizá entonces duerma como antes; echa de menos ese tiempo detrás de sus ojos. Forma parte de ella, y la culpa no basta para olvidarlo por completo.

—Hazlo y ya está, Rob. Después me darás las gracias.

—Vale, vale. Pero solo por ser tú.

Le guiña un ojo, los dos se sonríen y, por un momento, el calor no procede tan solo de la luz del sol, sino también del interior de Adele.

## Louise

Mi sentimiento de culpa por fingir estar enferma desaparece por completo, arrastrado por la marea de tristeza que sube cuando Adam sale corriendo del piso para pasar un mes fuera; solo los niños son capaces de hacerte tanto daño sin querer cuando están emocionados. En cuanto se cierra la puerta, nuestro diminuto piso me parece demasiado grande y vacío. Como si todos se hubieran mudado y me dejaran atrás. No sé qué hacer conmigo misma. Merodeo por el piso hasta que no puedo seguir resistiendo la llamada de la botella de vino. Cuando voy a por el sacacorchos veo el cuaderno que Adele me había entregado y que yo había metido en el cajón. Me quedo mirándolo un buen rato antes de sacarlo.

En la cubierta interior, en una de las esquinas superiores, hay un nombre escrito con cuidado en mayúsculas: «ROBERT DOMINIC HOYLE». Esas tres palabras me interesan más que la lista de instrucciones de la página siguiente: «Pellizcarme y repetirme cada hora: “No es un sueño”». Por ahora decido no hacerles caso (aunque, al menos, son cosas que puedo hacer en casa) y observar el nombre del desconocido. Siempre me han encantado los libros con nombres escritos a mano en ellos, como los que compras en las librerías de segunda mano, que tienen felicitaciones garabateadas dentro porque en algún momento fueron regalos; historias enteras ocultas detrás de unas cuantas palabras, y este no es distinto. ¿Quién es este chico? ¿Son todavía amigos suyos Adele y David? ¿Creyó Robert que todo esto era una estupidez, como me ocurre a mí, cuando Adele intentó ayudarlo por primera vez?

Vuelvo la página y espero encontrarme con más instrucciones, pero los garabatos, una letra compacta y puntiaguda a bolígrafo que no consigue permanecer dentro de las rayas, son algo más que eso: me parece que es un registro de sus intentos. Descorcho el vino, me sirvo una gran copa y me siento para dejarme llevar por la curiosidad ante esta cápsula del tiempo en forma de escrito, un vistazo al pasado de Adele; empiezo a leer.

«Como siga pellizcándome como un gilipollas voy a acabar con los brazos tan amoratados que los enfermeros pensarán que estoy pinchándome otra vez (qué

más quisiera), pero al menos sirve para que las horas pasen más deprisa en este sitio de mierda. Dos días contándome los dedos, mirando relojes y pellizcándome como loco, y nada. Adele dice que debo ser paciente. Al menos lo dice con una sonrisa. No se me da bien la paciencia, aunque sí hacerla reír. Ella también me hace reír a mí. Joder, menos mal que está Adele. Sin ella, este tugurio de buenrollistas que no saben ni dónde tienen el culo sería tan aburrido que acabaría tirándome al lago. Ya hice la puta rehabilitación. No sé por qué tenían que enviarme aquí y castigarme dos veces. Es tan típico de la puñetera Ailsa... Como es gratis, hazlo. Seguro que convenció al médico para que me mandase aquí porque no me quiere estorbando en el piso mientras ella se tira a quien le da la gana.

»Adele es diferente. Solo pruebo esta mierda por ella. Los sueños no me molestan demasiado, a veces incluso me gustan, aunque suene retorcido. Me hacen sentir más vivo que en la vida real. A veces, la realidad es como caminar por el agua. La gente es tan aburrida, tan predecible... Todo el mundo va a lo suyo. Incluido yo, pero ¿qué esperaban? ¿Es que no han visto mi puta casa? La gente es una mierda, siempre, y se merece que la traten como tal. Adele no. Adele es bella de verdad, tanto por dentro como por fuera. Por supuesto, ahora que lo he escrito no puedo permitir que lea este cuaderno. No quiero que se ría de mí. Puede que le resulte gracioso y listo, pero sé que también soy flacucho y lleno de granos, y llevo este estúpido aparato en los dientes. No lo entendería. Pensaría que me la quiero follar (y la verdad es que no). Supongo que la mayoría de las personas no me gusta, nada más. La mayoría ni siquiera existe para mí, no de verdad, pero me gusta Adele. Me gusta estar con ella. A su lado me siento feliz y no estoy tan desesperado por colocarme. Somos amigos. Diría que quizá sea su mejor amigo. No recuerdo la última vez que tuve un mejor amigo. Adele Rutherford-Campbell es mi primera mejor amiga. En realidad, por muy raro que parezca, eso me hace sentir bastante bien».

Cuando suena el timbre, me levanto tan deprisa que estoy a punto de tirar lo que queda de la botella de vino que había dejado a mis pies. Olvido al instante el cuaderno mientras salgo corriendo de la sala. Es Adam, tiene que ser Adam. Ha cambiado de idea. Al final no quiere irse un mes entero y, entre llantos y pataleos, le ha exigido a Ian que lo traiga a casa. Que me lo traiga. A su madre. A mamá. El centro de su universo. A pesar de sus chillidos de emoción cuando se fue a las cinco y media, con Paddington debajo del brazo, he logrado convencer de tal modo a mi achispado cerebro de que será él que, cuando abro la puerta, solo puedo quedarme mirando como una boba.

—Ah, eres tú.

—Hola.

No es Adam, sino David. David está en mi puerta, apoyado en el marco como si la madera fuera lo único que lo sostiene. Lo veo con los ojos, aunque a mi cerebro todavía le cuesta creerlo: David está aquí.

—Has llamado para decir que estabas enferma. Se me ha ocurrido pasarme a ver cómo ibas.

Parece incómodo, y, por la razón que sea, eso lo vuelve más guapo, y de repente soy muy consciente de la copa de vino que llevo en la mano. ¿Qué coño hace aquí? ¿Por qué ha venido? ¿Por qué no estoy maquillada? ¿Por qué tengo el pelo hecho una porquería? ¿Y por qué me importa, como si fuera idiota?

—Era un dolor de cabeza. Ya estoy mejor.

—¿Puedo entrar?

El corazón se me acelera y me ruborizo. Tengo un aspecto de mierda, aunque no debería importar. No importa. También me siento como si me hubieran pillado mintiendo en el trabajo y, bajo todo eso, está el estúpido secreto en el que me he visto atrapada: «Ah, oye, ¡que soy amiga de tu esposa!».

—Claro.

Me aparto, y solo entonces me doy cuenta de que él tampoco está lo que se dice sobrio. No es que exude alcohol, pero tiene la mirada algo perdida y no anda con toda la estabilidad que debiera. Se demora en la cocina, así que lo envío a la sala de estar mientras saco otra copa y una botella de vino del frigorífico antes de unirme a él. El cuaderno que ayer me dio Adele está en la mesita, junto al sofá. Al sentarme, lo tiro a toda prisa al suelo, donde no pueda verlo. Me siento algo mareada. ¿Qué coño está haciendo aquí? ¿Me va a despedir? ¿De qué humor está?

Se sienta al borde del sofá, completamente fuera de lugar en el desorden de mi vida. Recuerdo su hogar, tan espacioso y ordenado, y me encojo un poco. Hay polvo sobre la tele, que llevo una eternidad sin limpiar, y todavía resulta evidente el continuo torbellino que es Adam, ya que hay juguetes abandonados y cables de la consola enredados en una esquina. Le paso la copa y la botella nueva mientras me sirvo en la mía los restos de la botella que casi había terminado. Mañana voy a ir con resaca al trabajo, aunque sospecho que no seré la única. Y será viernes y, al menos, no tendré que preocuparme de recoger a Adam del colegio. La idea me hace sentir vacía, así que bebo un poco más.

—¿Cómo has sabido dónde vivo?

Es raro estar sentada a su lado de este modo. El cuerpo se me ha electrificado y me traiciona, aunque intente aparentar calma.

—Me preocupaba que no hubieras venido por culpa mía —responde sin mirarme—. Ya sabes, porque me porté muy mal contigo. Me dijeron que nunca

faltas por enfermedad.

Esa parte es cierta: es un buen trabajo y está cerca de casa; prefiero arrastrarme hasta allí con gripe antes que arriesgarme a perderlo, y es un agradecido descanso de las mamás y los niños del cole. Compañía adulta tres días a la semana. Me siento culpable por fingir estar mala. Debería haber sido sincera, pero Adele lo pintó como algo muy razonable y, para ser justa, en este país todo el mundo lo hace alguna vez.

—Saqué tu dirección y tu número de teléfono de tu ficha, y después pensé que me colgarías si te llamaba.

Me mira de soslayo; a la defensiva, triste y borracho. Y guapísimo. La clase de hombre que te sientes impelida a sanar. De todos modos, ¿quién es esta persona? ¿Por qué le importa mi día libre? ¿Y por qué iba a colgarle el teléfono a mi jefe? Pienso en el armario lleno de pastillas, en las llamadas de teléfono y en la dulce sonrisa de Adele. ¿También intenta controlarme a mí? ¿O se trata de mi mente, que busca comportamientos sospechosos en todos los hombres porque estoy enfadada con Ian por ser feliz con otra? Buf, odio cuando les doy demasiadas vueltas a las cosas.

—Lo mejor sería que te fueras a casa —le digo.

Él frunce el ceño y mira a su alrededor como si, de repente, notara que falta algo.

—¿Está tu hijo en la cama?

—No, está pasando un mes fuera con su padre. Se han ido hoy.

Le doy otro largo trago al vino, aunque ya noto la cabeza de algodón a pesar del chute de adrenalina tras la llegada de David.

—Ah.

Quizá esté un poco borracho, pero no es estúpido, y veo cómo ata cabos sobre mi supuesta enfermedad. Aun así, ahora ya no puede hacer gran cosa al respecto, a no ser que quiera contarle al doctor Sykes que ha estado en mi piso y bebiendo, y eso sonaría raro, sin duda.

—Debe de resultar agradable tener una familia.

—Tenía una familia —lo corrijo, y sueno más amargada de lo que pretendo. Lisa está embarazada—. Ahora soy una madre soltera en Londres, donde siempre es tan sencillo hacer nuevos amigos una vez cumplidos los treinta. O no. —Alzo mi copa—. Así es mi vida, puro rock and roll. En fin —añado—, tú también podrías tener hijos. Los dos sois bastante jóvenes.

Lo digo casi con agresividad: un firme recordatorio de que está casado, tanto para él como para mí. Para mi cuerpo, que no es capaz de quedarse quieto cuando lo tengo tan cerca.

Apura su copa de golpe y se sirve otra, e incluso en mi estado de escasa



sobriedad me da la impresión de que es más experto de la cuenta en estos temas. ¿Forma parte de los problemas de su matrimonio? ¿La bebida? ¿Con qué frecuencia se pone así?

—Supongo que fue el destino lo que quiso que nos encontrásemos en aquel bar —dice.

Estoy a punto de reírme a carcajadas, pero me conformo con una risita cansada.

—Creo que fue simple mala suerte.

Entonces me mira, me mira de verdad, a los ojos, y no parece fijarse ni en que tenga el pelo hecho una pena ni en que no lleve maquillaje ni en que, resumiendo, presente un aspecto de mierda.

—¿De verdad lo crees?

El estómago me burbujea un poco, no puedo evitarlo. Este hombre produce un efecto en mí, es como si encerrara mi cerebro en una caja y mi cuerpo tomara el control.

—Bueno, en términos generales, a mí no me ha salido demasiado bien. Por fin conozco a un hombre que me gusta, y resulta que está casado.

Estoy flirteando. Una forma medio borracha de entreabrir la puerta. Podría haberle dicho que había sido un error y que no volvería a suceder. Debería haberlo dicho. Pero no lo he hecho.

—No me sentía tan relajado con alguien desde hacía mucho tiempo —me dice—. Nos reímos con ganas, ¿a que sí? Deberíamos ser capaces de hacer reír a los que nos rodean. Siempre, aunque no quede nada más.

Eso me recuerda lo que comentó Sophie de que su marido era también su mejor amigo, y me siento triste y perdida. ¿Qué quiere de mí?

—Este piso es muy acogedor. Se nota que vive gente en él. —Se percata de mi vergüenza—. Ya sabes a lo que me refiero: aquí vive una familia.

—Creo que la palabra que buscas es *desordenado*.

—No puedo dejar de pensar en ti.

Lo dice con pesar, pero me estremezco de todos modos. Piensa en mí. De inmediato me pregunto con cuánta frecuencia y en qué términos, mientras mi conciencia no deja de susurrar: «Conoces a su mujer, te gusta su mujer». Y: «Tiene unos cambios de humor muy extraños y su matrimonio es raro». Sin embargo, se me forma un nudo en el estómago, y noto que me sube el calor y el deseo.

—No soy nada del otro mundo —digo, aunque todos los nervios me cosquillean y me siento torpe a su lado—. Tu mujer es muy guapa.

—Sí, sí que lo es.

Bebe un poco más, y yo lo imito. ¿Adónde nos lleva esto? ¿Nos lleva a donde

creo que nos lleva? Debería obligarlo a marcharse, sé que debería, pero me quedo sentada y trago saliva con dificultad, hecha un manojito de nervios.

—Pero tú eres... —Me mira y quiero derretirme—. Eres encantadora.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Tengo que calmar la situación. Tengo que calmarme. Debería decirle que la conozco. Debería, aunque no lo hago. Si lo digo, acabaré con esto, sea lo que sea, y todavía no soy capaz. Tampoco es que esté pasando nada...

—Mucho —responde, y se mira los pies—. Desde siempre, en realidad.

Pienso en cómo me contó Adele la historia, en que él la salvó del incendio. ¿Por qué no percibo amor por ella? Por otro lado, ¿por qué me iba a indicar que la quiere?

—¿Ella también es médica?

Mentiras, verdades y pruebas.

—No, qué va. No sé bien lo que es. Pero no trabaja. —Sigue sin mirarme, aunque agita la copa de vino antes de darle un buen trago—. Y lleva mucho tiempo sin hacerme reír.

Me mira, y su rostro se encuentra tan cerca del mío que el corazón está a punto de salirseme del pecho.

—Entonces, ¿por qué sigues con ella?

Las palabras son una enorme traición a Adele, pero quiero apartarlo, ver si salta, si le atacan los remordimientos y se va, o algo. La poca fuerza de voluntad que tenía se está desmoronando. Si no se va pronto, volveré a cometer una idiotez.

—Si no eres feliz, quizá deberíais separaros. No es tan difícil una vez das el paso.

Deja escapar una breve carcajada, como si fuera la locura más grande que ha oído en todo el día luego de un día entero escuchando ideas demenciales, y luego guarda silencio un momento y contempla su copa. ¿Quién es este hombre que se oculta debajo de su encanto y su ingenio? ¿A qué viene el malhumor de borracho?

—No quiero hablar de mi matrimonio —dice al final—. No quiero pensar en mi matrimonio.

Entonces me toca el pelo, un mechón suelto se enrolla en uno de sus dedos, y es como si alguien me prendiera fuego. El vino, la marcha de Adam, la soledad y la horrible sensación de victoria al saberlo en mi casa no son más que yesca para mi lujuria. Lo deseo. No puedo evitarlo. Y él me desea. Se inclina sobre mí, y sus labios se acercan a los míos, ligeros como alas de mariposa en su provocación exquisita, y me dejan sin aliento.

—Tengo que...

Avergonzada, señalo el pasillo con la cabeza; después me levanto y me meto en el cuarto de baño.

Orino y me echo agua en la cara. No puedo seguir con esto. No puedo. Aun así, mientras lo pienso, me lavo a toda prisa y doy gracias a Dios por haberme afeitado las piernas y hecho la cera en las ingles antes de ir al gimnasio con Adele. Estoy borracha. No pienso con claridad. Me odiaré por la mañana. Sin embargo, una ola de ruido blanco y deseo ebrio ahoga todo lo que pienso. Adam va a pasar un mes fuera. Lisa está embarazada. ¿Por qué no puedo disfrutar de esto? Me veo ruborizada en el espejo.

Me digo que solo será esta noche, que no volverá a suceder. A lo mejor se ha ido ya a casa, se ha dado cuenta de que ha sido un error venir y ha vuelto a su hogar perfecto con su mujer perfecta. «Eso estaría bien —pienso, aunque mi cuerpo me grita que es mentira—. No puedo seguir con esto. No debería hacerlo».

Cuando abro la puerta, está esperándome fuera y, antes de poder decir nada, me pega contra su cuerpo, cubre mi boca con la suya, y la electricidad me recorre de la cabeza a los pies. Creo que mascullo que deberíamos parar, pero, a la vez, le tiro de la ropa y caminamos, dando tumbos de borrachos, hacia el dormitorio. Necesito hacerlo una vez. Después me lo quitaré de la cabeza. Seguro.

Cuando terminamos, cuando recuperamos el aliento y no sabemos bien cómo comportarnos, va a darse una ducha rápida mientras me pongo mi raído camisón y recojo las copas y las botellas de vino de la sala de estar. No sé cómo me siento. No sé cómo debería sentirme. Me duele la cabeza, y la combinación de sexo y vino me ha dejado más borracha de lo normal. «Se ducha para lavarse los restos de mi presencia».

Intento no pensar en Adele esperándolo en casa con algo preparado en el horno. Todavía me cosquillea la piel con el recuerdo de su tacto, aunque tengo el corazón hueco. Hace tanto tiempo de la última vez que es como si mi cuerpo acabara de despertar. El sexo no ha sido nada del otro mundo (ambos estábamos demasiado borrachos), pero sí íntimo y cálido, y me miraba mientras follábamos, me miraba de verdad, y era el hombre del bar, no mi jefe, el marido de Adele, y no permití que ni mis manos ni mis ojos se detuvieran en las cicatrices sufridas en el incendio del que salvó a su esposa.

Cuando entra en la cocina está vestido y no consigue mirarme a los ojos. Me siento barata. Me lo merezco. Se ha duchado sin mojarse el pelo, ha tirado el condón al váter y se ha lavado toda prueba de la infidelidad.

—Debería marcharme —dice.

Asiento e intento sonreír, aunque es más bien una mueca.

—Nos vemos mañana, en el trabajo.

Espero que abra la puerta y salga corriendo, y por un momento parece que lo va a hacer; entonces se vuelve y me besa.

—Lo siento —dice—. Sé que esto es una mierda.

Pienso en la dulce sonrisa de Adele y quiero contarle que soy tan culpable como él de traicionarla, pero no puedo.

—Olvídalo. Ya está hecho. No podemos deshacerlo.

—No quiero deshacerlo. Es que las cosas son... —Vacila—. Difíciles. No te lo puedo explicar.

Quiero decirle que no es tan difícil, que la gente engaña a sus parejas continuamente. Las razones siempre son egoístas y básicas; lo complicado son las excusas. Sin embargo, guardo silencio; me palpita la cabeza y estoy hecha un lío.

—Tienes que irte —le digo, y lo empujo hacia la puerta. No quiero que añada algo que me haga sentir peor de lo que ya me siento—. Y no te preocupes, que me comportaré como si nada en el trabajo.

Parece aliviado.

—Bien. A veces Adele... No sé cómo... —No termina de decir nada con sentido, aunque lo dejo continuar—. No me gusta... Es mejor dejar estas cosas fuera de la consulta.

«Compartimenta», eso me contó Adele. Si ella supiera hasta qué punto...

—Vete —repito, y esta vez lo hace.

«Bueno —me digo mientras la puerta se cierra y me deja, de repente, muy sola—, pues se acabó». Acabo de batir un nuevo récord, ni siquiera Sophie habría hecho algo semejante. Tanto preocuparme por cómo trataba David a Adele, y eso no me ha impedido acostarme con él en cuanto se me ha presentado la oportunidad.

Me sirvo un vaso de agua, me tomo un ibuprofeno y vuelvo a la cama arrastrando los pies. No quiero pensar en ello. No quiero pensar en ellos. No quiero pensar en mí. Solo quiero dormirme hasta que se pase.

Me despierto en la cocina con el grifo abierto, moviendo los brazos alrededor de la cara como si pretendiera espantar los sueños. Jadeo, noto la cabeza caliente. Ya es de día, y parpadeo y respiro deprisa creyendo por un instante que el chorro de temprana luz solar en realidad son llamas que me rodean. Poco a poco vuelvo al mundo, aunque el sueño sigue estando claro, es el mismo de siempre: Adam perdido; la oscuridad que cobra vida para atraparme. No obstante, esta vez ha sido un poco distinto: cada vez que me acercaba a la voz de Adam y abría una de

las puertas de un edificio abandonado, descubriría a Adele y a David en una habitación en llamas, los dos gritando algo que yo no lograba oír.

Son las seis de la mañana, me siento como una mierda y tengo el estómago revuelto por la culpa, la resaca y las ascuas del sueño, además de estar exhausta. Es demasiado tarde para volver a la cama y, por un instante, contemplo la posibilidad de volver a llamar para decir que sigo enferma, pero no soy de esa clase de personas. Sue ya se habrá percatado de que no estoy llegando tan temprano como acostumbraba, y si me paso otro día en casa se va a preocupar. Además, quiero volver a la normalidad y fingir que anoche no sucedió nada. Soy una persona horrible porque, mientras lo estoy pensando, el recuerdo del sexo me cosquillea en la piel. No me corrí (nunca me corro la primera vez), pero David despertó mi cuerpo, y voy a tardar un tiempo en acostumbrarlo de nuevo a mi vida célibe.

Preparo café, me voy a la sala de estar y veo el cuaderno tirado en el suelo. Vuelvo a sentirme culpable. Adele ha estado intentando ayudarme, y yo se lo pago acostándome con su marido. ¿Cómo he permitido que suceda?

Tengo que encerrar lo ocurrido con David en una caja de mi cabeza, en un lugar separado del que ocupa Adele, porque, de lo contrario, quizá cometa una estupidez, como contarle lo que ha pasado con tal de sentirme mejor. Y no solo no me sentiré mejor, sino que ella se sentirá peor. Pienso en Sophie y en sus aventuras, en que nadie se lo cuenta nunca a la esposa y en que, en resumen, es probable que las vidas de todo el mundo sean un embrollo de secretos y mentiras. Nunca sabemos cómo es una persona en realidad, bajo la piel. Por una especie de solidaridad con Adele, me pellizco.

—No es un sueño —digo, y me siento muy estúpida al oír mis palabras en el piso vacío.

Todo esto es una estupidez, aunque insisto. Me miro las manos y me cuento los dedos. No me apetece una mierda levantarme para mirar el reloj de la cocina. Supongo que eso tendré que hacerlo en el trabajo. Sin embargo, no es una penitencia de verdad, no está a la altura del pecado cometido. Ser buena alumna no compensa esta traición. Dios, cómo me duele la cabeza. David y Adele... En realidad no sé qué son para mí. ¿Un amante? ¿Una nueva amiga? ¿Ni una cosa ni la otra? Me fascinan... tanto individualmente como en pareja, pero quizá se reduzca a eso. Aparte de ser un accidente en ciernes, claro. No puedo quedarme con los dos. No puedo. Debo escoger.

El móvil, que sigue en el dormitorio, empieza a sonar, y se me acelera el corazón.

—*Bonjour, maman* —dice Adam antes de soltar una risita—. ¡Hola, mamá! Estoy en Francia y todavía no he comido caracoles, pero papá me ha dicho que

tenía que llamarte antes de que te fueras a trabajar...

En este momento, al escuchar su incesante cháchara matutina, tan animada, y notar lágrimas en los ojos, podría besar a Ian. En el fondo, sabe lo mucho que me ha costado esto, dejar ir a mi bebé con ellos, sobre todo ahora, sobre todo ahora que el embarazo está entre nosotros. Sabe lo importante que es para mí tener noticias de Adam sin tener que ser yo la que llame. Sabe que no quiero parecer necesitada, aunque Adam sea mi bebé y siempre lo será. Sabe que soy orgullosa y capaz de lo peor cuando me enfado, incluso en mi perjuicio. Me conoce. Puede que odie cómo me trató y puede que odie que ahora sea feliz, pero me conoce. Después de la noche con David, me resulta reconfortante, por muy raro que suene.

Cuando este terrible lío estalle, si es que lo hace, al menos seguiré contando con Adam, y también con Ian, a nuestra manera. Estamos unidos por nuestro hijo.

Después de colgar, me siento mejor, y la ducha se lleva lo peor de la resaca. Me miro las manos bajo el chorro de agua y me cuento los dedos. Me pellizco y me repito que no es un sueño. Intento no pensar en el sexo con David mientras me lo lavo de encima. Hoy me pondré pantalones y poco maquillaje, porque lo que sucedió anoche no se puede repetir. De verdad que no. Tengo que hacer lo correcto, y lo correcto no es elegir a David.

## Adele

Lo compré con la tarjeta de crédito, y lo escondí entre las compras del supermercado. Normalmente guardo todos los recibos de mis compras por si me los pide, pero lleva un par de años sin hacerlo, e incluso si empezara de nuevo ahora, fingiré haberlo perdido. Aunque no voy a poder comprar así todo lo que necesito, por ahora la tarjeta de crédito tiene su utilidad. No es posible desviar más dinero de la asignación para la casa porque ya he gastado mucho para comprarle a Louise un pase mensual para el gimnasio, y tendré que ajustar los gastos en consecuencia..., por usar la frase favorita de David.

Aun así, lo único que significa es que haré algunos sacrificios en mis gustos culinarios. Un pollo de supermercado, alimentado con maíz, para el domingo, en vez de uno comprado en la carnicería ecológica. De todos modos, David no notaría la diferencia a pesar de que, bajo todas las capas tras las que se oculta, no deja de ser un granjero. Es capaz de distinguir un huevo fresco de granja de uno de supermercado, pero poco más. Yo soy la que disfruta de la comida *gourmet*, y él me lo permite.

Echo un vistazo al cigarrillo electrónico, la pila de repuesto y los cartuchos extra. Aunque es probable que su estado emocional no le permita cortar en seco ahora mismo, seguro que prueba esto. Lo sé. Es una persona complaciente. Vuelvo a morirme de amargura. Una gorda complaciente. Resisto el impulso de lanzar el caro cacharro contra la pared.

Pensar en ella me hace llorar de nuevo cuando me siento en la cocina, mientras la luz del sol entra por la puerta trasera y los mocos me chorrean por la nariz. Hoy ni siquiera me he mirado en el espejo; no quiero ver el precioso rostro que me ha fallado. Mi café sigue en la mesa, frío e intacto, y con los ojos empañados miro el móvil que llevo en las manos. Respiro hondo y me contengo antes de escribir a toda prisa el texto que he preparado mentalmente:

«Espero que estés llevándolo bien sin Adam :- ( ¡Tengo un regalo para animarte! ¿Vamos al gimnasio el lunes? ¿Y después a comer? ¡Iniciemos la operación bikini aunque no tengamos vacaciones! Un beso».

No menciono la pelea de anoche con David ni que salió de aquí hecho una furia ni que fingí dormir cuando por fin regresó y se metió en el dormitorio de invitados. No le cuento que, en plena noche, entró en mi dormitorio y se quedó mirándome en silencio mientras yo permanecía tumbada con los ojos bien cerrados, muy consciente del odio y la rabia que irradiaban de su tenso cuerpo, apenas capaz de respirar hasta que se fue. No le cuento que ni siquiera me levanté para verlo marchar, sino que me quedé llorando contra la almohada, intentando no vomitar, y que sigo intentando no hacerlo.

No le cuento ninguna de estas cosas porque, por muy enfadada que esté, no quiero que se sienta peor de lo que ya se siente. No quiero perder a mi nueva amiga, aunque me haya traicionado y ahora me sienta rebosante de rabia y envidia. Necesito reprimirlo. No me ayudará nada, y tampoco servirá para que David me quiera.

Es que ha sido una sorpresa. No esperaba que su relación fuera tan deprisa. Anoche forcé la discusión, aunque no me costó nada porque hay demasiados asuntos que bullen bajo la superficie: las paredes verde bosque del dormitorio, la gata, lo que ocurrió antes de mudarnos y siempre, siempre, el secreto de nuestro pasado que tanto nos ata. Creía que saldría y se emborracharía en alguna parte; lo que no esperaba era que fuera del bar a la puerta de Louise. Todavía no. Anoche no.

Vuelvo a llorar. Llevo dentro un pozo insondable, así que respiro hondo para recuperar las riendas. Sabía que sería difícil. Debo contenerme. Al menos, Louise intentó decir que no porque tiene un corazón de oro y es una buena persona. Me mencionó e intentó enviarlo a casa, y ella también estaba borracha. Es fácil perder el control cuando estás borracha, nos ha pasado a todos. Odio que se haya acostado con él y odio que me duela, pero ni siquiera puedo culparla por eso: lo conoció a él antes que a mí, así que ya era víctima de la lujuria. Al menos, no había pretendido continuar el asunto en el trabajo, aunque su vida es tan triste e insignificante que seguro que aquella primera noche en el bar la hizo sentirse especial. Me gusta ese rasgo suyo. Por supuesto que está embelesada: ¿cómo voy a enfadarme por sentir eso cuando yo lo amo tanto?

Ha sido más rápido de lo que esperaba y a él le gusta más de lo que yo suponía, y eso ha sido como un puñetazo en el estómago.

Tengo que ser fuerte. Me he ablandado con los años. Louise hace feliz a David, y eso es lo único que importa, por mucho que desee ir a la clínica y sacarla a rastras por el pelo hasta la calle y gritarle por ser tan débil, por abrirse de piernas con tanta facilidad para mi infiel marido. Me recuerdo que necesito que lo haga feliz, y que necesito recuperar la compostura y planificar.

Me bebo el café frío y me obligo a salir al sol. Me sienta bien sentir el aire



fresco en la cara ardiendo. Todavía es temprano, y el frío del alba se resiste a partir. Espero no haberlo entendido todo mal. Espero que mi fe en Louise esté justificada. Espero que sea todo lo que creo que es. Si no, esto podría complicarse mucho. No me permito ahondar en esa duda, debo ser positiva.

En primer lugar, necesito dormir. Dormir de verdad. Estoy cansada, tanto emocional como físicamente, pero los veo cada vez que cierro los ojos: la lamentable tristeza de David en el desvencijado sofá de Louise; su polvo de borrachos; las lágrimas de autocompasión en la ducha, después de tirar el condón usado al váter; cómo se restregaba la piel con el gel de ducha tamaño viaje que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, de la misma marca del que usa en casa por si yo olía el perfume de ella desde el otro lado del pasillo; la culpa y el deseo de Louise. Vuelvo a sentir náuseas.

## SEGUNDA PARTE

## Louise

—¿Por qué te hiciste psiquiatra? —pregunto.

No puedo creerme que esté tumbada entre sus brazos. Es la primera vez que se ha quedado para hablar conmigo en vez de correr a la ducha para lavarse la culpa y largarse. Esta noche hemos hablado de verdad sobre mi divorcio, mis terrores nocturnos y las ridículas citas que Sophie ha intentado organizarme a lo largo de los años. Nos hemos reído, y me ha gustado oír su risa.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Sí.

Asiento contra su pecho: claro que quiero saberlo. Quiero saberlo todo sobre él. A pesar de haber jurado que no volvería a suceder, es la tercera vez en diez días que ha aparecido en mi piso. Una vez el fin de semana... Y aunque todas las veces le digo que se vaya a casa y que no podemos seguir haciéndolo, al final lo dejo entrar en el piso y en mi cama, y no soy capaz de parar. Es como si toda mi voluntad se derritiera cuando lo veo. Peor aún, siempre estoy deseando verlo. Bebemos, follamos y me mira con un deseo que me rompe el corazón. Es una estupidez. Es una locura. Pero me acelera el pulso. Me hace palpar. Permite que me deje llevar durante un rato. Intento fingir que es el hombre del bar para no sentirme tan mal, aunque sé que me engaño. Algo me atrae hacia ellos.

Debería haberle contado a David que conocí a Adele, pero el momento de decir algo pasó hace tiempo y, si lo hago ahora, pareceré una loca. Sin embargo, no soy capaz de poner fin a mi amistad con su mujer. Es tan vulnerable... Y conoce otro lado de David que me intriga casi tanto como ella. Todos los días decido que debo cortar con uno de los dos y todos los días evito tomar la decisión.

Ya estoy algo enamorada de Adele, en cierto modo; es bella, trágica, fascinante y muy buena conmigo. Y está David, que es un oscuro misterio. Es delicado y apasionado en la cama, pero nunca habla de su matrimonio, que sé que es tóxico, al menos en algunas facetas. A pesar de ser consciente de que debería abandonar a uno de los dos, no lo consigo. Es como si me hubiera entretejido con ellos, y cuanto más me enamoro de David, más me fascina Adele. Adele es mi amiga y David es mi amante, no el marido controlador.

Aunque no sea perfecto, casi funciona. Tengo días de Adele y noches de David. Quizá lo vea más que ella, incluso. No me gusta cómo me hace sentir eso: casi victoriosa.

—Cuando era adolescente, en la granja, había una niña que me seguía a todas partes. Se sentía sola. Sus padres eran ricos, propietarios de la finca principal, y la mimaban, pero sin prestarle atención, ya sabes. Era gente ocupada. A veces, demasiado para pasar tiempo con ella. En fin, que ella charlaba mientras yo trabajaba, me hablaba de los terrores nocturnos que la mantenían despierta —dice David—. Cuando me di cuenta de que estaba muy preocupada por esos terrores encontré un libro sobre dormir y los sueños en una librería de segunda mano, y se lo regalé.

Me tenso al recordar que Adele mencionó el libro; resulta obvio que ella es la niña de la que está hablando. Por un momento me siento culpable, además de curiosa. ¿Por qué no me dice que era su esposa la que sufría las pesadillas? Ni que yo no supiera que está casado... ¿Por qué nunca hace referencia a ella?

—¿Ayudó?

—Creo que no. Era todo muy *new age*, creo recordar, y lleno de locuras. También era demasiado adulto para que ella pudiera comprenderlo bien. Creo que, al final, sus padres se lo quitaron y la enviaron a terapia. Tenía ocho o nueve años por aquel entonces. Mi padre era granjero. Bueno, se le daba mejor beber que llevar la granja, y siempre que tenía un accidente con la maquinaria, yo lo atendía. Sabía que quería ser médico de algún tipo, aunque en aquel momento pareciera una quimera, pero darle a la niña el libro sobre los sueños fue la primera vez que me interesé por arreglar el interior de la cabeza de alguien. Esas zonas a las que no llega el bisturí.

Entonces me aprieta más contra su cuerpo y, aunque en realidad no me ha contado mucho sobre él, me da la impresión de que ha hecho un esfuerzo por abrirse.

—Y es un trabajo interesante —continúa—: meterse dentro de la cabeza de las personas y ver qué las mueve. —Me mira—. ¿Por qué frunces el ceño?

—No lo frunzo.

—Sí que lo haces. O eso o tu frente ha envejecido de repente.

David arruga el ceño con aire cómico, lo que aligera un momento que no debería ser tenso y, sin embargo, lo es.

—No lo sé —explico—. En general, creo que hay que dejar en paz la cabeza de la gente. No me gusta la idea de que alguien juegue con mi mente.

Es lo que pienso, aunque también frunzo el ceño por Adele, porque él cuenta la historia algo tergiversada: una niña que conoció una vez. No es mentira, pero tampoco es verdad del todo.

Me sonrío, y no puedo evitar disfrutar de la fuerza de su ancho pecho bajo mi cabeza cuando levanto la vista. El hijo de un granjero. Quizá evite mencionarla por no herir mis sentimientos, aunque no es como si yo fuera una ingenua que no capta la situación.

—¿Seguro que trabajas en el sitio adecuado? —me pregunta—. Nos dedicamos a remendar mentes, ya sabes.

—Por eso me quedo detrás de mi escritorio y no me tumbo en el diván.

—Seguro que podría convencerte de que te tumbaras en mi diván.

—No te pongas chulito, que no te pega.

Le pincho con el dedo en las costillas, y los dos nos reímos.

—Pero, en serio —añade al cabo de un momento—, si necesitas ayuda con tus terrores nocturnos, te prometo que no te daré un libro con métodos místicos chapuceros y listo. Mi formación ha mejorado bastante.

—Qué alivio —respondo, intentando sonar alegre, aunque estoy pensando en el cuaderno que me dio Adele y en cómo reaccionaría David si lo supiera. Casi deseo que se hubiera ido a la ducha y después a su casa—. A lo mejor deberías buscar a esa niña y ver si todavía necesita tu ayuda —murmuro.

No dice nada más después de eso.

## Entonces

La lluvia golpetea con fuerza contra las ventanas, y el ruido adormece a Adele, que está tumbada en su cama con Rob después de la sesión de terapia de su amigo. Debería estar en la sala de arte, pero está aburrída de tanto pintar. Solo fue a yoga para apaciguar a los enfermeros (al parecer, debería resultarle relajante, y sí que se relaja, sobre todo porque es un rollo), porque lo que de verdad quería era tomar el aire con Rob. Puede que en los páramos en vez del lago, por cambiar de escenario. Aunque se supone que no pueden salir del recinto sin un «jefe de grupo», seguro que lograban escabullirse sin que nadie lo notara. Es lo que pasa con los *hippies*, como dice Rob: son muy confiados, ni siquiera cierran con llave la cancela durante el día.

—No es un sueño —dice Rob a su lado mientras se pellizca—. Aunque por poco. Esto es deprimente.

Ella suelta una risita y suspira. Tenía la esperanza de que la tormenta limpiara por completo el aire, pero su ferocidad inicial había quedado reducida a este chaparrón gris constante, y Rob está en lo cierto: deprimente, esa es la palabra.

—¿Cuándo va a funcionar esto? —pregunta él—. Estoy aburrido de contarme los dedos. Si un día son once, no me extrañaría nada.

—Bien. Si lo son, sabrás que estás soñando, y entonces podrás imaginarte la puerta y abrirla para ir a cualquier sitio que desees. De todos modos, solo llevas unos días. Paciencia, joven *jedi*.

—Si todo esto es una tomadura de pelo, mi venganza será dulce y terrible.

—¿Adónde conducirás tus sueños? Cuando crees la puerta, me refiero. —Está muy cómoda tumbada a su lado. No como con David, sin el calor de esa pasión ni el corazón acelerado, sino distinto: algo tranquilo y reconfortante—. ¿Irás a casa?

Él vuelve a reírse. No se trata de su risa contagiosa y cálida, sino de la carcajada seca que reserva para la ironía. Adele ya sabe reconocer esas cosas.

—Ni de coña. Aunque puede que sueñe con una comida en condiciones. Aquí tienen que aprender a darle sabor a lo que cocinan. Ñam.

Está intentando desviar la conversación, lo sabe. Ella siempre había pensado que al chico no le gustaba hablar de su familia por tacto, porque ella ya no la

tiene. De repente, se siente como una mala amiga. Casi todo ha girado en torno a ella, a su pérdida, a cómo ayudarla a recuperarse, a cómo pasar página, y ahora se da cuenta de que él nunca la ha dejado pasar a su mundo. La ha entretenido con historietas sobre las drogas, nada más. Nada real. Nada afectivo.

—¿Tan mala es? —Habían estado tumbados bocarriba mirando el techo, y Adele rueda hasta ponerse de lado e incorporarse un poco sobre un brazo—. ¿Por eso te chutabas?

—No —responde él, sonriendo—. Me chutaba porque me hacía sentir bien. En cuanto a la familia, bueno, en realidad vivo con mi hermana, Ailsa. Tiene treinta años. —Se da cuenta de la reacción de Adele ante la diferencia de edad—. Sí, fue una idea de última hora, que es una forma amable de llamar a un accidente. En fin, que ahora vivo con ella. Y está jodida, aunque no del mismo modo que yo: se cree un puto regalo del cielo. Es todo una mierda, ¿de verdad quieres saberlo?

—Eres mi amigo —responde ella, pinchándole con el dedo en las huesudas costillas—. Probablemente el único amigo de verdad que tengo, aparte de David. Por supuesto que quiero saberlo.

—Bueno, mi trágica Bella Durmiente, tú eres mucho más fascinante que yo.

—Por supuesto.

Se ruboriza un poco. Le gusta cuando la llama así, aunque no debería, porque sus padres están muertos y suena casi como si se burlara de ellos.

Rob deja escapar un suspiro dramático.

—Dios, qué ganas de colocarme.

—Yo nunca he tomado drogas. Ni siquiera maría.

Ahora le toca a él sorprenderse.

—No jodas.

—Sí, estaba jodida de verdad. Vivimos (vivíamos) en medio de la nada. Del autobús al colegio y de vuelta al autobús, y cuando tuve problemas me educaron en casa un tiempo.

—Cada capa que escondes bajo esa piel perfecta es más interesante que la anterior. ¿Clases en casa? Dios, con razón te enamoraste de un chico de campo.

Ella deja pasar la pullita; sabe que él piensa que depende demasiado de David, tanto por lo que dice como por lo que se calla.

—Vamos a tener que ponerle remedio, creo —dice Rob—. Te encantaría.

Adele se ríe en voz alta. Aquel chico hace que las drogas parezcan la cosa más normal del mundo. Para él, supone que lo son. Y no es mal tío.

—Un poco de maría, por lo menos.

—Vale —responde ella para seguirle el juego—. Estoy dispuesta.

Y en aquel momento lo está, pero también sabe que no es probable que ocurra

en Westlands. Puede sentirse libre y salvaje como Rob sin necesidad de hacerlo. Sin embargo, quizá debiera hacerlo, piensa con rebeldía. Quizá debiera comportarse como una adolescente normal por una vez.

«¿Qué pensaría David?». Intenta acallar la pregunta porque conoce la respuesta: a David no le gustaría. Sin embargo, ¿acaso debe preguntarse antes de tomar cada decisión qué le gustaría a David que hiciera? Eso no puede ser normal. Quizá fuera mejor parecerse más a Rob: irreverente, independiente. El mero hecho de pensarlo es como una traición. David la ama y ella lo ama. David le salvó la vida.

«En fin», piensa. Quizá deba hacerlo y no contárselo. No sería un gran secreto, solo un momento de diversión que se guardaría para ella. Puede que ni siquiera le guste. Mira el reloj de David, que le cuelga de la muñeca: son poco más de las dos.

—Te voy a tomar la palabra —dice Rob—. Nos vamos a colocar juntos y será genial.

Adele ya ve cómo empiezan a girar los engranajes de su cabeza para hacer realidad la propuesta. Se pregunta cómo sería Rob de haber llevado la misma vida que ella. Puede que ahora estuviera en una gran universidad, con una beca. Puede que él hubiera sido el hijo que los padres de Adele querían.

—Tengo que irme —anuncia, y Rob levanta la mirada, sorprendido.

—¿No tendrás otra sesión?

Sacude la cabeza, incómoda, porque no le ha contado nada sobre el tema.

—No, son mis abogados, que vienen a verme. Quería hablarles de unas cosas. Ya sabes, de la herencia. —En realidad no entiende por qué está tan aturullada, pero lo está—. Para ver cómo ha ido el arreglo de la casa, y para que el personal de seguridad instale alarmas y demás por el terreno.

—¿Para eso vienen?

Es casi como si lo oyera pensar.

Adele deja que le caiga el pelo sobre la cara cuando se levanta.

—Sí, es complicado. —Para terminar, le ofrece una sonrisa deslumbrante, una sonrisa de las que derriten el corazón y aseguran que va todo bien—. Tú concéntrate en pellizcarte. Si no le pillas pronto el truco, voy a empezar a pensar que finges tus pesadillas.

Él le devuelve la sonrisa.

—Vale, Yoda, pero solo por ti. Aunque puede que primero me haga una paja.

—Guarro.

Los dos están sonriendo cuando se marcha, y eso la hace feliz. Sabe que Rob se preocupa, que cree que David ejerce demasiado control sobre ella. Y sabe que no le gustaría en absoluto lo que está a punto de hacer.



## Louise

Hace diez días que Adele me dio el kit de iniciación del cigarrillo electrónico y una semana que no fumo un cigarrillo de verdad, y no puedo evitar sentir una pizca de orgullo engreído cuando me lo meto en el bolso y me dirijo al trabajo. Lo cierto es que debería haberlo probado antes, porque los he visto por todas partes, pero como todo en mi lista de cosas por hacer, dejar de fumar siempre acababa en la lista para el día siguiente. Sin embargo, no me quedó más remedio que usarlo después de que Adele se gastara el dinero en él, sobre todo dadas las circunstancias. No esperaba que me gustase, no esperaba que funcionara, pero resulta agradable despertarse por las mañanas sin que el pelo me apeste a humo. Y lo mismo con la ropa. Adam también se pondrá contento, y su padre. Que da igual, claro, aunque tampoco quiero ser la clase de madre que la segunda esposa pueda juzgar por ser fumadora a pesar de tener un hijo. Y ahora no lo soy. Cierto, quizá use demasiado el electrónico (es fácil fumar con él dentro del piso), pero me he jurado que, cuando Adam vuelva, lo trataré como si fuera un cigarrillo de verdad y saldré al balcón cuando quiera uno.

Camino con brío mientras respiro el aire de esta mañana de verano, contenta. No debería estarlo. En muchos aspectos, todo es un desastre y culpa mía. Sin embargo, consigo hacer caso omiso de ese detalle. Incluso empiezo a disfrutar un poco del placer culpable de tener a Adam fuera de casa. Lo echo de menos todo el rato, pero ahora disfruto de mayor libertad: puedo ser una mujer por derecho propio en vez de tan solo la mamá de Adam.

Esta mañana, la báscula me ha dicho que he perdido más de un kilo. No solo es el décimo día de los cigarrillos electrónicos, sino también el de haber eliminado la pasta, las patatas y el pan, y no puedo creerme lo bien que me siento por haberlo conseguido. Adele tenía razón: los carbohidratos son el demonio. Hay que reservarlos para los días especiales. Es mucho más sencillo seguir una dieta cuando Adam no está en casa. Muchos filetes, pescado y ensaladas. Huevos para desayunar. Ni siquiera me quedo con hambre, aunque eso es en parte porque me paso el día con el estómago hecho un nudo de deseo y culpa. Puede que al final consiga perder esos tres kilos. Incluso he reducido la ingesta de vino, y si bebo, lo incluyo en el cálculo de calorías del día. Ahora

necesito que lo de los sueños funcione para disfrutar de una noche de descanso en condiciones. Hoy tengo que repetir la rutina cada hora, en vez de empezar bien y después dejarlo pasar. Estoy decidida a intentarlo con más ganas. Es como si, después de todo lo que está haciendo Adele por mí, la estuviera decepcionando. Sé que es una locura.

Hoy voy bien de tiempo (a diferencia de los últimos días), así que, en vez de entrar directamente, decido pasear alrededor de la manzana y disfrutar de esta mañana tan bonita. Además, lo sumaré a mi recuento de pasos, porque la aplicación del móvil me insiste en silencio para que llegue a los diez mil. Otra idea de Adele. Es una buena amiga. Y lo peor es que, si alguna vez saliera esto en uno de esos programas sensacionalistas de la tele, yo sería la zorra. Al fin y al cabo, me comporto como una. Lo sé. Sin embargo, no todo es o blanco o negro, ¿no? Me gusta mucho Adele, hacía años que no tenía una amiga tan buena como ella, tan diferente de los demás; tan elegante y dulce, y tan interesada en mí. Con Sophie me siento como si tuviera que suplicarle para que me haga un hueco en su agenda, mientras que con Adele no es así. Apenas he enviado mensajes de texto a Sophie desde que apareció Adele. Debería bastarme con su amistad, lo sé, pero no. A pesar de que estos días no estoy comiendo tanto, sigo siendo una glotona. Adele y David. Los quiero a los dos. Otra razón por la que no he hablado con Sophie: me echaría una reprimenda por esto. Saco el cigarrillo electrónico y le doy caladas mientras camino.

«En fin —me digo mientras vuelvo a tener la clínica a la vista—, el sexo no puede durar». Adam solo pasará fuera un par de semanas más, aproximadamente, y no permitiré que David venga a visitarme por la noche después de eso. ¿Y si Adam conoce a Adele? ¿Y si le habla de David? ¿Y qué clase de madre quiere darle ese ejemplo a su hijo? ¿Decirle que está bien que un hombre casado aparezca para echar un polvo y después se vaya? Intento convencerme de que esa es mi principal preocupación, pero me engaño: mi principal preocupación es que Adam es demasiado pequeño para guardar secretos y, si alguna vez lo llevan a la clínica después de clase por el motivo que sea, lo último que necesito es que reconozca al hombre que visita a mamá algunas noches. Es todo muy sórdido. Peor aún, lo que estoy haciendo es estúpido y egoísta. Sin embargo, vuelvo a la vida cuando David me toca. Adoro olerlo en mi cuerpo. Adoro el tacto de su piel. Adoro su sonrisa. Soy como una adolescente cuando está a mi lado. Y después, cuando estoy con Adele, siento que sirvo para algo, que soy importante para ella.

Noto que me baila un poco la cinturilla de los pantalones cuando voy a sacar las llaves de la oficina. Estoy adelgazando, no cabe duda. Quizá me estén devolviendo a la vida entre ambos, David y Adele.

—No sabía si querías uno —dice Sue, que ha puesto el hervidor a funcionar y sostiene en alto un bocadillo de beicon. Veo que el papel se transparenta por culpa del ketchup—. No pasa nada si no lo quieres, le encontraré otro hogar. —Sonríe—. O me lo comeré yo, claro.

—No, gracias —le digo, feliz de romper con otra rutina—. Mañana me toca darme un gusto.

Tengo hambre después del sexo de anoche, pero llevo dos huevos cocidos en una fiambra y eso me comeré. La preparación es esencial en una dieta, algo que también he aprendido de Adele, así que cuezo los huevos de seis en seis y los guardo en el frigorífico. El beicon huele muy bien, aunque rechazarlo me produce un extraño placer, como si tuviera el control; al menos, sobre eso. El beicon no es el placer que debería negarme, pero es un comienzo.

—Lo siento —añado—. Debería haberte enviado un mensaje para decírtelo. Te lo pago.

—Ni de broma —dice Sue mientras me deja la taza de té delante—. Tienes buen aspecto. Estás casi resplandeciente.

Me está mirando con curiosidad.

—¡No estoy embarazada, si es lo que me preguntas!

A pesar de que mi humor ha mejorado bastante estos días, esa palabra, *embarazada*, siempre está al acecho.

—En realidad iba a preguntarte si había un hombre nuevo en tu vida.

—Ojalá —respondo entre risas, y me concentro en pelar el huevo.

—Bueno, sigue como vas y tendrás que quitártelos de encima. Una mujer tan guapa como tú no debería estar soltera. Ha llegado el momento de volver al mercado.

—Puede. Ahora mismo procuro concentrarme solo en mí.

No he perdido la sonrisa, aunque me da algo de vértigo imaginarme explicándole la situación a Sue, con su matrimonio de toda la vida y sus tranquilas costumbres. Sue pensaría que estoy loca y que me equivoco, y acertaría. Sin embargo, también me siento feliz por primera vez en lo que parece una eternidad, ¿de verdad es tan horrible, siempre que nadie salga herido? Todos guardamos secretos: Adele, David y yo. Mientras continúe así, ¿por qué no puedo disfrutarlo? ¿Por qué no puedo tenerlos a los dos?

Sue me sigue mirando, segura de que oculto algo, y no puedo culparla por ello. Sé que me brillan los ojos y que hacía tiempo que no caminaba con tanto brío.

Termino de comerme los huevos y me miro las manos para contarme los dedos. Espero que Adele esté bien. ¿Se pelearían anoche? ¿Por eso fue a verme? ¿O le contó que estaba en su trabajo de voluntariado? A veces pienso más en

ellos que en mí. David había estado bebiendo, pero no estaba borracho cuando se fue. Es probable que lo disimulara sin problema. Empiezo a pensar que se le da muy bien disimular cuando bebe. Quizá deba intentar hablarle del tema, de la bebida. ¿Será eso lo que no funciona en su matrimonio? A Adele no le gusta nada la bebida. Cuando comemos, a veces me tomo una copa de vino, y ella no me acompaña. Yo también tengo que reducir un poco el consumo de alcohol. Está claro que tomar menos vino me ayudará a perder más deprisa los kilos que me sobran.

Dejo a Sue con su segundo bocadillo y me voy al despacho de David para encender la cafetera. En cierta estúpida manera, es como jugar a las casitas con él. Noto mariposas en el estómago y no consigo refrenar la emoción. Siempre me ha gustado mi trabajo, pero ahora tiene un aliciente extra. Me descubro mirándole las manos mientras firma recetas y cartas, y recordando cómo me han tocado esas manos, dónde me han tocado.

A veces pienso en el pánico que sintió Adele cuando creyó que iba a perderse una llamada de teléfono, y en esas pastillas del armario, pero puede que no sea nada siniestro, ¿no? Quizá sí que tenga un problema de nervios. Incluso ella reconoció haber tenido problemas en el pasado. Puede que el comportamiento de David se deba a su deseo de protegerla, no de controlarla, ¿verdad? ¿Quién sabe lo que ocurre de verdad de puertas adentro? De todos modos, no puedo preguntarle a David al respecto, no sin que descubra que conozco a su mujer, y entonces sí que pensaría que soy una acosadora loca y, encima, yo habría traicionado a Adele. Menudo lío. Sé que lo es, aunque eso no evita que el corazón se me acelere cuando lo veo aparecer en la consulta.

—Buenos días —lo saludo.

—Igualmente —responde.

Parece cansado, pero su sonrisa es cálida y auténtica, y sus ojos azules brillan solo para mí. Me ruborizo a rodajes. Es absurdo. Trabajamos juntos. A pesar de que debería haberme acostumbrado a verlo, hoy es distinto. Algo cambió anoche, cuando nos quedamos en la cama y charlamos. Por supuesto, no duró; la culpa de siempre acabó por aparecer entre nuestros cuerpos, al enfriarse. Los hombres son extraños, como si la traición se encontrara en la risa y la intimidad, en vez de en el sexo. Aunque supongo que así es. Esa idea fue la que más daño me hizo cuando Ian me engañó, cuando dejé de obsesionarme por el sexo. Quizá porque la risa es más difícil de compartimentar.

Todo esto es una horrible traición, eso es lo que habría querido decirle antes de que se fuera. Toda la historia. Pero no conseguí hablar. ¿Cómo iba a hacerlo? No quiero que se acabe. Esa es la desagradable verdad: quiero nadar y guardar la ropa; quiero a mi amante y a mi nueva mejor amiga.

—Estás de buen humor —comento.

Antes de que pueda responder, cuando tiene la boca entreabierta en una media sonrisa y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de un modo que me derrite el corazón como un helado, el doctor Sykes entra en el despacho.

—David, ¿puedo hablar contigo un momento?

Sonrío y desaparezco camino de mi escritorio, tras cerrar la puerta. Hemos perdido el breve momento que estábamos a punto de disfrutar, y quizá sea mejor así. Tengo que recuperarme. Sea lo que sea esto, no puede durar, y no puedo encariñarme más de la cuenta. No es más que lujuria. Pasará. No puede convertirse en algo más y no lo permitiré, aunque las palabras me suenan huecas. El corazón me late demasiado deprisa para que sean ciertas.

A mediodía ya he recibido la sexta llamada de Anthony Hawkins, y con cada llamada que pasa está más nervioso y yo me esfuerzo mucho por mantener la calma mientras intento que cuelgue.

—Como le dije antes, señor Hawkins, le transmitiré sus mensajes al doctor Martin en cuanto esté libre. Si se trata de una emergencia, le recomiendo...

—Quiero hablar con David. Necesito hablar con él.

—Entonces me aseguraré de que lo llame en cuanto pueda.

Noto su respiración acelerada en mi oído.

—¿Y seguro que tiene bien mi número de móvil? No quiero que llame al número que no es.

Le repito el número que tengo en pantalla y, por fin, cuelga. Añado esta última llamada a mi lista de mensajes para David y deseo con todas mis fuerzas que salga pronto de su reunión con los otros médicos para que me quite a Anthony de encima. Estoy un poco preocupada, para ser sincera. Por lo que sé, sus sesiones han ido bien, y Anthony tiene de nuevo cita el lunes. Viene tres veces o más a la semana, por voluntad propia, y espero que no haya tenido una recaída que esté provocando esta repentina necesidad de hablar con David antes del fin de semana.

Al final salen los médicos y le paso la lista de llamadas a David.

—Sé que es la hora de comer, pero creo que deberías llamarlo. Parecía bastante inquieto.

—¿Arrastraba las sílabas? —me pregunta mientras examina las horas de las llamadas.

—No. Creo que no.

—Voy a calmarlo. ¿Puedes conseguirme los números de sus padres y de su abogado? ¿Y de su médico?

Asiento. Volvemos a ser el jefe y su secretaria, y, a pesar de todos los clichés,

no es nada sexi.

—Te los envió por mail.

—Gracias.

Todavía está mirando la nota cuando entra en su despacho. Casi espero que vuelva la vista y me sonría o algo, cosa que no hace. Está centrado por completo en Anthony. Me gusta. Hay médicos que, a pesar de ser excelentes en su trabajo, son capaces de desvincularse de sus pacientes. Quizá eso sea lo mejor y lo más profesional, pero no creo que David lo haga. Por otro lado, dudo que esos médicos beban todos los días. Es un hombre extraño. Me pregunto, como siempre, qué demonios lo impulsa, cómo alguien a quien se le da tan bien escuchar a los demás y sonsacarles tiene tantas dificultades para hablar.

Me como la ensalada en el escritorio y dejo que la tranquilidad del viernes por la tarde me invada. Anthony llama dos veces más, aunque me confirma que acaba de hablar con David. Dice que se le ha olvidado algo y que tiene que hablar de nuevo con él. Lo corto con mucha educación, ya que no quiero verme arrastrada a una conversación para la que no estoy cualificada.

A las dos y media veo que se enciende la luz de la línea 1 del teléfono de David. La llamada solo dura un minuto, aproximadamente, y sé que llama a su mujer. He intentado no realizar un seguimiento de sus llamadas, pero no puedo evitarlo. A las once y media y a las dos y media, todos los días. Llamadas cortas. No lo bastante largas para las formalidades típicas de las conversaciones de trabajo. Todos los días recuerdo el pánico con el que salió Adele del gimnasio, y he pasado el tiempo suficiente con ella para haber visto más llamadas como aquella desde su lado del hilo telefónico, aunque siempre sale a otra habitación o al pasillo para contestarlas. De todas las cosas malas de mi situación, de todas las razones por las que debería sentirme fatal, estas llamadas son lo que más me reconcome. ¿Qué se traen estos dos? ¿Qué clase de amor se tienen? ¿Es amor? Noto una punzada de envidia en el estómago.

Al final del día, una vez que se han marchado los últimos clientes y el fin de semana nos reclama, David sale de su despacho con la chaqueta puesta y el maletín en la mano. Aunque no espero que se detenga un momento en mi escritorio (nunca lo ha hecho y quedaría raro), me siento un poquito decepcionada.

—¿Está bien Anthony? —pregunto, en parte por preocupación y en parte por hablar con él. No puede darme detalles, lo sé, pero pregunto de todos modos.

—Procura ser breve cuando llame —me dice—. Le he dado un número directo por ahora, como recurso temporal, pero si no lo cojo puede que pruebe a llamarte. No te metas en ninguna conversación personal con él.

Asiento, algo desconcertada. ¿Qué coño está pasando?

—De acuerdo.

Sin embargo, puede verme en la cara que tengo mil preguntas.

—Tiene una personalidad obsesiva. Imagino que empezó a usar la heroína como vía de escape, hasta que la droga en sí se convirtió en una obsesión. Esperaba que el apego conmigo no se desarrollara tan deprisa, pero me equivoqué.

Pienso en las llamadas.

—¿Está obsesionado contigo?

—Es posible. Lo que no quiero es que transfiera su obsesión a ti si no consigue ponerse en contacto conmigo. No es que Anthony piense que soy especial, es que tiene un amplio historial de encariñarse con la gente nueva. Formo parte de ese patrón.

—Puedo ocuparme de las llamadas —afirmo. También quiero señalar que se me da bastante bien mi trabajo, aunque me gusta que se preocupe por mí. Por otro lado, me inquieta lo que pueda sucederle a él—. ¿Es peligroso?

—No lo creo —responde, y sonrío—, solo tiene algunos problemas. Sin embargo, correr riesgos no forma parte de tu trabajo.

Sue está en la cocina, sacando las tazas del lavavajillas, y nos ve desde donde se encuentra, así que no pregunto sobre planes para los próximos días (aunque la verdad es que no quiero saberlo; Adele siempre se encuentra entre los dos, aunque nunca la mencionemos), y ahora que la charla de trabajo ha terminado, me desea un buen fin de semana, algo torpe, y se dirige a la puerta.

Se vuelve para mirarme antes de salir, un breve vistazo, una última mirada. El estómago me cosquillea de felicidad y después se retuerce de celos. Se va a casa a pasar el fin de semana. ¿Pensará en mí durante esos días? Sé que lo hace a veces, puesto que ya apareció en mi puerta un sábado, pero ¿cómo piensa en mí? ¿Se plantea la posibilidad de dejarla por mí? Ojalá supiera lo que soy para él y adónde conduce esto, si es que conduce a alguna parte. ¿No debería empezar a hablar ya del tema? No es que seamos unos chavales. Vuelvo a sentirme barata y me derrumbo en la silla. Debería acabar con esto. Sé que debería.

Miro la hora: son casi las cinco. Aparto la vista y vuelvo a mirar, y la hora no varía. Necesito tirar el café y terminar algunos asuntos administrativos para el lunes, y no tarda en llegar la hora de irme a casa.

Se me ocurre salir a correr esta noche, pero estoy tan cansada por mi sueño interrumpido que sé que no sucederá. Me pellizco.

—No es un sueño —murmuro.

## Adele

Aunque pasamos la noche en casa como cualquier otra pareja (cena, tele, poca conversación), anoche David durmió de nuevo en el dormitorio de invitados. Le echó la culpa al calor, pero es una casa grande y vieja, y los gruesos muros de ladrillo mantienen las habitaciones bastante frescas. No me miró antes de irse a la cama. No me resultó inesperado; aun así, sentí una puñalada en las entrañas asestada con una astilla recogida entre los fragmentos de mi corazón roto.

Cuando lo oí trajinar esta mañana, me levanté y me fui al gimnasio para evitar enfrentarme a él a través de la amarga escisión invisible de nuestro matrimonio. Tenía que liberar parte de las emociones reprimidas, así que corrí con ganas en la cinta y después me puse más peso que nunca en las máquinas para hacer las repeticiones. Ni siquiera así lo disfruté. Todo me parece una pérdida de tiempo. ¿Qué más da? Yo ya no importo nada...

Llegué a casa a tiempo de preparar una comida ligera para los dos, y después se fue. A su trabajo de voluntario. Un tipo amorfo y mal vestido lo recogió en un coche viejo. Todos los fariseos tienen el mismo aspecto, es algo que no ha cambiado desde la época de Westlands; como si vestir mal les otorgara una dignidad adicional, no sé por qué. Al menos, el voluntariado no ha sido mentira del todo, aunque sé que lo ha empleado como excusa para ver a Louise en una ocasión, como mínimo.

Cuando se va, se me ocurre enviarle un mensaje a mi amiga para ver si le apetece tomar un café en alguna parte (de repente me siento sola en la casa), pero después me arrepiento. No sé dónde va David estos días, y aunque se trata de un barrio bullicioso, las coincidencias ocurren. No puedo arriesgarme a que nos vea desde un coche solo porque yo esté triste.

Al final me pasé un par de horas limpiando la casa hasta que los baños quedaron resplandecientes y yo, sin aliento. Entonces me interrumpió el sonido del correo de los sábados (tarde, como siempre) al entrar en el buzón.

Cuando vi el sobre, el familiar membrete de la empresa en la esquina y la dirección escrita a mano con mucho esmero, me alegré de no haber iniciado hoy ninguna discusión. Habría sido demasiado y no hacía falta. Esto bastará para alterarlo. En mi cabeza, el pasado es como arenas movedizas, y David está



atrapado en él y se hunde muy, muy despacio. Eso me entristece de nuevo.

Abro el sobre y me quedo mirando las columnas de concepto y gasto, y le echo un vistazo a la carta que las acompaña. Nada raro ni sorprendente, aunque nunca lo es. No vamos nunca a Fairdale House ni ha vivido nadie allí desde que ardiera aquella parte de la casa. Vuelvo a leer la carta: se han realizado unas cuantas reparaciones en el edificio principal; el mantenimiento de las vallas; todas las cámaras de seguridad funcionan; nada estropeado en la propiedad; el gas y la electricidad siguen conectados y se han pagado las cuotas; los desagües funcionan; se paga el alquiler de los campos circundantes. El informe de verano siempre es más barato que el de invierno, ya que no hace tanta falta encender la calefacción para combatir el frío escocés. Para ser sincera, creo que casi todo el mundo se ha olvidado de la existencia de la finca: el castillo de la Bella Durmiente detrás de los setos vivos.

Dejo la carta y el recibo en el lado de la cocina donde sé que David lo verá, colocada de tal modo que parezca que la he dejado allí sin darle mayor importancia. Eso también lo cabreará. No debería haberla abierto. Debería haberla dejado en su escritorio nada más ver el membrete de la empresa. Está dirigida a los dos, pero todos saben que él está a cargo del dinero. Yo no soy más que la marioneta: la trágica esposa que necesita que cuiden de ella.

Los abogados han dejado de preguntarnos si vamos a vender la finca. No podemos venderla. Aunque, quizá, en el futuro... El potencial es tan enorme que el estómago me da un vuelco. La posibilidad de que nuestro secreto salga a la luz y se desmorone hasta convertirse en polvo y desaparecer... Liberarnos de él. La idea me produce vértigo, aunque también me da fuerzas.

Miro la hora: las ocho y media. Fuera, ya se acaba el día de verano. David estará en la calle hasta las diez y no quería que le preparara la cena, así que no hay que preocuparse por eso. Sin embargo, debo ir a un sitio, y no tiene sentido seguir posponiéndolo. Debo estar preparada. Debo estar lista. En cierto modo, estoy deseándolo.

Solo necesito tener mucho, mucho cuidado.

## Louise

—¡Tía! ¿Es que estás colocada? Quiero decir... Te has metido en una tormenta de mierda descomunal. Hasta yo me doy cuenta, y ya sabes que me gustan los líos.

La desaprobación de Sophie me llega alta y clara a través del teléfono, y desearía no haberle contado nada.

—¿En qué has estado pensando? ¿Y por qué no me lo has contado antes?

—He estado ocupada —mascullo.

¿Qué le da derecho a juzgarme? No es la más adecuada para hacerlo.

—Y tanto. Dejando lo del jefe al margen, esto no está bien. Aunque me alegro mucho de que vuelvas al mercado, esto no es lo que tenía en mente.

Intenta parecer graciosa para suavizar su postura, pero eso no evita que me ruborice mientras doy vueltas por la casa. Solo me ha llamado porque le han fallado los planes para esta noche y está aburrida en casa, con Ella. Es probable que ni siquiera sea consciente de que llevo un tiempo sin enviarle mensajes.

—Lo sé, lo sé —respondo—. Y tengo que cortar.

—¿Con cuál de los dos? ¿Con él o con ella? Es como si te los estuvieras tirando a los dos. —Hace una pausa—. ¿Te los estás tirando a los dos?

Sonríó un poco, aunque esté enfadada con ella.

—No, claro que no. Es que... No sé, cada vez que intento romper con uno o con otro, no soy capaz.

—¿Quieres mi consejo? —pregunta Sophie antes de que una vocecilla de fondo la interrumpa—. Espera, Louise. —Aparta la boca del teléfono y la oigo menos—. ¿Qué? —dice, irritada—. Ya te lo he dicho, Ella: mamá está hablando por teléfono. Ve a preguntarle a papá. Bueno, pues pregúntale otra vez. —Después vuelve conmigo—. Lo siento, Lou. Puñeteros niños...

Noto un nudo en la garganta. No estoy segura de querer su consejo; lo que de verdad quiero es que se ría, que me diga que no pasa nada y que es todo muy emocionante. Me da la sensación de que los tiros no van por ahí. No me equivoco.

—Si quieres mi consejo, cielo —continúa—, corta con los dos. No puedes ser amiga de su mujer porque siempre serás la que se ha tirado a su marido, y eso es

una mierda, y no puedes ser la amante de tu jefe porque está casado con una mujer que ha sido amiga tuya, y eso también es una mierda. Tener una aventura ya es un secreto gordo de por sí, y creo que no estás preparada para ello... Te lo digo como un cumplido. Tú estás por encima de estas cosas, Lou. Métete en Tinder, o algo. Hay un montón de tíos buenos por aquí, créeme. Solteros y todo. Te juro por Dios que si no has preparado un perfil para la próxima vez que te vea, te la ganas. ¿Vale?

—Vale —respondo, mintiendo como una bellaca para contentarla y librarme de ella.

—Tengo que irme, Lou: Ella está a punto de emberrincharse. Pero sigue en contacto. Estoy aquí para lo que necesites.

Cuelga, aunque todavía oigo el eco de sus palabras: «Corta con los dos». Para ella es fácil decirlo, con su ocupada vida, su familia y sus aventuras. A Sophie nunca le faltan ni atención ni compañía.

Es probable que ni siquiera vuelva a verla hasta que llegue Adam, y entonces tendré que dejar a David, así que estará todo resuelto. No es que necesite hacer nada para satisfacer a Sophie. Cuando ella me cuenta sus líos amorosos, escucho, asiento y me guardo mis críticas. ¿Por qué no es capaz de hacer lo mismo por mí? Piensa que sabe mejor que yo lo que me conviene, aunque no es así. Adele me escucharía y me apoyaría... como una amiga de verdad.

Me doy cuenta de que suena a locura, dada la situación, así que me quito a Sophie de la cabeza, me sirvo una copa de vino y le añado hielo para que me dure más. No me siento demasiado mal porque he reservado las calorías necesarias para ello y, sinceramente, bastante bien me he portado hoy. Los fines de semana son duros para las dietas, pero ahora que noto la diferencia me resulta un poco más sencillo. No salí a correr porque la falta de sueño me fastidió y no me veía capaz, aunque sí salí a dar un largo paseo y, a pesar de que me moría por comer pan, me limité a pescado con verdura para la cena antes de llamar a Adam e Ian y enterarme de todas las exquisiteces que han estado comiendo; el estómago volvió a gruñirme.

Así que no voy a fustigarme por el vino. Hay que divertirse un poco, y tampoco es que achisparme vaya a llevarme por el mal camino del exceso de comida. La despensa está vacía y soy demasiado vaga para salir a estas horas de la noche. Además, necesito el vino para dormir. Estoy convencida de que mis terrores nocturnos han empeorado, pero supongo que no es de sorprender, ya que me estoy follando al marido de mi nueva amiga. Digo mentalmente esa palabra aposta, para dar un respingo. Sí, con razón duermo tan mal.

Zapeo por los canales en busca de algo con lo que distraerme. Están echando un programa de talentos horroroso, poco más. Un viejo episodio de *A Touch of*

*Frost.* Nada que me enganche. Bebo más vino y vuelvo a pensar en David y Adele; una parte de mi cerebro siempre está pensando en David y Adele. ¿Estará él pensando en mí? ¿Estará ella pensando en mí? Casi me río, ¿cómo puedo estar tan loca? Debería acostarme pronto. Al menos, mañana puedo quedarme en la cama si esta noche no duermo.

Voy a la cocina y me lleno la copa hasta el borde. Todavía queda un poco menos de la mitad de la botella si paro ahora, y eso es mejor de lo normal. ¿Estará David bebiendo en casa? ¿Habrán salido a cenar? ¿O estarán haciendo el amor para reconciliarse porque él se siente culpable? ¿Estará comparando nuestros cuerpos? Dios, espero que no. Las preguntas me zumban en la cabeza y me rindo, dejo de intentar espantarlas.

Saco el cuaderno del cajón de la cocina. Es mi vínculo con ellos, y si se me van a meter en la cabeza, mejor volver a sumergirme en el pasado de Adele, aunque me cueste mucho descifrar las palabras garabateadas con tan poco cuidado. Además, me he portado mejor con las rutinas en los dos últimos días y quizá esto me ayude a comprenderlo de verdad.

Apago el televisor y me llevo la copa de vino al dormitorio. A pesar de no haber bebido tanto, noto un agradable zumbido de cansancio en la cabeza. La dieta me está convirtiendo en una cita barata. Intento no pensar en lo barata que soy en realidad, dadas las circunstancias.

Me dejo puesta la camiseta y tiro el resto de la ropa al suelo antes de meterme en la cama. Ya noto los párpados pesados y le doy un buen trago al vino. No me he lavado los dientes. Lo haré cuando termine mi copa (la menta y el vino no son buena combinación), aunque lo más probable es que me duerma primero y lo haga cuando me despierten las pesadillas, dentro de unas horas. «Llevo una vida salvaje», pienso, y esbozo media sonrisa ante lo salvaje que soy acostándome antes de las diez de la noche; después enciendo la lámpara de la mesita y abro el cuaderno. Al principio, la letra picuda me hiere los ojos, pero poco a poco me acostumbro a sus formas. El pasado de Adele y David. «Tu sueño. Estás leyendo esto para conseguir dormir bien», me dice mi voz interior. «Sí, ya», le respondo. Las dos sabemos que es mentira.

«... Empieza como siempre, estoy huyendo y todos me persiguen: los camellos del barrio, la inútil de mi madre desaparecida, Ailsa, el chico al que le di la paliza en el callejón solo porque estaba nervioso, mi falta de colocón y mi rabia hirviente. Eso son, lo sé, aunque también son otra cosa; versiones monstruosas de sí mismos, de cómo los veo en realidad: ojos hundidos, piel colgando, dientes afilados cubiertos de sangre tras dejarme seco con su continua existencia. En los brazos llevo las marcas de dónde me han atrapado y mordido mamá y Ailsa

antes de conseguir escapar. No necesito un loquero para saber de qué va esto. El loquero lo llamaría culpa. Culpa por mi drogadicción y su efecto en mi familia. No tienen ni idea de lo que llevo en la cabeza. Las marcas, los mordiscos y lo de chuparme la sangre es por enviarme a rehabilitación y obligarme a dejar la única cosa que disfruto en esta vida tan deprimente.

»Corro por la torre de pisos. No por la torre en la que vivo con Ailsa, sino por aquella en la que vivían mi madre y Zancas, su novio pedófilo que en realidad se llamaba Terry, antes de que él desapareciera. Es vieja y los ascensores apestan tanto a meados que incluso cuando funcionan acabas mandándolos a la mierda y subiendo por las escaleras. En el sueño estoy en las escaleras y los oigo detrás de mí, llamándome e insultándome. «¡Sabemos lo que eres! ¡No creas que no!», chilla mi madre. Sus voces suenan a húmedo; demasiados dientes afilados en la boca. Oigo un ruido metálico contra los escalones de hormigón y es como si las piernas intentaran atravesar melaza. No puedo acelerar. Llego a un rellano y miro atrás.

»Están dos rellanos más abajo, aunque se mueven deprisa formando una manada medio humana, medio animal. En las manos tienen largos cuchillos afilados en vez de dedos, y los arrastran detrás de sus cuerpos. Van a rebanarme, hacerme pedazos y comerme. Estoy demasiado cansado para seguir corriendo escaleras arriba, así que miro hacia la puerta que sale de la escalera para llegar a los pisos de mierda. Suena hip hop en alguna parte. En la puerta hay un mugriento panel de cristal, y a través de él veo a Zancas, que siempre está metido en todos los fregados. Me observa con odio a través del cristal y alza un dedo de cuchillo para agitarlo frente a mí, como si me regañara.

»Estoy atrapado. Sé que me van a atrapar. Sus dedos me destrozarán. Aquí es donde el sueño suele dejarme paralizado y no me despierto hasta que me alcanza Ailsa. Pero esta vez no. Esta vez mi yo del sueño tiene un momento de iluminación.

»Puertas.

»Dedos.

»Me miro las manos: hay un dedo de más en la derecha. Me quedo donde estoy, en el rellano, y estoy a punto de echarme a reír. Estoy soñando y lo sé. El ruido del metal se difumina al concentrarme. Miro hacia la puerta del rellano, aunque ahora sé que no es la puerta que quiero. Me vuelvo hacia la pared, donde un aficionado ha dejado unas feas firmas de grafiti mal pintadas. Reorganizo mentalmente las líneas para formar una puertecita con un pomo redondo, como el dibujo de un niño.

»Los monstruos que tengo detrás se me acercan, pero les hago caso omiso y estiro un brazo para abrir mi nueva puerta. Pienso en una playa. No en la del

verano de mierda que pasamos en Blackpool, que nos llovió casi todos los días y Ailsa tenía continuos berrinches de adolescente porque no la habían dejado llevar al capullo espinilloso de su novio, sino en una playa pija de verdad, como las de los escaparates de las agencias de viajes.

»Giro el pomo y entro.

»Mi terror nocturno desaparece, y me encuentro en una playa blanca, con la brisa cálida en el pelo y la arena caliente entre los dedos de los pies mientras el agua tibia me los lame. Voy en pantalones cortos y camiseta. Estoy tranquilo. Quiero reír. Quiero que Adele vea esto y, de repente, aparece: una Adele soñada. El agua tiene un color azul poco natural, aunque así es como me he imaginado siempre que sería el océano. Añado delfines. Añado un camarero que camina hacia nosotros con altos vasos de cóctel. Son raros. Nunca he tomado un cóctel, pero sabe a granizado de fresa, como pienso que sabrá. Estoy a punto de añadir una aguja y un chute, pero no lo hago. En el sueño, río y la Adele soñada ríe conmigo, y entonces no puedo mantenerlo por más tiempo y me despierto.

»¡Pero lo he hecho! No me lo puedo creer, joder. ¡Hostias, que lo he hecho! Puedo ser el rey de mis sueños. La próxima vez saldrá mejor. Lo sé. Tengo un subidón demasiado grande para volver a dormirme. Son las cuatro de la mañana y todos están fritos, mientras que mi corazón va a mil por hora. No me sentía tan bien por nada desde hacía siglos. Ha sido como magia. Magia real, sin ayuda de las drogas. Estoy deseando ir a contárselo a Adele, pero las chicas duermen en el otro lado de la casa y no puedo arriesgarme a que me pillen allí. Me echarían. Cuando llegué me habría parecido perfecto. Sin embargo, ahora no. Estoy electrificado. Sonrío como un capullo mientras escribo esto. No le contaré que me la imaginé en la playa conmigo, que apareció de repente, como si ese fuera su lugar. Como si no me imaginara ser feliz sin ella. Eso me pone de los putos nervios, a saber qué le parecería a ella.

»Estamos más o menos a la mitad de nuestra estancia. ¿Qué pasará cuando nos vayamos? Me da que el doctor David no me querrá cerca. Adele dice que me va a adorar, pero ella no conoce a la gente como yo, y ese tío parece un obseso del control.

»Todavía sigo dándole vueltas a esa mierda de los abogados. No la he presionado al respecto, pero después estaba rara. Al final me lo contará. Se me da bien sonsacar a la gente. Ahora en las sesiones escucho más que hablo, y todo el mundo quiere hablar de lo suyo. Es algo intrínseco. Debería trabajar aquí, joder (es broma).

»Los pájaros empiezan a despertarse. Todavía no me creo lo que he hecho. Tanto pellizcarme y contarme los dedos, al final ha funcionado: he controlado mi puto sueño. David no puede hacer eso. Esto es algo que solo nos pertenece a

Adele y a mí...».

Veo borroso y tengo que leer la última frase dos veces porque el vino me ha embotado un poco la cabeza. Cierro los ojos. Un segundo. El cuaderno se me cae de la mano. Pienso, medio dormida, que tengo que cepillarme los dientes, y entonces me duermo del todo.

## Adele

Es horrible. Horrible. No existe otra palabra para describir esta mañana. Los gritos han terminado, pero este silencio sepulcral es peor. Siento náuseas. Estoy temblando. En realidad no sé qué decir ni si hay algo que debería decir o que pueda decir: ha sido todo cosa mía.

—Me mudo al dormitorio de invitados. Por ahora. Por un tiempo. Creo que es lo mejor. Hasta que decidamos qué vamos a hacer.

Habla con calma profesional, aunque está lívido. Lo conozco. Me contengo para no llorar, que es lo único que me apetece. Me mantengo impasible; no quiero que sepa cuánto daño me está haciendo.

—¿Dónde está la tarjeta de crédito? —me pregunta con ojos fríos.

Los artículos que compré en la teletienda empezaron a llegar a las ocho de la mañana, y para las nueve ya estaban todos. Lo sincroniqué a la perfección y pagué una cantidad adicional para elegir una hora concreta. La compra en sí solo me llevó una hora de trabajo, más o menos, pero ahora la cuenta de la American Express de David está hiperventilando con el gasto de mis adquisiciones aleatorias. Una cafetera nueva (el mejor modelo). Una panificadora nueva (lo mismo). Joyas. Una cámara muy cara. Un aparato para picar/cortar/cocinar al vapor, con todos los accesorios. Y el no va más: una cinta para correr de alta gama. Miles de libras, en total.

Como si fuera una niña, cojo mi bolso, que está colgado en el respaldo de una de las sillas de la cocina, y se lo paso, y después contemplo cómo saca la preciada tarjeta de mi cartera y la corta en pedazos.

—Creía que era un nuevo comienzo —dice mientras tira los trozos a la basura.

Parece muy frío. Quiero decirle que todo saldrá bien y que confíe en mí, pero no puedo. He iniciado este camino, decidida a apartarlo de mí y empujarlo hacia ella, y debo permanecer en él. Debo ser fuerte. Debo tener fe en Louise, en David y en mí para que esto funcione.

—Creía que habíamos acabado con esto hace tiempo —masculla, y se queda mirando el pasillo, que está lleno de cajas por todas partes, como si acabáramos de mudarnos otra vez—. Me encargaré de devolverlo todo. —Hace una pausa—. Puedes quedarte la cinta, si quieres.



Sé en qué está pensando: en que con ese aparato puede mantenerme más tiempo dentro de la casa.

—Puedes devolverla —respondo.

De todos modos, el carné del gimnasio no tiene solución, ya que hemos pagado el año completo. Era más barato y, además, en aquel momento intentaba complacerlo: nuestro nuevo comienzo.

Lo observo. ¿Quedará todavía alguna ascua diminuta de su amor por mí? Seguro que sí. Seguro. Vuelve a mi bolso y saca mis llaves de la casa.

—Tengo que ir al centro comunitario. No me queda más remedio. Han organizado una clínica, pero solo serán dos horas.

Por supuesto que tiene que irse: el trabajo es lo primero. Siempre quiere ayudar a los demás, salvo a nosotros, salvo a mí. En eso se ha rendido. Para mí no hay nada más que pastillas, pastillas y más pastillas. No entiendo por qué me ha quitado las llaves hasta que se acerca a la puerta de la cocina, la cierra con ellas y se las guarda, y yo deajo escapar una especie de carcajada muy desagradable, no logro evitarlo.

—¿Me estás encerrando?

No me lo puedo creer. Nuestro matrimonio hace tiempo que parece una prisión, los dos lo sentimos. ¿Ahora se ha convertido en mi carcelero, para rematarlo?

—Es por tu propio bien. —Al menos tiene la decencia de ruborizarse y no mirarme a los ojos—. Solo por esta mañana. No puedo... No puedo... —Le cuesta encontrar las palabras—. No puedo distraerme... —Hace un gesto débil para señalar el pasillo y después a mí—. Con todo esto. —Aparta la vista, no soporta mirarme—. Descansa un poco, quizá tengamos que volver a cambiar la medicación. Lo resolveré mañana.

Me quedo atascada en la palabra *distraerme*. Lo que quiere decir es que no puede distraerse preguntándose dónde estaré y qué estaré haciendo. Ni siquiera nuestra pequeña rutina telefónica le basta.

«Quizá debas reducir tus otras distracciones, como follarte a la gorda de tu recepcionista», es lo que deseo gritarle, pero no lo hago. Las pastillas que me ha obligado a tragar delante de él empiezan a surtir efecto, y me siento algo soñolienta. La verdad es que no me importa: me hará bien dormir un poco.

Su móvil suena para avisar que ya han llegado a recogerlo. No me quita mi móvil, ya sea a propósito o porque todavía está recuperándose de lo demás y se le ha olvidado, y eso me alivia. Por si acaso, lo había escondido, pero ya estoy corriendo demasiados riesgos, seguramente prematuros. El teléfono se queda para otra ocasión.

—Seguiremos hablando más tarde —dice mientras se dirige a la puerta.

Son palabras huecas, puesto que nosotros en realidad ya no hablamos. No hablamos sobre nosotros y no hablamos sobre eso. Se detiene y vuelve la vista atrás, y creo que va a añadir algo más, pero no lo hace.

Nos miramos durante un buen rato, antes amantes, ahora combatientes silenciosos, y se marcha.

Oigo girar la llave en la cerradura de abajo y me siento sepultada en nuestra casa. Es muy extraño saber que no puedo salir. Hacía tiempo que no me sentía tan indefensa. ¿Y si hay un incendio? ¿Y si la casa arde mientras duermo? La medicación me ha dejado atontada. ¿Y si pongo una olla a hervir y se me olvida? ¿Ha tenido en cuenta todo eso? No sería la primera vez que se produce un incendio. Quizá crea que ahora cuento con los recursos suficientes para salir yo sola. Y, para ser justos, no me resultaría difícil romper las ventanas si me empeño en ello.

Me quedo de pie, en silencio, contemplando el cristal y pensando en llamas, y la cabeza me rebosa de ideas; entonces noto un latido en el rostro que me devuelve al presente. Me he tomado todas sus pastillas, aunque lo que de verdad necesito es ibuprofeno.

Me tomo dos con agua, me meto en el baño de abajo, enciendo la luz y me inclino sobre el lavabo para examinarme en el espejo. El moratón es impresionante, empieza a asomar por la parte superior del pómulos. La piel está tirante por la hinchazón, y doy un respingo cuando me toco con cuidado. Anoche no era más que una mancha rojo chillón; hoy reclama mi cara. Sin embargo, todavía no se me ha cerrado el ojo, lo que me supone un alivio. El moratón desaparecerá en cuestión de una semana, estoy segura.

Lo odio. Su preocupación al ver crecer el moratón esta mañana desapareció en cuanto empezó a llegar la compra, y se acabó todo. Más rabia y las mismas preguntas apremiantes de anoche, que yo seguía sin responder. Quería saber dónde había estado, por qué estaba fuera cuando llegó a casa, qué había estado haciendo.

Como resulta evidente, no podía decirle dónde había estado de verdad (mi idea era llegar a casa antes que él, aunque mi mala sincronización fue otro de los errores del fiasco de anoche), pero quizá deba darle algo. O no. Estoy disfrutando mucho de este momento de poder silencioso sobre él. Por mucha cerradura detrás de la que me encierre, soy yo la que guarda bajo siete candados lo que él quiere saber. Me vale. Aun así, ahora que me he quedado sola estoy agotada.

No solo me duele la cara, también los brazos y las piernas. Me gritan los músculos de tanto forzarlos. Incluso las costillas me duelen un poco.

Necesito un baño. Necesito sumergirlo todo y pensar. Subo las escaleras

despacio, lastrada por el desprecio y la lástima que me despierto, y mientras abro el grifo saco sus camisas de nuestro armario y las traslado al pequeño de la habitación de invitados. Las cuelgo por colores, como a él le gusta. Las toco con toda la ternura con la que ya no puedo tocarlo a él. De repente, dudo de mí y me siento muy, muy sola.

Saco el móvil de la caja de zapatos del fondo del armario, donde está oculto bajo un par de Jimmy Choos de satén, me quito la ropa, y me meto en el agua caliente y espumosa. Mantengo el móvil a mi alcance, sobre la tapa del váter. Puede que intente llamarme. Puede que se arrepienta. Puede que me diga que quiere arreglar las cosas. Son pensamientos ociosos, porque hemos recorrido demasiado camino para eso.

Cierro los ojos y dejo que el agua calme mis músculos. El corazón me late en la cara; es un ritmo regular que se apacigua con la droga que me ha obligado a tomar. Es curioso, pero, en cierto modo, resulta agradable. Estoy a punto de dormirme cuando el agudo zumbido de la vibración me despierta de golpe. Es un mensaje de texto. De Louise. Me quedo mirando la pantalla, porque ella nunca me envía mensajes durante el fin de semana.

«¡¡¡Lo conseguí!!!».

Contemplo las palabras y después sonrío a pesar del dolor en el pómulo. Lo ha conseguido. Lo ha conseguido de verdad. Se me acelera el corazón, que me late con fuerza en el pecho y en la cara. Adoro a Louise, en serio. Reviento de orgullo.

De repente, se me ha pasado el sueño.

## Entonces

El humo es fuerte y dulce, y cuando le llega a los pulmones le supone tal conmoción que tose hasta que le lagrimean los ojos y los dos se parten de risa, a pesar de que nota el pecho como en los días posteriores al incendio.

Rob recupera el porro y le da una buena calada. Después sopla anillos de humo.

—Así es como se hace, querida —dice con un falso acento pijo.

—¿De dónde has sacado esta mierda?

Adele vuelve a probar, y esta vez consigue reprimir el impulso de toser. Al instante, nota el cuelgue: es un cálido cosquilleo en la cabeza, un ligero mareo. Le gusta.

Él sube y baja las cejas.

—Sé resultar irresistible.

—No, en serio, ¿de dónde?

Para ella, Rob es energía pura. Lo quiere un poco, lo sabe. Es tan distinto... Nunca había conocido a nadie a quien le importara menos todo lo que se supone que es importante, todas las cosas que sus padres consideraban importantes, todas las cosas que David considera importantes: tener un plan, una carrera... Rob es como el viento: aquí, allá y en todas partes; sin destino conocido. Ser como él debe de ser maravilloso.

—De uno de los enfermeros. Lo convencí para que me lo consiguiera.

—¿Cuál?

Se queda mirándolo, no se imagina ni cómo lo haría ella.

—¿Acaso importa? Son todos igual de aburridos —responde mientras contempla la noche—. Uno de ellos.

Están encerrados en uno de los cuartos de baño, con la ventana de guillotina subida, apretujados para asomarse al exterior y echar el humo fuera. Ella había ido al ala de los chicos, aunque Rob se había presentado voluntario para ir a la de ella. Adele quería hacerlo. Quería correr el riesgo. Sentir algo. Y escabullirse por los pasillos hasta las escaleras principales, avanzar con sigilo bajo la única luz solitaria del puesto de la enfermera de noche y después subir hasta la otra ala de Westlands, la ilícita, había sido emocionante. Cuando llegó allí estaba sin

aliento y se le escapaba la risa tonta, y ahora, con la yerba en los pulmones, se sentía genial.

Se pregunta de cuál de los enfermeros la habrá sacado y por qué no se lo cuenta. ¿Es porque ella no le ha contado para qué fue a verla su abogado? Rob no se lo había preguntado, pero lo conoce lo bastante bien como para saber que no era por falta de curiosidad. Por supuesto que siente curiosidad. Es la persona más lista que conoce, salvo quizá David. Le quita el porro y le da una calada. La brisa fresca le tira del pelo y es como si volara. Se ríe un poco, sin motivo. Volar. Puede que le cuente lo del abogado. De todos modos, ahora tienen un secreto compartido. Como si le leyera el pensamiento, Rob habla.

—¿Adónde vas cuando sueñas? Ya sabes... ¿Qué hay al otro lado de tu puerta?

—Distintos lugares —responde ella para esquivar la pregunta. Le cuesta explicarlo porque su primera puerta fue hace mucho tiempo. Ahora es distinto, y lleva siéndolo durante unos años, mientras que para él es todo muy nuevo—. Depende de mi humor.

—Es muy raro. Raro, pero genial.

Hace cinco noches desde la primera vez que lo consiguió y, desde entonces, es como si llevara haciéndolo desde siempre. Adele sabe que no miente (ni cree que tuviera pensado hacerlo) porque los terapeutas dicen que está progresando y se sienten muy satisfechos de sí mismos. Ahora que duerme sin gritar es el chico de oro de Westlands, creen que lo han curado. También creen que la han ayudado a ella. Si supieran que no han tenido nada que ver... En la mente hay puertas que abrir, pero no las que ellos creen, en absoluto. ¿Cómo iban a soportar la verdad? Acabarían en terapia. Se ríe al pensarlo: su cabeza empieza a funcionar como la de Rob.

—Es como tener el mundo al alcance de la mano —dice él.

—Sí, y sin más pesadillas.

—Amén, hermana —coincide Rob mientras le pasa el porro.

Ya casi lo han terminado, aunque a ella no le importa porque le da vueltas la cabeza y cree que, si fumara más, vomitaría. Sin embargo, le encanta la sensación extraña en la piel y lo único que desea es reírse. Todo le resulta gracioso. Sonríe a Rob, él le devuelve la sonrisa, y no necesitan decirse nada. Al cabo de un momento, ella descansa la cabeza sobre su brazo, que es delgado y nervudo, muy distinto a los anchos hombros y los fuertes bíceps de granjero de David. El reloj de su novio le colgaría del mismo modo a Rob que a ella. No obstante, es agradable apoyarse en Rob. Se siente a salvo.

Con David jamás podría disfrutar de un momento como este, y eso la entristece un poco. Su novio apenas sueña, así que de terrores nocturnos, nada de nada. No le prestó atención cuando intentó explicárselo y nunca sería capaz de

hacer lo que ha hecho Rob, es la pura verdad. Sin embargo, saber que existe alguien que puede la hace sentir de maravilla. Un amigo que puede. Alguien con quien compartir la experiencia. O, al menos, una parte de ella.

## Adele

Es fiel a su palabra y solo pasa dos horas fuera, y cuando llega procuro ser dócil. Aunque el texto de Louise me ha animado, todavía me atormentan los sucesos de anoche y mi catastrófico fracaso. Estaba demasiado segura de mí misma y ahora me he quedado sin confianza alguna y me siento muy sola.

—He guardado tu ropa en el dormitorio de invitados —digo en voz baja cuando me encuentra en la cocina, intimidada, como debe ser.

Vuelve a meter la llave de la puerta de la cocina en la cerradura y, por lo menos, tiene la decencia de parecer incómodo por dejarme atrapada aquí dentro. Me da la espalda durante un segundo y después se vuelve. A ninguno de los dos le quedan ganas de pelea. Él tiene los hombros tan hundidos como yo.

—¿Por qué has pintado nuestro dormitorio y el pasillo con esos colores?

A pesar de haberme repetido la pregunta infinidad de veces, me sigue encantando que diga *nuestro*, como si de verdad siguiéramos siendo un *nosotros*.

—No son más que colores, David —vuelvo a decir, como todas las veces—. Me gustan.

Me echa la misma mirada, como si fuera una desconocida de un planeta alienígena que jamás logrará comprender. Me encojo de hombros: es lo único que puedo ofrecerle.

—No pintes el dormitorio de invitados.

—De acuerdo. Espero que tu traslado a la otra habitación sea temporal.

Estas son nuestras conversaciones, esta absoluta falta de comunicación. Quizá sea David el que necesita medicarse, en vez de pasarse los días bebiendo para embotar el cerebro. No es bueno para él. No es bueno para el futuro. Debe parar, pero ahora mismo no estoy como para ponerme firme. Puede que pare cuando acabe todo esto y, entonces, quizá me permita ayudarlo.

Va a esconderse en su despacho mientras masculla algo sobre el trabajo, lo que da por concluida la conversación, al menos por ahora. Supongo que al mirarme le han entrado ganas de una copa de brandi, y no quiero analizar las razones.

Lo dejo irse y me abstengo de comentar que sé que guarda varias botellas de licor en su despacho y que quizá no sea la única con secretos en este matrimonio,

por muy bien que crea él que esconde los suyos. Prefiero dedicarme a lo que mejor se me da: preparar el cordero. Hay algo reconfortante en cenar un asado, y ambos lo necesitamos.

Sazono la carne con romero, introduzco las anchoas en la capa de grasa de la piel y, mientras pico, salteo y cuezo la guarnición de patatas y verduras, el moratón me palpita por culpa del vapor. Lo he tapado con maquillaje, y seguro que David cree que es para escondérselo, aunque se equivoca: es para escondérmelo. Me avergüenza mi debilidad.

Pongo la mesa del comedor con nuestra mejor vajilla, enciendo velas y coloco todos los platos antes de llamarlo. Le he servido una copa de vino, aunque yo solo tengo agua San Pellegrino en la mía. No estoy segura de si lo he hecho para complacerlo o para consolarme después de toda la fealdad de anoche. Por más que busco algún indicio de aprobación, David apenas se percata de mis esfuerzos.

Tenemos los platos llenos, pero lo cierto es que ninguno de los dos come. Intento iniciar una charla intrascendente sobre su trabajo de voluntario (como si me importara), y él me corta.

—¿Qué está pasando, Adele?

Lo miro con el corazón en un puño. No está preocupado, sino frío. Forma parte de mi plan, aunque no es lo que quiero y, desde luego, no es lo que quiero todavía. Intento pensar en algo que decir, pero se me han secado las palabras. Solo espero estar guapa a la luz de las velas, a pesar del cardenal moteado que David intenta no ver. Deja sobre la mesa el cuchillo y el tenedor.

—Lo que sucedió antes de mudarnos fue...

—Fue por tu culpa —lo corto, porque por fin he encontrado mi voz, aunque suene estridente, como uñas en una pizarra—. Lo sabes. Lo dijiste.

—Lo dije para apaciguarte, no en serio. Querías empezar de nuevo y he intentado hacerte ese favor.

No puedo creerme que tenga la audacia de afirmar semejante cosa. Se está follando a su recepcionista, menudo comienzo. Dejo el cuchillo y el tenedor, y los alineo con mucho cuidado al borde del plato; está claro que todo el trabajo de preparar la cena ha sido en vano.

—Reconozco que he cometido algunos errores —le digo—. Y lo siento mucho. Sabes que tengo problemas. Creo que la mudanza me desequilibró.

Niega con la cabeza.

—No puedo seguir contro... No puedo seguir cuidando de ti. Te lo preguntaré una vez más: ¿adónde fuiste anoche?

Controlándome, eso es lo que pretendía decir: que ya no puede seguir controlándome.



—A dar una vuelta. Perdí la noción del tiempo.

Nos miramos e intento parecer inocente, pero no se lo traga.

—En serio —añado, y me arrepiento de inmediato, ya que es la expresión que usa todo el mundo cuando miente: «No es más que una amiga, en serio».

Eso fue lo que David me dijo cuando vivíamos en Blackheath. Y, vale, quizá no se la follaba, pero era más que una simple amiga.

—Esto no puede seguir así —afirma.

¿Está hablando de él o de mí? ¿Quiere encerrarme en alguna parte? ¿En otra residencia en la que me ayuden, esta vez internada a largo plazo? ¿Mientras él se larga con mi dinero y su libertad? Me dan ganas de llorar.

—Creo que me he saltado unas cuantas pastillas —digo. Es un riesgo, no quiero que aparezca en medio de la jornada laboral para asegurarse de que me las tomo. Necesito la mente despejada, y ahora mismo me funciona a la perfección—. Me estabilizaré. Ya lo sabes.

Vuelve a ser como en los viejos tiempos, salvo que ahora no tiene la abundante reserva de amor por mí que lo sustentó hasta que me recompuse. Ese pozo ya está seco.

—Sabes que no puedes abandonarme, David —le digo, y me sienta bien pronunciar su nombre en voz alta—. Lo sabes.

Es una amenaza, como siempre lo ha sido.

Y ahí está, el pasado que se interpone entre nosotros, junto al cordero asado intacto, los puerros con nata, las zanahorias glaseadas y los tres tipos de patatas, y sé que, a pesar de todo, hago lo correcto para intentar salvar mi matrimonio.

—Lo sé —responde mientras aparta la silla—. Lo sé. —No me mira mientras camina hacia la puerta—. Voy a darme una ducha y acostarme temprano.

—Pintaré otra vez la habitación —le prometo para suavizar mis últimas palabras—. Si vuelves a dormir en ella.

Entonces sí se gira para mirarme y asiente de forma casi imperceptible. Sin embargo, le leo la mentira en los ojos: solo hay una cama que desee compartir, y no es la mía. Me pregunto qué estará haciendo Louise, si estará pensando en mí o en él. Me pregunto si mis planes se van a la mierda.

Al parecer, la cena se ha terminado. Lo observo marcharse y después, una vez que oigo sus lentos pasos en las escaleras, me levanto y me bebo su vino. Contemplo la vajilla, las sobras de la comida, esta vida por la que tanto he luchado. Me palpita el pómulo mientras intento contener las lágrimas y respiro hondo, con el aliento entrecortado. Antes no lloraba nunca. No sé qué me ha ocurrido. He cambiado. Casi se me escapa una carcajada al pensarlo. Al menos, todavía conservo el sentido del humor.

Acabo de poner la fuente del horno en remojo cuando suena el timbre de la

puerta, un estallido breve y agudo. Salgo al vestíbulo y miro escaleras arriba, pero la ducha está funcionando y David no lo ha oído. Me quedo sin aliento; ¿quién será? Nadie se pasa a vernos. No tenemos amigos, aparte de Louise, y ella no vendría, ¿no? No es momento para que confiese; eso lo complicaría todo.

Abro la puerta unos centímetros y me asomo por la rendija: un joven se encuentra en el segundo escalón de la entrada, nervioso, como si temiera subir del todo.

—¿Qué desea? —pregunto en voz baja mientras abro un poco más la puerta.

—¿Está el doctor Martin en casa? —pregunta a su vez—. Soy Anthony. Dígale que soy Anthony. Uno de sus pacientes.

Ha mantenido la mirada gacha hasta ese momento, pero entonces levanta la cabeza y me ve, y yo me veo como él debe de estar viéndome: una belleza frágil con un ojo morado. De repente, se me ocurre una utilidad para lo de anoche. Vuelvo la vista atrás como si estuviera inquieta antes de responder.

—Se ha ido a la cama porque le dolía la cabeza, lo siento.

Procuro hablar en voz baja. Me alegro de no haberme puesto demasiado elegante para esta noche: a pesar del moratón, habría parecido demasiado fría, fuera de su alcance. Llevo un vestido largo de verano con tirantes y el pelo suelto. No ha dejado de observarme, y conozco esa mirada; la he visto antes en muchos hombres: sorpresa, deseo y lujuria. Es el efecto que produzco en ellos. Creo que ya se ha olvidado de David.

—Soy su mujer —explico, y después, para no quedarme corta, añado—: No puedo hablar contigo.

Al flaco chaval de pelo oscuro le tiemblan las manos, y empieza a tamborilear un poco con el pie en el escalón, sin ser consciente de ello. Lleva una camiseta negra, y le veo marcas de pinchazos en los brazos. Reconozco lo que es.

—Tienes que marcharte —le susurro mientras me inclino hacia fuera, sabiendo perfectamente que al hacerlo le ofrezco una seductora imagen de mis pechos—. Por favor. —Hago ademán de estar a punto de llevarme una mano a la cara, donde el moratón me afea la piel—. No es un buen momento.

—¿Se encuentra usted bien? —me pregunta con un acento de clase media que no encaja con su aspecto.

—Vete, por favor —repito—. Creo que ya baja.

Me aseguro de hablar con un deje de urgencia y cierro la puerta. A través del cristal veo que se queda allí unos segundos antes de que su sombra desaparezca.

Me apoyo en la madera. Anthony. Su nombre es dulce ambrosía. Relajo los hombros al desprenderme de la vergüenza que arrastro desde anoche; al final, puede que todo funcione.

## Louise

—¿Qué coño te ha pasado? —exclamo, horrorizada.

Es miércoles y la primera vez que veo a Adele esta semana; ahora sé por qué.

Creía que sabría algo de ella el lunes por la mañana (no solo porque el gimnasio se ha convertido en parte de nuestra nueva rutina, sino porque me había emocionado mucho con lo de controlar mis sueños. Es más, de verdad que pensaba que ella también se emocionaría y querría que se lo contara todo. Sin embargo, guardó silencio. Se me pasó por la cabeza enviarle otro mensaje, pero no quería parecer desesperada; además, soy socia del gimnasio gracias a que ella pagó mi invitación, y no quiero que parezca que lo doy por sentado.

Al principio solo estaba un poco molesta, pero el lunes por la noche, sentada a solas en casa sin que David apareciera, pasé de sentirme dolida a preocuparme. ¿Habría metido a Adele en un lío con mi mensaje del fin de semana? ¿Lo habría visto David? Sin embargo, de haberlo visto, habría ido a verme para averiguar qué estaba pasando... Cabía dentro de lo posible que Adele tuviera mi número vinculado a un nombre falso. Y puede que él también, ya puestos. Por otro lado, de ser así, ¿por qué no sabía nada de ella? ¿Se había llevado David su móvil?

Ayer estaba muy silencioso en el trabajo, ni las sonrisas compartidas ni los rubores de los últimos días, y cuando me acosté después de mi segunda noche sola me sentía como si ambos me hubiesen dejado, de modo que necesité hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no enviarle a David un mensaje preguntando si iba todo bien. Era muy raro lo vacía que parecía mi vida sin ninguno de los dos, y eso me preocupó todavía más: los necesitaba. Me dolía ver que David me evitaba. No saber nada me disparaba la imaginación. ¿Habían hablado sobre mi existencia? Ellos y yo. Siempre ellos y yo, por mucho que me sintiera atrapada entre ambos. Intercalada o atrapada. Una cosa o la otra.

Sin embargo, en estos momentos, con Adele frente a mí, veo por qué no ha querido quedar antes. Me mareo un poco. Ha intentado disimular los restos del moratón con maquillaje, pero se nota: siniestros tonos morado y verde oscuro sobre su pómulo perfecto. En cierta manera, la base los destaca más, ya que se reseca y descascarilla sobre el color.

—Ah, no es nada —responde, concentrada en conducir... o fingiendo que está

concentrada para no tener que mirarme—. Un accidente tonto: me di en la cara con la puerta de un armario de la cocina. Como si fuera idiota.

Intenta restarle importancia, pero no me lo trago, y las piernas se me cubren de sudor sobre el asiento del coche, que está caliente. Ha sucedido algo. La examino con atención mientras ella pone el intermitente y gira. Parece haber menguado, incluso tiene cara de angustia. Su melena ha perdido el lustre. Por primera vez me da la impresión de que soy yo la que resplandezco, y no ella; unas cuantas noches de sueño en condiciones me han cambiado, y me siento revitalizada y llena de energía. Hacía años que no me encontraba tan bien, si es que alguna vez me había encontrado así. Soy una persona nueva y quiero celebrarlo con mi amiga, pero ahora, al verla tan pequeña, casi me siento culpable por mi alegría.

—Se me ha ocurrido que podíamos saltarnos el gimnasio —continúa diciendo—. La verdad es que no estoy de humor, y hace un día precioso. Vamos a comer en el jardín y me cuentas lo de tus sueños.

Entonces sonrío y la veo hacer una leve mueca: no es más que un temblor, aunque basta para saber que todavía le duele el moratón.

—Claro —respondo mientras le doy vueltas a la cabeza.

¿Quién se golpea la cara con la puerta de un armario? ¿Y con tanta fuerza? ¿Es posible? Llamadas de teléfono. Pastillas. Moratones. El conjunto me forma un nudo en el estómago. Son todos indicios de que algo malo sucede con David, por mucho que esté desesperada por no prestarles atención. Adele adora el gimnasio, ¿por qué no quiere ir? ¿Tiene más moratones en el cuerpo y teme que se los vea en los vestuarios?

Quiero decir algo para comprobar que está bien, y justo entonces suena su móvil, que ha dejado en el hueco de las llaves. No necesito preguntar quién es.

—Solo voy al gimnasio —dice cuando responde, casi como si se disculpara—. Sí, eso. No, vuelvo derecha a casa. Lo prometo. Vale, hablamos después. Adiós.

—Qué romántico —comento con ironía, y abro la ventana.

En el coche hace calor y me he mareado un poco después de ver el moratón y oír su charla. Me siento fatal: enfadada, inquieta, desconcertada. David no ha estado evitando mi cama porque intente arreglar su matrimonio, eso está claro.

—¿Habéis discutido? —le pregunto.

Evito el verbo *pelear* porque no quiero que piense que le pregunto si David le ha pegado, aunque eso es justo lo que le estoy preguntando, a pesar de que me cueste creerlo. Al menos, no mi David; el David de Adele es un desconocido.

—Oh, no —responde, pero no me mira mientras aparca—. No, qué va. Son cosas del matrimonio, ya sabes.

Me doy cuenta de que no lo sé, de que no sé nada sobre su matrimonio. Sin embargo, parece muy distinto a la mayoría, y desde luego muy distinto a lo que Ian y yo teníamos. Nos peleábamos antes de su aventura, como todo el mundo, alguna que otra discusión, pero jamás le tuve miedo. David y Adele no son así. Las llamadas de teléfono, los nervios de ella, el mal humor de él, las pastillas y ahora esto. ¿Hasta cuándo debo hacer la vista gorda solo porque parezca diferente conmigo? Quiero a Adele. Me ha regalado la oportunidad de dormir bien por las noches, que es lo mejor que me ha pasado en la vida. No quiero que sea desgraciada ni que sufra. Sin embargo, lo que siento por David también es real, ¿estoy siendo una idiota? ¿Es un maltratador? ¿Seré yo la que pronto tenga un ojo morado? Es todo muy surrealista.

«¿Habrá sido capaz David de pegarle? —pienso mientras salgo del coche—. ¿En serio?». Seguro que no. Quizá Adele esté siendo sincera al afirmar que fue un estúpido accidente doméstico. Puede que por eso no haya aparecido David en mi puerta: por cuidarla. ¿Porque se siente culpable? Se me afloja un poco la tensión del estómago cuando me aferro a esa explicación y sigo a Adele a la puerta principal. Un accidente, nada más.

Hay una caja con una cinta de correr en el pasillo, y Adele se ríe al verla, un sonido tintineante, como el del cristal al romperse. Dice que se la ha regalado David, pero que la van a devolver, que no quiere dejar de ir al gimnasio.

Vuelvo a derrumbarme cuando junto mentalmente las piezas del rompecabezas: ¿era un regalo bonito o escondía un motivo más siniestro? ¿Intentaba David encadenarla más a la casa? ¿Apartarla del gimnasio le quitaba otro motivo para salir de casa y conocer gente nueva ella sola? Quizá fuera eso lo que provocó la pelea. ¿Intentó Adele mantenerse firme y él le pegó un puñetazo? Y ahora, sintiéndose culpable por lo que había hecho, ¿David había dado marcha atrás y enviaba el regalo de vuelta? Pero si tan celoso está de cómo emplea ella su tiempo mientras él trabaja, ¿por qué se acuesta conmigo? ¿Por qué no se queda siempre en casa, con ella? ¿Y por qué no siente celos cuando no sabe dónde estoy? Quizá sea demasiado pronto para nosotros. He visto películas en las que los hombres son encantadores al principio y después llega la violencia. Me resulta extraño pensar en David y en violencia en la misma frase. Puede que simplemente no le importe lo suficiente para querer saber más sobre mí. «Puede que ni siquiera le haya pegado él», me intento decir.

—¿Con qué armario? —pregunto cuando estamos en la cocina.

Una parte de mi cerebro me pide que me calle y lo deje estar, pero soy demasiado curiosa y no puedo evitarlo. No puedo contenerme. Ella me mira, desconcertada, mientras saca platos y se pone a preparar sin esfuerzo una comida de tapas sin rebajarse a dejar la ensalada de col o el humus en sus respectivos

envases y soltarlos encima de la mesa, como hace la gente normal.

—¿Con qué armario? Ya sabes... —añado mientras me señalo la mejilla.

—¡Ah! Ah, eso. —Recorre con mirada frenética la fila de muebles—. Con ese. El de encima del hervidor. Una tontería, la verdad. Quería un ibuprofeno, el cacharro estaba hirviendo, y el vapor se me metió en los ojos y no veía lo que hacía. Qué tonta.

Asiento y sonrío, aunque me late con fuerza el corazón y sé que me miente. Ha elegido uno al azar, y desde donde estoy veo claramente que tendría que estar un poco agachada para que la esquina de la puerta le diera en el pómulos. Es imposible que le acertara en plena cara si lo estaba abriendo ella, no con la fuerza suficiente para semejante herida. Es un cardenal en proceso de curación, así que debe de llevar ahí unos días.

Estoy a punto de plantearle la pregunta que vibra en el aire que nos separa: «¿Ha sido David?». Sin embargo, me acobardo. Creo que no quiero saberlo, ni aquí ni ahora, porque así no puedo controlar mi reacción y notaría mi culpa. Acabaría contándole lo que he estado haciendo con su marido, y eso no puedo hacerlo. No puedo. Los perdería a ambos. Además, ahora mismo está demasiado frágil para eso y seguro que la destrozaría.

Así que, todavía mareada, voy a por la botella de agua de flor de saúco con burbujas y dos vasos, y lo saco todo al aire fresco. Hacía siglos que no deseaba tanto fumar un cigarrillo de verdad y saco el electrónico del bolso a toda prisa.

—¡Bueno, cuéntame! —exclama ella cuando se une a mí con dos platos llenos que tienen un aspecto maravilloso aunque yo haya perdido el apetito—. ¿Realmente lo conseguiste?

—Pues sí.

Dejo escapar un largo chorro de vapor mientras la nicotina me calma un poco. Por primera vez en todo el día la veo contenta de verdad, y ella da una palmada de alegría, como si fuera una niña.

—Sabía que lo conseguirías. Lo sabía.

Sonrío sin poder evitarlo y aparto a David de mis pensamientos, por ahora. Compartimento. Somos Adele y yo. Su matrimonio no es asunto mío. Además, aunque suene egoísta, me muero por contárselo desde que me levanté el domingo por la mañana.

—Me siento genial —digo—. No sabía lo mucho que me cambiaría la vida dormir bien unas cuantas noches. Tengo mucha más energía.

—¡Bueno, venga, cuenta! ¿Cómo lo hiciste?

—Pasó sin más —respondo, encogiéndome de hombros—. Fue muy fácil. Me quedé dormida leyendo el cuaderno que me diste, y en él Rob había encontrado su puerta de los sueños, así que debió de colármese en el subconsciente. Total,

que estaba en mi pesadilla de siempre: Adam perdido en una enorme casa abandonada y llamándome, mientras yo intentaba encontrarlo, y unos enormes zarcillos negros brotaban de las paredes para intentar asfixiarme... —Me siento tonta al contarle porque suena estúpido, pero Adele está absorta en la narración—. Y entonces dejé de correr y pensé: «No tengo por qué estar aquí. Esto es un sueño». Y allí estaba, en el suelo, frente a mí.

—¿Una puerta?

Asiento.

—La puerta de mi vieja casita de juguete, de cuando era cría. Rosa y con dibujos de mariposas. Aunque esta era más grande, como si hubiese crecido conmigo, y estaba allí mismo, salida de la nada. Al verla pensé en la casa en la que crecí, antes de que mis padres se largaran a Australia para intentar salvar su mierda de matrimonio. Me agaché, abrí la puerta y me dejé caer dentro. Estaba allí, de vuelta en aquella casa, y todo tenía el mismo aspecto que cuando era pequeña.

—¿Qué pasó con la puerta?

—Levanté la mirada y ya no estaba. Y entonces supe que lo había conseguido.

—¿Y no te despertaste? ¿Cuando te diste cuenta de que lo controlabas? Rob no consiguió quedarse en el sueño hasta después de un par de veces, creo.

—No, me quedé allí. —El estómago se me está relajando, así que me como un pimiento relleno de *ricotta* antes de seguir; disfruto contándole mi experiencia—. Deambulé por la casa, me comí un trozo del pastel de manzana de mi madre, que estaba en el frigorífico, y después me fui a mi viejo dormitorio, me metí en la cama y me quedé dormida.

—¿Te fuiste a la cama? —pregunta, mirándome entre incrédula y muerta de risa—. ¿Podrías haber ido a cualquier sitio y te fuiste a dormir? Ay, Louise.

Sacude la cabeza y se ríe, y esta vez no hace ninguna mueca: también he conseguido que ella se sienta mejor.

—Sí, pero, madre mía, qué bien dormí. Las últimas noches han sido asombrosas. Creo que puedo decir con toda sinceridad que me has cambiado la vida. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba siempre.

Se mete en la boca un trocito de pan de pita con humus y menea la cabeza mientras mastica, todavía medio de guasa.

—Te fuiste a la cama —repite.

—Lo sé —respondo, y me echo a reír también.

—Te sentirás igual de descansada hagas lo que hagas en el sueño —me asegura—. Créeme. Puedes ir a cualquier parte con quien quieras. Es tu sueño. Tú tienes el control.

—Hmmm... ¿Dices que a cualquier parte con quien quiera? —Subo y bajo una

ceja—. Se me ocurre Robert Downey Jr. Sin embargo, para eso también necesito una cama.

Entonces nos reímos las dos, y siento un súbito arrebató de cariño por ella. Es mi amiga. Soy una zorra. No tiene muchos amigos, y la amiga a la que ha estado ayudando se acuesta con su marido, que ya la trata mal de por sí. Genial. Su ayuda me recuerda a Rob, el del cuaderno.

—Rob fue a la playa en su sueño —le digo—. Y te imaginó allí, con él.

Me preocupa un poco mencionar el cuaderno por si recuerda cuántos detalles incluye y decide recuperarlo, pero estoy haciendo mal tantas cosas que quiero portarme bien al menos en una. No pienso seguir leyendo más si a ella no le parece bien.

—¿Seguro que no te importa que lo lea? —le pregunto—. Parece bastante personal. Es un poco raro leer sobre tu pasado a través de otra persona.

—Fue hace mucho tiempo —responde en voz baja, y por un momento nos cubre una nube que proyecta sombras oscuras de algo triste sobre su bello rostro, aunque se anima enseguida—. Sabía que era mejor que lo leyeras a través de otra persona que intentar explicártelo yo. Se me da fatal explicar las cosas.

Recuerdo la primera vez que la vi, antes de salir corriendo a esconderme en el lavabo, cuando pensé que era elegante y dueña de sí misma, nada que ver con esta mujer nerviosa que no deja de subestimarse. Es curioso lo diferente que es la imagen que ofrecemos de lo que somos en realidad. ¿Cómo me verá ella? ¿También me considera una rubia rechoncha y desaliñada o para ella soy otra cosa?

—Entonces, ¿no te importa?

—No. En realidad, te lo puedes quedar. Debería haberlo tirado hace años. Intento no pensar en esa época.

Lo entiendo: acababa de perder a sus padres en un incendio, debió de ser terrible. Sin embargo, sigo intrigada por la vida que se cuenta en esas páginas.

—¿Todavía eres amiga de Rob?

Nunca lo menciona, y me parece raro, teniendo en cuenta lo amigos que eran en Westlands.

—No —responde mientras mira su plato, y esta vez no es necesaria ninguna nube para ensombrecerle el rostro—. No, a David no le caía demasiado bien. No sé dónde estará ahora.

El timbre suena dentro, y Adele sale corriendo mientras masculla una disculpa para ver quién es, así que perdemos la ocasión. «A David no le caía demasiado bien». Otra señal de su comportamiento controlador que tendré que intentar pasar por alto. Sin embargo, quizá no tenga que seguir pensando en ello. No es que esta semana haya estado intentando echar la puerta abajo para verme, ni que



me haya prestado atención en el trabajo. Quizá haya acabado. Odio lo mucho que me duele pensarlo.

Adele regresa balbuceando algo sobre un vendedor de paños de cocina y: «Últimamente están por todas partes. Maldita crisis». No la presiono sobre Rob. No quiero decir nada que me obligue a devolverle el cuaderno. Dispongo de tan poca información sobre estas dos personas que ahora son tan importantes en mi vida que no deseo perder esta ventanita a su pasado. Y si a Adele no le importa, ¿qué daño puede hacer? ¿No?

## Adele

—Venga ya —digo—. ¿En serio? ¿Es una pregunta de verdad?

Dejo escapar una encantadora risa cristalina a través del teléfono y casi me parece oír cómo se relaja el doctor Sykes al otro lado de la línea.

—Lo siento —añado—. Sé que es un tema muy serio y no me río de eso, pero... ¿David? ¿En qué cabeza cabe? Sí, tengo un moratón en la cara, pero fue culpa mía, por tonta. Un momento de torpeza en la cocina. Seguro que David ya te lo ha contado.

Lo cierto es que me hace bastante gracia escuchar las divagaciones del doctor Sykes. Qué típico de un yonqui exagerar de esa manera; por supuesto, Anthony quiere salvarme, así que ha adornado lo que vio. Es perfecto, maravilloso. Le conté a David que el chico apareció en nuestra puerta el domingo por la noche, claro que se lo conté. Seguro que se iba a enterar de todos modos si Anthony iba a una sesión. Sin embargo, lo que no le conté es que le di la impresión de estar asustada. Y tampoco le he contado que ha vuelto, que estuvo a punto de provocar un momento muy incómodo cuando Louise se encontraba de visita. Me libré de él enseguida, aunque me aseguré de darle a entender que me alegraba de verlo. Al parecer, estaba preocupado por mí. Qué dulce.

Quizá debiera empezar a salir a comer con Louise en vez de quedarnos en casa, por si Anthony está merodeando por aquí y la ve.

David se fue a trabajar el lunes y, de inmediato, recomendó un nuevo terapeuta para Anthony, bastante afectado al saber que el chico tuvo que haberlo seguido hasta casa en algún momento para averiguar dónde vivía. Puede que en más de una ocasión. Cabe dentro de lo posible que se pasara varias noches examinando nuestro hogar desde el final de la calle hasta que reunió el valor para acercarse. Según David, Anthony solo es yonqui porque tiene una personalidad obsesiva, y ahora está obsesionado con él. No puedo culparlo: yo también estoy loca de amor por David, lo estoy desde la primera vez que lo vi. Aunque me da la impresión de que las fijaciones de Anthony son mucho más volubles: un solo vistazo a mi bello rostro magullado bastó para centrarlas en mí. Y ahora, aquí estoy, al teléfono, defendiendo a mi pobre marido de las acusaciones de maltrato.

He de reconocer que el doctor Sykes al menos suena muy incómodo por verse obligado a tratar el tema conmigo. Me tiene en el altavoz; oigo el débil eco en la calidad de la llamada. ¿Me estará escuchando David? Me imagino su cara cuando decidieron telefonarme, su pánico. No le habrá gustado mucho. No tendría ni idea de lo que yo pensaba decir. Eso me irrita un poco, puesto que debería confiar más en mí. Jamás pondría en peligro su carrera, ¿por qué iba a hacerlo? Quiero que tenga éxito y sé lo importante que es para él.

—Vamos a dejar clara una cosa —añado—: no hubo ninguna pelea y jamás mantendríamos una discusión delante de un desconocido. Y menos de un paciente. —«Mantener una discusión». Utilizo la cantidad de indignación justa; al fin y al cabo, somos todos muy de clase media, sobre todo el doctor Sykes, que debe de estar ya muerto de vergüenza—. El joven llamó a la puerta y preguntó por David mientras yo estaba recogiendo la cocina después de la cena, y yo lo informé de que David se había ido a la cama con dolor de cabeza; eso fue todo. Debí de verme el moratón y se inventó una historia para explicarlo. ¿Es posible que se sintiera rechazado por mi marido y quisiera castigarlo de algún modo?

Sé muy bien lo que se siente. El joven Anthony Hawkins y yo tenemos eso en común.

—Eso pensaba —dice el doctor Sykes—. Pero, claro, cuando les conté a sus padres que había visto... Bueno, lo que dije que había visto, ellos se sintieron en la obligación moral de investigar el asunto.

Suena aliviado. Puede que tuviera sus dudas, no me sorprendería. Es muy fácil sembrarlas en la gente. Al fin y al cabo, nadie conoce a nadie.

—Por supuesto —afirmo—. Y, por favor, dales las gracias por preocuparse, pero de verdad que no hay ningún problema. Salvo mi torpeza, supongo. —Me vuelvo a reír un poco, como si todo el asunto me hiciera gracia—. Pobre David —añado—. No hay hombre en el mundo menos capaz que él de pegarle a una mujer. Por favor, dile a la familia del chico que espero que consiga la ayuda que necesita.

Mientras nos despedimos y cuelgo se me ocurre que esto podría beneficiarme. David se sentirá aliviado por lo bien que he manejado la situación y, con suerte, me dará un poco más de espacio y volverá a sus sórdidas noches con la hipócrita de Louise. Si sigue asfixiándose así, siempre puedo amenazarlo con contarle al doctor Sykes que estaba mintiendo y que sí que me había pegado. Sería una amenaza hueca (comparada con otras que podría hacer), aunque David no fuera consciente de ello. ¿Por qué iba a hundirlo? Sí, tenemos dinero, pero David siempre ha necesitado más y no le arrebataré su carrera. Es lo que realmente lo destruiría.

Sin embargo, lo más importante es que puedo usar esto con Anthony. Se sentirá fatal después de que sus padres hayan ido a la clínica para informar de lo sucedido. Utilizaré su culpa por haberme puesto en peligro ante mi violento marido para que me consiga lo que quiero, y la guinda del pastel es que, aunque lo cuente, todos creerán que no es más que otra fantasía. Nadie le prestará atención.

Me apresuro a enviarle un mensaje de texto a David:

«¿Estás bien? ¡Ese chico necesita ayuda! Besos».

Sé que es probable que todos sigan en el mismo cuarto y que Sykes lo vea, lo que sería otra prueba de su inocencia, en caso de que la requieran. Además, es un recordatorio para mi marido: cuando la mierda llega hasta el techo, somos un equipo y siempre lo seremos. A él no le servirá para arreglar nuestro matrimonio (hasta yo sé que hemos llegado demasiado lejos para eso), pero sí que lo ablandará conmigo.

Suena el timbre, tres veces, frenéticamente. El pobre chico que viene a postrarse ante mí, supongo.

Todo va tan bien...

## Louise

Me he servido una copa de vino incluso antes de dejar el bolso. Tengo los nervios a flor de piel y me siento como si hubiera un montón de hormigas atrapadas en mi cabeza. No sé qué pensar.

Había salido a mediodía para dar un paseo, estirar las piernas (doloridas después de la carrera de anoche) y aclararme un poco las ideas, cansada ya de quedarme mirando la puerta del despacho de David mientras deseaba que me invitara a pasar para explicarme qué coño sucede. Llevo con el alma en vilo todo el día. Pasa de mí como si fuéramos adolescentes, en vez de adultos; si no quiere volver a verme, no entiendo por qué no lo dice ya y punto. Al fin y al cabo, él fue el que empezó, no yo. ¿Por qué no habla conmigo? Tengo tal nudo en el estómago que no podría comer ni queriendo.

Decidí que, después del paseo, probaría a hablar con él, fuera una actitud profesional o no, pero cuando regresé no estaba en su despacho, y Sue, muy emocionada, me contó que habían llegado los padres de Anthony Hawkins, y que David y ellos estaban hablando con el doctor Sykes.

—Anthony dice que vio al doctor Martin pegar a su mujer. ¡En toda la cara!

Sue lo había dicho con tal susurro de alegría que fue como si el golpe lo hubiera recibido yo. Cotilleo para ella, más comida de olla para mí. No volví a ver a David durante el resto del día. Me quedé sentada en mi escritorio con la cabeza llena de ideas y preocupaciones a medio formular, deseando salir de allí, cosa que hice a las cinco en punto. Quería una copa de vino. Quería pensar.

Aun así, no sé qué pensar. El vino está frío y me despeja, así que saco mi cigarrillo electrónico y voy a sentarme al balcón para dejar que entre el aire fresco en el sofocante piso. Adele dice que se dio con la puerta de un armario de la cocina, pero Anthony afirma que vio a David pegarle. ¿Por qué iba a mentir Anthony? Sin embargo, si es cierto, ¿cómo lo vio Anthony? ¿Se estaba asomando por las ventanas? David remitió a Anthony a un nuevo médico el lunes, y supuse que era porque el chico había desarrollado un apego excesivo hacia él, pero quizá fuera porque Anthony había visto algo que David no quería que viera.

Me entran náuseas y bebo más vino, aunque ya me zumba un poco la cabeza.

No he comido mucho hoy y ahora he perdido del todo el apetito.

El timbre suena dos veces antes de oírlo, tan sumida estoy en mis pensamientos, y corro adentro para abrir.

—Hola.

Es él. Apenas son las seis de la tarde y está en mi puerta por primera vez esta semana. Creía que no volvería, y me sorprende tanto que no consigo decir nada mientras le permito pasar. Ha traído vino, y procede a abrirlo de inmediato y sacar otra copa del armario.

—Como si estuvieras en tu casa —mascullo convertida en un torbellino de emociones contradictorias.

—Ojalá pudiera —dice con una risa sin alegría, no sé si apesadumbrada o autocompasiva. Después se bebe la copa de golpe y la llena de nuevo—. Menudo día de mierda —dice mientras echa la cabeza atrás y deja escapar un suspiro—. Menuda vida de mierda.

Bebe mucho; me doy cuenta ahora que yo he dejado de beber tanto. ¿Tiene mal beber? ¿Es eso lo que sucede? Lo miro. Una pelea, un puño, una cara.

—No puedo quedarme mucho —dice antes de acercarse para apretarme contra su pecho—, pero tenía que verte. No dejo de decirme que tengo que parar, de prometerme que pararé, pero no puedo.

—Me ves todo el día.

Sigo en sus brazos, rígida. ¿Es brandy lo que huelo? Me sacude una idea terrible: ¿bebe en la consulta? Me da un beso en la coronilla; bajo el olor del alcohol y el *aftershave*, distingo su propio aroma y no puedo evitar que me guste. De hecho, lo anhele cuando estoy sola por las noches. Sin embargo, si cree que nos vamos a ir derechitos a la cama o, en general, que nos vamos a ir a la cama, se equivoca. Lleva varios días sin apenas mirarme y ahora aparece como si nada. Me aparto y cojo mi copa. Que le den. Miro la mano con la que sujeta su copa de vino: fuerte, grande. Veo el moratón en la cara de Adele. Por una vez, voy a ser la amiga que ella cree que soy.

—Pero así no —dice—. No cuando podemos ser nosotros mismos.

—Nosotros —repito, y la palabra suena muerta—. A duras penas hay un *nosotros*, ¿no?

Me apoyo en la encimera de la cocina en vez de llevármelo a la sala o al dormitorio, como siempre. Hoy no he hablado con Adam y eso no me lo pienso perder, no por un tío que engaña a su mujer y que quizá la maltrate. De repente me siento muy cansada. Adam volverá a casa dentro de una semana, así que toda esta locura tendrá que acabar de todos modos. Puede que me suponga un alivio.

Frunce un poco el ceño y se percata de mi mal humor.

—¿Estás bien?

Me encojo de hombros, con el corazón acelerado. Odio los conflictos, se me dan como el culo. Tiendo a convertirme en una adolescente hosca y silenciosa en vez de escupir lo que me pasa. Me trago el vino y respiro hondo. A la mierda. Es la única oportunidad que tendré de hablar de su matrimonio, y esto es algo que he averiguado de forma legítima.

—Sue me contó lo que ha pasado. Con los padres de Anthony Hawkins. ¿Qué han dicho?

—Gracias a Dios que el asunto está resuelto. Era lo que me faltaba hoy. —Entonces me mira, advierte mi cara de suspicacia, y la suya se ensombrece—. Joder, Louise.

—¿Qué?

Sueno a la defensiva y lo noto. Ahora que lo tengo enfrente, me siento estúpida por llegar a creerme en parte que pudiera haber hecho eso. Incluso Adele decía que no había sido él. Sin embargo, están sucediendo tantas cosas sin sentido que no consigo descifrar nada.

—¿No creerás en serio que pegué a mi mujer?

—No sé qué pensar. Nunca hablas de tu matrimonio. Ni de tu esposa. Estás haciendo esto —digo mientras señalo a mi alrededor, como si estuviera follando a mi lamentable pisito en vez de a mí—, al menos cuando te conviene. Hablamos, pero nunca me cuentas nada sobre tu matrimonio. Te cierras en banda cada vez que intento preguntarte algo, y siempre pareces tan desgraciado que no entiendo por qué sigues allí, joder. Con ella. ¡Divórciate de una puta vez!

Me sale todo de golpe, todo el desconcierto y el dolor reprimidos me brotan de entre los labios en forma de rabia ardiente. He visto el moratón de Adele. Sé lo frágil que es. Sé lo de las llamadas de teléfono. No puedo hablar de nada de eso, por mucho que desee que David me lo explique, así que lo único que me queda es llevarlo al terreno de nuestra desastrosa relación. Y él ni siquiera sabe hasta qué punto es desastrosa.

Me mira como si lo hubiera apuñalado, pero sigo hablando.

—Quiero decir que esto tampoco es justo para ella, ¿no? Lo que estás haciendo.

—¿De verdad tienes que preguntarme si le he pegado? —pregunta, pasando de todas mis gilipolleces—. ¿Es que no me conoces?

Estoy a punto de soltar una carcajada.

—¿Que si no te conozco? ¿Cómo voy a conocerte? Tú sí que me conoces a mí, soy un libro abierto. Sabes todo lo que hay que saber sobre mí. Hablamos sobre mí. Pero ¿y tú? No sé qué se supone que debo pensar de ti.

—Por supuesto que no le pegué, joder. —Se le hunden los hombros, se queda

sin energía—. Dice que se dio con la puerta de un armario. Ni siquiera sé si es cierto, pero lo que sí sé es que no fui yo.

El alivio es tal que noto un cosquilleo por todo el cuerpo: al menos, los dos dan la misma explicación.

—Anthony fue a verme el domingo por la noche —sigue contándome—. Yo estaba en la ducha. Debió de verle la cara y se inventó la historia para llamar mi atención, para hacerme daño o lo que sea.

Quizá sea verdad. Suena a verdad. Y ahora me siento fatal por dudar de él, por dudar de ella, aunque ¿qué se supone que debo hacer con la cantidad de preguntas que tengo dentro? Preguntas sobre ellos, sobre nosotros, sobre todo lo que está sucediendo.

—¿Por qué no hablas nunca conmigo? —pregunto—. Hablar de verdad. Sobre tu vida.

Se queda mirando su copa de vino.

—La verdad es que no sabría ni por dónde empezar. Y no es asunto tuyo. No quiero que lo sea. No quiero... —Vacila, busca la palabra apropiada—. No quiero contaminarte con mi historia.

—¿Y eso qué significa? Mira, no espero que la abandones por mí. Sé que no te importo...

—¿Que no me importas? —me corta—. Eres lo único bueno que tengo en la vida. Por eso voy con tanto cuidado, por eso no quiero contarte nada sobre mi matrimonio ni sobre mi vida. No quiero nada de eso dentro de nosotros.

Apura la copa de vino de varios tragos largos. ¿Cómo puede alguien beber tantísimo y no vomitar? Copa tras copa, muy deprisa. La lástima que siente por sí mismo no resulta atractiva, aunque a mi yo desesperado le encanta que crea que soy importante. Me hace sentir más fuerte.

—Sácame de la historia durante un minuto —le pido—. Está claro que no eres feliz en casa. Pues vete. Es lo que hizo mi marido, y no me mató. Dolió, pero lo superé. La vida sigue. —«Y ahora Ian va a tener un bebé con mi sustituta, y yo me siento como un fantasma en mi propia vida». Ese pensamiento me lo guardo para mí—. No entiendo cuál es el problema.

—Es que es imposible que lo entiendas. Para eso tendrías que conocernos. Conocernos de verdad. Y ahora mismo ni siquiera estoy seguro de que ella y yo nos conozcamos. —Está amargado. El rencor es evidente en cada una de sus palabras mientras contempla su copa—. Aunque algo tiene que cambiar —añade al fin, arrastrando un poco las sílabas—. Debo averiguar cómo hacerlo. Cómo librarme de ella sin riesgos.

—Podrías probar a hablarlo con ella —respondo intentando ser todo lo leal que puedo a Adele en esta situación tan desleal—. Es tu mujer. Seguro que te



quiere.

Entonces se ríe, al principio con humor genuino, pero después con amargura.

—Oh, sí, claro que me quiere. Para lo que me sirve...

Pienso en mi frágil amiga corriendo a responder llamadas, tomando pastillas y preparando cenas, y me enfado. ¿Cómo puede tratarla así? ¿Con tanto desprecio? Si no la quiere debería liberarla para darle la oportunidad de enamorarse de otro. De alguien que la trate tan bien como se merece.

—Vete a casa —le digo, fría—. Vete a casa y resuelve tus mierdas con tu mujer. Ahora mismo no puedo enfrentarme a ellas.

No dice nada, se limita a mirarme con los ojos ya algo vidriosos por el alcohol. ¿Va a conducir? Decido que no me importa, que es su problema. Ahora mismo solo deseo que se marche.

—Vete —repito—. Y deja de beber. Estás hecho una pena.

Quiero llorar por él, por Adele y por mí. Sobre todo, por mí. No quiero pelearme con él; lo que quiero es comprenderlo.

No lo miro mientras se va y tampoco le devuelvo el apretón que me da en la mano al pasar junto a mí.

—Lo arreglaré —masculla desde la puerta—. Como sea. Te lo prometo.

No levanto la vista. No le doy nada. Puede que sea una zorra y una hipócrita, pero ya basta. Lo deseo, pero así no. No puedo seguir haciendo esto. De verdad que no. Adele y David me están partiendo por la mitad.

Cuando se va, me sirvo otra copa de vino y llamo a Adam para reprimir el estúpido impulso de llorar. Ni siquiera su alegría contagiosa es capaz de animarme, y mientras me cuenta su día en el parque acuático y los toboganes por los que se ha tirado con Ian, una parte de mi mente vuelve a reproducir la conversación con David. Emito los sonidos oportunos y me encanta escuchar a mi enano, aunque también me siento aliviada cuando dice que tiene que irse. Necesito tranquilidad. Estoy vacía, agotada y triste, y un montón de cosas más que no quiero analizar. Es nuestra primera pelea y puede que la última. También me doy cuenta, demasiado tarde, de que no creo que le pegara a Adele. En el fondo, no me lo creo. Ya no.

Aunque aún no son ni las nueve en punto, cojo el vino y me meto debajo del edredón. Quiero olvidarlo todo un rato. Dormirlo. Quizá por la mañana vaya todo mejor. Me siento entumecida, aunque una parte de mí todavía me odia por echarlo en vez de metérmelo en la cama. En la cama con mi David, no con el de Adele. No me quito de la cabeza su cara al darse cuenta de que me preguntaba si le habría pegado a su mujer, su horrible decepción. Aunque tampoco me quito de la cabeza el moratón del rostro de Adele, todo el miedo y el secreto que

esconden esos enfermizos tonos verde y azul apagado. Le pegara o no, hay algo que no es normal en ese matrimonio. Por otro lado, nada de esto es normal, y probablemente sea yo la peor de los tres.

Me siento atrapada. No sé qué debo hacer. Así que hago lo único que puedo y apuro la copa de vino, con la cabeza zumbando por el alcohol, y cierro los ojos. Adam volverá pronto a casa y entonces me envolveré en él, en la seguridad de nuestra vida. Me concentro en mi niño. En la única persona a la que puedo amar sin culpa ni recriminaciones. Me duermo.

Esta vez, cuando los pegajosos zarcillos de sombras intentan agarrarme y abro la puerta de la casita de juguete, no voy a mi hogar de la infancia, sino a la casa en la que vivíamos Ian y yo cuando nos casamos, cuando los dos todavía éramos felices. Estoy en el jardín y hace un día perfecto, soleado, no demasiado caluroso, sino con un calorcito agradable; estoy jugando con Adam. Sin embargo, tiene seis años, como mi Adam de ahora, no como el diminuto bebé que era cuando vivíamos allí, y estamos en el estanque intentando atrapar renacuajos. Tenemos los pies embarrados y húmedos, pero los dos nos reímos mientras metemos las redes y los tarros de mermelada en la limosa superficie del agua.

El olor a carne asándose en la barbacoa flota en el aire, y antes incluso de pensar en él de manera consciente, oigo a David diciéndonos que las hamburguesas están listas. Nos volvemos y sonreímos, y Adam corre hacia él. Estoy a punto de seguirlo cuando veo por el rabillo del ojo que algo lanza destellos desde el interior del estanque: una forma bajo la superficie. Sus bordes titilan mientras adquiere una solidez casi plateada debajo del agua oscura. Frunzo el ceño, desconcertada. Este es mi sueño, yo lo controlo, y sin embargo no sé qué es eso. Doy un paso adelante, sobre la superficie del estanque, y camino sobre ella como si fuera Jesús (estoy a punto de reírme: soy el Dios de mis sueños) hasta agacharme a su lado. Introduzco la mano en el líquido, que forma ondas, pero la forma reluciente de debajo permanece en su sitio. Me doy cuenta de que es otra puerta, y los bordes ganan brillo como si desearan confirmar mi conclusión. Busco un pomo, pero no tiene. Una puerta sin pomo que no me he imaginado a posta. No sé por qué está aquí.

Me quedo mirándola un momento, y entonces David me llama otra vez, junto con Adam; me esperan para empezar a comer, y quiero estar con ellos. La puerta reluciente se difumina y desaparece hasta dejarme a solas con el estanque que tengo debajo.

Me despierto temprano, justo antes de las cinco, deshidratada por el vino y decepcionada conmigo misma. El sueño que había creado era perfecto, con los tres jugando a ser la familia feliz, y a pesar de la sed me siento descansada, como

Adele me aseguró que sucedería. Me doy un poco de asco. Debería haberme imaginado a Adele en el sueño. Debería serle leal, ya que siempre ha sido buena conmigo, no como David, que es un borracho infiel del que no puedo fiarme y no sé qué más. Sin embargo, por lo que he visto en mi sueño, lo sigo deseando con locura. Puede que no lo dejara follarme en mi cama, pero sí en mi cabeza. Y no solo follarme: en mi sueño me amaba y yo lo amaba, y éramos una familia, sin rastro de Adele por ninguna parte. La había borrado de la existencia.

Gruño y me levanto para beber agua y poner el hervidor. Estoy con los ojos como platos porque me acosté temprano, así que no tiene sentido intentar volver a dormirme para la hora que me queda. Mientras hierve el agua e intento sacudirme de encima las vívidas sensaciones del sueño, echo un vistazo al dormitorio de Adam y me emociono al recordar que estará pronto en casa, después de lo cual debería apartarme de Adele, seguir el consejo de Sophie y librarme de Adele, de David y del estúpido lío en el que me he metido.

Me ducho para lavarme los restos de mi amago de resaca, y después me visto y me preparo para el trabajo, pero para cuando me siento con una segunda taza de té no son más que las siete de la mañana. La luz del sol se refleja en la polvorienta pantalla del televisor, y entonces recuerdo la segunda puerta de mi sueño, la puerta reluciente que he visto en el estanque. Saco el cuaderno de su hogar en el cajón de la cocina. Quizá Rob también viera una. Se me acelera el corazón. Después de lo de anoche no debería seguir leyendo, bastante daño estoy haciendo aquí sin necesidad de escarbar en su pasado. No obstante, quiero saber más sobre ellos. Y la segunda puerta es mi excusa.

«Es muy fácil. Puedo ir a donde quiera. Sobre todo voy a lugares imaginados, porque no he estado en ninguna parte y ni de puta coña pienso ir a casa por voluntad propia. Sin embargo, esté donde esté, Adele siempre me acompaña. Ni siquiera me la imagino allí, simplemente aparece. Quizá sea porque siempre estoy pensando en ella. No porque esté deseando tirármela, sino por algo mucho mejor. Por algo más puro. En nuestros sueños nos colocamos mucho, quizá sea lo que más me guste. Puedo ponerme hasta el culo sin bajones ni efectos secundarios.

»Adele está durmiendo bien otra vez. En Westlands todo el mundo nos adora, como si tuvieran algo que ver con nuestra recuperación, los muy gilipollas; como si fuéramos sus pacientes ideales. Pero me alegro. De que esté durmiendo. Sé que no me miente porque la mayoría de las noches me cuelo en su cuarto y la observo unos minutos. Tío, suena muy raro leerlo. Es que ella es como la Bella Durmiente, y yo la protejo. Me produce una sensación de paz, y no necesito dormir tanto ahora que estoy limpio y lo que sueño no está repleto de terrores

nocturnos. Solo al principio, antes de controlarlos. A veces decido quedarme un rato porque me gustan las emociones fuertes. Es como subirte a una montaña rusa: sé que no me hará daño porque yo estoy al mando.

»Sí, está muy bien que esté durmiendo en condiciones. Tiene mucho de lo que recuperarse después de tantas semanas intentando mantenerse despierta, y necesita dejar atrás toda esa mierda. Es muy raro lo de preocuparse por alguien. Me preocupo por Adele y jamás me había preocupado nunca por nadie, ni de mi asquerosa familia ni apenas de mí. Antes de Adele, todo el mundo era gris, nadie importaba. En realidad, pensaba que era imposible que alguien me importara. ¿Esto es el amor? Quizá ame a Adele a mi manera.

»¿Me imagina ella en sus sueños o son todos sobre el soberano aburrimiento que es David? David es lo que más me preocupa. No sé por qué está tan fascinada con él. Creo que no se da cuenta de cómo es en realidad; Adele dice que CONFÍA en él. Sí, ya. Seguro que a él eso le encanta. Confía tanto en él que ha firmado para permitirle controlar todo su dinero y demás. Una puta fortuna, y él está a cargo de todo. Eso era lo que estaba haciendo aquí su abogado, por fin me lo contó, como sabía que haría. A Adele no le gustan los secretos. Pero ¿qué coño es esto? David está en la puta universidad sacándose sus interminables títulos mientras a ella la deja en una institución psiquiátrica, y encima Adele le regala el control de sus propiedades, su dinero y todo lo demás.

»No me lo puedo creer. Estuve a punto de gritarle, pero parecía tan incómoda al contármelo que no fui capaz. Y ya está hecho. Me dijo que era temporal, porque no quería pensar en ello en estos momentos y, de todos modos, iban a casarse. Sin embargo, ¿quién coño le da todo su dinero a otra persona? Una cosa es el amor y otra, la estupidez. Ella no entiende a la gente como la entiendo yo. La han protegido durante toda su vida. Lo que todavía no ha averiguado es que todo el mundo va a lo suyo. Ni siquiera culpo a David de llevarse el dinero: al menos, ha hecho algo menos ABURRIDO de lo habitual en él, aunque odio que ella se lo haya permitido. El dinero jode a la gente, y David es el típico tío que estuvo a punto de tener bastante pasta de la granja... y su padre se la bebió entera. Qué curioso que al final haya conseguido tener mucho dinero de todos modos, gracias a Adele.

»Seguro que no firma para devolvérselo cuando salgamos de aquí. Seguro que se le ocurre alguna excusa. David, el pobre hijo del granjero que ahora tiene una fortuna al alcance de la mano. La verdad es que me dan ganas de reír porque es una locura. Me enfado tanto que el cabreo me impide volver a dormirme cuando me despierto por la noche. También me hace pensar en lo que les sucedió en realidad a los padres de Adele... Quiero decir, ¿cómo es que llegó a tiempo para salvarla en plena noche? ¿Llegaría también a tiempo para provocar el incendio?

»Le ha salido todo muy bien, por lo que veo. Ya casi ha llegado el momento de salir de aquí, pero si Adele cree que voy a olvidarme de ella y de todo esto, se equivoca. Voy a cuidar de ella. Porque no creo ni por un puto segundo que David...».

—Lo siento —me dice.

Estamos en su despacho, separados por su escritorio. Yo tiemblo, llevo temblando desde que dejé el cuaderno esta mañana.

—Sé que he estado bebiendo, pero dije en serio que deseo arreglarlo —añade; habla en voz baja, pensativa, seguramente con resaca—. Sé que mi matrimonio va mal. Lo sé. Y no debería estar confundiéndote de este modo. Lo que me dijiste anoche...

—No he venido para hablar de anoche —lo corto en tono frío. Es como si me hubiesen sumergido en agua helada. Estoy deseando ver a Adele y descubrir si mis sospechas son ciertas—. Necesito la tarde libre. Se me ha roto la caldera, y el fontanero acaba de llamar para decirme que se puede pasar entre las dos y las seis. Sue me ha asegurado que tenemos una tarde tranquila, así que ella puede encargarse de recibir a tus pacientes y trabajar en mi escritorio.

Tiene cuatro citas apuntadas, y me alegro, porque no quiero estar preocupada por si aparece en casa y nos ve juntas.

Le escribí un mensaje de texto a Adele en cuanto David llegó esta mañana al trabajo, ya que sabía que estaría sola y a salvo. No le dije qué pretendía en realidad, no quería que se pusiera a la defensiva ni que se preocupara, así que envié:

«Anoche había una segunda puerta muy rara en mi sueño. Sin pomo. No podía abrirla. ¿Te ha pasado alguna vez? Tengo la tarde libre, ¿te apetece comer?».

Todo ligero y sencillo, a pesar de que me temblaban las manos mientras lo escribía. Respondió en un segundo con un sí y sugirió una pequeña cafetería con mesas en la calle, no demasiado cerca de la clínica y algo apartada de las vías principales, en una zona más residencial: ella tampoco quiere que nos vean.

—Claro —me contesta David.

Me sudan las palmas de las manos mientras me mira, y por primera vez me parece un desconocido. No es mi David ni el David de Adele, sino quizá el David de David, el que siempre consigue lo que quiere. Doy las gracias en silencio por enésima vez a Adele por aceptar mi propuesta. No puedo esperar al lunes, tengo que saberlo ya, y ella es la única que puede contármelo. Empiezo a completar el rompecabezas de su demencial matrimonio y no me gusta la imagen

que se está formando.

—Espero que no sea nada demasiado grave —me dice—. Las calderas son caras. —Entonces levanta la vista—. Si necesitas...

—Me lo cubre el seguro —lo corto de nuevo.

¿De verdad iba a ofrecerme dinero? ¿El dinero de quién? ¿El suyo o el de Adele?

—Vale —responde sin añadir nada más.

Mis constantes interrupciones le han tocado las narices. Parece dolido, aunque no sé hasta qué punto me afecta.

—Gracias.

Me dirijo a la puerta con movimientos torpes, sabiendo que me observa.

—Louise.

Me vuelvo para mirarlo. Se ha metido las manos en los bolsillos y me recuerda a la primera vez que hablamos en este cuarto, la tensión eléctrica entre nosotros. Esa tensión sigue aquí, tirando de mí hacia él, aunque ahora está envuelta en dudas y sospechas; magullada, como la cara de Adele.

—De verdad que me importas, ¿sabes? —me dice—. En serio. No dejo de pensar en ti. No puedo evitarlo. Es como si viviera otra vida distinta contigo, en mi cabeza.

Las palabras le salen a borbotones, mientras en lo único en que puedo pensar es en que no quiero esto, no lo quiero ahora, no lo quiero hasta que sepa algo.

—Creo... Creo que me estoy enamorando de ti. Y sé que debo poner mi vida en orden. Tengo que arreglar este lío. Me paso las noches despierto intentando averiguar cómo, y sé que no lo entiendes y que tampoco te ayudo a entenderlo, pero es algo que debo resolver solo. Y voy a hacerlo. Hoy. Y sé que tienes razones para estar cabreada conmigo. Quería que lo supieras. Eso es todo.

Noto la sangre en la cara, en los pies y en todos los lugares intermedios, como si me corriera por las venas de un lado a otro en busca del modo de huir de mi cuerpo. ¿Ahora? ¿Me dice todo esto ahora? Ya tengo la cabeza bien jodida, y ahora me lanza esto a la cara. ¿Que se está enamorando de mí? Dios mío, no sé qué pensar. No sé qué sentir. Pero Adele me espera y necesito saber, al menos, una parte de la verdad por su boca antes de tan siquiera contemplar esta posibilidad. Tengo que saber qué clase de hombre es en realidad, bajo la piel. En su cabeza.

Asiento, trago saliva con dificultad y lo dejo ahí plantado; recojo el bolso de debajo de mi mesa y corro al aire fresco del exterior sin avisar a Sue de que me voy.

## Adele

Me siento al sol mientras me bebo una copa prohibida de Sancerre frío y espero a Louise. Louise. Es asombroso lo mucho que esta maravillosa mujer puede influir en mi estado de ánimo. Anoche, cuando David se fue a su pisito mugriento después del trabajo, me sentí tan dolida que quise matarla, a pesar de que ella hizo todo lo posible, dentro de sus lamentables limitaciones, para defenderme y enviarlo a casa. Lo cierto es que fue poco y tarde, y lo peor de todo es que David había decidido ir a verla a ella en vez de a mí, después de todos mis esfuerzos al teléfono con el doctor Sykes. Podría haberle arruinado la vida, pero ni lo tuvo en cuenta. Cero gratitud. Después volvió a casa y se emborrachó en su despacho antes de llegar dando tumbos a la cama. Ni una palabra de agradecimiento.

Amo a David. Sincera, profunda y locamente, por muy cursi que suene, pero soy más fuerte que él. Sí, las cosas deben cambiar, y soy yo la que está ensuciándose las manos para conseguirlo. Sin embargo, anoche me tragué el rencor, lo empujé hasta el fondo, donde no me afecte, porque no puedo permitirme otra discusión. Todavía no. Y entonces, como si fuera un milagro, llegó el mensaje de Louise. La segunda puerta. Sonríó mientras me bebo el vino, a pesar de estar sola y, seguramente, con pinta de loca para cualquiera que pase. Ha visto la segunda puerta. Ya. Esto lo cambia todo. Debo tenerlo preparado antes de que la abra. Antes de que lo sepa.

Me cosquillea el cuerpo de nervios cuando la veo doblar la esquina y bajar por la calle. Tiene buen aspecto, muy bueno, y me siento muy orgullosa de ella. Incluso camina más erguida ahora que está más delgada y en forma, y sus pómulos (aunque nunca serán tan felinos como los míos) son suaves toques de atención en su bonito rostro. A mí me duelen los músculos por la falta de ejercicio y tengo la espalda rígida por la tensión. Me marchito mientras ella florece. Con razón David se está enamorando de ella. La idea escuece. La idea siempre escuece.

—¿Vino? —pregunta, y sonrío.

Está ruborizada, y se le cae el bolso al suelo cuando intenta colgarlo en el respaldo de su silla.

—¿Por qué no? Hace un día precioso y esto es una agradable sorpresa.

La veo mirarme a la cara, donde todavía permanecen los restos del moratón. Empieza a desaparecer rápidamente, como si de algún modo fuese consciente de que ya ha cumplido su misión en la vida. Le hago un gesto al camarero para que traiga otra copa.

—¿Cómo es que tienes tiempo libre?

—Ah, un problema con la caldera —responde, alegre—. El fontanero vendrá después, pero se me ocurrió aprovechar para tomarme la tarde libre. Ser mala.

Se le da fatal mentir. Resulta adorable, teniendo en cuenta que se está follando a mi marido desde que la conozco. El camarero aparece muy deprisa con su bebida y dos menús, y las dos fingimos examinarlos mientras ella le da varios tragos rápidos al vino.

—Entonces, ¿has visto otra puerta? —pregunto mientras me inclino sobre la mesa con aire de conspiradora, aunque somos las únicas comensales que estamos fuera. Quiero que se sienta unida a mí—. ¿Dónde? ¿Cómo ha sido?

—En el estanque de mi antigua casa. Estaba allí. —Se ruboriza un poco—. Con Adam, jugando, y cuando me volvía para regresar a la casa, apareció bajo la superficie. Brillaba.

No me cuenta toda la verdad del sueño (seguro que David aparecía en él, por cómo se ruboriza), pero no me importa una mierda. Por mí como si se ha imaginado a tres Davids violándola en grupo. Es la puerta. Eso es lo esencial.

—Como si fuera de plata —continúa—. Y entonces desapareció. ¿Te ha pasado alguna vez?

Niego con la cabeza, desconcertada.

—No, qué raro. Me pregunto para qué servirá.

—Quizá fuera un fallo técnico de mi cerebro —responde encogiéndose de hombros.

—Quizá.

No obstante, el corazón me vuela. Ya estoy pensando en qué tengo que hacer antes de que la abra.

El camarero regresa para tomarnos nota, y yo procuro dejar bien claro que no tengo hambre, que solo quería salir de casa, y entonces le veo la cara, su pensativa preocupación, y sé hasta qué punto del cuaderno ha llegado. Sé de qué va en realidad esta comida. Debo concentrarme mucho para no sonreír y reírme de la genial perfección de este día y de lo bien que lo he planeado todo.

—Tienes que comer algo, Adele, te estás quedando muy delgada. Además —añade con un aire demasiado despreocupado—, invito yo.

—Ay, gracias —respondo con entusiasmo—. Qué vergüenza, al llegar aquí me he dado cuenta de que había salido sin la cartera. Soy un desastre.



Pide dos platos de raviolis con champiñones, tomando la iniciativa como jamás habría hecho cuando nos conocimos... y después espera a que se marche el camarero para seguir hablando.

—¿De verdad has salido sin dinero o es que David controla lo que gastas?

Muy directa, esta Louise, hay que reconocerlo. Me ruborizo como si intentara ocultar algo y murmuro que es una idea ridícula, hasta que ella alarga un brazo y me sujeta una de las manos para que deje de gesticular. Un gesto de solidaridad, de amistad, de amor. Creo que me quiere de verdad. No tanto como quiere a mi marido, pero me quiere.

—He leído una cosa en el cuaderno que me tiene un poco preocupada —sigue diciendo—. Y mándame a la mierda si crees que no es asunto mío y tal, pero ¿de verdad le entregaste el control de toda tu herencia? ¿Después del incendio? Y, si lo hiciste, por favor, por amor de Dios, dime que fue algo temporal.

—Ah, no te preocupes por eso —respondo, y sé que sueno como un ciervo herido mirando el cañón de un fusil, la clásica víctima que defiende a su maltratador—. A David se le da mucho mejor el dinero que a mí, era mucho que manejar y... Ay, Dios mío, esto es muy embarazoso...

Me aprieta la mano.

—No seas tonta, que no te dé vergüenza. Me preocupo por ti. Pero te devolvió el control, ¿no? ¿Cuando saliste de Westlands y te recuperaste?

Tiene la mano pegajosa de sudor. Sé que su interés no es del todo altruista.

—Iba a hacerlo —mascullo—. En serio. Pero sufrí otra crisis nerviosa unos meses después, y decidí... decidimos que lo mejor era que siguiera a cargo de todo. Y después nos casamos y, de todos modos, el dinero pasó a ser de los dos.

—Vaya.

Se echa atrás en su silla y le da un buen trago al vino mientras asimila que sus sospechas se han confirmado.

—Suena peor de lo que es —digo en voz baja y protectora—. Me pasa una paga y un presupuesto para comida, y a mí nunca me ha importado mucho el dinero, la verdad.

—¿Un presupuesto para comida? —pregunta, abriendo mucho los ojos—. ¿Una paga? ¿Es que estamos a principios del siglo pasado? —Hace una pausa—. Ahora tiene sentido que lleves esa mierda de teléfono.

—Tampoco me importan los teléfonos. En serio, Louise, da igual. Soy feliz. Quiero que David sea feliz.

Puede que me pase de patética, pero la verdad siempre es creíble, y sí que he llegado a ser patética con todos mis intentos de hacerlo feliz.

—¿No tenéis ni siquiera una cuenta común?

—En serio, Louise, da igual. Está bien así. Si quiero algo, me lo da. Así ha

salido nuestro matrimonio. No te preocupes. Siempre ha cuidado de mí.

Me aparto un mechón de pelo de la cara y dejo que mis dedos se demoren un instante sobre el moratón. Un gesto casi imperceptible, lo justo para que ella se dé cuenta y conecte en su cabeza la herida con el dinero.

—Como si fueras una niña —dice.

Y sé que tiene la cabeza llena de nuestra amistad secreta, las llamadas de teléfono, las pastillas, el moratón y, ahora, el dinero, y que todo encaja en su sitio. Ahora mismo me quiere mucho más a mí que a David. Ahora mismo creo que odia a David. Yo nunca podría odiar a David. Quizá sea esa la principal diferencia entre nosotras.

—Por favor, déjalo estar. No pasa nada. ¿Cuándo regresa Adam? —pregunto, usando su comentario sobre niños para cambiar de tema—. Debes de estar deseando verlo. Seguro que ha crecido un poco. A esa edad crecen deprisa, ¿no?

Nos traen la comida, y ella pide una segunda copa de vino para ambas mientras añade en silencio mi pena por no haber tenido hijos a la lista de los defectos de David. Combustible para su fuego. Los raviolis están perfectos, pero ella juega con ellos en el plato sin comer nada. Aunque debería hacer lo mismo para mantener mi apariencia nerviosa, estoy cansada de tirar buena comida, así que me los como (con delicadeza, pero me los como todos) mientras ella me habla de las vacaciones de Adam y de lo bien que parece que se lo ha pasado.

Ninguna de las dos está prestando atención a esas historias, en realidad. Ella tiene la cabeza llena de rabia y decepción, y yo, de emoción ante su descubrimiento de la segunda puerta. Emito los sonidos adecuados y sonrío, y ella se obliga a hablar, mientras deseo que se acabe la comida de una vez. Tengo cosas de las que ocuparme.

—¿Es ese...? —empieza a preguntar, aunque se calla a media frase y se queda mirando un punto detrás de mí.

—¿Qué? —pregunto mientras me giro.

—Lo es —dice sin dejar de mirar, medio levantada de la silla—. Es Anthony Hawkins.

Ahora lo veo y, por muy útil que me haya resultado, me enfado: me está siguiendo, por supuesto.

—Quizá viva por aquí —apunto.

—O quizá te esté siguiendo.

Ahí está, mi gran protectora. La amante de mi marido.

—No, no lo creo. —Me río para restarle importancia, pero ella lo mira con aire feroz y, como Anthony se da cuenta de que me hace sentir incómoda, tiene la sensatez de dar media vuelta y meterse en la tiendecita de la esquina—. Irá a comprar cigarrillos.

Por muy bien que me haya venido su adoración, seguirme no es aceptable.  
—Puede —responde, poco convencida.

Las dos nos quedamos mirando la puerta hasta que el chico sale, y espero que Louise no vea la mirada de puro deseo que me dedica antes de alejarse. Por suerte, mi amiga tiene los ojos entornados para protegerlos del sol, así que creo que estamos a salvo. De todos modos, importa poco. Mañana, lo que menos le preocupará en el mundo será Anthony.

Una vez que hemos terminado de comer y la he urgido a volver con su ficticia caldera rota, me voy al gimnasio. Llego justo antes de que suene la siguiente llamada de David, aunque no estoy ejercitándome, como le cuento, sino que he puesto en movimiento los últimos engranajes del plan. David dice que vuelve derecho a casa después del trabajo porque tenemos que hablar, y después hablo con la recepcionista sobre lo que necesito y afirmo que tengo demasiada prisa para esperar, pero les pido que me llamen a casa después de las seis para confirmar mi petición. No dudo de que lo harán. Se trata de un club muy exclusivo en el que pagamos por el paquete completo y, además, siempre soy educada y dulce. Ser educada y dulce es lo que hago cuando no estoy en casa, y siempre sale a cuenta portarse bien con el personal que te atiende. Algunos de los otros miembros del gimnasio deberían tomar buena nota.

La emoción me tiene sin aliento, y noto el cosquilleo de los nervios por lo que se avecina. Para cuando llego a casa y estoy preparando la cena, me tiemblan las manos y apenas puedo concentrarme. Noto la cara ardiendo, como si me hubiera dado fiebre. Tengo la respiración entrecortada, así que intento controlarla, sin éxito. Me concentro en esa segunda puerta y me recuerdo que es probable que no vuelva a presentármese otra oportunidad así en toda mi vida.

Se me resbalan los dedos sudorosos sobre la cebolla que intento picar y estoy a punto de cortarme. No sé por qué me tomo tantas molestias con este plato si todo va a acabar en la basura, pero quiero que todo parezca lo más normal posible y, sorprendentemente, cocinar se ha convertido en mi orgullo desde que nos casamos. Cortar la cebolla con descuido podría ser una pista de lo que va a suceder, y David ya sospecha lo suficiente de mí en los últimos tiempos.

Oigo su llave en la cerradura y me vibra el cuerpo de la tensión; de repente, las luces de la cocina me resultan demasiado brillantes. Esta vez consigo respirar hondo. Veo mi móvil en la encimera, junto al fregadero, en tierra de nadie entre donde estoy y el teléfono fijo colgado de la pared. Miro la hora: casi las seis. Perfecto.

—Hola —lo saludo. Está en el vestíbulo y sé que quiere ir a esconderse a su despacho—. Te he traído una botella de Châteauneuf-du-Pape. Ven a abrirla para

que respire el vino.

Se acerca a la cocina, reacio, como un perro salvaje al que le ofreces sobras de carne. ¿Cómo ha llegado a esto nuestro amor?

—Entonces, todavía fingimos que todo va bien —comenta con cansancio.

—No —respondo, herida—. Pero al menos podemos ser educados. Seguro que podemos ser amigos mientras resolvemos nuestros problemas, ¿no? Nos debemos eso, como mínimo, ¿no te parece?

—Mira...

El teléfono suena y, aunque lo esperaba, doy un respingo de todos modos y aprieto con fuerza el cuchillo de cocina. Me acerco a la pared, pero David me bloquea el paso como sabía que haría.

—Será de la clínica —me dice—. Yo lo cojo.

Mantengo la vista baja y sigo picando la cebolla mientras me arde la piel de nervios y escucho. Ha llegado el momento de que su deliciosa relación secreta se joda tanto como nuestro matrimonio.

—¿Sí? Sí, soy David Martin. Ah, hola... ¿Que quería confirmar qué? Lo siento, creo que me he perdido. ¿Ampliar el carné de socio invitado?

Entonces me vuelvo para mirarlo. Tengo que hacerlo, poner cara de inocente, como si me preocupara que se enfadara conmigo por el gasto y porque tengo una amiga de la que no le he hablado. No me mira. Todavía no.

—¿Para quién? —pregunta con el ceño fruncido.

Entonces lo veo: la conmoción cuando intenta asimilarlo; la confusión.

—Lo siento, ¿ha dicho Louise Barnsley?

Entonces me mira mientras intenta encajarlo todo en su cabeza. Su mundo acaba de volverse del revés para después sacudirse de nuevo.

—¿Y estamos hablando de una ampliación del carné que había solicitado mi mujer?

Me encojo de hombros, suplicante, y muevo los labios para decir en silencio: «Es una amiga».

—Vale, sí, gracias. Está bien.

Su mirada recae sobre mi móvil y va a cogerlo mientras cuelga, antes de que yo pueda tan siquiera fingir intentar llegar antes.

—Lo siento —le digo—. Es una chica a la que conocí, nada más. Una amiga. No quería decirte nada. Me sentía sola. Fue simpática conmigo.

No me escucha, sino que revisa los mensajes del móvil con el rostro ensombrecido. Los he guardado casi todos, claro, en previsión de este momento.

Entonces se me queda mirando un buen rato mientras aferra el teléfono con tanta fuerza que temo que lo aplaste. ¿Qué tráquea preferiría aplastar ahora mismo? ¿La mía o la de Louise?

—Lo siento —repito.

Está pálido, con la mandíbula apretada y todo el cuerpo temblando de una emoción reprimida que lucha por contener. Solo lo había visto así una vez, y fue hace mucho tiempo. Aunque quiero abrazarlo y decirle que no pasa nada, que lo hago todo por él, no puedo. Tengo que ser fuerte.

—Voy a salir —consigue decir entre dientes. Creo que ni siquiera me ve.

Sale hecho una furia por la puerta principal; no me sirve de nada llamarlo, ni siquiera frena el ritmo, convertido en un torbellino de rabia y desconcierto.

La puerta se cierra de golpe y me quedo sola. Oigo el tictac del reloj en el silencio. Observo a David durante un instante y luego me sirvo una copa del vino tinto, que está abierto. Debería respirar un poco más, pero no me importa.

Dejo escapar un largo suspiro después del primer trago, y giro la cabeza a uno y otro lado para relajar la tensión. Pobre Louise. A pesar de que estoy agotada, intento espabilarme, ya que hay cosas que hacer. En primer lugar, debo comprobar si Anthony ha dejado el paquete donde le pedí. Y después necesito ver qué está haciendo David. Mi cansancio tendrá que esperar.

Al fin y al cabo, ya dormiré cuando muera.

## Entonces

Se marchan mañana. Se ha terminado el mes y no hay razón para que ninguno de los dos se quede más tiempo, siendo como son los pacientes estrella. Es una sensación muy rara, pero Adele no puede evitar una sonrisa mientras prepara la maleta: libre de Westlands para casarse con David al final de su semestre universitario. A pesar de todo lo sucedido, su futuro pinta bien. Solo le preocupa Rob. Por mucho que el chico bromea con ello, Adele se da cuenta de que no quiere volver con su hermana, en absoluto. Le duele verlo de esa manera, casi vulnerable; y también le duele abandonarlo. Aunque eso es lo único que la entristece mientras dobla la ropa y la mete en su maletita, siente una punzada en el corazón.

—¿Quieres acercarte al lago? —pregunta.

Rob está sentado en su cama y la observa hacer la maleta; por primera vez desde que lo conoce, parece un niño más que un chico casi adulto. El pelo oscuro le cuelga sobre la cara, aunque en los dientes le ve el brillo del aparato que él tanto odia. Lleva la camiseta planchada; es la primera vez que conoce a alguien que se plancha tanto los vaqueros como las camisetas. Quizá incluso los calcetines. Puede que para ejercer algún control, por pequeño que sea, sobre el caos que a Adele le parece su vida. Una manía en una existencia salvaje.

El chico se saca algo del bolsillo de arriba y sonrío: un porro muy bien liado.

—El último que queda. Podríamos fumárnoslo. A lo mejor nos pillan y tenemos que quedarnos más.

Adele es consciente de que al chico le gustaría, en cierto modo. Sabe que le encantaría que se quedaran más tiempo los dos, y una parte de ella desea lo mismo porque no es capaz de imaginarse sin ver a Rob todos los días. Sin embargo, ha echado mucho de menos a David, y se muere de ganas de verlo, de besarlo y de casarse con él sin padres que lo desapruében.

Rob sospecha que es el final de su amistad, pero ella sabe que no lo es. Podría irse a vivir con ellos en algún momento, después de casarse. A David le caerá bien, está convencida. ¿Cómo no le va a caer bien? Rob es demasiado fabuloso para caerle mal a alguien.

Adele le coge la mano; le gusta sostenerla dentro de la suya. Ya casi ha

olvidado qué se siente al coger la mano de David, y eso le parece una traición, aunque el que está allí es Rob, y no David, y los dos internos han llegado a quererse a su manera.

—¿A qué estamos esperando? —dice ella.

Hoy no hace tanto calor; de vez en cuando, el viento sopla sobre el agua y da escalofríos de vez en cuando, pero ellos están sentados bajo el árbol en el que se conocieron, pasándose el porro, y no les importa. También echará eso de menos. No se imagina a David dispuesto a colocarse. Tampoco le puede contar que se ha drogado en Westlands: le horrorizaría. Otro secreto entre Rob y ella.

—Puede que queme el cuaderno —comenta Rob—. En plan despedida ceremonial.

Habla en tono despreocupado, como siempre, y le brillan los ojos, aunque Adele sabe que está triste, así que le aprieta con fuerza la mano.

—No, guárdalo. Nunca se sabe, quizá tus sueños todavía te reserven alguna que otra sorpresa. —Inhala y disfruta del relajante zumbido antes de devolverle el porro—. Y cuando vengas de visita me los puedes contar: dónde has estado, a quién has visto... —Le sonrío—. Será mejor que me incluyas en algunos de esos sueños.

—Lo mismo digo. Vas a ver al aburrido de David más que de sobra, no necesitas soñar con él, también.

Ella le da un puñetazo amistoso en el brazo, y él se ríe, aunque Adele sabe que lo dice en serio. Será distinto cuando se conozcan: ¿cómo va a quererlos a los dos si ellos dos no se quieren entre sí? No es posible.

—¿Estás preparada para volver a tu casa? —le pregunta Rob.

—Creo que sí.

No está segura, pero forma parte de su plan terapéutico: enfrentarse al problema, por así decirlo. Regresar al origen del trauma y pasar un tiempo allí.

—Hay muchas habitaciones intactas, y las que se quemaron ya están limpias y se han reparado temporalmente. David lo ha organizado todo.

—Ya podrá, después de haberle entregado todo tu dinero —comenta Rob en tono irónico.

—No, no lo he hecho —se defiende ella, irritada—. Ya te he dicho mil veces que es solo por ahora. Es más fácil. Con la matrícula de la universidad y demás, y las cosas de la casa, no podía hacerlo desde aquí. Además, son demasiadas responsabilidades. Me alegro de que se ocupe él. Déjalo estar, Rob, y no se lo cuentes a nadie. David ya ha tenido problemas de sobra desde el incendio para que, encima, los periódicos se enteren de esto.

—Vale, vale, es que me preocupo por ti. —No es el momento más adecuado para su primera discusión, y ella sabe que él lo sabe. Rob hace una pausa—. Y

me preocuparé más todavía cuando estés sola en esa casa tan grande.

—No me pasará nada. Solo serán unas semanas, y la gente irá a echarme un vistazo: algunos de los vecinos, mis abogados y, por supuesto, un médico. Si hasta irá alguien a llevarme comida y limpiar la casa cuando lo necesite... David dice que me visitará los fines de semana siempre que pueda.

—Una nueva vida te espera —dice él con tristeza—. Piensa en mí, en ese piso de mierda, atrapado con mi horrorosa hermana.

—¿Tan mal está la cosa?

Rob nunca le ha contado demasiado sobre su vida, por mucho que ella ha intentado sonsacarle durante la última semana.

—Es lo que hay. —Intenta hacer anillos de humo, pero el viento los rompe antes de que se formen, así que se rinde—. No quiero pensar en ello hasta mañana.

—Puedes llamarme, ya lo sabes. Te daré mi número de móvil. Si se tuerce mucho el tema, llámame y vente a pasar conmigo unos días.

—Oh, sí, seguro que a David le encanta la idea.

—David está en la facultad —responde Adele, y en un momento de rebelión, añade—: y es mi puta casa.

Entonces se sonríen, y ella ve que él la quiere, y eso la calienta por dentro, aunque sea un poco complicado. David lo es todo para ella, pero ahora también lleva a Rob en el corazón. Sin él jamás se habría recuperado hasta este punto. Seguramente la habrían encerrado de por vida.

—Lo digo en serio —insiste ella mientras el cariño que siente por él la abrumba—. Cuando quieras.

—Vale. Puede que lo haga.

Adele espera que lo haga. Espera que la llame en vez de deprimirse sin más. Sin embargo, es consciente de lo orgulloso que es Rob; tanto como David, a su modo.

—¿Me lo prometes? —pregunta mientras se inclina sobre él hasta que sus caras están muy cerca y el pelo de ella roza la mejilla de él.

—Te lo prometo, mi preciosa princesa Bella Durmiente. Lo prometo.

—Bien —responde ella, y le besa la nariz—. Trato hecho.



## Louise

«No debería haberlo dejado entrar, no debería haberlo dejado entrar», es lo único que soy capaz de pensar cuando asimilo que todo se desmorona a mi alrededor. De no haberlo dejado entrar, no tendría que enfrentarme a este horror; al menos, todavía no. Quiero vomitar. No sé qué decir.

Tiembla de rabia en mi sala de estar mientras agita el móvil de mierda de Adele y grita algo sobre haber leído todos los mensajes. Estoy llorando y ni siquiera sé cuándo he empezado, quizá cuando entró por la puerta y al instante supe que lo sabía, aunque deseé equivocarme. El estómago se me ha transformado en agua y me siento como si me hubieran descubierto engañando a mi pareja e intentara explicarlo. Me odio.

—¿Desde el principio? —pregunta con incredulidad, todavía intentando hacerse a la idea—. ¿Has sido amiga de mi mujer desde el principio y ni siquiera me lo has dicho?

Su acento escocés es más fuerte cuando se enfada, de pueblo, y eso me sorprende: es la voz de un desconocido.

—¡No sabía cómo hacerlo! —gimo mientras gesticulo sin más sentido que el de intentar espantarlo todo—. Es que no... ¡Me choqué con ella en la calle, literalmente! Se cayó y fuimos a tomar un café. ¡No quería ser su amiga, pero me envió un mensaje y no supe cómo reaccionar!

—¿Y no se te ocurrió mencionarle que trabajabas para mí? ¿No te pareció lo más normal?

La sorpresa me silencia un instante, aunque a él debe de parecerle culpa. Creía que se había enterado de todo. ¿Es que ha encontrado el móvil de Adele y ha venido directamente? ¿Todavía no ha hablado con ella? O quizá su mujer no le contara esa parte; quizá tuviera demasiado miedo. No sé qué decir. ¿Debería contarle que claro que ella lo sabía? ¿Que me pidió que lo mantuviera en secreto? Sin embargo, si lo hago, la meto en más problemas, y de todos nosotros, Adele es la única que no ha hecho nada malo. Así que me callo.

—¿Es que estás como una puta cabra? —pregunta escupiendo saliva—. Dios, creía que eras una persona muy sincera, muy normal. ¿Es que has estado acosándome?

—¡Me dio pena! —le grito, aunque las paredes son finas y Laura, la vecina de al lado, seguro que nos oye—. ¡Parecía sentirse sola!

—Joder, Louise. Te das cuenta de que es una locura, ¿no?

—No quería ser su amiga. De verdad. —Las palabras suenan ahogadas por los mocos, entre lágrimas—. Me dejé enredar y, al principio, creía que lo que había sucedido en el bar había sido cosa de una noche.

—Pero ¿por qué no me lo contaste? ¿Por qué tantas mentiras de mierda, Louise? ¿Quién eres?

—No te mentí, simplemente...

Me encojo de hombros, impotente. «Simplemente no te lo conté», era lo que iba a decir. Es una pobre excusa y lo sé incluso antes de que me interrumpa.

—¿Qué fue lo que me dijiste? ¿Que eres un libro abierto? —Resopla y apenas lo reconozco—. Eres una mentirosa. Creía que podía confiar en ti. —Se vuelve y se pasa la mano por el pelo, aunque parece a punto de arrancárselo de raíz—. No consigo entender nada, no puedo.

—¿Qué es lo que te preocupa en realidad, David? —Aprovecho el momento. La mejor defensa es un buen ataque, y si creía que podía confiar en mí, ¿por qué nunca me contaba nada? Quizá él también sea un mentiroso—. ¿Que sepa cosas que no debería saber? ¿Que ayude a Adele a ser más fuerte y ajuste cuentas contigo? ¿Que te eche de casa? ¿Que recupere su vida?

—¿Qué? —Se vuelve para mirarme, para mirarme de verdad por primera vez desde que ha entrado hecho una furia. Frunce el ceño y baja la voz—. ¿Qué te ha contado de mí?

—Bueno, lo único que dice siempre es que te quiere. —Me toca resoplar a mí—. Pero tengo ojos. Sé cómo la tratas. Lo nerviosa que la pones. Veo cómo has estado jugando con su mente.

Se me queda mirando un buen rato.

—No creas ni por un segundo que sabes algo sobre mi matrimonio.

—Sé que tienes todo su dinero. ¿Por eso no te vas? ¿El pobre hijo del granjero salva a la rica heredera, la convence para que le entregue el control de su dinero y no se lo devuelve jamás? Eres una puta trama de Agatha Christie con patas.

Ahora estoy enfadada. Sí, quizá esté en su derecho de cabrearse; no sé cómo me sentiría en su situación (violada y engañada, supongo), pero estaba durmiendo conmigo a espaldas de su mujer, así que, al menos por ahora, utilizaré eso de comodín.

—Esa es la imagen que tienes de mí, ¿no?

Está pálido y tembloroso, aunque sus ojos son puro fuego.

—No, no es cierto —respondo mientras odio que vuelvan a llenárseme los ojos de lágrimas—. Me importas. Creía que te amaba. O estaba medio

enamorada ya, al menos. Pero siempre están ahí todas esas cosas, David, cosas que no me cuentas. Cosas que tu pobre mujer tiene demasiado miedo de contar.

—¿Qué coño crees que sabes, Louise?

Sus palabras son frías y entrecortadas, y una calma terrible se ha apoderado de él. Rabia contenida. ¿Es eso una amenaza o una pregunta? Tengo más miedo ahora que cuando gritaba. Pienso en cómo amenaza a Adele, en las cicatrices de las quemaduras y en cómo la rescató del incendio. Pienso en el dinero. ¿Su acto de heroísmo fue por ella o por él?

—¿Qué les sucedió en realidad a los padres de Adele? —Cruzo los brazos sobre el pecho mientras lanzo en voz baja la acusación implícita—. Un incendio en plena noche y resulta que pasabas por allí. Me lo contó Adele. Su héroe.

Dejo escapar un bufido para rematar la frase y dejar claro lo que pienso al respecto, aunque lo cierto es que no sé lo que pienso al respecto.

—Le salvé la vida, coño —gruñe mientras me pincha con un dedo, casi como si me apuñalara.

Doy un paso atrás.

—Sí, es verdad, pero no a sus padres. Murieron. A ti te vino genial, ¿no?

Retrocede con los ojos muy abiertos.

—Zorra asquerosa. ¿Crees que...?

—¡No sé qué creer! —grito—. Estoy cansada de darle vueltas. Las pastillas, las llamadas de teléfono, ¡toda esa mierda! El David controlador de Adele, mi encantador aunque jodido David... Intento averiguar quién eres en realidad en todo este lío. ¡Y no lo pedí! No quería ser su amiga, pero lo soy, me cae bien, ¡y me siento como una mierda por todo! —Estoy tan afectada que apenas logro respirar, sollozo y jadeo intentando recuperar el aliento—. ¡Me siento como una mierda!

—Por amor de Dios, cálmate, Louise.

Da un paso adelante para intentar cogerme los brazos, pero me lo sacudo mientras jadeo y lloro. Mi torrente de emociones lo sorprende, me doy cuenta.

—Soy su única amiga. —Caigo en picado hacia mi autodestrucción y no puedo detenerme. Estoy cansada de tener todas estas preguntas reconcomiéndome—. Su única amiga. ¿Por qué?

—Louise, escúchame...

—¿Qué le pasó a Rob, David?

Entonces se queda paralizado y es como si el mundo que nos rodea contuviera el aliento. Vuelvo a respirar con calma.

—¿Por qué ya no son amigos? —pregunto—. ¿Qué hiciste?

—¿Cómo sabes lo de Rob? —me pregunta en un susurro mientras me mira fijamente.

—¿Qué hiciste? —repito, aunque en su rostro veo algo que hace que me pregunte si de verdad deseo saberlo.

No parece oírme. Se calla un buen rato, y me doy cuenta de que no me mira a mí, sino a algo más allá de mí, a algo que solo él es capaz de ver.

—Estás despedida —dice al fin.

Las palabras, frías y clínicas, no son lo que esperaba oír, así que al principio no las entiendo.

—¿Qué?

Me toca a mí fruncir el ceño, desconcertada.

—Presenta tu dimisión con carácter inmediato mañana. Por correo electrónico. Me da igual la excusa que pongas, invéntate una. No creo que te cueste.

Estoy perpleja. ¿Mi trabajo? ¿Me echa de mi trabajo?

—Y si estás pensando en contarle al doctor Sykes lo de nuestra sórdida aventura, le enseñaré esto —añade, con el móvil de Adele en alto—. Y entonces vas a parecer una obsesa, como Anthony Hawkins. —Se inclina sobre mí con un aire amenazador muy controlado y tranquilo—. Porque solo una loca se haría amiga en secreto de la mujer del hombre al que se tira. —Se aparta un poco—. Y el doctor Sykes es un hombre de los de antes: le dará igual que me haya acostado contigo, pero te perderá el respeto por haberte acostado conmigo. Encontrará la forma de librarse de ti él mismo.

Voy a perder mi trabajo. De repente, todo esto es muy real: David me odia, no sé si Adele está bien y ahora he perdido mi trabajo. Pienso en aquella primera noche en el bar, cuando reímos y bebimos, y me hizo sentir tan viva, y entonces vuelven las lágrimas a toda prisa, llenas de lástima por mí. Este lío es culpa mía y debería atenerme a las consecuencias, pero saberlo solo sirve para que me sienta peor.

—Me dijiste que me querías —digo con una lamentable vocecilla.

No responde nada, aunque su rostro está contraído y lleno de rencor, y no es mi David en absoluto.

Quiero seguir llorando, y lo que es peor: incluso ahora, incluso una vez que está todo dicho, sigo sin saber nada. A pesar de todas mis acusaciones, no me ha dado ninguna respuesta.

—David, por favor, dime... —empiezo, aunque odio el tono de súplica, la necesidad de reparar algo, lo que sea.

—Aléjate de mí —me corta con voz helada—. Aléjate de Adele. Créeme, Louise: si sabes lo que te conviene, aléjate de los dos. No somos asunto tuyo, ¿entiendes?

Asiento, convertida en una niña asustada, sin más energía dentro. ¿Energía

para luchar contra qué, de todos modos? No puedo retirar lo que he dicho y tampoco estoy segura de querer hacerlo. Solo deseo respuestas, y él no me las dará.

—No quiero volver a verte —me dice.

Habla en voz baja, pero brutal, como una patada en los riñones que me deja sin aliento mientras da media vuelta para marcharse.

Oigo el clic de la puerta principal y me quedo sola.

Me deshago en lágrimas; me derrumbo en el suelo, en posición fetal, y lloro como una niña, con sollozos largos, estridentes y descontrolados.

David está muy enfadado, y ni siquiera puedo escribir a Adele para avisarla.

## Adele

Se va a beber algo antes de regresar a casa. David siempre necesita beber algo, aunque esta vez no me importa. Prefiero que tenga tiempo para calmarse. Cuando oigo que se abre la puerta principal me aseguro de encontrarme sentada a la mesa de la cocina, con restos de lágrimas en la cara. No estoy llorando, claro. Imagino que habrá tenido mujeres llorosas de sobra por una noche.

Mantengo mi desconcierto sobre lo de Louise, me disculpo una y otra vez por no haberle contado lo de mi nueva amiga, y le aseguro que me sentía sola y me preocupaba que me prohibiera seguir viéndola, que intentaba ser normal. Que pensaba que sería bueno para mí. Le pregunto dónde ha estado. Le pregunto de qué la conoce y por qué su nombre le ha afectado tanto. Por supuesto, no me cuenta la verdad, por mucho que a estas alturas ya debería saber que es inútil.

Me dice que es una de sus pacientes y me observa con atención para ver cómo reacciono, me pone a prueba. No se cree del todo mi inocencia en este asunto, me conoce demasiado bien. Dejo que se me abra la boca para fingir una ligera perplejidad. Para ser sincera, la verdad es que David me decepciona un poco: aunque yo no supiera todavía que se estaba tirando a Louise y que era su secretaria, seguro que esto me haría sospechar. Por mucho que lo adore, tener un paciente obsesivo es creíble, pero dos es estirar al máximo los límites de la candidez. Aun así, lo único que debo hacer es seguirle la corriente, y eso es lo que hago.

Planteo las preguntas adecuadas, y él me lanza las respuestas. No me devuelve el móvil, pero su sentimiento de culpa es evidente en lo poco que me cuestiona por nuestra amistad. Me da pena Louise, ya que está claro que ha descargado casi toda su rabia en ella. No está acostumbrado a enfadarse con su amante, en cambio conmigo... Ya no le queda energía para seguir cabreado conmigo. Sería agotador.

—Deberíamos irnos un par de semanas —dice con los hombros caídos y la mirada fija en el suelo. Está cansado, muy, muy cansado. De todo. De mí.

—No podemos —respondo, y la verdad es que no podemos. No encaja en absoluto en mis planes—. No llevas más que unas semanas en la consulta. ¿Qué imagen darías? Lo único que tienes que hacer es pasarle esa paciente, Louise, a

otro especialista, como hiciste con el chico.

—Entonces, unos días. Para que podamos hablar con tranquilidad. —Me mira. Sospecha. Nervios. Todo en una breve mirada—. Para decidir lo que vamos a hacer.

La buena de Louise ha guardado nuestro secreto, pero ha mencionado las pastillas y las llamadas de teléfono, así que él se pregunta cuánto ha sido por accidente y cuánto lo he organizado de algún modo.

—No podemos seguir huyendo —le rebato con la voz de la razón—. Sean cuales sean nuestros problemas, deberíamos quedarnos y enfrentarnos a ellos.

Asiente, aunque me observa, pensativo. A pesar de haber sido Louise la que lo ha engañado, no se fía de mí en absoluto. Siempre está intentando analizar mi humor, mi forma de pensar, mis acciones. No está convencido de que no supiera quién era Louise, pero como ella no se lo ha confirmado, no puede demostrar nada. Noto cómo se perfilan con claridad las líneas de combate entre nosotros, sobre las caras baldosas de la cocina.

Es un hombre al límite y hará algo pronto. Como mínimo, divorciarse de mí, a pesar de mis amenazas de destruirlo. Creo que ya casi ni le importa, y hace tiempo que sé que mi poder sobre él se desvanece. Se sentiría aliviado si se acabase todo de una vez, o al menos por un tiempo, antes de darse cuenta de que había jodido una vida prácticamente perfecta por algo que sucedió hace mucho tiempo.

Sin embargo, seré más rápida que él. Soy más valiente. Siempre he ido un paso por delante. Me reafirmo en mi decisión. David no será feliz hasta que no se libere del pasado, y yo no seré feliz si David no lo es.

Cuando por fin salimos de la cocina, él primero, se mete en su despacho un rato para evitar la incomodidad de encaminarnos cada uno a un dormitorio distinto; después, subo las escaleras hasta nuestra enorme cama vacía y permanezco despierta unos minutos, contemplando la oscuridad y pensando en todo. Para ser más concreta, pensando en ellos, en nosotros y en él.

El amor verdadero nunca ha sido un camino de rosas.

## Louise

He pasado de sentirme como nueva a estar agotada. Apenas he dormido en dos días después de la pelea con David, que no deja de repetirse en bucle en mi cerebro, y solo he salido del piso para caminar arrastrando los pies hasta la tienda de al lado y comprar vino y comida mala, con el pelo recogido en una coleta con la que disimular mal que ni siquiera me he duchado. Sophie me envió un mensaje: «¿Cómo vas?». Lo he borrado sin responder. Ahora mismo no necesito que me restriegue por la cara su «Te lo dije».

Estuve a punto de vomitar cuando mandé el correo electrónico con mi dimisión. Lo reescribí cuatro veces entre lágrimas de autocompasión antes de pulsar el botón para enviarlo. Puse a David en copia, y ver su nombre en el correo me dio más ganas de llorar. El doctor Sykes me llamó de inmediato, muy preocupado, y eso me hizo llorar de nuevo, lo que dotaba de veracidad mi historia sobre «un asunto familiar privado».

No le conté más detalles, y él no me presionó para saberlos, aunque sí me dijo que me lo pensara durante un mes y que lo consideraríamos un descanso. Podían contratar a un trabajador temporal para cubrirme. No me opuse. Es posible que las cosas cambien en un mes, quizá David se calme o los dos se muden. En realidad no los comprendo, así que no sé lo que van a hacer. El correo que recibí de David, tan educado y cortés (con copia al doctor Sykes), parecía de un desconocido, no del hombre que había despotricado contra mí en mi sala de estar la noche antes. Yo estaba en lo cierto: no lo conozco en absoluto. Adele es la única que ha sido mi amiga. Su marido nos ha destrozado a las dos.

Sin embargo, me preocupa Adele. Casi esperaba que apareciera en mi puerta en algún momento, cosa que no ha hecho, y no me sorprende: la asusta tanto molestar a David que es probable que no corra ese riesgo. Ahora lo he visto enfadado, he sentido el espantoso odio que emana de él. Ni me imagino cómo será sufrir eso año tras año. Incluso puede que haya dicho que está enfermo para trabajar desde casa, o algo así. Cuando no estoy dedicada en cuerpo y alma a regodearme en mi tristeza, se me dispara la imaginación y lo veo como un monstruo al estilo de Hannibal Lecter. Sobre todo, necesito saber que Adele está bien. Prometí mantenerme alejada de ella, pero ¿cómo voy a hacerlo? David se



volvió muy frío al final de nuestra pelea. ¿Qué le habría hecho a la cara de su mujer al llegar a casa? Todavía puedo ver ese moratón, y a pesar de que él insistiera en que no le había pegado, ¿acaso no niegan sus acciones todos los maridos que maltratan a sus parejas?

Estoy tan cansada y sensible que cualquier tipo de pensamiento lógico ha salido volando por la ventana. Lo único que sé es que tengo que comprobar cómo se encuentra Adele y me estoy quedando sin tiempo para ello. Adam regresa pasado mañana, ¿y quién sabe de qué tiempo libre dispondré entonces? Estaré más limitada, sin duda, y no quiero arrastrar a Adam a este embrollo. Necesito cerrar esa puerta. La idea de no tener ni a David ni a Adele todavía me parece surrealista. Y de no tener trabajo. Reprimo las lágrimas; hasta yo me empiezo a cansar de ellas. «Es culpa tuya, así que aguántate», me digo una y otra vez.

Mañana. Iré a verla mañana, si puedo, pero ¿cómo hacerlo sin arriesgarnos más las dos? Me sirvo una copa de vino sin importarme que sean las dos de la tarde (son circunstancias excepcionales) y me dejo caer en el sofá. También tengo que limpiar el piso, no quiero que Ian me juzgue cuando regrese. Contemplo el desorden y mi mirada recae sobre el portátil, que está tirado en el suelo junto a la tele, donde lo dejé después de enviar el correo al doctor Sykes, y entonces se me ocurre.

El doctor Sykes me dijo que me tomara un mes. No es como si me hubieran despedido (aunque tú quisieras despedirme, muchas gracias, señor cabrón del bar), así que no habrán borrado mi inicio de sesión remoto.

Me siento con las piernas cruzadas en la alfombra y el vino al lado, y entro en el servidor de la clínica con el corazón acelerado, como si pudieran verme. Me sudan las palmas de las manos y, aunque técnicamente no esté rompiendo ninguna regla, me siento como si espicara los mensajes y los correos de un amante. Busco la agenda de David para mañana. Tiene la tarde bastante ocupada, así que no saldrá del trabajo hasta las cinco, mínimo. Aunque se vaya a casa a la hora de comer, tendrá que estar de vuelta para la una y media. Salgo y bebo vino mientras trazo mi plan.

Por la mañana volveré a comprobar su agenda y me aseguraré de que no haya cancelado ninguna cita a última hora. Después me acercaré a Carphone Warehouse, en Broadway, y compraré un móvil prepago barato. Adele necesita uno, y no sé si David se ha quedado con la porquería de móvil de su esposa. Al menos, si le doy otro para que lo esconda en alguna parte sabré que, si tiene algún problema serio, me puede llamar. Eso me ayudará a alejarme de los dos con más tranquilidad. Tengo que hacerlo. No hay alternativa.

Después de planificarlo me siento mejor, y cuando saco el vino al balcón, a la

luz del sol de la tarde, me doy cuenta de que también me siento mejor por desafiar a David. «Que te den —pienso—. ¿Quién coño te crees que eres, eh?».

Intento no pensar en lo que sentía al compartir con él mi cama y en lo mucho que echo de menos estar a su lado, aunque me odio por ello. No pienso en que siempre aparece en mis sueños controlados cuando cruzo esa primera puerta, jugando a la familia feliz conmigo. En lo que sí pienso es en lo dolida que me siento, en que es culpa suya y en que ni de coña voy a permitir que me diga lo que tengo que hacer, como si yo no fuera más que otra pobre Adele.

Mañana. Mañana lo dejaré todo atrás.

## Adele

Hasta que no llaman varias veces no me percató de que se trata del timbre de la puerta. Al principio, en mi feliz aturdimiento, se me ocurre que un pájaro exótico se ha colado en la casa, después me pregunto si acaso estoy en la casa o no, y a continuación vuelvo a oírlo. La puerta. Sin duda, el timbre de la puerta. Me irrita, y cuando me siento derecha en el sofá noto la cabeza pesada.

—¿Adele?

La voz incorpórea entra flotando en la habitación, y frunzo el ceño: ¿será ella? He estado pensando tanto en esa mujer que ya no sé si la oigo de verdad o si está dentro de mi cabeza. Me cuesta mucho concentrarme, y como siempre está tan enredada conmigo, ahora mismo, en este estado, no sé dónde acabo yo y dónde empieza ella.

—Adele, soy yo, ¡Louise! Por favor, déjame entrar. Solo será un momento. Quiero asegurarme de que estás bien.

Louise. Es ella. Mi salvadora. Sonrío, aunque es como si hiciera la típica mueca de cuando estás colocada, y seguramente la esté haciendo. Me cae un poco de baba por la barbilla y me la limpio con torpeza antes de levantarme con paso inestable. Sabía que volvería, pero no la esperaba tan pronto.

Respiro hondo para despejarme un poco la cabeza mientras decido si voy a abrir o no. Aunque quizá sea un riesgo, oculto lo necesario en la cajita de teca tallada de la mesita auxiliar. No sé dónde la compré ni por qué, pero por fin tiene un uso.

Me llama otra vez, y me veo en el espejo: estoy hecha un desastre, pálida, sudorosa y con las pupilas tan dilatadas que mis ojos parecen negros. Me tiemblan los labios. No me reconozco. Dejarla entrar o no dejarla entrar, esa es la cuestión. Sin embargo, en la zona de mi cerebro que todavía funciona bien me doy cuenta de que puedo aprovechar la situación en mi favor. En algún momento iba a tener que fingir este comportamiento, y ahora ya no. Mi plan sigue adelante. Como siempre pasa con mis planes.

Camino arrastrando los pies hasta la puerta principal y la abro; entorno los ojos para protegerme del sol. Hace una hora no habría sido capaz de moverme, pero ahora que me estoy concentrando mis extremidades hacen lo que les

orden. Me siento bastante orgullosa de mí misma, aunque Louise tiene cara de pasmo. Tardo un segundo en darme cuenta de que soy yo la que se balancea un poco, no ella, ni la acera.

—Mierda, Adele —me dice mientras entra a toda prisa y me coge con cariño del brazo—. Tienes un aspecto lamentable. —Me conduce a la cocina—. ¿Estás borracha? Deja que te prepare un café. Estaba muy preocupada por ti.

—Siento mucho lo de mi móvil —digo arrastrando las sílabas—. Mucho.

Ella me deposita en una silla, lo que agradezco, porque así no tengo que concentrarme en seguir de pie.

—No tienes por qué disculparte —responde mientras llena el hervidor y busca las tazas y el café instantáneo.

Me alegro de que haya un tarro «para emergencias» en la despensa. Puede que ahora esté medio centrada, pero no me quedan energías para explicarle cómo funciona la cafetera.

—Tienes derecho a tener amigos, Adele. Todo el mundo tiene derecho a tenerlos. —Examina la habitación en busca de restos de alcohol, sin ver nada—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? ¿Te ha hecho algo?

Niego despacio con la cabeza, para que el mundo no se me descoloque.

—Las pastillas. Quizá haya tomado más de la cuenta.

Ella se acerca al armario y, al abrirlo, me doy cuenta de que calcula si es posible golpearse en el ojo con la puerta.

—En serio, no te preocupes, estoy bien, y son con receta —mascullo.

Sin embargo, Louise no se detiene, claro que no. Sin hacer caso de la pequeña línea defensiva de ibuprofeno y antiácidos, saca las cajas de detrás y las distribuye sobre la encimera. El hervidor se apaga con un clic, pero ella no se mueve, está examinando las etiquetas. Todas llevan mi nombre impreso y las instrucciones de las dosis, tal como las recetó mi marido.

—Joder —dice al fin—. ¿Te las ha recetado David?

—Para los nervios —respondo, asintiendo.

—No son para los nervios, Adele; son unos antipsicóticos muy fuertes. Fuertes de verdad. Todos ellos, de distinta intensidad.

—No, te equivocas, son para los nervios —repito.

No responde nada, aunque sigue mirando las cajas, muchas con el blíster medio vacío porque he tirado las pastillas al fregadero. Después rebusca dentro de una caja.

—No está el prospecto. ¿Te trae David las medicinas a casa o las recoges tú misma?

—Las trae él —respondo en voz baja—. ¿Me sirves un poco de café, por favor? Estoy muy cansada.

En realidad me sorprende lo deprisa que me estoy recuperando, teniendo en cuenta que es la segunda vez que lo practico.

Al final me prepara el café y se sienta frente a mí. Ya no percibo ningún aire de despiste en la rechonchita Louise. De hecho, ya no hay nada rechoncho en Louise. Estos dos últimos días de corazón partido deben de haberla librado de los kilos que se resistían a marcharse.

—¿Cuánto hace que te obliga a tomarlas? —me pregunta.

—Un tiempo —respondo encogiéndome de hombros—. Pero siempre las va cambiando. —Me quedo mirando mi café, disfrutando del excesivo calor de la taza en mis dedos hipersensibles—. No me las tomo siempre, aunque a veces me observa.

Apoyo la cabeza en la pared que tengo detrás, cansada de sostenerla. Mientras que la mente ya empieza a recuperarse, al resto de mi cuerpo todavía le queda un rato.

—Le dije que quería recuperar el control de mi dinero —mascullo como si el dato no tuviera importancia—. Antes de mudarnos. Después de lo que sucedió en Blackheath. Pero me dijo que no, que tenía que tomarme las pastillas durante un tiempo, para calmarme, y que después lo hablaríamos. Llevaba una temporada pidiéndome que me las tomara, pero siempre le decía que no. Sin embargo, después de todo aquello, se me ocurrió probar. Por él. Por nosotros.

—¿Qué sucedió en Blackheath?

Desaparecida la autocompasión, vuelve a interesarse por nuestra historia. Hago una pequeña pausa antes de hablar.

—Creo que tenía una aventura.

Mis palabras son apenas un susurro, pero ella se echa un poco para atrás cuando las oye y se ruboriza. «Eso duele, ¿verdad? Ahora ya sabes lo que se siente».

—¿Estás segura? —pregunta.

—Creo que sí —respondo encogiéndome de hombros—. La propietaria de la pequeña cafetería de la esquina de al lado de la clínica, precisamente. Marianne, se llamaba.

Su bonito nombre todavía me amarga en la lengua.

—Vaya.

«Sí, vaya, Louise. Chúpate esa. Ya no te sientes tan especial, ¿verdad?». Me entran ganas de reír y, por un horrible instante, creo que lo haré, así que me tapo la boca y aparto la vista como si reprimiera las lágrimas.

—Se suponía que este era nuestro nuevo comienzo. Esta casa. Este trabajo. Le pedí otra vez mi dinero para poder controlarlo un poco más, y él se volvió loco. Me... Me...

Se me entrecorta el aliento, y Louise abre mucho los ojos.

—¿Te qué, Adele?

—Te conté que nuestra gata murió justo después de mudarnos, ¿verdad? — Hago una pausa—. Bueno, pues David le dio una patada. Muy fuerte. Y después, cuando el animal todavía estaba aturdido, la pisó. —Me quedo mirando la puerta de atrás y el jardín del otro lado, donde la enterré—. La mató.

Louise no comenta nada, ¿qué podría decir? Está demasiado horrorizada para hablar.

—Es lo que tiene David —sigo diciendo, cansada y todavía arrastrando un poco las sílabas—: puede ser encantador, muy gracioso y amable. Sin embargo, cuando se enfada, se convierte en una persona distinta. Últimamente parece que siempre lo enfado. No entiendo por qué no me deja si es tan infeliz. Ojalá volviera a amarme —añado, y así es. Lo deseo con todas mis fuerzas.

—Si se divorcia de ti, tendrá que devolverte todas tus posesiones —dice ella.

Se le tensa el rostro al encajar todas las piezas del cuidadoso rompecabezas que le he preparado y se pone a buscar en su bolso hasta que da con un móvil.

—Es de prepago y tiene mi número apuntado. Escóndelo en alguna parte. Si me necesitas, envía un mensaje o llama, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

—¿Me lo prometes? —insiste.

—Te lo prometo.

Le doy un trago al café, que está casi frío, todavía con manos temblorosas.

—Y deja de tomarte esas pastillas, si puedes. No son buenas para ti. No estás enferma. A saber qué coño le están haciendo a la química de tu cerebro. Ahora vete a la cama y duerme la mona antes de que él regrese a casa.

—¿Qué vas a hacer, Louise? —pregunto con un brazo sobre su hombro mientras me ayuda a subir las escaleras—. No cometes ninguna estupidez, ¿vale? No te enfrentes a David, ¿eh?

—Es poco probable, teniendo en cuenta que me ha despedido —responde ella tras dejar escapar una risa algo amarga.

—¿Que qué? —pregunto con fingida sorpresa—. Ay, Louise, es todo por mi culpa. Lo siento mucho.

—No es por tu culpa. Quítatelo de la cabeza. No has hecho nada malo.

Noto su cuerpo más fuerte, más firme y más prieto que la primera vez que la vi. Yo he creado a esta nueva Louise y siento un momento de orgullo antes de hundirme en mi cómoda cama.

—Ah, Louise —digo medio dormida, como si se me hubiera ocurrido de repente—. La maceta de la puerta principal. La de la derecha.

—¿Qué pasa con ella?

—Escondí ahí una llave de repuesto por si me quedaba fuera. Quiero que lo sepas. —Hago una pausa—. David me encerró una vez. Me asusté mucho.

—Si lo hace de nuevo, llámame enseguida —responde con una voz cercana a un gruñido, mi feroz mujer tigresa.

—No sé lo que haría sin ti —murmuro mientras me tapa con una manta y después me aparta el pelo de la cara con cariño—. En serio.

Y es verdad.

## Louise

Mi bebé ha regresado convertido en una avellanita tostada. Pero ya no es tan bebé, ha crecido. Aunque es tarde y apenas se tiene despierto, veo lo bronceado y sano que está, y estoy a punto de echarme a llorar cuando corre hasta mí y me abraza con fuerza. Lo único bueno de mi vida.

—Te he traído esto, mami —me dice mientras sostiene en alto un llavero con una conchita atrapada en resina transparente.

Es un *souvenir* barato, pero me encanta. Me encanta que lo haya elegido para mí.

—¡Oh, muchas gracias! Es precioso. Lo primero que haré mañana será meter dentro mis llaves. Ahora, ¿por qué no metes tu bolsa en el dormitorio mientras me despido de papá?

—Nos vemos pronto, soldado —le dice Ian, y cuando Adam se lleva rodando su maleta de Buzz Lightyear, me sonrío—. Tienes buen aspecto, Lou, ¿has perdido peso?

—Un poco.

Me alegra que se dé cuenta, aunque por mucho que haya adelgazado no diría que hoy tengo buen aspecto, precisamente. Una noche sin dormir dando vueltas en la cama mientras pensaba en las vidas de mierda de Adele y David, en mi propio corazón herido, en la lástima que siento por mí y en haber perdido el trabajo me ha dejado hecha polvo.

—Bueno, entonces no debería haberte traído esto —añade mientras me enseña una bolsa: dos botellas de vino tinto francés y varios quesos.

—Siempre viene bien —respondo con una sonrisa cansada al aceptar la bolsa.

No le cuento que me he quedado en paro. Eso puede esperar, y voy a tener que inventarme una mentira para explicarlo. La verdad no se la contaré de ninguna manera. No quiero que crea que estamos en paz, moralmente hablando: que primero me engañó él y que ahora yo me he acostado con un hombre casado. No pienso darle ese gusto, ni hablar. Le contaré que mi nuevo jefe venía con su propia secretaria, o algo así. Es lo que estoy aprendiendo de las aventuras: que la mentira engendra mentiras.

—Será mejor que te vayas, ¿no? —le comento—. Lisa debe de estar molida.



Son casi las doce de la noche. Se suponía que llegaban a las nueve, pero se ha retrasado su vuelo con Eurostar.

—Sí que lo está. —Durante un instante parece incómodo, y después añade—: Gracias por esto, Louise. Sé que no es fácil.

—No pasa nada, en serio —respondo, agitando una mano—. Me alegro por ti, de verdad.

No estoy segura de si es verdad o mentira, y al final decido que es mitad y mitad. Complicado. Pero sí que quiero que se vaya. Después de lo intensas que han sido las últimas semanas y los últimos días, no me queda energía para conversaciones triviales, y esta invasión del regreso a la normalidad me resulta surrealista.

Cuando se va, le pongo a Adam el pijama, lo estrujo con ganas mientras disfruto de su maravilloso olor, y él parlotea medio dormido sobre sus vacaciones, aunque casi todo me lo había contado ya por teléfono. No me importa. Podría pasarme toda la noche escuchándolo hablar. Dejo una gran taza de plástico con agua junto a la cama y charlamos un rato; cada vez está más adormilado.

—Te he echado de menos, mamá. Me alegro de estar otra vez en casa.

Entonces se me derrite el corazón. Sí que tengo una vida propia. Puede que gire en torno a este niño, pero lo quiero con todo mi corazón, y es un amor puro, limpio y perfecto.

—Yo también te he echado de menos —respondo, aunque esas palabras no se acercan ni remotamente a cómo me siento—. Mañana vamos a Highgate Woods si hace buen tiempo, ¿vale? Nos tomamos un helado y nos inventamos aventuras. ¿Te gustaría?

Él asiente y sonrío, aunque ya se empieza a sumergir en su mundo de sueños. Le doy un beso de buenas noches y me quedo contemplándolo un momento antes de apagar la luz y salir.

Estoy agotada. El regreso de Adam me ha calmado, así que ya solo me pesa este enorme cansancio. Me sirvo una copa del exquisito vino tinto que me ha traído Ian, y eso me libera de los últimos restos de la tensión hasta que no puedo dejar de bostezar. Intento que Adele y David se alejen flotando. Adele tiene un móvil; si corre peligro de verdad, puede llamar. A no ser, por supuesto, que esté demasiado colocada con el cóctel de pastillas que le haya recetado David. Sin embargo, en realidad no está en mis manos. He pensado en llamar al doctor Sykes, pero ¿a quién va a creer? Y estoy bastante segura de que Adele mentiría para proteger a David... y para protegerse ella. No entiendo por qué lo sigue queriendo (porque está claro que es así), cuando me resulta bastante obvio que solo está con ella por el dinero. ¿Cuánto valdrá Adele? ¿Cuánto se habrá gastado

David? Quizá lleven juntos tanto tiempo que Adele confunde la dependencia con el amor.

También escuece que Adele me contara que David tuvo un «asunto» con alguien de la ciudad en la que vivían antes. Como para creerse su desasosiego porque «yo no hago estas cosas». Me duele, y sigo reviviendo su terrible comportamiento aquella noche, lo frío que fue. Como un desconocido. Su otro lado, como dijo Adele.

Dejo escapar un largo suspiro, como si así pudiera expulsarlos a los dos de mi cuerpo. Adam ya está en casa. Tengo que concentrarme en él. En él y en intentar conseguir otro trabajo. Diga lo que diga el doctor Sykes, no puedo regresar a la clínica. Aunque David se vaya, ese sitio está demasiado lleno de él (demasiado lleno de todo esto) para querer seguir trabajando allí. No sería lo mismo. Realizo una búsqueda desgana por Internet, pero no hay nada que me encaje y me siento más desgraciada. Gracias a Dios que guardo algunos ahorros en el banco para darme unos cuantos meses de respiro, aunque no durará para siempre y entonces dependeré otra vez de la caridad de Ian. Quiero hacerme un ovillo hasta que pase todo. Sin embargo, me termino el vino y me voy a la cama. Adam ha regresado y ya no podré quedarme en la cama hasta tarde.

Me duermo enseguida. En los últimos días apenas he sufrido terrores nocturnos, solo paso en ellos un par de segundos, me cuento los dedos, aparece la puerta de la casita y desaparezo. Como de costumbre, al otro lado están el jardín del estanque y Adam, y aunque intentamos divertirnos, lo cierto es que hace un día gris y lluvioso, como si mi estado de ánimo tuviera algo que decir incluso en el sueño que controlo. Sé que no es más que una fantasía y que la fantasía no resulta gran cosa si estamos aquí los dos solos. Esta noche, David no prepara la barbacoa. No lo quiero en mi sueño. No mientras tenga sus palabras tan claras en la cabeza: «Si sabes lo que te conviene, aléjate de los dos».

Estoy junto al estanque, pero Adam ha dejado de interesarse por la cantidad de renacuajos y peces al ver los coches y camiones de juguete que hay tirados por todo el césped, así que apenas levanta la mirada de ellos. Sé que soy yo la que lo está poniendo ahí (si quisiera a Adam al lado del estanque, conmigo, pescando, solo tendría que desearlo), pero no se trata del Adam real, sino tan solo de una creación imaginaria, y esta noche no me basta.

El Adam de verdad está profundamente dormido en su cama, bien tapado con su edredón y abrazado a su oso Paddington. Pienso en él, tan cerca de mí, e imaginármelo en su cuarto me calienta el corazón, y deseo verlo y abrazarlo hasta que no lo deje ni respirar. Siento ese deseo con toda la ferocidad de una madre y, de repente, ahí está otra vez.

La segunda puerta.

Brilla bajo la superficie del estanque, como antes, aunque esta vez se mueve, sale del agua hasta colocarse en vertical sobre ella y, a pesar de que los bordes todavía son de reluciente plata mercúrica, la puerta en sí está hecha de agua. Permanezco inmóvil, y la puerta se me acerca a toda prisa, tanto que, por un segundo, me parece ver renacuajos y peces de colores nadando en su superficie, y de repente puedo tocar la calidez líquida y atravesarla, y me encuentro...

... de pie junto a la cama de Adam. El cambio me marea un segundo antes de que el mundo vuelva a estabilizarse. Estoy en su dormitorio. Oigo su respiración lenta y acompasada, el aliento de los que son muy viejos o están profundamente dormidos. Tiene un brazo sobre la cara, y se me ocurre movérselo, pero no quiero molestarlo. Está medio destapado porque se ha apartado a patadas el edredón, y en algún momento ha tirado el agua, que se ha derramado sobre el pobre Paddington, que está en el suelo. Me alegro de que sea un sueño, porque a Adam no le gustaría nada que el oso tuviera que secarse. Ni siquiera me permite meterlo en la lavadora. Me agacho para recoger el oso, pero mi mano no logra asirlo; lo que es más: no me veo las manos. Miro hacia el punto en que deberían estar. No tengo manos. No hay nada. Desconcertada, intento tocar al oso tres veces con mis dedos invisibles, y con cada intento tengo la sensación de atravesar el suave pelo mojado, como si yo no estuviera presente, como si fuera un fantasma, y entonces todo me resulta muy perturbador y siento un enorme tirón en la espalda, y por un breve momento estoy muerta de miedo y...

... me despierto con un jadeo y me siento de golpe en la cama mientras intento recuperar el aliento. Me he despertado de repente, como en esa especie de sueños en los que crees caer, cuando estás a punto de dormirte. Recorro a toda velocidad la habitación con la mirada para librarme de la desorientación. Me miro las manos y me cuento los dedos: diez. Lo repito dos veces hasta estar segura de que esta vez estoy despierta de verdad. Tengo los pulmones destrozados, como cuando salía por ahí y me fumaba veinte cigarrillos en el pub, aunque no estoy cansada. Si acaso, me siento repleta de energía, lo que resulta curioso dado lo machacada que estoy emocionalmente y lo cansada que me fui a la cama. Tengo sed, eso sí. Muchísima. Vino antes de dormir; es que no aprendo.

Me levanto y me arrastro hasta la cocina, donde apuro dos vasos de agua del grifo y después me refresco la cara. Mis pulmones vuelven a la normalidad, dejan de molestarme. Puede que no fuera más que un eco del sueño.

No son más que las tres de la mañana, así que me dirijo de vuelta a la cama sin saber si conseguiré dormirme y me detengo un momento junto a la puerta de Adam. Lo miro y sonrío: está en casa, sin duda. Esa parte no ha sido un sueño. Estoy a punto de cerrar la puerta cuando me llama la atención ver el oso en el suelo. Paddington. Que se ha caído de la cama. Frunzo el ceño y me acerco más.

La taza de plástico de la mesita de noche está volcada y vacía. El oso está empapado. Esta vez soy capaz de recoger a Paddington, y está hecho una sopa. Miro a Adam; el corazón empieza a latirme muy deprisa. Tiene un brazo sobre la cara y las piernas fuera del edredón, medio bajado a patadas.

Es como un *déjà vu*: todo está igual que en mi sueño, cuando atravesé la segunda puerta. Pero no puede ser. No puedo haberlo visto. Estaba en un sueño. Aunque es imposible que supiera que había derramado el agua, que el oso estaba empapado y que tenía el brazo sobre la cara. Ni me lo habría imaginado. No conozco a nadie con un sueño más profundo que Adam: apenas se mueve, sino que permanece acurrucado de lado toda la noche. De haber estado pensando en mi niño dormido, no me habría imaginado nada de esto.

No sé qué pensar. No le encuentro sentido. Y entonces lo comprendo: estaba sonámbula. Es un pequeño momento de alivio, de lógica, y me aferro a él a pesar de que no me suena a cierto. No lo he hecho desde que empecé a tener sueños lúcidos. Sin embargo, debe de haber sucedido: he visto el dormitorio, he vuelto a dormirme y me lo he llevado a mi sueño.

Cuando me doy cuenta de que no tiene sentido seguir aquí, mirándolo, regreso a la cama y me quedo un rato mirando el techo. Todo este asunto me ha inquietado, aunque no sé bien por qué. Lo de no poder tocar el oso. Mi invisibilidad. Eso nunca sucede en mis «nuevos» sueños. Puedo comer, beber, follar, lo que sea. ¿Por qué no era capaz de recoger a Paddington? ¿Por qué no tenía manos? Es muy raro, y no se parecía a los otros sueños. A pesar de la falta de cuerpo, la experiencia en sí era más sólida, más real.

Me repito una y otra vez que ha sido el sonambulismo. Quiero decir, ¿qué otra explicación puede haber?

## TERCERA PARTE

## Adele

Ahora somos dos extraños en la casa, nos evitamos con cautela y, al menos por parte de David, no nos molestamos en fingir nada. Apenas nos comportamos con educación. Él me gruñe respuestas cuando le planteo preguntas, como si hubiera involucionado a una bestia neandertal que ya no es capaz de formular frases completas, además de evitar mirarme a los ojos. Quizá no quiera que vea que se pasa borracho la mayor parte del tiempo. Creo que reserva toda su «normalidad» para el trabajo y no le queda energía para hacerlo en casa.

Parece más pequeño, como si hubiera encogido. De ser yo la psiquiatra, diría que está al borde de una crisis nerviosa. Mi amistad con Louise lo ha dejado noqueado. No, eso no es del todo cierto: la amistad de Louise conmigo lo ha dejado noqueado. Ella era su secreto especial, y ahora se le ha ido al garete. Lo han engañado.

Tras la conmoción inicial del descubrimiento, sé que me culpa.

—¿Seguro que no sabías quién era? —me preguntó anoche mientras permanecía en la puerta de nuestro dormitorio, sin querer cruzar el umbral—. ¿Cuándo la conociste?

—¿Cómo iba a saber que era tu paciente? —respondí, toda inocente, abriendo mucho los ojos.

Una paciente. Mentira suya, no mía. Puede que estuviera borracho, pero no se creyó mi respuesta. Aunque no consigue descifrar cómo me enteré de su existencia, el caso es que sabe que lo hice. De todos modos, mi comportamiento lo ha desconcertado porque no es el típico en mí. En Blackheath elegí un enfoque mucho más directo, salvo que Marianne no era nada más que una amenaza en potencia para mi matrimonio. Louise es... Bueno, Louise es la gran esperanza blanca de nuestra felicidad. Louise es maravillosa.

Por mucho que odie reconocer mis errores, debo admitir que quizá fui demasiado obvia en Blackheath. No debería haber permitido que la rabia me dominara o, al menos, no con tanto dramatismo. Sin embargo, aquello fue distinto. Y, de todos modos, forma parte del pasado, y no me preocupo del pasado salvo que pueda usarlo para algo en el presente. Quizá Blackheath resulte ser útil; en tal caso no habrá sido un error en absoluto. El pasado es tan efímero

como el futuro... Todo es perspectiva, una entelequia. No se puede ubicar, ¿verdad? Digamos que dos personas experimentan exactamente lo mismo; si les pides que después te cuenten lo sucedido, aunque quizá sus versiones sean similares, siempre habrá diferencias. La verdad varía de una persona a otra.

En fin, pobre David. El pasado lo consume. Para él es como unas botas de hormigón que lo lastran y nos ahogan. Un único momento en el pasado lo ha convertido en este hombre roto. Una sola noche lo ha conducido a la bebida, a la preocupación, a la incapacidad de permitirse amarme, a la culpa. Vivir con ello ha sido un puto cansancio, al igual que intentar arreglarlo por el bien de los dos. Intentar que entienda que no importa. Que nadie lo sabe. Que nadie lo sabrá nunca. Así que, en más de un sentido, como nadie lo sabe, en realidad nunca sucedió. Si un árbol cae en el bosque pero no hay nadie cerca para oírlo, bla, bla, bla.

Sin embargo, nuestro terrible secreto saldrá pronto a la luz y nos libraremos de él y de la culpa. David está a punto de contarlo, lo sé. Me imagino que la cárcel le parece una opción mejor que este infierno continuo. No duele tanto como debería que el hombre al que quiero tanto considere que vivir conmigo es un infierno, aunque, bueno, en los últimos tiempos tampoco ha sido un paseo por el campo para mí.

No obstante, contarlo solo será un alivio momentáneo, y eso todavía no lo ha comprendido. Contarlo no hará que consiga a Louise. Contarlo no le reportará ni confianza ni la absolución. David se merece ambas cosas. Algunos secretos hay que desenterrarlos, no solo contarlos, y nuestro pecadillo es uno de ellos.

Todo podría haber sido mucho más fácil. Podría haberlos dejado en paz hasta que, quizá, David le contara a Louise la verdad sobre nuestro matrimonio y sobre el suceso que le dio forma, y ella se lo habría creído, aunque él siempre se habría preguntado si a ella le cabría alguna duda. Nunca habría dejado de mirarla a los ojos en busca de alguna sospecha. Contarlo no asegura nada.

Todo se reduce a Louise: debe descubrir nuestro sórdido pasado por sí misma. Debe liberarnos a los dos con su plena confianza. Por eso me estoy esforzando tanto; aunque no soporte ni mirarme, lo hago todo por David.

Me preparo una tetera de menta y después, mientras reposa, saco el pequeño móvil del armario, lo enciendo y envío un mensaje a Louise, la preciosa marionetita de cuyos hilos tiro.

«Quería que supieras que todo va bien por aquí. Intento ser normal. He vaciado las cápsulas y me tomo las píldoras vacías cuando D está en casa. Las pastillas no me las trago: las oculto debajo de la lengua y las escupo. He registrado su despacho por si tiene un historial sobre mí, pero no lo encuentro :-( Me alegro de

que sepas dónde está la llave de repuesto. Me parece una locura sospechar así de D, que siempre ha cuidado de mí, pero tienes razón, no basta que lo quiera. Puede que hable con un abogado sobre el divorcio. Ah, nos imaginé a las dos en mi sueño, en el Orient Express, un viaje de chicas estupendo. ¡Deberíamos hacerlo algún día! Un beso».

Es un texto largo, pero demuestra lo mucho que la necesito y la echo de menos. No me molestó en guardar el móvil todavía porque Louise siempre contesta deprisa, y esta vez no es una excepción.

«¡Qué alegría que estés bien, y buen trabajo con las pastillas! Estaba preocupada por ti. Tuve un sueño y crucé esa segunda puerta de la que te hablé. Acabé en el dormitorio de Adam. Las cosas estaban cambiadas de sitio. Cuando desperté fui a verlo y todo estaba como en mi sueño. Raro, ¿eh? ¿De verdad nunca te sale la segunda puerta? Creo que estaba sonámbula. ¡Y sí al Orient Express!».

Le contesto que sí que es raro y que no, no había visto nunca una segunda puerta, y que supongo que su cerebro funciona de un modo distinto al mío, aunque me tiemblan las manos de júbilo mientras lo escribo. Apenas puedo permanecer sentada por culpa del subidón de adrenalina: ¡ya lo está haciendo! Todavía no ha descubierto qué está haciendo en realidad, pero va muy deprisa. Más que yo. Tiene un don. Debo prepararlo todo antes de lo esperado, porque ya no depende del todo de mí.

«Buscaré de nuevo mi historial en su despacho. ¿Dónde estará? En fin, tengo que irme. Cuídate. Un beso».

No me puedo entretener más tiempo con ella, estoy demasiado emocionada. Sin embargo, le he dado un empujoncito en el último mensaje. Otra semilla plantada para disparar sus sinapsis, a pesar de que la respuesta es tan obvia que tendría que ser una retrasada para no dar con la solución. ¿Qué pensará de mis capacidades intelectuales? Pobre Adele, tan dulce y amable, y a la vez tan simple y estúpida. Eso es lo que debe de pasarle por la cabeza.

Si ella supiera...



## Louise

Hemos pasado un día estupendo en el bosque, después en el parque infantil y comiendo tarde en la cafetería, y tanto Adam como yo estamos resplandecientes gracias al aire fresco y partiéndonos de risa cuando volvemos al piso. Me alegro de que Adele me escribiera esta mañana para informarme de que, al menos, la situación no había empeorado, y gracias a Dios que está intentando no tomarse las medicinas. A saber qué mierda le harán a una mente sana.

Unas cuantas horas sin preocupaciones han obrado milagros conmigo, y sigo sonriendo mientras busco las llaves en mi bolso. Quizá no haya sido como ir a Francia, comer caracoles y nadar en la piscina, pero todavía sé cómo hacer reír a mi enano. Hemos jugado a *Doctor Who* entre los árboles. Adam era el Doctor, claro, y yo, su fiel compañera. Al parecer, los árboles eran una raza alienígena y, en un primer momento, querían matarnos, pero más adelante (seguro que para Adam tenía sentido) los salvamos, se restauró la paz, y nos subimos a la Tardis, listos para la siguiente aventura. Tras una parada para reponer combustible en forma de helado, por supuesto. Adam estaba convencido de que helado era lo que comían el Doctor Who y su acompañante cuando viajaban, y yo no se lo discutí. Mi dieta se ha ido a la porra, aunque he perdido más kilos de los previstos con el estrés de todo lo que ha sucedido mientras mi niño estaba fuera. Y, Dios, qué bueno estaba. Mi vida real es buena.

—¿Dónde está el llavero? —me pregunta Adam, algo irritado—. Me dijiste que lo ibas a usar hoy.

—Qué tonta es mamá, se me había olvidado —respondo.

Sigue en la mesita de centro, donde lo dejé anoche. Después de la distracción del extraño sueño, se me había ido de la cabeza.

—Lo haré en cuanto entremos —le prometo mientras sonrío y le alboroto el pelo, aunque me enfado conmigo misma.

¿Cómo he podido olvidarlo? Es su regalo; el regalo de la única persona que me quiere incondicionalmente, y va y se me olvida.

Cuando se acomoda frente a unos videojuegos en el antiguo iPad de su padre, con dibujos animados de fondo en la tele, empiezo a pasar las llaves y me doy cuenta de que todavía tengo las de la clínica. El corazón se me acelera. Si David

guarda algún historial de Adele, no lo hará en casa, sino en el trabajo, donde ella no lo encuentre sin querer.

«Pero donde yo sí puedo. Si me atrevo».

Me quedo mirando las llaves. Podría entrar sin que nadie se enterara, conozco el código de la alarma. Esta misma noche. Me revuelve un poco el estómago lo que me estoy planteando, aunque también noto un subidón de adrenalina. Tengo que saberlo. Adele tiene que saberlo. Y se lo debo después de todo lo que he hecho, aunque ella, por suerte, no sepa la mierda de amiga que soy.

Adam está absorto en la película, medio adormilado, todavía cansado después de las vacaciones y el día en el bosque, así que salgo a hurtadillas y llamo a la puerta de Laura, la vecina.

—Hola, Louise —me saluda, sonriente, y me llega el sonido de su enorme televisor desde la sala—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres pasar?

Me gusta Laura, aunque últimamente no la vea mucho, y por un momento me avergüenzo al pensar que quizá nos oyera discutir a David y a mí la otra noche.

—No puedo quedarme, he dejado solo a Adam. Me preguntaba... Ya sé que no te he avisado con antelación, pero ¿podrías cuidar de él esta noche? Lo siento mucho, ha sido algo de última hora.

—¿Una cita? —pregunta, sonriendo.

Asiento como una estúpida. Ahora tendré que arreglarme para salir, aunque solo vaya a cometer allanamiento de morada en mi antiguo trabajo. Al pensar en ello, en la realidad de lo que pretendo hacer, de repente deseo que me responda que no.

—Por supuesto que sí —contesta, y yo maldigo mi impulsividad—. Jamás me interpondría en el camino del amor verdadero en potencia o de un buen polvo. ¿A qué hora?

—¿Sobre las ocho? —Me va a sobrar tiempo, pero más tarde sonaría raro—. ¿Te va bien? Adam estará en la cama, y ya sabes cómo es, seguro que no se despierta.

—No hay problema, en serio. No tenía ningún plan.

—Gracias, Laura. Eres un sol.

Pues decidido: voy a hacerlo.

Mi tensión aumenta a medida que la tarde se estira hasta convertirse en noche y la cabeza se me llena de preocupaciones. La principal es que hayan cambiado el código de la alarma, aunque no lo creo. No lo han cambiado desde que empecé a trabajar allí, y otros miembros del personal han ido y venido desde entonces. Además, por lo que al doctor Sykes respecta, todavía es posible que recupere mi trabajo. ¿Por qué iba a molestarle que siguiera teniendo acceso? Aun así, cuando ya son las ocho y cuarto, Laura está en mi piso y yo salgo, sigo

titubeando sobre si llevar el plan a cabo o no. Si alguien lo averiguara, me metería en un lío importante. Pienso en las pastillas y en el estado en que se encontraba Adele cuando estuve en su casa; el lío en el que estará metida ella si no lo hago será mucho peor.

No puedo ir directamente a la clínica porque es demasiado temprano, así que me meto en un restaurante italiano de Broadway, me resguardo en una esquina y pido una cena que en realidad no quiero comerme. Tengo un nudo en el estómago por culpa de la ansiedad, pero me obligo a tragar la mitad del *risotto*. Lo que sí hago, no obstante, es beberme una enorme copa de vino tinto para tranquilizarme. Me lo bebo casi sin respirar y no me noto ni achispada.

Para las diez ya llevo aquí todo lo que resulta aceptable, así que dedico una hora a pasear por la ciudad sin dejar de darle caladas a mi cigarrillo electrónico hasta que tengo secas tanto la boca como la garganta. Intento concentrarme. Pienso en Adele. Sé que debo hacer esto, que es importante, y tampoco es que esté cometiendo un allanamiento, técnicamente hablando: tengo las llaves. Si aparece alguien («ay, joder, por Dios, que no aparezca nadie») puedo explicar que he venido a recoger algo que me había dejado en mi escritorio. «Sí, claro, Louise, porque las once y pico de la noche es la hora a la que la gente inocente hace estas cosas en un local comercial».

La oscuridad de la calle me oprime cuando me doy la vuelta, y mis pasos son los únicos que perturban la paz de la acera desierta. La mayoría de los edificios de la zona son despachos de abogados o contables, y aunque algunas de las plantas superiores son pisos, apenas se ven luces a través de las pesadas cortinas de lujo y las persianas de diseño. Debería alegrarme de que no me vean, aunque se me eriza el vello de la nuca como si algo me observara entre las sombras. Vuelvo la vista atrás, convencida por un momento de que alguien me sigue, pero la calle está despejada.

Con una mano temblorosa saco las llaves del bolso. «Dentro y fuera, muy fácil. Finge ser James Bond». No me siento precisamente como James Bond cuando se me resbalan las llaves, que caen con estrépito sobre el escalón superior. Por suerte, solo tardo un instante en abrir la puerta y entrar. Enciendo la luz con el corazón en un puño y corro al cajetín de la alarma, que ya ha iniciado sus treinta segundos de pitidos antes de que se arme bien gorda.

A pesar de haberlo hecho cientos de veces, ahora, con el rostro ardiendo, estoy segura de que introduciré el código equivocado. Sin embargo, mis dedos se mueven por puro hábito y vuelan sobre el teclado hasta que, gracias al cielo, cesan los pitidos. Me quedo donde estoy, en este vacío tan extraño y lúgubre, respiro hondo y obligo a mi corazón a frenar. Estoy dentro. Estoy a salvo.

Me dirijo al despacho de David y procuro dejar encendidas por el camino

todas las luces que encuentro. Ya he estado antes aquí sola, y también a oscuras, cuando llegaba temprano en las mañanas de invierno, pero el edificio parece distinto esta noche, hostil, como si lo hubiese despertado y supiera que soy una intrusa.

Los médicos no suelen cerrar con llave sus despachos porque los de la limpieza tienen que entrar, y en la clínica se respira un aire de autocomplacencia de clase media, de confianza de la vieja escuela. Además, desde un punto de vista más práctico, tampoco es que tengan los armarios llenos de morfina que se pueda robar, y en cuanto a información, la mayoría de los historiales de los pacientes están protegidos con contraseña en un sistema informático al que solo tienen acceso los médicos. Sin embargo, si David guarda aquí el historial de Adele, no estará en el sistema, ya que no quiere que los demás socios lo vean, aunque ni siquiera tuvieran acceso a él. Se plantearían preguntas; dudas éticas, como mínimo.

Efectivamente, su puerta está abierta, así que enciendo la lámpara del escritorio y empiezo a registrar el viejo archivador de la esquina, pero está lleno de folletos de empresas farmacéuticas y guías de autoayuda para los pacientes. Casi toda esta mierda la habrá heredado del doctor Cadigan; es todo muy árido y soso. Lo saco y lo repaso, aunque no encuentro nada oculto al fondo de ninguno de los cajones.

Cuando por fin lo guardo, espero que en el orden correcto, ya llevo aquí veinte minutos. Sin embargo, la decepción me reafirma en mi empeño de seguir buscando. No conseguiré reunir de nuevo las agallas para repetir esto, pero sí que necesito volver a casa a la una, como muy tarde, para que Laura no me haga demasiadas preguntas. Miro a mi alrededor. ¿Dónde estará? Al menos debe de tener algunas notas: le está recetando medicamentos, así que necesita algo con lo que cubrirse.

Su escritorio es el único sitio que me queda por registrar en este cuarto tan vacío, y me abalanzo sobre él como una loca. El cajón de arriba está lleno de cuadernos, bolígrafos y papel de carta (me sorprende el desorden, teniendo en cuenta lo ordenada que está su casa); después pruebo con el de abajo, que es más grande: cerrado. Pruebo otra vez; no cede. Un botón cerrado con llave. Secretos.

Busco la llave en el cajón de arriba, pero no está. Debe de llevarla encima. Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda. ¿Qué hago? Me quedo mirándolo un momento, hasta que mi curiosidad puede conmigo: tengo que abrirlo. A la mierda las consecuencias. Quizá se entere de que alguien lo ha forzado, aunque no sabrá con certeza que he sido yo. Cojo un cuchillo de la cocina y lo meto en la rendija del borde del cajón para intentar hacer palanca. Al principio creo que no funcionará; entonces mascullo un «venga, cabrón», empujo con ganas, y la

madera se astilla. El cajón se abre un par de centímetros. Lo he conseguido.

Lo primero que veo son las botellas de brandy: dos, una de ellas medio vacía. Debería asombrarme o como mínimo sorprenderme, pero no. Puede que el problema de David con la bebida sea el peor guardado de sus secretos, al menos para Adele y para mí. También hay muchos paquetes de pastillas de menta extrafuertes. ¿Cuánto beberá durante el día? Casi me lo imagino dando un traguito de vez en cuando, no mucho, lo justo. ¿Por qué bebe? ¿Culpabilidad? ¿Desdicha? «¿Qué más da? —decido—. No estoy aquí por él».

Aunque siento la tentación de vaciar las botellas en el fregadero, no lo hago, sino que las saco y rebusco debajo. Estoy de rodillas, sudando debajo del maquillaje que me he puesto por Laura mientras manoseo sobres y carpetas con recibos y copias de artículos médicos que ha escrito.

Al final, al fondo, veo un gran sobre marrón. Dentro hay una carpeta beis tamaño A4. Ya ha perdido la firmeza de los papeles nuevos; ahora es suave al tacto y las hojas que guarda dentro se sujetan con gomillas, una recopilación aleatoria de páginas con notas, no un historial médico en condiciones. Esto era lo que buscaba. Su nombre está aquí, justo delante, escrito con rotulador negro de punta gruesa: «Adele Rutherford-Campbell/Martin».

Me siento en su silla y acaricio la superficie un momento antes de leer la primera hoja. No se trata de un archivo médico convencional, eso está claro, sino más bien de un conjunto de notas sueltas. Garabatos con su mala letra de médico en distintos tipos de papel, al parecer lo que tenía a mano en cada momento. Creía que lo que encontrara se remontaría más o menos a un año atrás, cuando empezó a tramar su plan, quizá cuando conoció a Marianne en la cafetería de Blackheath, idea que todavía me hiere en mi amor propio. Sin embargo, la primera entrada es de hace seis años y habla de acontecimientos de hace una década. La falta de detalles me exaspera.

Acerco más la silla al escritorio para colocar el historial justo debajo de la tenue luz amarilla de la lamparita mientras intento descifrar los garabatos.

«Una crisis leve tres meses después de salir de Westlands, durante la cual tuvo un aborto».

¿Qué era lo que había comentado Adele? Que al inicio de su matrimonio él quería niños y ella no. ¿Cómo le sentaría a David que decidiera abortar? Tuvo que dolerle. ¿Sería el comienzo del rencor? Paso las hojas.

«Sospechas de paranoia y celos extremos. Sabe cosas que no debería saber. ¿Me está espiando? ¿Cómo?».

«¿Quién suena paranoico ahora, David?», me dan ganas de escribir bajo sus notas.

«Adele afirma que el incidente en la floristería con Julia no fue culpa suya, pero ¿demasiadas similitudes con el pasado? No tomo ninguna medida, no tengo pruebas. Julia está preocupada/asustada. Se acabó la amistad. Se acabó el trabajo. Adele ha aceptado no volver a trabajar. ¿Lo ha hecho para quedarse en casa?».

El trabajo que Adele mencionó haber tenido debe de ser este. Pero ¿qué sucedió? Pienso en las llamadas telefónicas diarias. ¿Acaso saboté David su trabajo para asegurarse de que se quedara en casa? Pero ¿de qué incidente se trataría? ¿Qué ocurrió en realidad? Este archivo no serviría para internarla en un psiquiátrico, ya que no hay ni detalles ni evaluaciones oficiales ni sesiones grabadas. Quizá confíe en que baste con su reputación y pretenda un ataque más sutil en vez de ir a lo grande, para que parezca que lo hace a regañadientes. Examino las entradas más recientes y me fijo en unas frases que me dejan helada.

«Brote psicótico. Tendencias sociópatas».

Veo dónde anota las recetas, pero es todo muy vago. Solo alude a ello de pasada. No son más que apuntes para un historial privado, aunque me da la impresión de que habla de una desconocida, no de Adele.

«Marianne no presentará cargos. No tiene pruebas. Adele ha aceptado que nos mudemos. De nuevo».

Marianne fue el nombre que me dio Adele, la mujer de Blackheath. ¿Qué sucedió allí en realidad? Resulta obvio que Adele descubrió que se veía con ella, ¿y se enfrentó a Marianne? Siento arcadas al imaginarme en esa situación. Podría haber sido yo perfectamente. Odio la idea de que Adele descubra algún día lo que hice, y no porque crea que está loca, al margen de lo que David pretenda que piensen los demás, sino porque es mi amiga. Odiaría que supiera hasta qué punto la he traicionado.

Vuelvo a mirar la nota, el «de nuevo» después de «nos mudemos». ¿Cuántas veces habrán cambiado de casa? Adele no me lo ha dicho, y aquí no encuentro pruebas. Quizá cuando David por fin le enseñe toda esta mierda a alguien (puede que al doctor Sykes) quiera que parezca que la protegía, pero que ya no es capaz de seguir haciéndolo. Examino las páginas más recientes, que tienen una letra

indescifrable. Consigo entender un par de palabras que casi me paran el corazón: «padres» y «propiedad». Así que me dejo los ojos intentando averiguar qué más pone en el párrafo de frases rotas que las rodean, sin éxito. Estoy bastante segura de que lo escribió borracho. Es como si estuviera mirando en el interior de la mente de un loco, en vez de leyendo el historial de uno.

Las últimas dos páginas están casi vacías, aunque lo que hay escrito en ellas me deja paralizada.

«Un ataque de ira sin explicación después de la mudanza. Le da una patada a la gata. La pisa. La mata. Demasiadas coincidencias».

Y después, un poco más adelante, en la misma página...

«¿Ha sido una amenaza? ¿Intentaba dejar algo claro? Le he cambiado la medicación. ¿¿Cuántos accidentes pueden producirse?? ¿De verdad habrán sido accidentes?».

En la última hoja solo hay una línea; me quedo un buen rato mirándola.

«Louise. ¿Qué hacer con ella?».

## Entonces

Antes de la llegada de David se ha pasado dos días sola en casa y se ha sorprendido de lo tranquila que estaba. La soledad le ha resultado extraña después de la compañía constante de Westlands, pero también le ha calmado el alma. Incluso de noche, cuando con el silencio del campo no sería raro pensar que era la última persona sobre la faz de la tierra, se ha sentido en paz. Aunque tampoco es que tema quedarse aislada de la gente y de otros lugares. En absoluto. No con lo que es capaz de hacer.

Sin embargo, cree que quizá tuvieran todos razón, en cierto sentido: los jóvenes se curan deprisa. Y Fairdale House ahora le parece un facsímil de su hogar, porque está igual pero distinto sin sus padres allí. Incluso ha conseguido reunir las fuerzas suficientes para echar un vistazo a los restos carbonizados de sus habitaciones y sacar algunos detalles: el joyero con filigranas de su madre, los candelabros de plata que habían pertenecido a su abuela y otros chismes con valor sentimental. Algunas fotos que estaban en una caja del cajón del fondo de su dormitorio y que, no se sabía cómo, habían sobrevivido al incendio. Todas se habían tomado con la cara cámara de su padre, que las había revelado en su cuarto oscuro. Era una de las muchas aficiones a las que prefería dedicar su tiempo, en vez de a ser padre. Hay una fotografía de ella con unos quince años. Otra de David y ella sentados en la mesa de la cocina, de no hace mucho. Habían pasado una noche estupenda porque sus padres, algo bebidos, no lo habían menospreciado tanto como en otras ocasiones, un momento excepcional del que disfrutaron todos juntos. Mete la primera foto en una de las cajas, pero se guarda la otra.

Se la da a David cuando pasean por la propiedad; el aire es fresco y húmedo, aunque también tonificante.

—He encontrado esto —le dice, colgada de su brazo.

David no ha abierto la boca desde que llegó, y su reencuentro fue casi incómodo. Se abalanzaron uno sobre otro y se besaron, ambos encantados de volver a verse, pero el mes separados y el incendio todavía pesaban sobre ellos, y tras una hora de conversación educada y poco natural sobre Westlands y sobre si Adele tenía todo lo que necesitaba (aunque estaba claro que sí y, de todos



modos, por ser David como era, le había llevado un cargamento de comida), la chica sugirió dar un paseo.

Había sido buena idea. David se relajaba con cada paso, y ella se enfadó consigo misma por no caer en la posibilidad de que volver a la casa también le afectaría a él. Había estado allí aquella noche. Tenía las cicatrices, todavía sin curar del todo, que lo demostraban. Y, a diferencia de ella, él recordaba el incendio. Se apoya en su brazo mientras dejan atrás el camino y se adentran en el bosque. Ha llovido, así que el suelo está embarrado y cubierto de musgo y hojas, aunque hay algo maravilloso en este olor a tierra.

—Me la llevaré a la facultad y la enmarcaré —dice David—. Fue un día estupendo.

—Y vamos a tener un montón más como ese —le responde ella, sonriendo—. Toda una vida. Cuando nos casemos. ¿Por qué no lo hacemos en Navidad? Tú estarás de vacaciones, y yo tendré dieciocho años y nadie podrá ponernos pegas. —Hace una pausa—. Aunque tampoco queda ya nadie que nos las ponga.

Él le aprieta el brazo; nunca le salen las palabras cuando toca hablar de temas profundos, pero a ella no le importa.

—Estaba pensando que podría dejar las clases una temporada. Para cuidar de ti. Ya sabes, mientras tengas que quedarte aquí.

Adele se ríe, y todavía le resulta raro ser capaz de hacerlo; de repente, echa de menos a Rob. Quiere a David con toda su alma, pero Rob es quien le devolvió la risa.

—Eso invalidaría un poco la idea de que pase un tiempo sola, ¿no? Y, además, no puedes hacerlo. Es lo que siempre has soñado, y estoy muy orgullosa de ti. Voy a ser la mujer de un médico.

—Si apruebo todos los exámenes.

—Claro que los aprobarás. Porque eres brillante.

Y lo es; nunca ha conocido a nadie tan inteligente y tan modesto.

Se detienen para besarse unos minutos, y Adele disfruta de su abrazo, se siente segura y cómoda, y cree que quizá en sus corazones se estén afianzando los cimientos de su futuro.

Tras caminar otro rato, se da cuenta de que han llegado al antiguo pozo, que apenas puede verse entre los tonos verdes y marrones del bosque. Los viejos ladrillos están cubiertos de musgo, es una reliquia de tiempos remotos. Algo olvidado.

Adele se apoya en el borde y se asoma a la oscuridad, un agujero seco y vacío.

—Me imaginaba este pozo cuando estaba en Westlands. Me imaginaba derramando en él todas las lágrimas de mi tristeza y sellándolo después.

Se aproxima bastante a la verdad, aunque *imaginaba* no sea la palabra

correcta; es lo máximo que puede contarle a David.

Él la abraza por detrás, rodeándole la cintura.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—Ya me ayudas.

Y es cierto. Quizá no tenga la naturaleza salvaje de Rob, que la hace sentir joven y libre, pero es fiable. Y eso es lo que necesita de verdad. Aunque eche de menos a su amigo, es a David a quien quiere. Su roca. Todavía lleva su reloj colgado de la muñeca; lo sostiene en alto.

—¿Puedes ponértelo ya?

—Puedo, pero quédatelo. Saber que lo llevas puesto me ayuda a sentirme a tu lado.

—Siempre estás a mi lado, David Martin. Siempre. Te quiero.

Se alegra de quedarse con el reloj. Sabe que la visitará los fines de semana siempre que pueda, pero el reloj es como él: fiable. Fuerte. Le gusta sentir su peso. Necesita un ancla. Puede que algún día le cuente por qué, que le explique lo que ocurrió la noche del incendio. Puede. Puede que se decida cuando sean viejos y grises, y él haya aprendido a ver más misterio en el mundo.

El aire de la tarde se ha vuelto un poco frío y, de repente, una ligera llovizna repiquetea sobre las hojas que los cubren. Gotas que caen con delicadeza, no con la fuerza de un chaparrón. Aun así regresan, preparan un pícnic con todo tipo de comida y se beben la botella de vino que le ha llevado David antes de revolcarse en la cama de uno de los dormitorios de invitados. Todavía no está preparada para su dormitorio. Pertenece al pasado. Hay muchas cosas que pertenecen al pasado.

—Deberíamos vender este sitio —dice después de hacer el amor, cuando están tumbados a oscuras, medio dormidos. Sus dedos acarician con cariño la suavidad recién adquirida de las cicatrices que recorren el brazo del chico. Se pregunta si todavía le dolerán mucho, porque David no se lo cuenta—. Cuando nos casemos.

—Nuevos comienzos —contesta él.

Le ocurre como a ella, tampoco quiere quedarse aquí; además, ¿para qué necesitan una casa tan enorme? Su padre solo la usaba para satisfacer su ego.

—Nuevos comienzos —repite ella antes de que ambos se duerman.

Esta noche no buscará rápidamente la segunda puerta. No está lista para eso. Solo la primera puerta, para variar. Pretende soñar con su futuro juntos, con lo perfecto que será.

## Louise

—Como no hacías caso de mis mensajes, he decidido pasarme por tu despacho para sorprenderte a la hora de la comida —dice Sophie, que entra alegremente en el piso con la pequeña Ella detrás—. Pero la sorpresa me la he llevado yo cuando Sue me ha dicho que habías dimitido. ¿Qué coño está pasando?

No necesito esto ahora mismo, en absoluto. Apenas he dormido después de la aventura de anoche y tengo los nervios a flor de piel. Esta mañana le envié un mensaje a Adele para decirle que tenía que verla, pero no me ha respondido, y estoy histérica porque temo que David haya encontrado el móvil. Si no lo ha encontrado y David está en el trabajo, ¿por qué no me contesta?

Sophie se quita la chaqueta y la lanza al sofá.

—Dime que no has dimitido por él. Dime que seguiste mi consejo y rompiste con los dos. Por favor.

—¡Tía Sophie! —grita Adam, que sale corriendo de su dormitorio y se abraza a sus piernas—. ¡Ella!

Ella es una niña extravagante y etérea que jamás repite ni una sola palabra del vulgar vocabulario de sus padres, mientras que Adam, por mucho que intento no soltar ninguna palabrota cuando está cerca, al final consigue aprendérsela de todos modos. Si un niño de seis años es capaz de enamorarse, estoy convencida de que Adam está colado sin remedio por Ella.

—¡He pasado un mes en Francia! ¡Y voy a tener un hermano o una hermana! ¡Lisa está haciendo un bebé!

Es la primera vez que menciona el embarazo delante de mí (ni siquiera estaba segura de que lo supiera), pero su precaución de no hablar del tema por si molesta a mamá ha saltado por los aires con tanta emoción.

—¿Ian va a tener otro bebé? No me lo habías contado —dice Sophie, que suena un poco dolida.

Me encojo de hombros.

—Estabas demasiado ocupada dándome lecciones.

La mención del inminente bebé sigue siendo una espina en mi costado, pero no quiero que se dé cuenta. Acompañamos a los críos al dormitorio de Adam para que jueguen, ambos aferrados a las bolsas de chucherías que ha traído

Sophie, y nosotras salimos al balcón con el vino.

Enciende un cigarrillo y me lo ofrece.

—Me he quitado, más o menos —respondo al rechazarlo mientras le enseño mi versión electrónica.

—Vaya, bien hecho. Siempre estoy dándole vueltas a comprar uno de esos para Jay y para mí. Puede que algún día. Bueno —añade, mirándome con el vino en una mano y el cigarrillo en la otra—, háblame. ¿Qué ha pasado? Estás más delgada. ¿Es por el estrés o adrede?

—Las dos cosas —respondo, y después, a pesar de mí misma, se lo cuento.

Estoy muerta de ansiedad por todo lo sucedido, así que soltarlo es un alivio. Me deja hablar y hablar, sin apenas interrumpirme, aunque sé que he cometido un error en cuanto veo que se le ensombrece el rostro y que las arrugas que tanto procura ocultar con su flequillo se le acentúan en la frente. Me mira como si no se creyera lo que está oyendo.

—Bueno, con razón has perdido el trabajo —comenta cuando por fin termino—. ¿Cómo esperabas que reaccionara? Te hiciste amiga de su mujer y no se lo contaste. —Está frustrada conmigo—. ¿A quién se le ocurre? Ya te dije por teléfono que no podías seguir así.

—No pensaba hacerlo, sucedió sin más.

—¿El qué? ¿Dejarlo entrar aquí y que te follara una y otra vez cuando ya eras amiga de su esposa sucedió sin más? ¿Esa locura de entrar en su despacho sin permiso sucedió sin más?

—¡Pues claro que eso no sucedió sin más! —exclamo.

Habla conmigo como si yo fuera una adolescente. Dado su historial, me esperaba un poco más de comprensión.

—Pero, bueno, ese no es el tema. Estoy preocupada por Adele. ¿Y si intenta librarse de ella? Su matrimonio es muy raro, y eso de las pastillas y controlarle el dinero...

—No tienes ni idea de cómo es su matrimonio —me corta—. No estás allí dentro. Jay también se encarga de nuestro dinero, y estoy bastante segura de que no tiene ningún vil motivo oculto.

—Tú no vales una fortuna —mascullo mientras me muerdo la lengua para no recordarle que todo su dinero es de Jay porque tampoco es que ella gane gran cosa—. Esto es distinto.

Ella le da una buena calada al cigarrillo, pensativa.

—Te has estado tirando a ese tío, y hacía siglos que no te tirabas a nadie, así que debe de haberte gustado de verdad. ¿Cómo es que te has puesto de parte de su mujer? ¿Seguro que no te sientes culpable e intentas redimirte de algún modo?

Me conoce bien, no se puede negar.

—Quizá sea eso, en parte, pero hay muchas pruebas, Sophie. Y si la conocieras pensarías lo mismo. Él tiene muchos cambios de humor. A veces da miedo de verdad. Y a ella la veo muy nerviosa. Y es tan dulce y frágil...

—¿Frágil? —Arquea una de sus perfectas cejas—. ¿O loca?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no dejas de parlotear sobre las pastillas y tal, y lo ves como algo siniestro que le está haciendo su marido... Pero ¿y si es verdad que le falta un tornillo? ¿Se te ha ocurrido pensarlo?

—Son pastillas muy fuertes.

—Puede que le falte más de un tornillo —responde ella, encogiéndose de hombros.

Niego con la cabeza, obcecada.

—Si estuviera loca me habría dado cuenta. Se le notaría. Hemos pasado mucho tiempo juntas.

—Sí, porque la locura siempre se nota. Díselo a la gente que conocía a Ted Bundy o a cualquier otro asesino en serie. Lo único que te estoy diciendo es que quizá estés dándole demasiadas vueltas. Que estás viendo algo que quizá no exista.

—Puede.

No me lo creo ni por un momento, pero no tiene sentido seguir hablándolo con ella. Aunque soy consciente de que le doy demasiadas vueltas a las cosas, en este caso no es así. Ojalá no hubiera venido. Cuando la miro, me parece que ella desearía lo mismo. Le doy un poco de lástima, lo percibo, como si estuviera triste porque ni siquiera soy capaz de divertirme como es debido con una aventura amorosa.

—Puede que todo sea por Ian, en realidad —dice con precaución—. Ya sabes, por lo del bebé. Imagino que no te resultará fácil.

—¿Crees que me invento los problemas del matrimonio de David y Adele porque mi ex ha dejado preñada a su novia Barbie? —le suelto.

Realmente, más que decírselo, se lo gruño. «Vete a la mierda —pienso con un arrebato de furia—. Vete a la mierda con tus aventuras vacías, porque no voy a abandonar a Adele. Ni de coña».

—¿Crees que me he inventado el archivo que encontré? ¿Las pastillas?

Nos miramos sin hablar un buen rato.

—No, claro que no —responde al fin—. Me preocupo por ti, nada más. De todos modos —concluye mientras finge mirar la hora en su reloj—, tengo que irme. Mi madre viene esta noche para ayudarme a expiar mis pecados y tengo que decidir qué coño preparar de cena.

Todavía queda media botella de vino a nuestros pies, y estoy bastante segura de que miente. No sé cómo me hace sentir eso. Sola. Sin amigos. Vacía. Enfadada con ella.

—Te quiero, Lou —dice cuando Ella ya está preparada y se encuentran en la puerta—, pero no te metas en sus asuntos. Entrometerse en un matrimonio nunca depara nada bueno. Te has pasado de todas las rayas, lo sabes. Da un paso atrás. Déjalos en paz. Sigue adelante con tu vida.

—Me lo pensaré. En serio. Lo prometo.

—Bien —responde, y me ofrece una media sonrisa.

Es como si la oyera contárselo todo a Jay: «¡Dios mío, adivina qué ha hecho Louise! ¡Es una locura! ¡Pobre imbécil!».

Le devuelvo la sonrisa mientras se va con Ella, aunque con los dientes apretados.

Me guardo el resto de la botella de vino para cuando Adam esté en la cama, a pesar de seguir resentida por cómo se ha burlado Sophie de mis preocupaciones sobre Adele y David. Debería haberme quedado calladita. La historia de mi vida: siempre largando información que debería guardarme para mí. Ni siquiera me ha enviado un mensaje después de irse, aunque solo fuera para bromear sobre el tema, a modo de disculpa, como suele hacer. Sophie odia las confrontaciones y, aunque técnicamente no hemos discutido, no se puede negar que una densa nube de desacuerdo y condena flotaba sobre nuestra conversación. Se formó una opinión en cuanto supo que no había seguido su consejo de cortar con los dos. El resto no había sido más que ruido blanco dentro de su cabeza. Pues vaya mente abierta de porrera la suya.

Cuando suena el timbre a las siete, ya me he servido la última copa de Sauvignon Blanc en un fallido intento de alegrarme, y estoy a punto de derramarlo al abrir la puerta. No sé a quién esperaba, puede que a Laura, o incluso a Sophie, que vuelve para hacer las paces.

Pero no. Es él. David.

Las largas noches de verano empiezan a languidecer, y el cielo se ha vuelto gris. Es como una metáfora de todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Se me sube toda la sangre al rostro, y sé que se me ha ruborizado hasta el pecho. Me mareo. Tengo miedo. Siento un montón de cosas que no consigo descifrar. Me pitan los oídos.

—No quiero entrar —dice.

Está hecho un desastre, con la camisa mal remetida en los pantalones y los hombros hundidos. Me siento como un vampiro: mientras yo ganaba fuerzas gracias a dormir mejor, ellos las perdían.

—No pensaba invitarte —respondo, y cierro un poco la puerta detrás de mí por si se levanta Adam. Además, me siento más segura fuera.

—Las llaves de la consulta. Devuélvemelas.

—¿Qué? —pregunto, aunque lo he oído con toda claridad, y la culpa me ha secado de golpe la boca.

—Sé que fuiste tú, Louise. No le he contado a nadie lo que hiciste. Solo quiero que me devuelvas las llaves. Me parece justo, ¿no?

—No sé de qué me hablas —afirmo, dispuesta a seguir en mis trece mientras se me revuelve el estómago.

—Se te da muy mal mentir. —Clava la vista en el suelo como si no soportara mirarme—. Dame las llaves.

—De todos modos, ya no las necesito.

Mantengo la cabeza alta, desafiante, aunque me tiemblan las manos cuando las saco del llavero y se las doy. Sus dedos rozan los míos al cogerlas, y mi cuerpo me traiciona con un urgente deseo. ¿Lo sentirá también él? Qué forma de comerse la cabeza. ¿Cómo puedo seguir sintiéndome así a pesar de que este hombre, en parte, me aterrera?

—Aléjate, Louise. Te lo dije en serio.

—Y yo te he dicho que no sé de qué me hablas. Y me he alejado, ya he tenido de sobra con vosotros dos.

Lo afirmo en tono feroz, pero no son más que mentiras, mentiras y más mentiras. Él lo ve perfectamente, y eso lo odio.

Se me queda mirando un momento. Ojalá fuera capaz de interpretarlo mejor: sus ojos azules se han apagado, a juego con el cielo moribundo, y no veo lo que sucede detrás de ellos. No sé en qué está pensando.

—Aléjate de nosotros si no quieres acabar mal.

—¿Es una amenaza?

Quiero llorar y ni siquiera sé por qué. ¿En qué me he metido? Y, después de todo lo sucedido, ¿por qué me cuesta tanto odiarlo cuando lo tengo delante de mí? Mi David.

Me mira con odio. El David frío ha vuelto. El desconocido.

—Sí, es una amenaza. Créeme, lo es. ¿Sabes lo que se te olvidó anoche?

Guardo silencio, me limito a mirarlo. ¿Qué? ¿Qué se me olvidó?

—Que hay una cámara de seguridad en el exterior de la clínica.

Ay, Dios, es verdad. Sé adónde quiere ir a parar antes de que lo diga. Se da cuenta, pero lo dice de todos modos.

—Basta una palabra mía para que alguien le eche un vistazo a la grabación de anoche, y entonces tus posibilidades de conseguir un trabajo en el futuro se irían a la mierda. Eso, en el mejor de los casos.

Me pincha con un dedo, y doy un respingo. Las pastillas. El archivo con todas las notas sobre Adele. El brote psicótico. Las tendencias sociópatas. Quizá sea él el que las tiene. Quizá no se trate tan solo de un mercenario que va detrás del dinero de su esposa: quizá sea él el loco. No obstante, aunque me tenga contra la espada y la pared, esto no pintará nada bien para él si me hago oír. Yo también soy una amenaza.

—No te metas en mi matrimonio —concluye.

Escupe cada palabra como si deseara escupirme a mí en la cara directamente.

—Dice el hombre que me folló. A lo mejor deberías preocuparte más por ti que por lo que yo haga o deje de hacer.

—Lo hago, Louise. Créeme que lo hago. —Se vuelve para marcharse, pero se detiene—. Hay algo que me gustaría saber. Algo que necesito saber.

—¿El qué?

—¿Cómo conociste a mi mujer, exactamente?

—Te lo dije, me choqué con ella. No estaba acosándola; ni a ella ni a ti ni a nadie.

«No te hagas ilusiones», me habría gustado añadir.

—Lo sé. Me refiero al dónde y al cuándo.

Me quedo mirándolo, vacilante.

—¿Qué más da?

—Sígueme la corriente, Louise. Quiero saberlo.

—Fue una mañana. Acababa de dejar a Adam en el colegio. Ella volvía de acompañarte a la clínica, me choqué con ella y la tiré al suelo.

Es como si fuera ayer y, a la vez, hace un siglo. Han sucedido muchas cosas desde entonces. Se me empieza a acelerar el pulso. Atrapada de este modo, por muy decidida que esté a ayudar a Adele, ahora mismo desearía no haber conocido nunca a ninguno de los dos.

David sacude la cabeza y esboza una media sonrisa.

—Por supuesto —dice.

—¿Qué?

Entonces me mira a los ojos y, aunque su rostro está envuelto en sombras, los suyos no son más que reflejos de cristal en la penumbra, de modo que sus palabras flotan, incorpóreas.

—Mi mujer jamás me ha acompañado al trabajo por la mañana.

—No te creo. Ya no me creo nada de lo que digas.

Sigue ahí, una figura cada vez más oscura, cuando cierro la puerta y lo dejo fuera para reclamar mi pequeño mundo, mi espacio privado. Aprieto la oreja contra la puerta por si oigo sus pasos alejarse por la acera, pero en la cabeza solo me cabe el ruido de los latidos de mi corazón.



«Dios mío, Dios mío, Dios mío». ¿Qué estoy haciendo? Puede que Sophie tenga razón, que deba alejarme. ¿Hasta qué punto estoy dispuesta a joderme la vida por esto? David podría hacerme pasar por loca delante del doctor Sykes. Delante de todos. Nunca más encontraría trabajo. Podría ir a la cárcel. Todo es culpa mía, por mi curiosidad. De no haber sentido curiosidad por Adele, habría puesto cualquier excusa para no ir a tomar café con ella aquella mañana. ¿Y qué ha querido decir con «mi mujer jamás me ha acompañado al trabajo por la mañana»? Tiene que haberlo hecho. ¿Qué intenta meterme en la cabeza?

«No confíes en él —me digo—. No lo escuches. Básate en lo que ya sabes. Conoces la existencia de las pastillas. De las llamadas. Que bebe, lo del dinero y el archivo de su despacho. Son pruebas sólidas. Y acaba de amenazarte».

Adele todavía no ha respondido a mis mensajes, pero aunque decida alejarme de todo esto, necesita saber lo que descubrí en el despacho. Necesita tomar sus propias decisiones a partir de esa información. Iré a verla mañana y después me apartaré de su camino. Esta vez lo digo en serio; no me queda otra.

Me palpita la cabeza cuando me siento en el sofá y dejo que mi cráneo repose sobre los cojines del respaldo. Necesito calmarme. Respiro por la nariz y dejo escapar el aire por la boca, de modo que el aire entre hasta el fondo, despacio, y obligue a relajarse a los tensos músculos del cuero cabelludo, la cara y el cuello. Me vacío de pensamientos, me los imagino volando con la brisa nocturna. No quiero pensar en ellos dos. No quiero pensar en este lío. No quiero pensar en nada. Quiero dejarlo todo atrás por un rato.

Sucede muy deprisa, casi entre un aliento y otro.

Los bordes plateados de la segunda puerta aparecen en la oscuridad detrás de mis ojos y brillan tanto que casi doy un respingo; entonces, antes incluso de ver la resplandeciente superficie del agua, la atravieso y...

... estoy de pie, mirándome. Pero no puede ser, porque me veo sentada en el sofá, con la cabeza echada hacia atrás. Tengo los ojos cerrados y la boca entreabierta. La copa de vino vacía está en la mesita, a mi lado. No recuerdo haberla traído. ¿Cómo es posible que me esté mirando? ¿Qué está sucediendo? Me entra el pánico y noto que algo tira con fuerza de mi interior (exactamente igual que cuando soñé con el dormitorio de Adam), y entonces abro los ojos y me encuentro de vuelta en el sofá.

Ya no hay calma alguna en mi respiración, estoy muy despierta y alerta. ¿Qué coño ha sido eso? Miro hacia la mesita auxiliar y veo la copa de vino; debí dejarla ahí encima sin darme cuenta cuando se marchó David. ¿Qué coño acaba de pasar?

## Adele

Observar, esperar, aprender y practicar. No recuerdo la última vez que estuve tan ocupada, y es maravilloso. Tengo los tacones puestos cuando David por fin vuelve a casa, unos zapatos a juego con lo que visto. Me gusta arreglarme y estar guapa. La piel entre los dedos del pie derecho está dolorida y costrosa, pero merece la pena la picazón que siento con cada paso, igual que esta ansiedad cada vez mayor. Me recuerdan que yo controlo. En cualquier caso, ya lo tengo dominado y estoy lista para esa parte de mi plan; me alegro de poder quitarme de encima a mi devoto Anthony.

La situación empieza a avanzar deprisa. Louise es mi pequeña terrier: se ha aferrado con ganas al hueso que le he dado y sé que no lo soltará. Siento curiosidad por ver adónde la lleva, cómo jugará a mi juego. Es imposible controlar cómo se comportará todo el mundo en este conjunto de circunstancias, aunque así es incluso más interesante. Me arriesgo al juzgar sus personalidades, y hasta el momento ni David ni Louise me han decepcionado. Puede que David sea el médico especialista en cerebros, pero yo sé cómo funciona la gente. Y me adapto.

La cocina desprende un olor delicioso cuando llega a casa y se queda en la puerta. He preparado pasta fresca con salsa carbonara y hasta una ensalada de rúcula con pimienta que tengo toda la intención de comerme aunque él no lo haga. Permanece al otro lado del umbral, apoyado en el marco. Tiene muy mal aspecto. Si esto se alarga mucho más, no mantendrá su buena reputación en la clínica.

—Veo que todavía juegas a ser la esposa perfecta.

Me sonrío mientras habla, con un retorcido sentido del humor. Se ríe de mí; de mi ropa, de mi cocina y de todos mis esfuerzos. Pongo cara de sentirme dolida. Estoy dolida. Ya ni siquiera finge quererme.

—Deberías comer algo —respondo. «En vez de beberte todas tus calorías».

—¿Qué es lo que quieres, Adele? En serio. —Me mira con nublado desprecio—. ¿Para qué es todo esto? ¿Esta prisión en la que vivimos?

Está borracho, sin duda, y por primera vez en mucho tiempo veo en él violencia pura y dura.

—Quiero estar contigo —contesto.

Es la verdad, mi eterna verdad.

Se me queda mirando un buen rato, como si intentara averiguar lo que sucede en mi interior, quién soy en realidad y qué nueva etiqueta puede ponerme para encontrarle sentido (esquizofrenia, sociopatía, obsesión, locura galopante), y entonces se le hunden los hombros del esfuerzo y de la falta de respuesta.

—Quiero el divorcio. Quiero acabar con esto. Con todo esto.

No es necesario que me explique la última frase, ya que ambos sabemos lo que significa. Es necesario desenterrar el pasado y que descanse en paz como es debido. El pasado. El cadáver. Es algo que ya ha afirmado otras veces, pero en esta ocasión no estoy segura de que cambie de idea cuando se despeje, al margen de lo que yo responda. Al margen de que podría arruinarle la vida si lo cuento.

—La cena estará lista en diez minutos, por si quieres lavarte.

Es lo único que digo. Mi normalidad lo inquieta más que cualquier amenaza verbal.

—Sabías quién era, ¿verdad? —Me detesta. Es aún más evidente que la lástima que siente por sí mismo—. Louise. Lo sabías cuando la conociste, ¿no?

Frunzo el ceño, desconcertada.

—¿A qué viene esto, David? ¿Cómo iba a saber que era tu paciente? —pregunto, utilizando su mentira en su contra de nuevo.

—Siempre lo sabes. ¿Cómo es posible?

Suena amargado y débil. Lamentable. No es mi David en absoluto.

—No entiendo nada de lo que dices —afirmo mientras procuro ser la viva imagen de la preocupación—. ¿Has estado bebiendo? Se suponía que ibas a controlarte. Me prometiste que lo harías.

—Sigue con tus juegos, Adele. Sigue con tus juegos. Yo he terminado. Ya no me importa. Y no quiero tu puta cena.

La última frase la termina mientras sube las escaleras, y yo me pregunto qué ha pasado con la persona de la que me enamoré. ¿A qué profundidad estará oculta dentro de esta vergüenza de hombre? Sé que ha ido a verla, a avisarla. La quiere de verdad, lo que, por supuesto, me agrada por un lado; por otro lado, me dan ganas de coger uno de nuestros cuchillos Sabatier, subir las escaleras y arrancarle el corazón a ese desagradecido de mierda. Reprimo el impulso. Jamás podría hacerle daño a David, y lo sé. Tengo que cargar con esa cruz.

Además, de todos modos, Louise ha entendido la advertencia como una amenaza, porque me pertenece. Ve mis verdades. Al menos, por ahora. Todavía no he respondido a su mensaje, y no lo haré. Necesito que venga a casa mañana, que me encuentre. Otro detalle que debe comprender antes de encajar todas las piezas de esta trágica historia. Una imagen vale más que mil palabras, como

suele decirse, ¿no? Y eso es lo que hago. Mañana será otra miguita de pan en el rastro que le estoy dejando. Es mi muñequita de cuerda y caminará en la dirección que le indique.

Dios, cómo quiero a Louise. La quiero casi tanto como a mi marido. Y después de que le cuente mi historia, lo odiará. No puedo evitar pensar que David se lo merece.

## Louise

Está lloviendo a cántaros, una manta de agua que cae del cielo, y el cielo en sí es una gruesa capa de gris cuando dejo a Adam en la escuela de verano. Se acabó el tiempo seco y, aunque no hace frío y no sopla ningún viento de otoño que me azote con la lluvia, es como la sentencia de muerte del verano. Ya casi estamos en septiembre. Me da un beso de despedida y corre al interior, mi niño simpático y seguro de sí mismo, acostumbrado a su rutina. No le he contado que no voy al trabajo, sino que me había tomado un par de días libres para pasarlos con él y que ahora debo volver a la normalidad. No termina de comprenderlo. Tiene seis años, así que para él los días se entremezclan, pero verá pronto a su padre y no estoy lista para la bomba del: «Ah, mamá no ha ido al trabajo».

Me detengo en el Costa Coffee y me quedo de pie, junto a la pequeña barra de la ventana, donde me dedico a contemplar a través del vaho del cristal a la gente que corre por Broadway bajo el chaparrón, con las cabezas gachas y los paraguas chocándose como cuernos de antílope. Me arde la boca con la bebida caliente mientras, impaciente, consulto el reloj hasta que creo que es seguro salir. No tengo ni idea de si David llegará al trabajo a la hora de siempre, porque he intentado mirar su agenda, pero mis datos de usuario ya no sirven. El muy cabrón debe de haberlos cancelado. Pienso pasarme por su casa, de todos modos. Necesito ver a Adele; sigue sin responder a mis mensajes, lo que me preocupa. Si David está allí, que le den. Puede que me decida a contarle a mi amiga lo que hice con él. Puede que eso la anime a dar el paso que tiene que dar. Aunque también la pierda a ella, al menos será libre.

A las diez me ato los machos y me pongo en camino. El coche de Adele está allí, así que sé que todavía no se ha ido al gimnasio, si es que sigue yendo; con el corazón acelerado, toco el timbre. Lo oigo sonar al otro lado, fuerte y fiable. Me quedo en la puerta y espero; me asomo al cristal por si vislumbro alguna sombra, pero no hay movimiento dentro de la casa. Llamo de nuevo, esta vez un timbrazo más largo. Nada. ¿Dónde está? No puede estar en el jardín, con el tiempo que hace, y sé que el timbre se oye desde cualquier punto de la casa. Pruebo una tercera vez, dejando el dedo pegado casi diez segundos. Por lo menos sé que David se ha ido, porque a estas alturas ya habría salido a gritarme.

La puerta sigue bien cerrada delante de mis narices. Quizá haya salido un momento a comprar, aunque ¿con esta lluvia? Si necesitara algo, habría cogido el coche para acercarse al supermercado grande, el Sainsbury, ¿no? Dejo el paraguas en la puerta y bajo los pocos escalones de la entrada para acercarme al ventanal saliente; hago visera con las manos y me asomo al interior. Es el despacho de David, así que no espero ver nada, pero Adele está sentada en un sillón orejero, en la esquina, junto a las estanterías. Tiene un brazo colgando y se ha deslizado un poco de lado en el asiento, de modo que solo los bordes que sobresalen del anticuado sillón de cuero la mantienen dentro. Llamo al cristal.

—¡Adele! ¡Soy yo! ¡Despierta!

No se mueve nada en absoluto. ¿Cómo es posible que no me oiga? Golpeo la ventana con más fuerza y repito su nombre mientras permanezco alerta por si algún vecino metomentado me ve y después decide contárselo al «encantador médico de al lado». Nada. Debe de haberla obligado a tomarse las pastillas antes de irse al trabajo; es lo único que se me ocurre. Quizá haya tomado demasiadas. Quizá haya sufrido una reacción adversa. «Mierda, mierda, mierda».

Vuelvo a mirar hacia la puerta principal, ya con el pelo pegado al rostro y el agua colándoseme por el cuello de la chaqueta, lo que me provoca un respingo y un escalofrío. Veo las macetas grandes. Las llaves. Rebusco entre la tierra empapada hasta que las encuentro, a pocos centímetros de profundidad, lanzando destellos plateados. El cierre de abajo está abierto, así que al menos David no la había encerrado, que ha sido lo primero que pensé; meto la llave y la giro. Estoy dentro.

Mis zapatos dejan huellas mojadas en su perfecta tarima flotante mientras corro hacia el despacho, pero me da igual. Me da igual que David averigüe que he pasado por aquí. Estoy harta.

—Adele —le digo mientras la sacudo un poco—. Adele, despierta, soy yo.

Se le cae la cabeza hacia delante y, por un horrendo instante, creo que está muerta; entonces veo el leve movimiento del pecho al respirar. Le sujeto la mano: tiene los dedos fríos. ¿Cuánto tiempo lleva aquí sentada?

—¡Adele! —rujo—. ¡Despierta!

Nada. Le froto la mano para darle calor y se me ocurre que quizá tenga que abofetearla o algo igual de drástico. ¿Debería llamar a una ambulancia? ¿Debería intentar obligarla a vomitar? La sacudo otra vez, más fuerte, y aunque por un momento me da la sensación de que no va a funcionar, de repente se sienta muy recta en el sillón, aferradas las manos a los brazos del asiento, deja escapar un jadeo, como si se hubiera estado ahogando, y abre los ojos de golpe.

Es tan espectacular que retrocedo dando tumbos.

—Joder, Adele.

Se me queda mirando como si no me conociera hasta que parpadea, momento en el cual la tensión le desaparece de la espalda y mira a su alrededor sin dejar de jadear, todavía con la respiración alterada.

—¿Qué estás haciendo aquí, Louise?

—He entrado sola. No respondías al timbre, y te he visto por la ventana. ¿Te encuentras bien?

—Estás empapada —dice, todavía desorientada—. Necesitas una toalla.

—Estoy bien. La que me preocupa eres tú. ¿Cuántas pastillas te has tomado esta mañana?

—Solo una. Iba a... —Frunce el ceño, intentando aclararse las ideas—. Iba a mirar aquí de nuevo por si encontraba algo, no sé. Lo que fuera. Entonces me sentí muy cansada y me senté.

—Creía que estabas muerta, Dios —respondo, y me río porque necesito liberar la tensión—. De todos modos, sus notas sobre ti no están en este despacho.

Entonces se centra.

—¿Qué?

—Están en su consulta. Fui a buscarlas. Pero, primero —añado mientras la cojo por un brazo y la ayudo a levantarse del sillón—, necesitas un café.

Nos quedamos en la cocina, con las tazas de café en la mano y el interminable chaparrón de fondo tamborileando en la ventana, y le cuento lo que he descubierto en tono tranquilo y pausado, para que pueda asimilarlo bien.

—El tema es que estas notas se remontan a unos diez años atrás —le digo al acabar, tras una larga pausa—. Si pretendiera internarte en un psiquiátrico para quedarse con tu dinero, debería haber sido más reciente, ¿no? No puede haber estado planeándolo todo este tiempo, ¿verdad? No tiene sentido.

Adele mantiene la vista clavada al frente, con el rostro triste.

—Para mí sí lo tiene —dice al fin—. Es una póliza de seguros.

—¿A qué te refieres?

—Sí que tuve algunos problemas cuando era más joven, después de lo de mis padres, de lo de Westlands, pero no es eso. No tiene ese historial por eso. Es por Rob.

—¿Qué pasa con Rob? —pregunto con el ceño fruncido, desconcertada.

—Es una póliza de seguros por si decido contar mis sospechas sobre lo que le sucedió. ¿A quién van a creer? ¿Al médico respetable o a la loca de su mujer?

—No lo entiendo. —Este es un nuevo giro de los acontecimientos en su demencial matrimonio—. ¿Qué le sucedió a Rob?

—Rob es nuestro secreto tácito —responde, y deja escapar un largo suspiro.

Parece pequeña en la silla, más débil, con los hombros hundidos, como si

intentara plegarse sobre sí misma y desaparecer. También está más delgada. Se desvanece.

—Quiero enseñarte una cosa —dice, y se levanta para que la siga por las escaleras.

Se me ha acelerado el corazón. ¿Por fin voy a averiguar lo que se oculta en este matrimonio en el que me he enredado? La acompaño al enorme dormitorio principal, de techos altos y espacioso, con un cuarto de baño propio en la esquina. Todo es elegante, desde la cama de estructura metálica (resistente, amplia y seguro que comprada en un sitio como Liberty, en vez de conformarse con una copia barata de una cadena de tiendas cualquiera) hasta el juego de edredón de algodón egipcio, que es de un marrón intenso, para compensar el verde aceituna de las paredes y la cálida madera desgastada del suelo. En la pared de detrás de la cómoda veo tres franjas de distintos tonos de verde que van del suelo al techo. Yo jamás podría lograr un efecto tan exquisito.

—Cuando nos mudamos era todo de color magnolia —dice—. O de algún tono de blanco roto, por lo menos. —Está mirando las paredes, sumida en sus reflexiones—. Elegí estos colores para ponerlo a prueba. Son los colores del bosque de la propiedad de mis padres. Nunca vamos por allí, no desde que pasé unos días en la casa después de salir de Westlands. No desde la visita de Rob.

Acaricia las paredes con la punta de los dedos, como si notara la rugosidad de la corteza de un árbol en vez del frío yeso.

—Se niega a venderla, a pesar de estar vacía y olvidada. —Habla en voz baja, tanto para ella como para mí—. Creo que, en parte, por eso es reacio a devolverme el control del dinero: sabe que me libraría de la propiedad. Y el riesgo es demasiado grande.

—¿Qué le pasó a Rob? —pregunto, con el corazón en un puño.

Entonces se vuelve hacia mí, tan bella como siempre, con los ojos muy abiertos, y suelta su respuesta como si fuera lo más normal del mundo.

—Creo que David lo mató.

Oírlo en voz alta, en vez de en forma de mera sospecha en mi cabeza, me hace trastabillar. ¿David, un asesino? ¿Acaso es posible? Doy un paso atrás y me encuentro con la cama, así que me siento en ella.

«Creo que David lo mató». Esto es como cuando Ian me contó que Lisa estaba embarazada, pero multiplicado por cien.

—Rob fue a pasar unos días —sigue diciendo Adele—. Se sentía fatal en casa de su horrible hermana, así que me envió un mensaje, y yo insistí en que fuera a Perth. Se había portado muy bien conmigo. Me había devuelto a la vida, y yo quería ayudarlo a mi vez. Puede que incluso darle dinero para que se estableciera en alguna parte lejos del horrendo lugar en el que vivía. Me gustaba tenerlo



cerca. Así era Rob: te hacía feliz, te hacía sentir especial. Le sugerí a David la idea de invitarlo a vivir con nosotros un tiempo, cuando nos casáramos, hasta que se recuperara. A David no le hizo gracia. Sentía celos de Rob. Aunque siempre había cuidado de mí, en Westlands había sido Rob el que había asumido ese papel. David sospechaba que era algo más que una amistad, por mucho que yo le insistiera en que no. Quería mucho a Rob, aunque no de ese modo. Creo que a él le pasaba lo mismo. Éramos más como hermanos.

Estoy pendiente de cada una de sus palabras, con una mezcla de expectación y temor.

—¿Qué sucedió?

Tengo la lengua como la suela de un zapato y apenas logro pronunciar las palabras.

—David vino a pasar un fin de semana conmigo mientras Rob estaba de visita. Supuse que, cuando se conocieran, se llevarían bien. Lo pensaba porque los quería a los dos y creía que eso bastaba para que se quisieran entre ellos, a pesar de ser tan diferentes. Al echar la vista atrás, comprendo que fui muy ingenua. Rob estaba decidido a esforzarse (a portarse lo mejor posible, teniendo en cuenta lo salvaje que era), pero David no se sentía cómodo con él. El sábado parecía más relajado, así que Rob me dijo que me fuera a dormir y que los dejara a solas. Creía que les vendría bien charlar un rato de hombre a hombre.

Se queda mirando las paredes, los colores del bosque, aunque sus ojos vuelan sobre ellas como si el pasado estuviera escrito encima.

—Cuando desperté, Rob no estaba —continúa—. David me dijo que había decidido marcharse, y al principio creí que quizá le había pagado para que se fuera. Sin embargo, no tenía sentido. Yo ya le había ofrecido dinero a Rob, y él no habría aceptado un soborno por dejar de ser mi amigo. Él no era así. Se habría reído. A veces, cuando me imagino la escena, me pregunto si decidiría enfrentarse a David por mi dinero. Puede que le pidiera que me lo devolviera. Me aseguró que no sacaría el tema, pero ¿quién sabe? Quizá lo hiciera y provocara en David uno de sus terribles ataques de rabia. Quizá se pelearan y la cosa se descontroló. Lo único que sé es que Rob jamás se habría marchado sin despedirse.

—¿Estás segura? —pregunto para intentar encontrar algo racional que no implique que mi ex amante casado matara a un rival—. Quiero decir, puede que se pelearan y que Rob pensara que lo mejor era marcharse. Es posible, ¿no?

Ella niega con la cabeza.

—Rob había escondido su alijo de drogas y el cuaderno en el granero. No los encontré hasta después de casarme con David. Pero Rob no habría dejado allí las drogas. No si estaba enfadado: habría querido colocarse.

—¿Alguna vez hablaste con David de eso? ¿Se lo preguntaste?

—No. Nos casamos muy deprisa, puede que un mes y pico después de ver a Rob por última vez, y David ya había cambiado. Era más reservado. Más frío conmigo. Entonces descubrí que estaba embarazada.

Se le llenan los ojos de lágrimas que no llegan a derramarse mientras me sumerjo con ella en su terrible historia.

—Estaba tan contenta... Pero David me obligó a abortar. Decía que no podía estar seguro de que fuera suyo. Después de eso sufrí una pequeña crisis... Creo que no era capaz de enfrentarme a mis miedos sobre Rob, y todavía me estaba recuperando de la muerte de mis padres, así que el aborto fue la gota que colmó el vaso. Nos mudamos a Inglaterra y se acabó. David se ablandó y cuidó de mí, aunque se negaba a vender la propiedad.

—Crees que Rob sigue allí, ¿no? —pregunto, perdida en su pasado y horrorizada por nuestro presente—. ¿En alguna parte del terreno?

Ella permanece inmóvil durante un instante que se hace eterno y después asiente.

—Rob nunca habría desaparecido de ese modo, sin decirme nada. Nunca. Yo era lo único que le quedaba. Se habría puesto en contacto conmigo. —Se sienta en la cama, a mi lado—. Si siguiera con vida.

Después de eso, ninguna de las dos dice nada durante un buen rato.

## Adele

Insiste en quedarse para hablar más del tema, claro. Está alterada, lo noto, pero su mente es un torbellino. Esa cabecita curiosa, que no para de funcionar, tic, tac, tic, tac. Cuando me pregunta por qué nunca he buscado a Rob me encojo de hombros con aire lastimoso y respondo que no sabía cómo. Adoraba a David y me había casado con él, era joven, él era mi lugar seguro. Me impresiona que no me pegue una enorme bofetada en la cara y me diga que me espabile y afronte la realidad. De haber estado en su lugar, escuchando mis débiles estupideces, yo habría querido hacerlo. Le aseguro que estoy cansada y que no me apetece seguir hablando del tema, y entonces veo que le doy lástima. Se calla.

No me cuesta demasiado echarla. Menciono que David va a llamar y que después me acostaré un rato en la cama, y ella asiente y me abraza con mucha fuerza con esos brazos suyos que ahora están más delgados y firmes, aunque me doy cuenta de que ya está pensando en qué hacer a continuación. En cómo puede ayudarme, ayudarse o lo que sea. Mientras el resultado sea el mismo, ¿a quién le importa?

David no llama a la hora acordada, otra pista de que anoche hablaba en serio. Se lava las manos con respecto a mí. Quizá incluso me esté retando a cumplir mi amenaza. Pobrecito. Está desesperado.

Me preparo una infusión de menta, y subo a acostarme en el frío edredón y contemplar el techo. Mi calma es notable, dada la situación. Todavía quedan algunos cabos sueltos por ahí, y dependo por completo de Louise para encontrarlos y encajar las piezas del puzle que le he colocado enfrente. En el momento correcto, deberá comprender la importancia de lo que ha sucedido esta mañana. Si no es así, tendré que buscar otro modo de enseñárselo. En cualquier caso, la vida mejora cuando se vuelve interesante. Estoy bastante satisfecha.

Que te cuenten algo nunca basta; le he contado a Louise lo que David y yo hicimos hace años, pero las palabras en realidad no tienen ningún peso. No son más que sonidos momentáneos en el aire, sin solidez. Quizá las palabras escritas se sostengan algo más, pero incluso con ellas, las personas no confían lo suficiente en los demás para desterrar toda duda. Lo cierto es que nadie piensa nunca bien de nadie.

Para confiar en la verdad de una afirmación, primero tienes que sufrirla. Tienes que llenarte las manos de barro y las uñas de tierra. Tienes que desenterrarla. Una verdad como la nuestra, al menos. Eso no puede comprenderse solo contándolo. Necesito que Louise se interne en el fuego antes de emerger al otro lado pura, limpia y confiada. Para que David se libere del peso con el que carga, ella debe cargar primero con ese peso. La verdad debe ser de ella, tiene que llevársela a David.

Y después dejar que los destruya.

## Louise

«... Esperaré hasta que Ailsa se duerma o se desmaye de la borrachera con el tullido de Gary y después me largaré. Que les den a ellos, a su pisito de mierda, a sus vidas de mierda y a este barrio de mierda. Puto Pilton. Como si fuera lo más importante del mundo. Quizá lo sea para ellos, pero no lo será para mí. Con razón me entraron ganas de colocarme en cuanto regresé. ¿Qué se pensaban? ¿Que después de rehabilitación y demás, esa estupidez de West-lands funcionaría como por arte de magia? Son unos imbéciles. Son basura. Todos son basura y noto que su mierda se me pega. Ni siquiera les va a importar que me vaya, sino que será una liberación. Y pienso liberarlos también de todo el dinero que tengan en el piso, ¡ja, ja! Necesito algo que llevarme a la casa de Adele, y hoy era día de paga del paro. Su paro, mi paga.

»No puedo creerme que vaya a verla tan pronto. Es como si este mundo gris de repente volviera a teñirse de colores. Estuve a punto de no enviarle el mensaje porque no quería arriesgarme a que me contestara que no, a cómo me sentiría entonces. No estoy acostumbrado a que me importe alguien. De no haber tenido la puerta de los sueños y la versión inventada de Adele, creo que ya me habría vuelto loco de remate. Me reí y bromeé cuando nos despedimos, pero me daba cuenta de que me dolía. Y a ella también, aunque noté que estaba deseando salir de allí, por mucho que tratara de ocultármelo. Tiene una vida, tiene dinero, tiene a David. Yo tengo una habitación diminuta que necesita una mano de pintura en el cochambroso piso de mierda de Edimburgo de la capulla de mi hermana.

»¡Pero ahora soy libre! Haré dedo o me colaré en el tren hasta Perth y después me dijo que pillara un taxi, que ella me lo pagaría. Me ha echado de menos, lo noto. Eso es lo que más me alegra. La hago reír. Es distinta conmigo. Dice que conoceré a David porque va a visitarla algunos fines de semana. Cree que nos llevaremos bien, pero a mí me parece que lo único que el aburrido David y yo tenemos en común es que ninguno de los dos está muy seguro al respecto. No va a quererme cerca. Yo tampoco me querría. Sin embargo, lo intentaré por ella. Tampoco es que vaya a estar allí todo el tiempo, volverá a la universidad. Puedo fingir que me cae bien un par de días seguidos si eso la hace feliz. Puede que incluso intente no colocarme mientras esté él. No permitiré que pensar en David

me deprima. ¡Mañana volveré con Adele! ¡Que te den, antigua vida; hola, vida nueva! ¡Adele, Adele, Adele! La puerta de entrada a un futuro feliz».

No hay nada más en el cuaderno; han arrancado lo que escribiera Rob después. ¿Lo haría David? ¿Acaso esas páginas dicen algo que pueda incriminarlo? Tengo la cabeza pasada de revoluciones, me da tantas vueltas que el cuero cabelludo está a punto de echarse a arder. ¿De verdad mataría David a Rob? Quizá fuera un accidente. Quizá se pelearan, la situación se descontroló y se golpeó la cabeza al caer, o algo así.

O puede que Rob ni siquiera esté muerto. Puede que Adele se esté preocupando por nada y que el chico se largara de verdad. Dice que no se habría dejado comprar, pero le robó el dinero del paro a su hermana, así que ¿quién sabe? En el cuaderno queda claro que la quiere, aunque también que era de familia pobre, y quizá la promesa de varios miles de libras fuese demasiado tentadora para rechazarla. Sin embargo, ¿por qué se niega David a vender la propiedad si no hay nada que ocultar en ella?

Preguntas, preguntas, preguntas. Al parecer, desde que David y Adele entraron en mi vida no hago más que plantearme preguntas. Son como malas hierbas en el agua: cada vez que creo ser capaz de alejarme nadando, otra más se me enreda en las piernas y vuelve a arrastrarme al fondo.

Tengo que saber lo que le ocurrió a Rob. Tengo que encontrarlo. Ni siquiera se trata ya de Adele y David, es que tengo que saberlo por mí. No soportaría conservar esta incertidumbre en la cabeza para siempre. Como no me toca recoger a Adam hasta las cinco y cuarto, me preparo un café bien fuerte (aunque ya voy fatal de los nervios) y abro el portátil. En estos tiempos no hay nadie imposible de encontrar. Si Rob no era más que unos meses mayor que Adele, todavía no habrá cumplido los treinta. Seguro que hay algún rastro de él, incluso si sigue siendo un yonqui. Vuelvo a la primera página del cuaderno, donde está escrito su nombre con tanta pulcritud, y lo copio en Google: Robert Dominic Hoyle.

Aparece una lista de resultados: varias cuentas de LinkedIn, unas cuantas de Facebook y algunas noticias. Con el corazón acelerado, lo repaso todo, pero nada coincide. O son demasiado viejos, o estadounidenses, o demasiado jóvenes, y el único cuya foto de perfil de Facebook parece de la misma edad dice que es de Bradford, y en la lista de colegios a los que ha asistido no hay ninguno de Escocia. Pruebo a buscar el nombre añadiendo «muerto o desaparecido», y me salen los mismos resultados; después, con «Robert Dominic Hoyle Edimburgo», y nada.

Tengo el café intacto y frío al lado, y ni siquiera he sacado el cigarrillo

electrónico. ¿Por qué no aparece ningún resultado de este chico? Si David lo hubiera sobornado, al menos se habría valido durante un tiempo por sí mismo. ¿No tenía un portátil e Internet? Creía que todo el mundo estaba en Facebook. Sin embargo, en el cuaderno daba la impresión de que no tenía muchos amigos ni ganas de tenerlos. Solo Adele, y probablemente algunos yonquis. Quizá Facebook no fuera lo suyo.

¿Estará viviendo de okupa en alguna parte y se gastará todo el dinero en drogas? No me encaja. Los yonquis son sibilinos, como todos los adictos, por culpa de su problema. Si Rob hubiera necesitado dinero, habría encontrado el modo de volver a la vida de Adele para conseguirlo, ya fuera a través de ella o de David. Quizá lo hiciera. Quizá David siga pagándole de vez en cuando y no se lo haya contado a Adele. Sin embargo, ¿por qué iba a molestarse? Y eso me sigue dejando con la gran pregunta: ¿por qué no quiere vender la propiedad? ¿Ni alquilarla? ¿Por qué sigue ahí, vacía, cuando podría generarles dinero?

Me quedo mirando la pantalla, deseando que la respuesta aparezca por pura fuerza de voluntad, y entonces decido probar con otro enfoque: la hermana de Rob, Ailsa. Escribo su nombre y empiezo a separar el grano de la paja. Como con Rob, hay varias personas con su nombre por el país y el mundo, y después un registro electoral me ofrece una lista de siete Ailsas, de las cuales solo una vive en Edimburgo.

Bingo.

En esa página web no me dan la dirección si no pago, cosa que estoy dispuesta a hacer si no me queda más remedio, a la porra el paro. Sin embargo, en la siguiente página de la búsqueda encuentro un pequeño artículo de prensa sobre el Lothian Arts Festival, en el que se mencionan algunas tiendas locales montadas con ayudas y que cuentan con puestos en el festival. Una de ellas se llama Candlewick, y la propietaria es Ailsa Hoyle. Candlewick tiene página web y página en Facebook. La he encontrado. Al menos, espero que sea ella. Me quedo mirando el número de teléfono que casi palpita ante mis ojos, a través de la pantalla. Tengo que llamar, pero ¿qué digo? ¿Cómo inicio esta conversación sin parecer una demente? Habrá que mentir, lo sé. El tema es qué mentira contar...

Miro el viejo cuaderno y entonces se me ocurre: Westlands. Así se lo preguntaré. Uso el teléfono fijo para bloquear la identificación de llamada, aunque me paso unos minutos dando vueltas por el cuarto, fumando del cigarrillo electrónico, antes de atreverme a pulsar el botón para descolgar. «Vale —pienso al final, con todo el cuerpo ardiendo de nervios—, hazlo de una vez. Llama. Es probable que ni siquiera esté».

Está. Tengo el corazón en un puño cuando la dependienta va a llamarla.

—Hola, soy Ailsa, ¿en qué puedo ayudarla?

Su acento es fuerte; me imagino esa voz, desprovista de la educación de clase media que usa al teléfono, gritándole a Rob.

—Hola —respondo, procurando hablar con voz más profunda y suave, como cuando respondo llamadas en la clínica—. Siento molestarla en el trabajo, pero me preguntaba si podría robarle unos minutos de su tiempo. Estoy escribiendo un trabajo sobre la eficacia de la clínica Westlands. —De repente me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde estaba la clínica ni de los nombres de los médicos, y que dispongo de una preparación lamentable para engañarla si empieza a preguntarme—. Creo que su hermano pasó allí un tiempo, ¿Robert Dominic Hoyle? He intentado localizarlo, pero no aparece en ningún registro. Me preguntaba si tendría su número de contacto o si podría pasarle el mío.

—¿Westlands? —pregunta con una carcajada—. Sí, claro que me acuerdo. Una pérdida de tiempo. Robbie volvió a meterse a los pocos días de salir. Después me robó el dinero del bolso y desapareció, el muy cabrón. Perdón por el lenguaje. —Hace una pausa, quizá sumida en sus desagradables recuerdos—. Pero no puedo ayudarla, me temo. No volví a saber de él. Estará muerto o hecho polvo en algún callejón.

—Siento oírlo —respondo con un nudo en la garganta.

—No lo sienta. Fue hace mucho tiempo, y él era un mierdecilla, en serio. No se les puede curar a todos.

Me disculpo por molestarla y mascullo una educada despedida, aunque ya ha colgado. Tiro el café frío y me preparo otro solamente por mantenerme ocupada mientras asimilo la información. Es posible, entonces. Lo que Adele sospecha podría ser cierto. Empiezo a ser consciente de ello. A pesar de todas mis dudas, en el fondo estaba bastante segura de que Rob seguía vivo. Estas cosas no suceden en el mundo real; cadáveres ocultos. Solo en las noticias, en las películas y en los libros, no en mi mundana y aburrida existencia. Sin hacer caso del café, en el fondo de la despensa encuentro una botella olvidada de ginebra que sobró de Navidades. No tengo tónica, pero añado Coca-Cola Light a un buen vaso de alcohol y le doy un largo trago para calmarme antes de ir a por uno de los papeles de dibujar de Adam y un bolígrafo. Tengo que pensarlo bien; empezaré con una lista.

«David: ¿Quiere el dinero o protegerse de Adele? ¿O las dos cosas?

Rob: Desaparecido. ¿Todavía en algún lugar de la propiedad? ¿Qué pasó con las páginas arrancadas? ¿Pruebas de una pelea? ¿Soborno?».

El cuaderno me recuerda una de las sospechas de Rob, así que la añado: «Los



padres de Adele: ¿De verdad fue un accidente? ¿Quién se beneficiaba más?: DAVID».

Los padres de Adele. Por supuesto, ¿por qué no lo había pensado antes? Seguro que encuentro cosas sobre el tema en Internet. El incendio sería una noticia importante. Miro la hora: las cinco menos cuarto. Tengo que salir a recoger a Adam, y eso casi me hace gritar de frustración, lo que me lleva a odiarme. Con lo mucho que lo he echado de menos durante sus vacaciones, y ahora lo dejo por las mañanas en la escuela de verano cuando no me hace falta y lamento que se interponga en mi... ¿En mi qué? ¿En mi investigación de asesinato? Estoy a punto de reírme en voz alta de lo absurdo que es reconocerlo. Porque eso es lo que estoy haciendo: estoy intentando resolver un asesinato.

Voy a tener que comprar una botella de vino.

—Pero todavía no me quiero acostar.

Adoro a mi niño, pero odio que lloriquee, y desde Francia no deja de hacerlo.

—No estoy cansado —añade.

—Es la hora de irse a la cama y punto. Ponte el pijama, anda.

—Una partida más.

—¡Que no, Adam!

El niño sale hecho una furia hacia su dormitorio, resoplando y quejándose todo el camino, aunque un solo vistazo a mi cara le dice que no estoy abierta a negociaciones. Lo he ayudado con sus deberes de colorear, se ha tomado su té y ha jugado, y ahora estoy desesperada por que se duerma para volver a explorar Internet en busca del tesoro. No puedo hacerlo mientras esté despierto: se dedicará a mirar por encima de mi hombro mientras me hace preguntas.

—¡Y lávate los dientes! —le grito.

Un segundo después oigo el portazo del cuarto de baño y me doy cuenta de que así serán los años de la adolescencia: mal humor y rebeldía salpicados de momentos minúsculos que harán que todo merezca la pena.

La idea me entristece, así que me levanto para ir a leer con él y engatusarlo para que vuelva a ser mi niño feliz. Internet puede esperar otros diez minutos.

A las siete y media, él está dormido, y yo, con mi portátil y una enorme copa de vino blanco al lado.

La búsqueda resulta sencilla. Tengo el apellido de soltera de Adele gracias al cuaderno de Rob e «incendio Rutherford-Campbell» produce un montón de resultados, sobre todo de artículos de periódico acerca de lo que sucedió después, tanto locales como nacionales. Hay páginas y más páginas. Ante tanta información, no puedo creerme que no lo haya buscado antes, cuando me lo contó por primera vez; cuando me dio el cuaderno.

Al principio me distraen las fotografías. Cuesta que no sea así, ya que pincho en un enlace tras otro y dejo unas quince pestañas abiertas en el navegador. Hay una vista aérea del antes y el después de la propiedad, y Adele no bromeaba cuando decía que el sitio era grande. En la segunda foto se distingue la parte del edificio que quedó carbonizada, aunque lo que queda sigue siendo del tamaño de unas tres o cuatro casas normales. Está construida en piedra pálida y parece llevar allí un par de cientos de años o más. La levantaron en la época de la aristocracia rural. La rodean bosques y campos, lo que crea un santuario para el edificio, lejos de las miradas indiscretas. Intento imaginármelo ahora: ¿habrá alguien a cargo del terreno? ¿O estará descuidado y abandonado?

Hay una foto de los padres de Adele, y ver a su madre es como contemplar un reflejo de su cara en aguas turbulentas: casi la misma pero ligeramente distinta. Aunque Adele es más guapa, con unos rasgos más simétricos, su madre tenía el mismo pelo oscuro y la misma piel aceitunada. Su padre que, según estos artículos, en un principio se dedicaba a la banca de inversión y tenía una fortuna personal de siete millones de libras, además de una importante cartera de inversiones propias, parece gris y serio en una de las fotos (sin duda de cuando trabajaba en Londres). Sin embargo, encuentro otra foto en la que lleva una chaqueta de cazador y botas de lluvia, y sonrío a cámara. Se le ha enrojecido la piel por pasar más tiempo al aire libre o, quizá, por beber demasiado vino y comer bien, y da la impresión de ser feliz.

También encuentro fotografías de Adele, la trágica belleza a la que sus padres dejaron sola. Su rostro está algo más relleno, radiante de juventud, aunque sigue siendo la Adele que conozco. La heredera, como la llama un periódico. ¿Cuánto dinero va a recibir? Al parecer, una fortuna. Le brillan los ojos de risa despreocupada en una de las fotos, en la que aparecen los tres en Navidad.

En otra, borrosa y tomada de lejos, como suele pasar con los periodistas de la prensa amarilla, tiene la cabeza gacha, se tapa la cara con una mano y está más delgada; los vaqueros le cuelgan de las caderas mientras pasea por el terreno de la casa quemada. Llorando su pérdida. Junto a ella hay un hombre que le coloca una mano en la parte baja de la espalda mientras vuelve la cabeza hacia la cámara de teleobjetivo largo como si percibiera su presencia. El otro brazo lo lleva vendado y en cabestrillo: David. La cara se le ve borrosa, pero es él. Parece receloso, protector y cansado. Los dos son muy jóvenes. A la vez son y no son ellos. Me quedo mirando la imagen un buen rato y después me pierdo en la miríada de artículos para reconstruir la historia desde todos los ángulos.

Se habla de las fiestas de los padres de Adele, de su riqueza y de su mudanza desde Londres tras el nacimiento de la hija. Leo los típicos cotilleos de los vecinos, que fingen su aflicción y su sorpresa, aunque en realidad disfrutan

criticando. Según ellos, Adele era una niña solitaria, y sus padres apenas tenían tiempo para ella. Se dedica mucho espacio a comentar el romance del granjero pobre con la bella heredera y cómo él la salvó del incendio. Se menciona que algunas fuentes dicen que Adele había pasado por terapia de pequeña.

Entonces encuentro algo que me para el corazón, que hasta entonces sufría por esta historia de la que no formo parte, por el amor evidente que David sentía por ella en aquel momento, por lo unidos que estaban, unidos de un modo que deja mi vínculo con ellos reducido a un tenue hilo de araña, no a esas malas hierbas que me arrastran al fondo. Siete palabras que se me graban en el cerebro. Unas botas pesadas que pisotean mi sensibilidad. Un recordatorio de por qué hago esto antes de dejarme caer en la madriguera del conejo de su relación.

«Se sospecha que el incendio fue provocado».

Allí, en los últimos artículos, una vez terminado el banquete de la prensa amarilla, aparecen esas palabras, insidiosas. Un policía, Angus Wignall, examina los daños provocados por el incendio. Es un hombre regordete de unos treinta años. Un comentario sobre la velocidad a la que se propagó el fuego. La mención a la gasolina que se guardaba en latas dentro del granero, para los *quads*. No se puede descartar que fuera intencionado.

«Se ha visto salir al inspector de policía Angus Wignall de la Perth Royal Infirmary, donde están tratando a David Martin de las quemaduras de tercer grado sufridas en los brazos. Algunas fuentes aseguran que el inspector, acompañado por un sargento, se pasó dos horas hablando con el estudiante que fuera aclamado como un héroe tras rescatar a su novia, Adele Rutherford-Campbell, de 17 años, del incendio en el que murieron sus padres. El inspector Wignall se ha negado a hacer declaraciones sobre el motivo de su visita, salvo para comentar que forma parte de una investigación abierta».

Examino los artículos, mis ojos volando de una punta a la otra de los renglones para averiguar algo más. Se habla de un administrador de fincas descontento y después de los problemas económicos del padre de David. De que los padres de Adele no aprobaban la relación. No se llega a ninguna acusación directa, aunque sí se percibe un evidente cambio en el retrato de David, de héroe a «otra cosa».

Entonces, en la tercera página de resultados de la búsqueda, donde Internet empieza a desviarse hacia territorios más difusos, veo un artículo sobre su boda, una ceremonia tranquila en la aldea de Aberfeld. No hay fotografías, y pienso en las sospechas de Adele y en que quizá entre esos primeros artículos y este se cometiera un terrible crimen y un chico perdiera la vida. De repente se me ocurre que quizá no fuera el primer crimen terrible. ¿Hasta qué punto deseaba David

dejar de ser el chico pobre y convertirse en un médico adinerado? ¿Tanto como para prenderle fuego a una casa al amparo de la noche?

Me bebo el vino y me quedo un rato con la mirada perdida para asimilarlo todo. No puedo ir a la policía con mis sospechas sobre Rob: parecería una loca amante despechada si intentara explicarlo. Sin embargo, si existiera alguien que ya sospechara de David (como ese Angus Wignall, por ejemplo), puede que prestara atención a una carta anónima y, al menos, registrara la propiedad, ¿no?

Lo busco en Google, y descubro que sigue en el condado y ahora es inspector jefe de la comisaría de Perth. Anoto la dirección. ¿Se tomará en serio una carta anónima? ¿O irá al archivo de los locos? Supongo que depende de lo mucho que sospechara de David en su momento. Si de verdad pensaba que tenía algo que ver con el incendio y no pudo demostrarlo, quizá esto despierte su interés. Es mejor que no hacer nada. Es mejor que permitir que todas estas preguntas se me pudran dentro.

Puede que no haya ningún cadáver. Puede que Ailsa esté en lo cierto y Rob no sea más que un yonqui que vive al margen del sistema. Puede que David sea inocente (al menos de esto), pero al menos lo sacará todo a la luz y liberará a Adele de sus dudas. ¿Debería contarle lo que pretendo? Decido que no, porque sé que intentará disuadirme. A pesar de todos sus miedos y preocupaciones, le daría miedo sacudir el avispero. Está demasiado sometida a su marido, y ha sido así desde hace demasiado tiempo. No me dejaría informar al mundo de sus sospechas.

Además, esto ya no tiene que ver con ellos ni conmigo, ni con ninguna combinación de los tres: ahora lo importante es Rob, que se haga justicia. Aunque se me revuelve un poco el estómago al pensarlo, voy a escribir esa carta ahora mismo y la enviaré antes de cambiar de idea. Ya basta. Después de eso, me retiro del asunto.

## Entonces

Es una especie de calor, no sabe describirlo de otro modo. Rob está aquí, y ella se siente abrigada por dentro. Resplandeciente. Es su amigo y ha vuelto. A pesar de que el tiempo que ha pasado sola le ha sentado muy bien (sorprendentemente bien), la entusiasma que Rob esté de visita. La casa vuelve a sentirse viva. Rob no guarda ningún recuerdo del lugar, a diferencia de David y ella, así que no hay nada que le pese, y eso la libera: con él aquí, no tiene por qué estar triste.

El chico no deja de reírse mientras su amiga le enseña la casa. Ya le había contado que era del tamaño de Westlands o mayor, pero está claro que no se lo había creído, así que para el final del recorrido incluso ella sonríe de lo ridículo que resulta que una sola familia posea tanto. Solo se callan una vez, cuando le enseña las habitaciones achicharradas en las que habían muerto sus padres. Rob abre mucho los ojos, y guardan silencio un momento hasta que dice:

—Vámonos de una puta vez. Apesta.

Y ella lo amó por decirlo, por no necesitar explorar los sentimientos de Adele ni asegurarse de que estuviera bien. Rob está tan convencido de que es una mujer fuerte que consigue que se sienta como tal.

No ha traído muchas cosas, solo algo de ropa, su cuaderno, cerveza y una bolsa con drogas. Sacan parte de la yerba, y Adele lo obliga a esconder lo demás en uno de los graneros.

—En la casa entra gente —le explica—: una mujer limpia un par de veces a la semana y trae comida; mi abogado aparece de vez en cuando porque le preocupa que esté aquí sola. Dice que esta terapia no es «apropiada», que soy demasiado joven.

Pone los ojos en blanco. Siempre la han mimado mucho, no como a Rob.

—Sí, claro. Como si fueras a quemar la casa o algo.

Ella abre mucho los ojos de la sorpresa, hasta que se echa a reír.

—Dios, qué capullo eres —exclama mientras se engancha de su brazo.

—Sí, pero te hago reír. —Tras una pausa, añade—: Ahora, sé sincera, ¿te preocupa que esa gente encuentre mi alijo o que lo haga David?

Adele guarda silencio un momento y después suspira.

—Sí, puede que me preocupe más David. No es que sea antidrogas —explica

mientras Rob la observa con cínica incredulidad—, en serio, pero dudo que crea que lo mejor para mí ahora mismo sea colocarme. Diría que lo uso de muleta.

—Debe de costarte mucho respirar con tanta gente preocupada por ti todo el rato. No te ven como te veo yo.

—¿Y cómo me ves tú?

—Como un fénix que se alza de las cenizas, por supuesto.

A ella le gusta la idea, mucho. Le recuerda que el mundo ahora es suyo. Siguen del brazo mientras pasean por la propiedad y llegan al pozo en el que piden sus deseos en silencio, aunque Adele no está segura de que un pozo seco funcione para esas cosas.

Por la noche calientan pizzas congeladas y beben varias latas de la cerveza, fuerte pero barata, que ha llevado Rob, y después se colocan frente a la chimenea de la sala de estar. Están sentados en cojines, en el suelo, y hablan y ríen de todo y de nada. Adele le da una buena calada al porro de maría y disfruta del relajante cosquilleo. Lo echaba de menos. Igual que a Rob.

Ha visto su alijo y sabe que lleva heroína, aunque él no lo menciona, ni tampoco ella. No se va a meter en sus asuntos. No quiere que la tome, pero tampoco quiere sonar como una de las terapeutas de Westlands. Desea que su amigo sea feliz, y si eso es lo que necesita para sobrevivir un tiempo, no va a discutirlo. De todos modos, está claro que no es del todo un adicto porque, si lo fuera, estaría para el arrastre, no despierto como una ardilla, y, además, no le ha visto marcas nuevas en los brazos. Puede que la esnife de vez en cuando o lo que haga la gente para metérsela en el cuerpo. Puede que solo la lleve encima por si tiene un mal día. Con suerte, los dos han dejado los malos días atrás.

Hay dos dormitorios de invitados con las camas hechas, pero acaban en la cama de Adele, en camiseta y ropa interior, tumbados el uno al lado de otro, mirando al techo. Ella se pregunta si David lo consideraría una traición, lo de tener a otro hombre en su cama, aunque, por muy cerca que se encuentren, no hay nada sexual. Esto es casi más puro.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dice Adele—. Te echaba de menos.

—Y yo me alegro de que me hayas dejado venir. Aquí se está muy tranquilo. Y fuera está muy oscuro. Es como si fuéramos las últimas personas sobre la faz de la tierra.

—Quizá lo seamos. Quizá se haya producido un apocalipsis.

—Mientras no sea un puto apocalipsis zombi, vamos bien —resopla Rob—. Bastante aburrida es ya la gente cuando está viva.

—¿Crees que está mal que no eche mucho de menos a mis padres?

Es una idea que le preocupa, por lo que dice sobre ella: que tiene algo malo.

—Qué va. Los sentimientos no son ni buenos ni malos. Solo son lo que son. Ella lo medita durante un momento. Solo son lo que son. Se siente mejor.

—¿Qué quieres hacer con tu vida? —le pregunta a Rob.

—Suenas como las terapeutas de Westlands.

—No, de verdad. —A Rob se le da muy bien responder preguntas con algo divertido, pero esta vez quiere ir más allá de sus evasivas—. Tiene que haber algo.

—No lo sé. —Se queda mirando el techo—. En realidad no lo he pensado nunca. No vengo de una familia emprendedora, por así decirlo; lo suyo era más bien apuntarse al paro y relajarse. ¿Y tú? ¿Aparte de casarte con el aburrido de David y hacerle bebés?

Ella le da una torta y se ríe, aunque por dentro se pregunta si eso sería tan malo. Es lo que quiere hacer. Es lo que siempre ha querido hacer.

—Deberías quedarte un tiempo con nosotros. Todo el que quieras. Mientras averiguas a qué quieres dedicarte en el futuro.

—Es una idea bonita, pero no creo que a David le guste verme dando vueltas por aquí después de casaros.

—No deberías juzgarlo antes de conocerlo. Está estudiando para ser médico, así que se dedica a ayudar a la gente.

—Hmmm.

Sus voces son sonidos incorpóreos en la oscuridad; coge la mano de Rob y se la aprieta.

—De todos modos, ahora soy rica y pienso ayudarte.

—Odio recordártelo, querida, pero a no ser que le pidas que te lo devuelva, el que es rico, técnicamente, es David.

—Ay, cállate.

Tiene que resolver ese tema, aunque no le preocupa. David no va por ahí comprando coches deportivos ni viviendo la vida loca en la universidad. Solo de pensarlo le da la risa y, para ser sincera, seguro que a él se le da mejor gestionar su dinero (el de ambos) que a ella. Se ha visto obligado a medir sus gastos toda su vida, mientras que ella nunca ha tenido que pensar en eso.

Hablará con David cuando vuelva, dentro de un par de semanas. Mañana le contará que Rob está de visita; seguro que no le importará que no continúe con el plan terapéutico dispuesto y, de todos modos, Rob es la mejor terapia que ha seguido.

—Te quiero, Rob —susurra cuando pasan de la cháchara al silencio soñoliento—. Eres mi mejor amigo.

—Yo también te quiero, Adele —responde—. Mi trágica Bella Durmiente convertida en fénix. De verdad.

## Adele

Los días transcurren despacio, cada uno de ellos parece una semana, a pesar de que solo hace cuarenta y ocho horas que le revelé a Louise la gran verdad. Me duele todo de permanecer tanto tiempo tumbada y quieta, pero observar y aprender es lo único que me queda por hacer en estos momentos. Me oculto en mi dormitorio cuando David llega a casa, alegando dolores de cabeza o cansancio, y él apenas habla, sino que asiente con alivio apenas velado. Le dejo comida en el frigorífico, y él a veces la mordisquea; no se la come, como si temiera que lo envenene o contamine de algún modo. Debería importarme más que no desee estar conmigo, aunque me he metido tanto en la vida de Louise que, si así fuera, me supondría una traba.

Ojalá se quedara hasta más tarde en el trabajo, cosa que jamás he querido antes. Sin embargo, estoy esperando un momento, el momento en que pueda darle la vuelta a todo. No me lo puedo perder.

¿Y si David decide que necesita mi atención justo cuando necesito estar... allí? ¿Qué sucederá entonces? Cuando todas las piezas del puzle salten por los aires quiero enterarme.

Cierro con llave la puerta del dormitorio, por si acaso, a pesar de que él no llama. Tampoco ha vuelto con Louise, lo que es un alivio. Era necesario separarlos, y eso ha funcionado. Dudo que ahora mismo mi amiga sea capaz de abrirle la puerta, no después de que haya enviado esa carta. Y ahora, después de nuestros mensajes a hurtadillas de ayer a última hora, me ha dado una gran alegría, aunque no se dé cuenta. Sé que se siente culpable por la carta que no sabe que sé que ha enviado. Sus acusaciones a David. Cuando le contesté que estaba siendo muy atento conmigo, y que quizá le había dado demasiadas vueltas y que deberíamos olvidarlo, cambió de tema. La gente siempre cambia de tema cuando se siente mal por algo. Sin embargo, esta vez cambió de tema para mencionar sus sueños. Me contó lo de la extraña segunda puerta y que se encontró flotando sobre su cuerpo en la sala de estar, durante un segundo. Que no estaba dormida, sino intentando controlar el dolor de cabeza con unas respiraciones profundas, y que sucedió sin más.

Aunque estaba a punto de gritar de la emoción, contesté que no me había



ocurrido nunca, pero que tomaba pastillas para dormir, así que en estos momentos ni siquiera veía la primera puerta. Le conté que disfruto de esa inconsciencia. De la nada. De no existir. Le dije que a veces pienso que me gustaría no ser nada. Me pregunto qué sentirá al leerlo. Una pista de lo que puede estar por venir. Unas palabras que después la atormentarán.

Cerró nuestro chat cuando le mencioné de nuevo a David. Imagino que ahora se siente como si me hubiera traicionado dos veces. Sabe que la frágil Adele, pobrecita, no querría que se airearan sus secretos, no mientras el peligroso David siga en la casa. Sin embargo, cree ser lo bastante fuerte por las dos; cree que sabe lo que se hace. Me pregunto si la policía aparecerá antes o después de que surjan las dudas, o si no aparecerá en absoluto. Casi espero que suene el timbre en cualquier momento, a pesar de ser consciente de que la policía tardará más que eso en ponerse las pilas si decide tomarse en serio su carta. Quizá la desestimen sin más. Quizá deba enviar mi propia carta. Es una idea deliciosamente oscura, aunque por ahora decido no hacerlo. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Secretos, secretos, secretos. La gente está llena a rebosar de secretos si te fijas bien. Louise guarda unos cuantos, esta carta es el más reciente. Me siento un poco traicionada porque no me lo ha contado, porque no ha tenido en cuenta mis sentimientos al actuar, cuando se supone que es mi mejor amiga, pero logro controlar la irritación. Al fin y al cabo, está haciendo justo lo que quiero que haga.

Mis sentimientos ya no importan, igual que no importa mantener mi figura ni el ejercicio.

Porque ¿para qué? Dentro de poco estaré muerta.

## Louise

No sé por qué estoy tan nerviosa; no es que la policía vaya a aparecer en mi puerta agitando la carta en el aire para pedirme explicaciones. Llegué al extremo de ir en autobús hasta Crouch End para enviarla desde allí, a pesar de que seguramente usarán la misma oficina de correos que en mi zona. Quería poner distancia de por medio. Las manos me sudaban tanto que el sobre estaba mojado cuando por fin lo eché en el buzón.

Aun así, no para de revolvérseme el estómago, y encima David me envió un mensaje anoche: que quería quedar conmigo para hablar. Me quedé mirando las palabras una hora, más o menos, con la cabeza palpitante, pero al final no hice caso. ¿Qué quería decir con hablar? ¿Amenazarme más? De todos modos, estaba borracho; hasta el autocorrector había dado su ortografía por imposible. Para ser sincera, no me apetece hablar con ninguno de los dos. Adele me escribió un mensaje bobalición diciendo que David había cambiado, que quizá le estuviera dando demasiadas vueltas al tema. Seguro que se arrepiente de haberme contado lo de Rob. Cuando le confiesas un secreto a alguien, al principio te sientes genial, pero después se convierte en una carga, en un nudo en el estómago, porque sabes que has liberado algo que no podrás volver a encerrar y que ahora otra persona es dueña de tu futuro. Por eso siempre he odiado los secretos: es imposible guardarlos. Odio saber los secretos de Sophie, siempre preocupada por si algún día, después de beber más vino de la cuenta, se me escape algo delante de Jay. Ahora me encuentro envuelta en una maraña de secretos y he decidido ocuparme en persona del de Adele. A ella no le gustaría nada saber que he enviado esa carta, y no la culpo. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Al final, cambié de tema en los mensajes y me puse a hablarle de mis sueños. Le conté lo raro que fue sentir que abandonaba mi cuerpo al atravesar la segunda puerta. Parecía un asunto más seguro que seguir insistiendo en su extraño matrimonio y en la posibilidad, muy real, de que David sea un asesino.

Todavía me duele la cabeza, es una palpitación constante imposible de obviar, y las náuseas no se me pasan ni saliendo a tomar un poco de aire fresco cuando voy a recoger a Adam de una fiesta de cumpleaños en el centro cívico. En realidad, no he dormido. Me tumbo en la cama, exhausta, pero en cuanto se

apaga la luz se me enciende el cerebro. Creo que prefiero los terrores nocturnos a este insomnio absoluto. De vuelta a cuando la vida era más sencilla. De vuelta a la realidad anterior al hombre del bar.

Adam ha salido atiborrado de sándwiches y chucherías, así que metemos su trozo de pastel de cumpleaños en el frigorífico para más tarde, y corre a su cuarto a examinar el contenido de la bolsa de regalitos, que es tan cara que resulta ridículo. No quiero ni ver lo que habrá dentro; el cumpleaños de Adam es dentro de poco y me tocará a mí gastar un dinero que no puedo permitirme en comprar porquerías para unos niños que no las necesitan. Soy injusta. Ian me ayudará. Siempre es generoso en todo lo que respecta a Adam; el problema es que estoy cansada y estresada, y necesito que todo frene un poco.

—Me duele la cabeza —digo al asomarme al dormitorio del crío—. Voy a tumbarme un ratito, ¿vale?

Él asiente y sonríe; hoy es mi niño perfecto, y recuerdo lo afortunada que soy de tenerlo.

—Despiértame si necesitas algo.

No pienso ni por un segundo que sea capaz de dormirme, solo quiero cerrar las cortinas, tumbarme en un cuarto a oscuras y ahuyentar el dolor de cabeza. Me tomo un par de pastillas y me voy a mi dormitorio, donde disfruto del frescor de la almohada bajo la cabeza y dejo escapar un largo suspiro. Lo que necesito es media hora de tranquilidad. El dolor de cabeza es demasiado invasivo para pensar en gran cosa, así que me concentro en respirar hondo para relajarme. El corazón y la cabeza me palpitan al unísono, como amantes locos. Intento soltar la tensión de los hombros, de las manos y de los pies, como te obligan a hacer en esos interminables vídeos de yoga tan aburridos. Vacío el cuerpo de aire y la mente de complicaciones cada vez que exhalo. El dolor se reduce un poco, y noto los brazos pesados, como si se hundieran en la cama que tengo debajo. Para escapar un momento. Es lo que necesito.

Esta vez apenas veo la puerta de lo deprisa que aparece. Es un relámpago de plata. Unas franjas de luz y...

... me miro desde arriba. Tengo la boca entreabierta y los ojos cerrados. Si sigo respirando hondo, no se percibe. Parezco muerta. Vacía.

«Estoy vacía. —La idea es como agua fría corriendo por mis venas, si es que ahora mismo tengo venas—. Estoy aquí arriba. Eso no es más que... un cuerpo. Una máquina. Mi máquina. Pero no hay nadie al mando. No hay nadie en casa».

Me quedo flotando un segundo mientras me resisto al pánico de la última vez. No me duele la cabeza. No siento nada: ni brazos ni piernas ni tensión ni respiración. Quizá sea un sueño, una clase distinta de sueño. Algo es, sin duda. Me acerco a mi cuerpo y, al instante, noto que tira de mí, así que me obligo a

parar. Puedo regresar si quiero, pero ¿quiero?

Contemplo la línea de polvo en el borde superior de la pantalla de la lámpara, olvidada, gris y gruesa. Me retiro un poco hacia la puerta, aunque estoy aterrada de perder de vista mi cuerpo, por si también pierdo del todo el camino de vuelta. En el espejo veo mi figura detrás de mí, en la cama, tan inmóvil que da miedo; no tengo reflejo. «Puedes llamarme conde Drácula». Debería estar petrificada, pero es todo tan surrealista que me resulta entretenido, aunque parezca raro.

Ahora que empiezo a perder el miedo, siento otra cosa: me siento libre, liberada. No peso. Estoy a punto de ir al dormitorio de Adam, pero me preocupa que me vea de algún modo. ¿Adónde puedo ir? ¿Hasta dónde puedo ir?

Al piso de al lado, el de Laura. Por algún motivo, espero aparecer allí como por arte de magia, como si un hada madrina me tocara con su varita. Sin embargo, no ocurre nada. Me concentro más. Tanteo en busca del piso de Laura. Pienso en él en su conjunto. El enorme televisor que ocupa casi una pared entera. Su horrible sofá de cuero de imitación color rosa; ese que, aunque debiera odiar, lo cierto es que me arranca una sonrisa. La alfombra color crema, de esas que solo puedes poner cuando no tienes niños pequeños. El sofá, la alfombra, tonos como los de las nubes de azúcar. Deseo estar allí. Y entonces, como impulsada por una ráfaga de viento, allí estoy.

Laura está sentada en el sofá, con vaqueros y un forro polar verde ancho, viendo la tele. Están echando una reposición de *Friends*. Laura parte un trozo de la tableta de chocolate Fruit and Nut y se lo mete en la boca. Tiene al lado una taza de café, con un bonito estampado de flores. Espero que se fije en mí, que levante la mirada, sorprendida, y me pregunte cómo narices he entrado en su sala de estar, pero no lo hace. Incluso me coloco (no encuentro una palabra mejor para describirlo) frente a ella un momento, y nada. Me entran ganas de reír. Es una locura. Puede que esté loca. Puede que David tenga que darme algunas de esas píldoras con las que intenta atiborrar a Adele.

David y Adele. Su cocina. ¿Podría llegar tan lejos? Me concentro y, por un momento, mientras me imagino sus superficies de granito y sus caros azulejos, el calendario sin usar colgado con discreción en un lateral del frigorífico, donde no interrumpa las depuradas líneas del cuarto, percibo un cambio, el aliento del viento que se levanta para llevarme allí, aunque no sucede nada.

En el centro de este yo invisible me siento como en el extremo de una cinta elástica estirada. Lo intento de nuevo, pero no consigo ir más allá, como si mi cuerpo tirara de mí como un niño pequeño. Esta vez me muevo con más cuidado, me meto en la cocina de Laura, donde tomo nota de los platos sin lavar a un lado, no muchos, aunque los suficientes para demostrar que está teniendo un día perezoso, y después atravieso la puerta y salgo a la pasarela exterior que separa

nuestros pisos. No noto que cambie la temperatura, aunque hacía frío fuera cuando recogí a Adam de su fiesta.

«No lo notas porque, en realidad, no estás aquí —me digo—. Solo has cruzado un umbral».

Me siento estupendamente, como si hubiera dejado atrás toda la tensión y todo el estrés, y me hubiera liberado por completo. Sin hormonas, ni cansancio, ni sustancias químicas que influyan en mi ánimo; no soy más que yo, quienquiera que sea.

De nuevo intento llegar a la casa de Adele para ver cómo se encuentra, y a pesar de que esta vez estoy en el extremo más alejado del pasillo, hasta ahí puedo llegar. El elástico parece haberse estirado hasta su punto de rotura y tira despacio de mí hacia casa, por mucho que me resisto. Retrocedo y disfruto de la altura, de esta sensación similar a estar volando hacia mi puerta, y entonces me encuentro dentro.

—¡Mami! —lo oigo gritar antes de verlo.

En mi dormitorio, Adam está junto a la cama y me tira del brazo mientras sujeta mi móvil en una mano.

—¡Despierta, mami! ¡Despierta!

Me sacude, al borde de las lágrimas. Se me ha vencido la cabeza a un lado y mi mano muerta está dentro de la suya. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cuánto tiempo he pasado fuera? Diez minutos, como mucho, aunque lo suficiente para asustar a mi bebé, que intenta despertarme. Me alarma verlo tan preocupado, me entra el pánico y...

... me siento de golpe, con un jadeo en la garganta, y abro los ojos. De repente noto el peso de cada célula de mi ser, y el corazón me late desbocado, como un martillo neumático. Adam ha retrocedido, tambaleándose, y alargo las manos hacia él, frías sobre las suyas, tan calientes.

—Mami está aquí —le repito una y otra vez cuando el mundo y mi cuerpo se asientan a mi alrededor—. Mami está aquí.

—No podía despertarte —dice con la boca pegada a mi hombro. Un temblor ha estremecido su mundo seguro, algo muy parecido a la muerte, que él es incapaz de comprender—. No te despertabas. Tu móvil estaba sonando. Una señora.

—No pasa nada —mascullo—. Mami está aquí.

No sé a quién intento convencer, si a él o a mí. La cabeza me sigue dando vueltas mientras recupero la sensación de las extremidades, y aunque todavía le tiembla un poco el labio inferior, me da el teléfono. Lo cojo.

—¿Sí?

—¿Louise?

Es Adele. Habla en voz queda, pero me devuelve al presente. Adele nunca llama.

Adam sigue observándome, sin terminar de confiar en que esté sana y salva de verdad, y le sonrío mientras muevo los labios en silencio para decirle que vaya a tomarse un zumo y a poner los dibujos. Es un buen chico, así que hace lo que le pido, aunque no esté muy convencido.

—¿Estás bien? —le pregunto a Adele.

Me estremezco, fría por la falta de movimiento.

—Quería... Bueno, quería pedirte que te olvidaras de todo lo que te conté el otro día. Fue una estupidez. Ideas absurdas. Quítatelo de la cabeza.

Suena más fría, con el tono de voz de alguien que se arrepiente de contar un secreto y ahora quiere poner distancia de por medio.

—A mí no me sonó a estupidez.

Recuerdo el momento en que la carta pasó de mis dedos al buzón de correos, y el estómago se me revuelve por la culpa. Ahora no se lo puedo contar.

—Bueno, pues lo era. —Brusca. Es la primera vez que la oigo así—. Siento haberte involucrado en mis problemas matrimoniales, pero estamos bien, de verdad. Te agradecería que no vuelvas a mencionarlo.

—¿Ha ocurrido algo?

Se lo pregunto porque no es propio de ella, ni siquiera suena como ella. Adele siempre ha sido muy dulce. ¿Es que se han peleado? ¿La ha amenazado?

—No ha pasado nada. Es que a veces me dejo llevar por la imaginación.

—Yo no me he imaginado ese historial tuyo que él guarda. —Le suelto, casi con saña. Todavía me afecta lo que acaba de suceder, sea lo que sea, y por primera vez empieza a resultarme un poco patética—. ¿Y qué me dices de Rob?

—Olvídate de Rob. Olvida todo el asunto.

Ni siquiera se despide, me cuelga sin más. Me doy por enterada. Debería sentirme dolida o enfadarme, pero no. Como mucho, estoy desconcertada. ¿Es que David le ha hecho algo?

Contemplo el teléfono durante unos segundos. ¿Qué habría visto de haber sido capaz de entrar en su casa en vez de en la de la vecina? ¿Una pelea? ¿Amenazas? ¿Lágrimas? Aquí sentada, la idea de transportarme de forma invisible hasta allí suena a locura. ¿De verdad fui al piso de Laura? ¿Mientras seguía en mi cama? ¿Cómo es posible?

Encuentro a Adam en su cuarto, diminuto y desdichado, sentado en su cama mientras juega a medio gas con sus dinosaurios de plástico.

—¿Por qué no te despertabas? —me pregunta—. Me he pasado un ratazo sacudiéndote.

—¡Ya estoy despierta!

Sonrío para restarle importancia, aunque me juro que esto (sea lo que sea) no volverá a suceder cuando él esté en casa. Me doy cuenta de que ha desaparecido el dolor de cabeza cuando voy a buscarle un zumo y le digo que podemos ver dibujos en el sofá, los dos juntos. La tensión me ha abandonado, incluso después de la llamada de Adele. He enviado la carta, no hay vuelta atrás. En realidad es un alivio que haya sido tan fría conmigo. Quizá sea la forma de romper con ellos para volver a encarrilar mi vida, y de este modo, si sucede lo menos probable y la policía registra la propiedad, me sentiré un poco menos culpable por ello. Estoy despierta y alerta por primera vez desde hace varios días, como si salir de mi cuerpo le hubiera ofrecido el tiempo necesario para repararse sin preocuparse por su habitante.

¿Es eso lo que he hecho? ¿En serio? ¿He salido de mi cuerpo? La mera idea es demencial. Sin embargo, no es la primera vez que ocurre, ahora lo sé. Primero fue en el dormitorio de Adam. Y cuando floté sobre el sofá. Y ahora, esto. Todo a través de la puerta plateada. Pero ¿es real o un sueño?

Después de poner los dibujos animados, me escabullo de casa y voy al piso de Laura. Tiemblo cuando llamo a la puerta. Esto es una locura. Estoy loca.

—Hola —me saluda, vestida con vaqueros y un forro polar verde—. ¿Qué pasa? —Me quedo mirándola un momento, y frunce el ceño—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —respondo, y me obligo a sonreír—. Me preguntaba si te importa que eche un vistazo a tu tele. Es que llevo siglos prometiéndole a Adam que compraríamos una más grande, y estoy mirando online, en Argos, pero se me da fatal imaginarme los tamaños en el cuarto. Solo será un segundo. Perdona que te moleste.

—No hay problema. Perdona tú por el desorden.

Me deja entrar, y la sigo por su piso. Hay platos en la cocina, tal como los había visto, con restos de tostada o sándwich de beicon en uno de ellos.

—En realidad, es demasiado grande para mi sala —dice—, pero me encanta. Es de cuarenta y seis pulgadas, lo que al menos significa que puedo verla sin ponerme las gafas.

Se ríe y me río con ella, aunque en realidad no la escucho. La tableta de Fruit and Nut está en el brazo del sofá. La taza de flores, en la mesa. *Friends*, en la tele.

—Gracias —mascullo—. Ha sido de gran ayuda.

—No ha sido nada. Cuando quieras.

Intenta sacarme conversación sobre mis citas y si hay indicios de amor verdadero en el horizonte, pero estoy deseando salir de ahí. Me zumba la cabeza, casi he olvidado ya la llamada de Adele. Sí que he estado ahí. La he visto. Igual que estuve en el dormitorio de Adam aquella noche, cuando derramó el agua.

Regreso al sofá, donde Adam se acurruca contra mi pecho, todavía presa de los ecos del miedo que ha pasado al ver que no me despertaba, y miro los dibujos mientras él se queda embobado con ellos. ¿Cómo es posible que haya hecho lo que he hecho?

Solo más tarde, por la noche, cuando estoy sola en la cama, a oscuras, se me ocurre una idea terrible que me hiela la sangre por sus repercusiones.

Adam no podía despertarme. Me sacudía los brazos, que estaban fríos. Pensaba que algo iba mal. Yo me senté de golpe en la cama, jadeando. No fue una forma natural de despertar, en absoluto.

Todo exactamente igual que cuando intenté despertar a Adele.

Me mintió sobre la segunda puerta.



48

Adele

El amor verdadero nunca ha sido un camino de rosas. Lo sé mejor que nadie. Aun así, creo en él, en serio, a pesar de todo. A veces, el amor verdadero necesita una ayudita. Y eso siempre se me ha dado muy bien.

## Louise

A las nueve y media del lunes, después de dejar a Adam en la escuela de verano, ya estoy en la estación para subirme al tren que va a Blackheath. Debería estar agotada, puesto que apenas he dormido desde el sábado, pero tengo el cerebro repleto de preguntas y escocido por las dudas. La posibilidad de que Adele me mintiera sobre la segunda puerta lo cambia todo. ¿En qué más me ha mentado?

Dos preguntas me inquietan al sentarme junto a la ventanilla, con la espalda rígida por la tensión y los dedos tirando de la piel que rodea las uñas. Si Adele tiene la segunda puerta y puede salir de su cuerpo, ¿hasta dónde ha llegado y qué ha averiguado? Suena como un poema, rima y todo, y le doy vueltas y más vueltas al ritmo constante de la locomotora que me lleva por el puente de Londres.

Por supuesto, la pregunta principal es: ¿qué sabe sobre mi relación con David? ¿Sabe que existe esa relación? Si lo sabe, bueno, entonces... Se me revuelve el estómago al considerar la posibilidad. No consigo hacerme a la idea de que todo aquello que he estado dispuesta a creer con tanta facilidad sea mentira. De lo estúpida que puedo haber sido. De lo que he hecho. La carta. Todos los detalles que conté sobre Rob, David y Adele... para señalar a David como culpable. Dios, me imagino el desastre. Pienso en Sophie, sentada en mi balcón. ¿Qué fue lo que dijo?: «¿Fragil? ¿O loca? ¿Y si le falta un tornillo?». Dios mío, Dios mío, Dios mío.

En vez de buscar una lista de cafeterías en Blackheath, teniendo en cuenta que seguro que la mayoría no tiene ni página web, he buscado las consultas de psiquiatras, y solo hay tres, lo que me supone un leve respiro en mi tsunami de pánico. De todos modos, incluso si hubieran existido cincuenta, estoy decidida a encontrar a Marianne y hablar con ella. Tengo que saber lo que sucedió entre David y Marianne, y entre Marianne y Adele. Las notas del archivo de David eran demasiado vagas: «Marianne no presentará cargos». ¿Contra quién? ¿Contra él o contra ella? ¿Y por qué?

Me ha costado toda mi fuerza de voluntad no comprar un paquete de Marlboro Light en la estación. ¿Por qué permitir que vuelvan a empujarme al tabaco? No pienso darles ese gusto. Darles, porque ahora mismo no confío en ninguno de los

dos. Las malas hierbas que se me enredan en las piernas parecen de alambre de espino. Puede que mi pánico sea infundado. Puede que David sea el malo de la película, como Adele ha dado a entender. Puede que Adele no tenga la segunda puerta y, aunque la tenga, puede que no sepa nada. Puede que, como yo, no logre ir demasiado lejos. Quizá diga la verdad.

La idea no me resulta sólida. Recuerdo su mano fría y el jadeo de su despertar en el sillón del despacho de David. Si no puede ir muy lejos, ¿por qué molestarse con la segunda puerta? No me imagino pasándome las horas muertas observando a Laura sin ser capaz de ir más allá de la pasarela de nuestro edificio. Sería raro. Y aburrido, sobre todo si la primera puerta te permite soñar lo que quieras.

El día que la encontré en el despacho de David estaba al otro lado de la segunda puerta, seguro. Sin embargo, ¿adónde fue? ¿Qué observaba? ¿Y por qué me mintió al respecto? Tamborileo con el pie en el suelo hasta que llegamos a Blackheath y salgo corriendo del vagón, como si intentara huir de mí misma.

Recorro a toda velocidad las calles del acaudalado barrio mientras mascullo alguna que otra disculpa al colarme entre carricoches y peatones, aunque sin frenar el ritmo. Aquí hay multitud de cafeterías y restaurantes, pero me concentro en los más cercanos a las clínicas. De haber podido entrar en el ordenador del trabajo, habría consultado de qué clínica procede David. Por desgracia, me ha cerrado esa puerta, y si alguna vez me lo contó alguien, mi cerebro lo ha olvidado.

En uno de los callejones sin salida, pido un bocadillo de beicon que no quiero y, cuando descubro que allí no trabaja ninguna Marianne, me voy y lo tiro en la papelería de fuera. Al bocadillo lo siguen dos cafés para llevar, y ni rastro de ella. Me entran ganas de llorar de frustración, a pesar de que apenas llevo una hora por aquí. No me queda paciencia.

Por fin la encuentro: una cafetería pequeña, *kitsch*, pero en plan agradable y no hortera, al final de una callejuela adoquinada y tranquila que costaría encontrar sin saber que está ahí. Entiendo por qué le gustaba a David: resulta, acogedora, sin pretensiones. Sé que es el lugar correcto incluso antes de entrar. Lo noto. Igual que, al ver a la sencilla mujer que hay detrás de la barra, sé que me responderá que sí a la pregunta:

—¿Eres Marianne?

Y lo es. Es mayor que yo, quizá ronde los cuarenta, y luce la piel tostada y curtida de alguien que veranea al sol, puede que tres o cuatro veces al año, y que disfruta tumbándose junto a la piscina. Es atractiva, aunque no guapa, y no lleva alianza. No obstante, sus ojos rebosan amabilidad, lo percibo de inmediato.

—Necesito hablar contigo —le digo, ruborizada—. Sobre David y Adele Martin. Creo que los conoces.

La cafetería no está llena, solo hay una elegante pareja mayor que nosotras en una esquina, disfrutando de un desayuno completo y de la prensa, y un hombre de negocios en la otra, bebiendo café y trabajando en su portátil. No puede ponerme la excusa de que está ocupada.

Se tensa.

—No tengo nada que decir sobre ellos.

Su mirada ya no es amable; lo que veo ahora es que se pone a la defensiva, dolida y enfadada porque alguien la obliga a recordar algo que desea quitarse de la cabeza.

—Por favor —insisto—. No habría venido hasta aquí para encontrarte si no fuera importante.

Espero que perciba mi absoluta desesperación. De mujer a mujer. Puede que de víctima a víctima.

Lo hace. Al cabo de un momento de vacilación, deja escapar un largo suspiro y dice:

—Siéntate. ¿Té o café?

Elijo una mesa junto a la ventana y se une a mí con dos tazas de té. Empiezo a intentar explicarme, a contarle lo que me ha llevado hasta aquí, por qué necesito conocer su historia; me corta en seco.

—Te contaré lo que sucedió, pero no quiero saber nada más sobre ellos. Sobre ella. ¿Vale?

Asiento. Sobre ella. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

—Nunca hubo nada entre David y yo. Para empezar, él era demasiado joven, además de agradable y reservado. Llegaba temprano, se tomaba un café, se sentaba y miraba por la ventana. Siempre me pareció triste, y odio ver a la gente triste, así que comencé a charlar con él. Al principio, poca cosa, como hago siempre, pero después más, y descubrí que era gracioso y encantador. Acababa de divorciarme y me encontraba mal, y aquello era como ir gratis a terapia. —Sonríe, casi melancólica—. Bromeábamos sobre eso, que yo le pagaba con café. En fin, así era la cosa. Ella también apareció un par de veces, antes de que yo supiera quién era. Al principio. Me llamó la atención su belleza. Era de esas mujeres que no se olvidan.

—Como una estrella de cine —mascullo, y asiento.

—Sí, exacto. Casi demasiado guapa. No sabía que era su mujer, ella no me lo dijo. Se limitaba a sentarse con su infusión de menta y examinar el local. Me hacía sentir un poco incómoda, como si fuera una inspección de sanidad. Sin embargo, eso fue al principio, y después no volvió. Al menos, aquí no.

Todo suena tan inocente que no me imagino qué salió mal. A pesar de todo, el corazón me late aliviado al saber que no hubo aventura alguna. David no había

hecho antes lo que hizo conmigo. Adele se equivocaba, al menos sobre esta mujer. Confío en Marianne. No tiene motivos para mentirme.

—Entonces, ¿qué pasó?

—David empezó a abrirse conmigo poco a poco. Puede que el psiquiatra fuera él, pero cuando llevas tanto tiempo como yo trabajando en el sector servicios desarrollas tu don de gentes. Digo que se abrió, aunque en realidad fue más bien que empezó a hablar dando rodeos, no sé si me explico. Le comenté que, bajo su ingenioso exterior, siempre me había parecido un poco infeliz, y hablamos sobre el amor. Una vez me preguntó si era posible estar cegado de amor, al menos por un tiempo. Le respondí que, en esencia, en eso consistía el asunto, en ver solo lo bueno de otra persona. Le expliqué que el amor era, en sí mismo, una especie de locura, porque hay que estar muy loca para quedarse tanto tiempo como me quedé yo con alguien como mi John.

—Creo que deberías haber sido psiquiatra —comento.

Empezamos a caernos bien. Un grupo de apoyo de dos.

—Después de eso empezó a llegar media hora o así antes de que abriera, y yo preparaba el desayuno para los dos. Intenté sonsacarle un poco más y, al final, un día me confesó que había hecho algo malo hacía mucho tiempo. En aquel momento creía estar protegiendo a la mujer a la que amaba, pero aquello se interpuso entre ellos y, al cabo de un tiempo, empezó a temer que ella tuviera un problema grave, que no fuera la persona que él creía que era. Aunque quería marcharse, ella utilizaba ese acto del pasado para amenazarlo, para retenerlo. Le aseguraba que le destrozaría la vida.

Está mirando por la ventana, no a mí, y sé que ha regresado a esa época, a los momentos que la obligo a revivir.

—Le dije que la verdad siempre estaba mejor fuera que dentro y que debía enfrentarse al mal que había causado, fuera lo que fuese. Me contestó que pensaba mucho en ello; que era lo único en lo que pensaba. Sin embargo, le preocupaba que si confesaba e iba a la cárcel, nadie fuera capaz de impedir que ella le hiciera daño a alguien más.

Se me acelera el pulso y apenas siento que me quemó las manos al coger la taza caliente.

—¿Alguna vez te contó qué era lo que había hecho?

Rob. Tiene que ver con Rob. Lo sé.

Niega con la cabeza.

—No, aunque me dio la sensación de que era algo realmente malo. Puede que me lo hubiera acabado por contar en algún momento, pero entonces ella apareció en mi puerta.

—¿Adele?

A pesar de que se le tuerce el gesto al oír el nombre, asiente.

—Fue a mi casa. Debió de seguirme un día. Me ordenó que no me metiera en su matrimonio. Me dijo que no podía quedarme a David, que le pertenecía a ella. Me quedé pasmada e intenté explicarle que no había nada entre nosotros y que después de que mi marido me engañara, jamás le haría eso a otra mujer, pero no me escuchaba. Estaba furiosa. Más que furiosa.

«Jamás le haría eso a otra mujer». Marianne es mejor persona que yo. Me toca a mí apartar la vista, a pesar de que la escucho con atención y absorbo cada palabra que pronuncia para meditarlas después.

—Me ordenó que dejara de hablar con él —sigue diciendo, sin notar mi sentimiento de culpa—. Que dejara de aconsejarle si sabía lo que me convenía. Me dijo que David no iba a abandonarla, que la quería y que lo que hubiera ocurrido en su pasado solo era asunto suyo. —Hace una pausa para beber de su té—. Me sentí fatal, avergonzada, aunque no había hecho nada malo. Le aseguré que solo éramos amigos, nada más. Me dijo que yo no era más que una vieja deprimente con un gato por única compañía, y que ningún hombre se dignaría a mirarme dos veces. Era un insulto tan infantil que me reí. Creo que fue por la conmoción, pero me reí. Es probable que ese fuera mi error.

—¿Se lo contaste a David?

—No. Me sorprendió que apareciera en la cafetería a la mañana siguiente, la verdad. Suponía que le habría contado lo de nuestras conversaciones a su mujer porque, si no, ¿cómo se había enterado ella?

Eso, ¿cómo? «¿Hasta dónde puedes alejarte, Adele?». Me imagino a Adele flotando sobre ellos, invisible, mientras hablaban. Se enfadaría muchísimo. La imagen da paso de inmediato a la de Adele flotando sobre mi cama mientras me follo a su marido. «Dios mío».

—Sin embargo, se comportaba como si no hubiese sucedido nada. Parecía cansado, sí. Triste, sí. Resacoso, probablemente. Pero, sin duda, no como si le hubiera hablado a su mujer sobre nuestras conversaciones. Desvié la charla para decirle que debería hablar con ella de sus problemas. Me contestó que era demasiado tarde para eso y que ella nunca lo entendería. Como imaginarás, me sentía bastante incómoda con todo el asunto, así que le dije lo que pensaba en realidad: que tenía que dejar de hablar conmigo sobre el tema, pero que si era tan infeliz con su mujer debería abandonarla y afrontar las consecuencias. Para entonces ya estaba enfadada con ella, después de que se me pasara el susto de su visita. Pensaba que era una arpía, la clase de mujer para la que nada es nunca lo bastante bueno. Creía que a David le iría mejor sin ella.

Me gusta Marianne. Habla sin tapujos. Dudo que oculte secretos, que se los guarde a los demás o que se le dé bien hacerlo. Echo de menos ser esa persona;

alguien abierto.

—Sin embargo, lo que no supe prever es que sería yo la que tendría que afrontar las consecuencias —añade en voz baja—. O, para ser más exactos, que sería Charlie.

Ve mi cara de desconcierto.

—Mi viejo gato. Lo mató.

El mundo empieza a darme vueltas.

Otro gato muerto. ¿Coincidencia? Mis pensamientos suenan como las notas de David. David, que según Adele mató a su gato, y yo la creí a ella y no a él. «Ay, Louise, qué estúpida eres».

—¿Cómo? —grazno.

—Una noche no volvió, así que estaba preocupada. Tenía quince años y sus días de cazar ratones para traérmelos habían quedado atrás. Se dedicaba, sobre todo, a dormir en el sofá mientras yo estaba en el trabajo y a seguir durmiendo encima de mí cuando llegaba a casa. Por mucho que odie reconocerlo, esa mujer tenía razón en una cosa: desde mi divorcio, Charlie había sido mi única compañía. Cuesta adaptarse a vivir sola después de formar parte de una pareja.

Sé muy bien a lo que se refiere: a esa sensación de quedarse atrás.

—En fin, que creo que primero lo envenenó. No lo bastante para matarlo, pero sí para dominarlo. Era un cabroncete muy glotón y muy amistoso; se habría acercado a cualquiera que le ofreciese un trozo de pollo. No podía dormir porque no dejaba de preguntarme dónde estaría, y entonces, justo antes del alba, oí un fuerte maullido fuera. Un sonido lastimoso. Débil. Asustado. Pero era mi Charlie, sin duda. Lo tenía desde que era un cachorro y conocía todos sus sonidos. Salté de la cama, me acerqué a la ventana, y allí estaba ella, de pie en el camino de entrada a mi casa, con mi pobre gato flácido en sus brazos. Al principio fue más un desconcierto que un sobresalto. No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí esa mujer a aquellas horas de la mañana, pero mi primer pensamiento fue que lo habían atropellado y que ella lo había encontrado. Entonces le vi la cara. Jamás había visto a nadie tan frío, tan falto de sentimientos. «Te lo advertí», fue lo único que dijo. Tranquila, en voz baja. Antes de poder reaccionar, antes de darme cuenta siquiera de lo que estaba pasando, lo dejó caer al suelo, y cuando el gato intentaba arrastrarse hacia la puerta, ella... le pisó la cabeza.

Cuando me mira a los ojos, que tengo muy abiertos, veo en los suyos el recuerdo del horror, y, después, que se le mueve un poco el cuello al tragar saliva.

—Llevaba tacones —concluye.

No hace falta que diga nada más.

—Dios bendito.

—Sí. —Respira hondo y deja salir el aire despacio, como si con aquel suspiro pudiera sacárselo todo de la cabeza—. Nunca había visto nada parecido. Tanta rabia. O tanta locura. Y no quiero volver a verlo.

—¿Llamaste a la policía?

—Bueno, iba a hacerlo, pero primero quise que David viera lo que su mujer había hecho. Ya casi era la hora de abrir la cafetería, así que se me ocurrió enseñárselo (darle un susto rápido, dejarlo conmocionado) y, después, llamar a la policía. Estaba enfadada, con el corazón roto, aunque también tenía miedo. Tenía miedo por él y por mí. Envolví a mi pobre Charlie en una manta y me lo llevé conmigo. No tenía ninguna intención de trabajar aquel día, solo quería ver a David y después irme a casa a llorar. Seguro que suena ridículo, por un gato.

—En absoluto.

Y lo digo en serio; alargó una mano y le aprieto el brazo. Sé lo malo que es estar sola y, al menos, yo siempre he tenido a Adam. Me imagino lo fatal que se sentiría ella.

—La reacción de David fue interesante. —Ahora que se ha quitado de encima la peor parte de su historia, está pensativa. Quizá mi visita sea una inesperada terapia para ella—. En aquel momento no me percaté, pero cuando vuelvo la vista atrás, lo veo —sigue explicando—. Estaba horrorizado, eso es cierto. Y asqueado y disgustado. Pero no sorprendido. No se puede fingir la sorpresa. Al menos, no demasiado bien. En realidad creo que se sintió aliviado de que solo le hubiera hecho daño al gato. Eso fue lo que más me asustó de todo, ese alivio. ¿Qué creía que era capaz de hacer su mujer, si matar así a un gato le suponía un alivio?

Me tiemblan tanto las manos que tengo que ocultarlas debajo de la mesa.

«Ay, Adele, ¿a qué has estado jugando conmigo?».

—Me convenció para que no presentara cargos. Me dijo que conocía a Adele, que sería mi palabra contra la suya, y que ella podía ser muy convincente. Su belleza era una ventaja. Sin embargo, me garantizó que no tendría que volver a preocuparme por ella, que él se encargaría. Me dijo que haría una donación a una protectora de gatos. Básicamente, me suplicó que no llamara a la policía, y yo estaba demasiado cansada y sensible como para discutirlo. Solo quería que los dos salieran de mi vida.

—¿Así que no la denunciaste?

—No. Cerré la cafetería unos días y me quedé en casa, llorando y dando un bote cada vez que sonaba el timbre de la puerta, temiendo que fuera ella. Pero no regresó, y a él tampoco volví a verlo.

—¿Y eso es todo? ¿Desaparecieron?



—Recibí una carta de David unas semanas después, enviada al local. Me explicaba que había encontrado un trabajo nuevo y que se mudaban. Me daba las gracias por mi amistad, y me decía que sentía que me hubiera hecho tanto daño y que nunca se lo perdonaría. Se me revolvía el estómago con tan solo mirar la carta. Fue derecha a la basura. Quería olvidarlo todo.

—Siento habértelo recordado. Y siento lo de tu gato. Pero gracias por hablar conmigo, por contármelo. Me has ayudado mucho. Más de lo que te imaginas.

Se levanta de la mesa, y la imito, aunque con las piernas temblorosas.

—No sé cuál es tu relación con esos dos ni quiero saberlo, pero aléjate de ellos. No están bien y te harán daño.

Asiento y esbozo una débil sonrisa antes de correr al exterior. El mundo parece demasiado brillante, las hojas demasiado verdes en los árboles, sus bordes demasiado afilados contra el fondo del cielo. Necesito beber algo.

Pido una copa grande de vino y me la llevo a la mesa de una de las esquinas, desde donde no me ven bien los hombres de negocios y los primeros clientes de la hora de la comida que empiezan a llenar de risas y charlas el pub de Blackheath. Apenas los oigo. El ruido blanco del pánico no empieza a remitir hasta que me he bebido la mitad del vino, y entonces me enfrento a una cruda realidad que no puedo seguir evitando.

Me creí a la primera todo lo que me contó Adele. Me lo tragué. Y era mentira. De repente, veo de un modo muy distinto mis peleas con David. En su ira había miedo. Cuando me dijo que me alejara de ellos, no me amenazaba: me advertía. Su violencia era una forma de protegerme. ¿De verdad le importo, después de todo? ¿Decía en serio que se estaba enamorando de mí?

Dios mío, he sido una estúpida, una imbécil. Quiero llorar, y el vino no ayuda. He sido amiga de una psicópata. ¿Amiga? Medito sobre la palabra. No hemos sido amigas, en absoluto. Soy una mosca atrapada en su telaraña, y ha estado jugando conmigo. Pero ¿por qué? Si sabe lo de David conmigo, ¿por qué no se limitó a hacerme daño?

Tengo que hablar con él. Tengo que hablar con ella. En realidad, ¿de cuánto estará enterada? ¿Sabe que he venido a hablar con Marianne? ¿Y por qué me enseñó lo de los sueños si sabía de mi relación con David? ¿Por qué ayudarme de ese modo?

Como no encuentro respuestas, paso a pensar en David. Las pastillas, las llamadas de teléfono, el dinero. ¿En realidad son medidas de contención? ¿Intenta proteger al mundo de su mujer? ¿O también a él? Sigo sin saber lo que le sucedió a Rob. David cometió un error en su pasado. «No —me corrijo, porque no es eso lo que me ha contado Marianne—. Me ha dicho que hizo algo

malo creyendo que protegía a la mujer a la que amaba». Algo «malo» es peor que un error.

Saco el móvil del bolso y busco el número de la clínica en mis contactos; dejo los dedos suspendidos sobre el botón de marcar. Si él mató a Rob y le cuento lo de la carta a la policía, ¿qué pasa? ¿Qué hará? ¿Debería confiar en él y contárselo todo? Se me acelera el corazón al pensarlo. «A la mierda —pienso—. Sigue los dictados de tu corazón. Por una vez, confía en David. Después te enfrentarás con Adele».

Pulso el botón de marcar y me llevo el móvil a la oreja. Sue me responde, y yo intento disimular la voz. Le digo que me llamo Marianne y que tengo que hablar con el doctor Martin con urgencia. Me responde que va a ver si está disponible, que espere.

Aceptará reunirse conmigo. Seguro.

## Entonces

—Joder, qué alivio cuando se vaya —dice Rob, que pela patatas a regañadientes para después echarlas en una olla con agua fría—. Abrillanta esto, limpia lo otro, tira eso, esconde aquello... —Mira hacia donde está ella echando agua hirviendo en la mezcla del relleno—. No es más que un tío, no el puto papa de Roma.

Adele le saca la lengua, y él le lanza unas pieles de patata.

—¡No te preocupes, yo lo recojo! —exclama Rob, burlándose un poco más de ella.

—Quiero que esté todo bonito —dice ella—. Para los tres.

Está tan emocionada con la llegada de David que apenas durmió anoche, a pesar de haberse colocado bastante. Por otro lado, a Rob le mosquea cada vez más la visita, aunque ha prometido portarse bien. Está segura de que son los nervios. No se le da demasiado bien la gente, y por mucho que le asegure que le caerá bien su novio, es consciente de que no está muy convencido.

—Saldrá bien —comenta él mientras se aparta el pelo que le cae sobre la cara y vuelve a su tarea—. Bueno, si no nos envenenas con ese pollo. Y asegúrate de restregarle mucha mantequilla en la piel.

Habían estado muy ocupados las últimas veinticuatro horas limpiando todos los restos de su vida salvaje para no dejar ni rastro de comida basura, colillas de porros y hebras de tabaco, así que ahora las habitaciones olían a abrillantador y ambientador. Una casa de adultos, como debe ser. Rob incluso había prometido no mencionar las drogas ni colocarse ni nada durante el fin de semana. Adele no se cree ni por un segundo que no vaya a fumarse un canuto escondido en su cuarto, pero Rob es lo bastante listo como para abrir una ventana, y la casa es grande de sobra para que el olor no les llegue.

Cuando por fin terminan de rellenar el pollo y lo meten en el horno, ella consulta la hora (en el reloj de David, que ahora es el suyo, un vínculo constante con él) por enésima vez.

—Llegará pronto —dice, sonriente. Resplandece, no puede evitarlo. David, David, David. Tiene la cabeza llena de él—. En unos diez minutos, creo.

—Yupi. ¿Ya podemos beber algo?

Ella sirve copas de vino para los dos y se siente muy mayor con su pollo

asado, bebiendo de las mejores copas de cristal de sus padres. Tendrían que haber esperado a David, pero un trago relajará a Rob. Se apoyan juntos en la encimera de la cocina, y ella se engancha de su brazo.

—Al principio, David puede parecer callado y tímido —explica—. No lo malinterpretes, es su forma de ser. Es un poco reservado. Pero se vuelve muy gracioso cuando se relaja.

—¿Tan gracioso como yo? —pregunta Rob mirándola de soslayo, y ella le da un codazo en las costillas.

—De otra forma. En fin, que estoy segura de que te gustará. Si consigues superar la horrible verdad de que se preocupa por mí. En fin, qué desconsiderado por su parte, después de todo lo que ha pasado.

—Vale, vale, lo capto. Y tú deja de preocuparte, que ya te he dicho que me portaré bien.

Entonces los dos sonríen, y ella nota que la tensión abandona un poco el enjuto brazo de su amigo.

—Venga, vamos a esperarlo —le dice.

Cogen el vino y salen a sentarse en los amplios escalones de piedra, y mientras Adele se asoma a la carretera con impaciencia, Rob se apoya en una de las columnas que hay junto a las pesadas puertas de roble y bebe. Parece relajado, lo que confirma las sospechas de Adele: que, en realidad, es un manojo de nervios.

Por fin, el ronroneo de un motor rasga el silencio, y Adele deja escapar un chillido y corre por la grava dando saltitos.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

Está muy emocionada, como si su pequeña familia por fin estuviese completa. Nada de echar de menos a Rob cuando está con David, y a David cuando está con Rob.

El coche tarda un par de minutos en recorrer el largo camino desde la cancela, pero en cuanto aparca, Adele está en la puerta esperando a que salga. Vuelve la vista atrás, hacia Rob, y sonrío, y desde su puesto, inmóvil en los escalones, él le devuelve una media sonrisa, como si de repente se sintiera torpe y fuera de lugar. Parece pequeño y joven, y Adele desearía que se creyera, como ella, que todo saldrá bien.

David sale del coche, alto y fuerte, con vaqueros, camiseta y un jersey celeste de cuello de pico sobre la camiseta; y, como cada vez que lo ve, la mera imagen deja a la chica sin aliento. Es un hombre adulto. Su hombre.

—Hola —la saluda, y la abraza para darle un beso—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —No es capaz de borrarse la sonrisa de la cara. Lo coge de la mano—. Ven.

—¿Y las cosas del coche?

—Pueden esperar.

Tira de él hacia la casa, donde Rob arrastra los pies por el suelo, de repente encorvado, como si deseara que se abriera la tierra y se lo tragase. Adele lo entiende. Toda su amistad ha sido siempre cosa de ellos dos solos. De repente se deja llevar por la compasión, suelta la mano de David y corre escaleras arriba hacia Rob para engancharse de su brazo y sacarlo a rastras de las sombras.

—David, este es Rob, mi mejor amigo. Rob, este es David, mi prometido. Os ordeno a los dos que os queráis de inmediato.

Sonríe, absolutamente feliz. A pesar de todo, a pesar de esta casa, no podría ser más feliz.

A las diez y media de la noche del sábado todos han bebido demasiado, aunque al menos el ambiente está menos tenso que antes. Había sido maravilloso tener a David en sus brazos, en su cama y dentro de su cuerpo la noche anterior, y habían reído, planificado y vuelto a reír, por mucho que se diera cuenta de que David no estaba demasiado impresionado con Rob.

—Es tímido —le dijo ella cuando se acurrucaron juntos, haciendo la cucharita entre las sábanas sudadas.

—No habla gran cosa. Es un poco raro —fue el veredicto de David—. No entiendo por qué te cae tan bien.

Sin embargo, el domingo había sido distinto, y ella se alegraba. Cuando bajó a la cocina por la mañana, Rob ya había empezado a preparar el desayuno, y en vez de echarle miradas hoscas a David, como el día anterior, se había puesto a interpretar a un cómico cocinero que afirmaba ser un chef francés llamado François des Oeufs, y David se había reído con su exagerada actuación, en la que añadía sal a los huevos y freía salchichas como si fuera el jefe de cocina del Ritz. Entonces, David se le unió fingiendo ser un entrevistador muy estirado de la BBC que le preguntaba por sus técnicas, y todo el asunto acabó degenerando muy deprisa en una farsa en la que los dos chicos se esforzaban al máximo por hacerse reír y, después, hacer reír a Adele. Mientras comían, Rob le había preguntado por la universidad, y estaba claro que intentaba ser más simpático, aunque no le resultaba tan sencillo como lo de la comedia tonta de antes. David había respondido a todas las preguntas y, a pesar de parecer todavía algo indeciso, el desayuno había supuesto un punto de inflexión.

Después habían salido a dar un largo paseo por el bosque y habían hecho el capullo alrededor del pozo, y todo había salido bien. A Adele le encantaba estar por ahí con los dos, el delgaducho de Robert y su fuerte y apuesto David. Era una suerte contar con ellos. Rob lo intentaba, sin duda, y estaba funcionando.

Veía que David se sentía un poco menos incómodo.

Frente a la chimenea, con el suave zumbido del vino en la cabeza, está bastante satisfecha. Quizá no fuera el fin de semana perfecto que esperaba, pero mejora por momentos. Los dos la protegen, no es otra cosa, y por eso uno recela del otro. En realidad, es una chica muy afortunada.

David se levanta para ir al servicio y coger otra botella de vino, y le alborota el pelo a Adele al pasar junto a ella. Sienta bien notar sus dedos, y le sonrío mientras lo observa marcharse. Rob, tumbado en la alfombra, frente a ella, se incorpora.

—¿Qué tal voy? —pregunta—. ¿Mejor que ayer?

Ella le sonrío. Su otro hombre.

—Vas genial. Bien hecho.

—¿Y si te acuestas? Así nos dejas un rato a solas, para hablar de cosas de hombres.

—¿Para estrechar lazos? —se ríe ella.

—Algo así —responde él, devolviéndole la sonrisa.

Se le ocurre que, un día, Rob será guapo. Cuando le desaparezcan los granos, se quite el aparato y se rellene un poco. Parece muy joven, comparado con David.

—Puede que nos venga bien hablar sin que estés delante. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo. —Se le ocurre algo—. Pero no le hables de mi dinero, ¿vale? A David no le gustaría nada enterarse de que te lo he contado. Por favor, no lo menciones.

Lo dice a toda velocidad porque oye que se acercan los pasos de David.

—Jamás —responde Rob mientras contempla las hipnóticas llamas—. Ni se me había pasado por la cabeza.

## Louise

Tiene un aspecto de mierda, aunque es probable que el mío no sea mucho mejor: los ojos inyectados en sangre y la camisa arrugada bajo la chaqueta. No se ha afeitado. Me parece que se ha rendido, que se ha convertido en un muerto viviente. Busca la barra con la mirada.

—He pedido café para los dos —le digo—. Creo que necesitamos mantener la cabeza fría.

—Louise, sea lo que sea esto, pienses lo que pienses que sabes sobre Marianne, no tengo tiempo para hablar —me dice de pie junto a la mesa, sin apenas mirarme.

—Siéntate, David, por favor. —Lo cojo de la mano, firme pero amable, y lo retengo cuando intenta zafarse. Sienta muy bien tocarlo—. Por favor, necesito contarte algunas cosas. Cosas que tienes que escuchar.

Una camarera nos trae una bandeja con una cafetera llena y nos sirve el café caliente en las tazas mientras esboza una sonrisa alegre; como es educado por naturaleza, David se rinde, así que lo suelto para que pueda sentarse frente a mí.

—Te dije que te alejaras de nosotros —dice cuando la mujer se marcha.

—Lo sé. Y ahora sé que era una advertencia y no una amenaza. Sé lo que sucedió con Marianne. He ido a verla.

Se me queda mirando.

—Dios, Louise, ¿por qué? ¿Por qué harías algo así?

Percibo el miedo que se desprende de su irritación, ahora sí, y eso me avergüenza.

—Porque he sido una idiota. Peor que idiota; he sido... —No encuentro las palabras adecuadas para expresarlo—. Me han engañado como a una imbécil. He hecho algo muy malo y tengo que contártelo. —Me está escuchando, muy alerta, como un zorro en una cacería—. Pero primero voy a decirte lo que sé, ¿vale?

Él asiente despacio. No es la confrontación que esperaba y está tardando unos instantes en asimilarlo. ¿Cuánto habrá bebido hoy? ¿Cuánto necesita para atontarse y olvidar lo horrible que es su vida?

—Adelante —me responde.

—Vale. —Respiro hondo—. Creo que tu mujer está loca, que es una

sociópata, una psicópata o algo así. Creo que le das las pastillas porque sabes que está loca. Creo que, cuando te diste cuenta, intentaste ayudarla, pero que ya solo procuras contenerla. Creo que por eso llamas tan a menudo a tu casa, para ver cómo está. Creo que Adele sabe que nos acostamos juntos y que se hizo amiga mía para volverme contra ti, aunque todavía no sé bien por qué. Lo que sí está claro es que ha estado jugando conmigo..., con nosotros. Mató a vuestra gata igual que mató al gato de Marianne, y tú no puedes hacer nada porque guarda algo que te inculparía y te amenaza con contarle a la policía lo que sucedió con Rob. Que está muerto en algún lugar de su propiedad. Me contó que mataste a Rob...

Se inclina hacia delante para decir algo, pero alza las manos para silenciarlo.

—Espera a que termine —le pido, y él se deja caer de nuevo hacia atrás y acepta la acusación—. Me contó que mataste a Rob —repito—, pero no me lo creo. —Levanta la vista, y en sus ojos distingo una primera chispa de esperanza—. Aunque no sé qué le pasó a Rob, creo que lo hizo ella, y quizá tú la protegieras después porque la querías y ella acababa de perder a sus padres. Creo que cometiste un error estúpido y terrible, y que ella lo ha usado contra ti desde entonces, para retenerte.

De repente me entran ganas de llorar y tengo que reprimir las lágrimas.

—He sido una capulla por creerla a ella solo porque tú no te abrías. Debería haberlo sabido. Debería haber confiado en lo que sentía por ti, pero después de Ian se me ha olvidado cómo confiar en un hombre, y proyecté todo eso en nuestra relación.

—Y no es fácil confiar en un hombre que engaña a su mujer —dice, avergonzado, aunque no quiero ahondar en eso, ahora no. No tiene importancia.

—Cuando te enfadaste tanto y me amenazaste para que me alejara, debería haberme dado cuenta de que intentabas protegerme de ella, pero no fue así. Y a ella se le da demasiado bien parecer frágil y enredarme. Siento mucho habérselo permitido. —Me inclino sobre la mesa para cogerle la mano—. Necesito que me lo cuentes todo, David. Estoy de tu parte. He sido una estúpida, y ahora de verdad que necesito oír de tus propios labios qué está pasando, porque estoy harta de las mentiras de Adele y voy a volverme loca como no descubra la verdad.

Me contempla durante un rato, y espero que vea la confianza en mis ojos y lo que siento por él.

—Sea lo que sea, David, creo en ti, pero necesito que me lo expliques todo: lo del dinero, lo que le pasó a Rob. Tengo que saberlo. Porque después te voy a contar el error que he cometido yo, y es probable que me odies por ello.

—Nunca podría odiarte —dice, y entonces sí que me da la impresión de que



voy a echarme a llorar.

En menudo lío me he metido. Nos hemos metido. ¿Cómo he podido llegar a pensar que este hombre era un asesino? Bebe un trago de café, se aclara la garganta y pasea la mirada por el bar. ¿Él también está reprimiendo las lágrimas?

—Cuéntamelo —le digo, porque uno de los dos tiene que ser duro, y esa persona soy yo.

—Todo parece tan sórdido... —Se queda mirando su café. Me da la sensación de que no levantará la vista hasta que el quiste infectado que es esta historia reviente y pueda expulsar fuera todo el veneno—. Toda mi vida lo es. Aunque no empezó así. Al principio era... Bueno, era maravilloso. Dios, cómo la quería. Adele era la chica más guapa que había visto en mi vida, pero no era solo eso, sino también dulce y graciosa. Sus padres no aprobaban nuestra relación. Yo era el granjero pobre cuyo padre se había bebido todo su dinero, tenía cinco años más que ella y, además, la conocía desde siempre, más o menos. Acostumbraba a seguirme mientras yo trabajaba los campos que rodeaban el colegio, y a veces me contaba sus pesadillas.

—Era la niña a la que le regalaste el libro de los sueños.

—Aunque no ayudó demasiado —responde él mientras asiente.

Si él supiera... En ese libro debió de ser donde Adele aprendió lo de los sueños lúcidos y lo de la segunda puerta. Quiero mencionarlo (debería mencionarlo), pero prefiero escuchar el resto de la historia antes de distraerlo con algo que cuesta tanto creer.

—Sin embargo, cuando creció... —continúa—. Bueno, era... perfecto. Adele era una criatura etérea a la que no le importaban mis manos bastas ni mi padre de mierda... Me veía a mí, tenía fe en mí. De no haber sido por ella, es probable que nunca hubiera conseguido entrar en la facultad de medicina. Estábamos tan enamorados que no sé ni cómo describirlo. Con esa forma de amar tan intensa que tienen los jóvenes. —Hace una pausa—. Y entonces llegó el incendio.

—La salvaste. Tus cicatrices.

—Sí. Sí, la salvé. En aquel momento ni siquiera sentí las quemaduras, solo recuerdo un calor terrible, era como si se me ampollaran los pulmones al respirar. Sobre todo, recuerdo pensar que ella estaba muerta. Estaba inconsciente. Por los gases, la inhalación de humo o lo que fuera. No lograba despertarla.

Recuerdo haber pensado lo mismo cuando intenté despertar a Adele. Su mano fría. Sacudirla. «¿Desde cuándo tiene la segunda puerta?». Le hago un gesto con la cabeza para que siga hablando.

—¿Provocó ella el incendio?

—No lo sé, entonces ni siquiera se me ocurrió, pero después... —Deja la frase

en suspenso. Supongo que le habrá dado muchas vueltas—. Se habló de incendio provocado. La policía creía que podría haber sido yo. Y aunque pensé que quizá lo hubiera provocado alguien, jamás se me pasó por la cabeza que fuera ella. Algún empleado insatisfecho, quizá, porque había muchos. Adele era demasiado joven para entender la personalidad de sus padres, pero su padre no había conseguido su dinero sin aplastar a más de uno por el camino. Sin embargo, nunca pensé que hubiera sido ella. Estuvo a punto de morir. Si fue ella, corrió un riesgo enorme.

—Creo que eso le gusta.

—Quizá. Pero estaba muy afectada. No dormía. Era como si se desvaneciera poco a poco. Quizá fuera una especie de culpa. Decía que debería haberse despertado. Que podría haberlos salvado.

Dormir. Sueños. ¿Estaría Adele allí cuando murieron sus padres? ¿Provocaría el incendio y después atravesaría la segunda puerta para asegurarse de que David iba a salvarla? ¿O se quedó atrapada en el humo y se desmayó antes de poder escapar?

—¿Y después conoció a Rob? —pregunté—. En el centro terapéutico, ¿no?

—Westlands, sí. Le caía muy bien, y tenerlo de amigo la ayudó mucho. En aquel momento me dio rabia porque siempre había pensado que cuidar de ella era cosa mía, pero todavía estaba recuperándome de mis heridas y tenía clases en la facultad. Adele insistió en que regresara; incluso habló en cuanto pudo con sus abogados para que se encargaran de mis finanzas, lo que me hizo sentir incómodo. Sin embargo, pensábamos casarnos de todos modos, así que me dijo que no fuera tonto. En fin, que conocer a Rob fue bueno para ella. Lo entiendo. Él estaba allí, y yo no. Eso sí, no me gustaba que fuera un exyoni, y aunque nunca se lo dije, creo que ella lo sabía. Me imaginaba que su amistad concluiría cuando salieran de Westlands, pero Adele lo invitó a pasar un tiempo en su casa. Antes era así, siempre quería ayudar a los demás. O, al menos, eso parecía.

—Entonces, ¿qué pasó?

Rob. El chico del cuaderno. Por fin voy a averiguar qué suerte corrió.

—Solo lo vi una vez. Bueno, fui a visitarla un fin de semana, así que sería más exacto decir que lo vi un par de días. Era un crío delgadito con granos y aparato en los dientes. Nada especial. No sé qué me esperaba, supongo que algo de carisma. Aunque tenía dieciocho años, aparentaba menos. No hablaba mucho, al menos no durante la mayor parte del fin de semana. Se me quedaba mirando y mascullaba respuestas a mis preguntas, y después pasaba por algunos momentos en los que se esforzaba demasiado y se le iba la cabeza. Una mañana le dio por una terrible interpretación de un chef y le seguí la corriente, aunque, si te soy sincero, me hizo sentir incómodo. Adele decía que era tímido, que no se le daba

bien la gente. A mí me parecía un chico raro, cosa que no le transmití a Adele, por supuesto. A pesar de que acabamos charlando un par de horas el sábado por la noche después de que Adele se fuera a la cama, no lograba conectar con él. No dejaba de preguntarme por nuestra relación. Estoy bastante seguro de que eran celos. Cuando me fui el domingo, en secreto deseaba que su amistad con Adele se fuera muriendo por sí sola. —Hace una pausa y traga saliva—. Mi deseo se cumplió, aunque no del modo que yo quería.

—Rob murió.

Al final, asiente.

—Yo no estaba presente cuando sucedió. Llegué diez días después.

Por primera vez levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—Sé dónde está Rob, pero yo no lo metí allí.

Rob está muerto. Ya está. Esos son los hechos. No me sorprende, y me doy cuenta de que hace tiempo que lo tengo claro.

—Lo sé —respondo, y es cierto. Lo creo sin lugar a dudas. Demasiado tarde, quizá, pero lo creo—. Sé que no lo hiciste.

—Me llamó una mañana, presa del pánico —sigue explicando, ya más deprisa—. Me dijo que habían estado drogándose y que creía que Rob había sufrido una sobredosis, porque cuando ella se espabiló, él estaba muerto. Le dije que llamara a la policía y a una ambulancia. Adele lloraba. Me contestó que no podía. Cuando le pregunté por qué, me explicó que le había entrado miedo y había tirado su cadáver al viejo pozo seco del bosque, dentro de la propiedad. Estaba casi histérica. No me lo podía creer. Era... una locura, supongo. Me fui en coche hasta allí pensando que podría convencerla para que contara la verdad a la policía, pero no hubo manera. Según ella, le daba miedo que, después de lo que les había pasado a sus padres, con esto acabarían por encerrarla. Pensarían que había tenido algo que ver. Insistió en que le había entrado el pánico, que ya no podía deshacerlo. Que nadie, salvo nosotros, sabía que Rob había estado allí. Que nadie más lo había visto. Que ni siquiera su familia lo sabía. Me suplicó que no lo contara. Me dijo que podíamos mudarnos a otra parte y que nadie sabría nunca lo sucedido.

—Pero tú sí lo sabías.

—Al principio pensé que podía hacerlo, que podía guardar el secreto por ella, protegerla. Y lo intenté. Lo intenté con ganas. Nos casamos de inmediato, aunque ya empezaba a ver las señales de que algo iba mal. Yo odiaba lo que habíamos hecho, pero creo que habría aprendido a vivir con ello de haber pensado que a ella también la obsesionaba. Sin embargo, parecía no tener problema alguno, como si ya se le hubiera olvidado. Toda la vida de aquel chico, desaparecida. Su muerte, oculta. Creía que su comportamiento era un

mecanismo de autodefensa, que intentaba bloquearlo para seguir adelante..., pero no. De verdad que lo había dejado atrás sin más. El día de nuestra boda estaba exultante, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Entonces descubrió que se había quedado embarazada y, aunque yo pensaba que eso la haría todavía más feliz, lo cierto es que perdió los nervios e insistió en abortar... para sacarse aquel «alien» de dentro. —Se calla un momento, con la respiración entrecortada. Le cuesta hablar del tema, enfrentarse a esto, contarlo—. El amor tarda en morir, ¿sabes?

Me mira y le aprieto la mano con fuerza.

—Mi amor tardó mucho tiempo en morir. La excusaba, y tuve que dedicarme a terminar mi formación y mi especialidad, así que no siempre me daba cuenta de lo mucho que había cambiado. Pero había cambiado. Se gastaba unas cantidades de dinero absurdas..., incluso siendo tan rica...

—¿Y por eso tienes el control del dinero?

—Se lo habría devuelto cuando acabó aquel fin de semana que pasé en la casa de Escocia... Nunca lo había querido. Pero tampoco quería que lo despilfarrara todo. ¿Y si al final teníamos hijos? ¿Y si aquello no era más que una respuesta emocional a todo lo que tenía que superar? ¿Y si después se arrepentía de tantos gastos? Aceptó ponerme al cargo. Decía que sabía que tenía un problema y que necesitaba que alguien lo gestionara. Al volver la vista atrás, creo que aquella decisión no fue más que otro nudo en la soga que me había echado al cuello. En fin, que seguimos tres o cuatro años más fingiendo que todo iba bien, pero yo no lograba olvidarme de Rob. De su cadáver en el pozo. Acabé por darme cuenta de que mi amor había muerto con él, aquella noche. No podía olvidarme de Rob, ni aceptar que ella sí. Le dije que habíamos terminado, que me iba y que ya no la quería.

—Supongo que no se lo tomaría demasiado bien —comento, y por primera vez esboza una media sonrisa. Sin mucho humor, pero ahí está. Ahí está mi David.

—Por así decirlo. Estaba histérica. Me dijo que me amaba y que no podía vivir sin mí. Que se llevaría todo el dinero y me dejaría en la miseria. Le contesté que su dinero me daba igual, que siempre me había dado igual. Que no quería hacerle daño, pero que no podía seguir viviendo así. Entonces, guardó silencio. Un silencio que me asustó. Que todavía me asusta. He llegado a reconocerlo como una señal de algo peligroso en su interior. Me aseguró que, si me iba, ella llamaría a la policía para contar lo que había sucedido con Rob, en realidad. Me quedé desconcertado. No sabía qué quería decir. Entonces añadí que la verdad era relativa, que la verdad a menudo se reducía a la versión más creíble de los acontecimientos. Dijo que le contaría a la policía que Rob y yo nos

habíamos peleado, y que yo lo había matado y lo había tirado al pozo. Aturdido, le respondí que eso era mentira. Me dijo que no importaba, que la policía lo tomaría por celos y que ya sospechaban de mí por el incendio de la casa de sus padres, así que estaba convencida de que le harían caso.

Pienso en mi carta, en lo que debo contarle cuando acabe. «Dios mío, Louise, ¿qué has hecho?».

—Y entonces se sacó la carta que guardaba en la manga, la prueba que pondría a la policía de su lado, sin dudarle. Algo con lo que me amenaza desde hace una eternidad.

—¿Qué?

¿Qué puede haber hecho esa mujer?

—Mi reloj —dice sin más. Nota que estoy desconcertada y sigue hablando—. Cuando me quemé, no pude seguir poniéndomelo, así que se lo di a Adele como una especie de recuerdo. Aunque lo cerraba en el último enganche, le quedaba grande, pero le gustaba llevarlo. Jamás habría pensado que nos uniría para siempre en este infierno.

—¿Qué le pasó a tu reloj?

—Cuando tiró a Rob al pozo, el reloj se le salió y se enredó en la ropa del chico. —Hace una pausa y me mira—. Mi reloj está en el pozo, con él.

—Dios mío —digo, mirándolo, con el estómago revuelto.

¿Quién va a creerse la versión de David con una prueba como esa?

—Lo que más me repugna es haberle permitido chantajearme así. Fui demasiado débil. La idea de ir a la cárcel... O, peor, de que nadie me creyera..., de que todo el mundo piense que cometí ese delito tan horrible..., me dejó paralizado. ¿Y si la muerte de Rob no había sido un accidente, como afirmaba ella? ¿Lo mataría por algún motivo? ¿Parecería un asesinato si alguien encontraba el cadáver? No fui capaz de enfrentarme a ello. Estaba atrapado. Me prometió que se portaría bien, que seríamos felices, que volvería a amarla. Me dijo que quería un bebé. Todo lo que creía que me haría feliz. A mí me parecía una locura, porque no me cabía en la cabeza la idea de meter a un niño en la ecuación de nuestro matrimonio. Ya no. Al final acepté que el castigo por mi error y mi debilidad era permanecer atrapado en un matrimonio sin amor.

Dios, los años pasados con Adele, en el filo de la navaja, deben de habersele hecho interminables. Necesito un trago y seguro que él también, pero, por ahora, se acabaron nuestros días de beber. No puede seguir ocultándose en el fondo de un vaso, y yo necesito tener la cabeza despejada.

—El problema es que no conseguía mantener su enfermedad mental bajo control durante mucho tiempo. Jugaba a ser la esposa perfecta hasta que sufría uno de sus ataques descontrolados de rabia por nada.

—Como con Marianne.

—Sí, como ese, aunque empezó mucho antes. Estoy seguro de que me espiaba. Sabía cosas que era imposible que supiera. Llamaba a las colegas con las que creía que había intimado demasiado y les dejaba mensajes muy desagradables. Tuvo un trabajo durante un tiempo, hasta que me hice amigo de la encargada de la floristería; y entonces se produjo un incendio. Nada que pudiera apuntar a Adele, aunque sí lo bastante como para estar seguro de que había sido ella. Me veía obligado a cambiar de trabajo cada par de años por culpa de las cosas que hacía ella. Llegábamos a acuerdos: yo prometía llamarla al menos tres veces al día si ella renunciaba a sus tarjetas de crédito; yo volvía a casa directamente del trabajo si ella renunciaba a su móvil. Lo que fuera con tal de evitar que destrozara nuestras vidas y las de los demás con su locura. Es una sociópata agresiva, con empatía selectiva, estoy convencido. Sabe distinguir el bien del mal, salvo que su concepto de qué es cada cosa difiere del del resto de la gente, y solo me quiere a mí, si se le puede llamar amor a esto. Es capaz de cualquier cosa con tal de detener a quien se interponga entre nosotros, y es muy convincente. ¿Quién me iba a creer? —Me mira—. Tú no me creíste. Te tragaste sus historias sin rechistar.

—Lo siento mucho, David. Me odio por ello.

Tengo que contarle lo de los sueños, cómo lo espiaba Adele, cómo se enteraba de todo. Debo sincerarme. Abro la boca para hablar, pero está en racha y me interrumpe.

—No es culpa tuya. Sabe interpretar bien su papel, y yo era un borracho infiel. No debería haber hablado contigo en aquel bar, pero quería... Solo quería ser feliz. Y, Dios, tendría que haberlo sabido. —Está a punto de estrellar la mano contra la mesa, de pura frustración, pero se limita a aferrarse al borde de la madera—. Debería haberme dado cuenta cuando era pequeña. Esas locuras que me contaba...

—¿A qué te refieres? —pregunto, tensa.

Va a hablarme de los sueños, lo sé. Adele quería a David, así que seguro que intentó contárselo.

—La primera vez que estuvimos juntos nos emborrachamos e intentó contarme que podía hacer no sé qué locuras de mierda mientras dormía. No fue muy precisa, pero sonaba a ida de olla. Y lo peor es que es probable que fuera por mi culpa, porque me dio la impresión de que había sacado la idea de aquel libro *hippy* sobre los sueños que le regalé y que se había inventado unas locuras aún peores a partir de eso. Me reí y pensé que me tomaba el pelo, pero cuando se enfadó porque no me lo creía debí haberme dado cuenta de que esas ideas fantasiosas conducían a alguna parte. Era demasiado mayor para seguir con

imaginaciones infantiles. Está claro que eran indicios del comienzo de un trastorno serio. Quiero decir, ¿quién puede creerse que es capaz de abandonar su cuerpo mientras duerme? Es la clase de historia que te suelta la gente que ha tomado demasiado LSD. Así que, sí, debería haber visto las señales. O, al menos, recordarlas cuando nos hicimos mayores. —Me mira—. Por eso me alegré tanto de conocerte. Eras muy normal. —Me sujeta las manos de nuevo, como si fuera su salvavidas—. Eres una persona con los pies en la tierra. Tus pesadillas no son más que pesadillas, y has aprendido a vivir con ellas. Jamás te creerías algo así. Estás cuerda.

Ay, Dios mío, si él supiera... Ahora no puedo contárselo, ¿verdad? «En realidad, todo lo que te contó es cierto. ¿Cómo crees que te está espiando?». No puedo hacerle eso. No puedo hacérmelo. Ahora no. No cuando todavía tengo que contarle lo de la carta que he enviado a la policía. Necesita hechos y realidades, no es capaz de enfrentarse a nada más.

—Sin duda, tiene problemas —es lo único que consigo responderle—, hay que reconocerlo.

Nos apretamos las manos con fuerza, y él me mira.

—Me crees de verdad, ¿no? —pregunta, y asiento.

—Sí, te creo.

Al menos, eso se me ve en la cara: lo creo sin lugar a dudas. Él no mató a Rob.

—Ni te imaginas lo bien que me sienta oírlo. Pero no sé qué hacer. Le he dicho que quiero el divorcio. ¿Quién sabe cómo reaccionará ahora? Seguro que no me deja marchar, y me preocupa lo que pueda hacerte. Dios, menudo lío.

Y ahora me toca a mí contarle mi mala acción.

—El lío es peor de lo que te imaginas —le digo, con el corazón acelerado—. Yo lo he empeorado.

—No se me ocurre cómo puede ser peor —responde, sonriendo un poco—. Si sigues queriéndome después de lo que acabo de contarte, si me crees, todo es mucho mejor, al menos para mí.

Es verdad que tiene mejor aspecto, que hay más brillo en su mirada; es como si le hubieran quitado un gran peso de encima, aunque solo haya sido por unos minutos.

Así que se lo cuento. Que investigué por Internet y envié la carta a Angus Wignall, de la comisaría de policía de Perth, indicando todas las razones por las que pensaba que el doctor David Martin estaba implicado en la muerte de un joven llamado Robert Dominic Hoyle, y que su cuerpo probablemente seguía en algún lugar de la propiedad de Adele. Ahora me toca a mí clavar la vista en la taza de café mientras me arde la cara. Ni siquiera puedo escudarme en que Adele

me lo pidiera, porque esto es solo fruto de mi propia estupidez. Cuando termino, por fin levanto la mirada.

—¿Ves? Sí que lo he empeorado. Puede que lo tomen por la carta de una loca o puede que Wignall ni siquiera la vea.

Por favor, Señor, por favor, que así sea.

David se echa para atrás en la silla y deja escapar un suspiro.

—No, creo que la leerá. Conmigo era como un terrier, no paraba de intentar encontrar el modo de culparme del incendio.

—Debes de odiarme —digo.

Quiero que me trague la tierra y que no me suelte jamás. ¿Por qué siempre lo empeoro todo? ¿Por qué soy tan impulsiva?

—¿Odiarte? —Se endereza, y pone una cara a medio camino entre el ceño fruncido y la risa—. ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? No te odio. Te... Bueno, justo lo contrario. Incluso me gusta que te creyeras las historias de Adele, ese impulso de ayudarla. Lo entiendo. Pero no, no te odio por esto. En cierto modo, lo que has hecho es un alivio. Me lo deja claro.

—¿A qué te refieres?

No me odia. Gracias a Dios, coño. Seguimos juntos en esto.

—Adele no sabe lo de la carta que has enviado, ¿no? —pregunta.

—No, no creo. —La verdad es que no puedo ser más precisa, ya que cuesta saber lo que Adele sabe o no, pero no puedo responderle eso, no después de lo que acaba de contarme—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir allí. Voy a contárselo todo a la policía. La verdad. Quiero acabar con esto de una vez.

No es lo que me esperaba y, por un momento, me quedo boquiabierta, aunque sé que es lo correcto.

—Te creerán —le digo, por poco convencida que esté—. Yo te creo y puedo apoyarte. Y Marianne, seguro.

Niega con la cabeza, sonriendo un poco.

—Creo que hará falta más que eso para contrarrestar la versión de Adele. Mi reloj está allí, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿por qué hacerlo? —Temo perderlo incluso antes de tenerlo—. Seguro que hay otro modo. ¿Por qué ir hasta allí si crees que te van a detener?

—Para acabar de una vez por todas. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Estoy muy cansado de cargar con esta culpa, y ha llegado el momento de que ese chico tenga un entierro en condiciones.

—Pero no podemos consentir que se libre. Y es peligrosa. Ella es la que debería sufrir las consecuencias. ¡Ella es la culpable!

—Aunque yo no sea culpable, tampoco soy inocente. Y este sería el castigo



perfecto para Adele.

—¿A qué te refieres?

Me quedo mirando sus bellos ojos azules, tranquilos y claros.

—Lo único que siempre ha querido Adele es a mí. A su manera retorcida y demencial, me ama. Siempre me ha amado y siempre lo hará. Está obsesionada conmigo. Si me meten en la cárcel, por fin me alejaré de ella. Ya no tendrá poder sobre mí. Seré libre.

Noto que vuelven a acudir las lágrimas, aunque esta vez no las reprimo.

—¿Y si esperas un poco? ¿No podríamos pasar primero unos días juntos, por lo menos?

Niega con la cabeza.

—Si no lo hago ahora, no lo haré nunca, y pasar un tiempo contigo me lo pondría mucho más difícil. Me basta con que me creas.

—¿Cuándo te vas?

Me da igual Adele, puedo manejarla. Ahora conozco sus secretos. Siento una punzada de culpa: aunque no quiera, oculto un secreto que jamás podré compartir con él, como tampoco ella pudo.

—Hoy. Ahora. No son más que las dos y media. No quiero pasar antes por casa, ella sospecharía, pero estaré a medio camino de Escocia para cuando se dé cuenta de que me he ido. Te llamaré cuando llegue esta noche.

—¿Seguro que no deberías pensártelo un poco más? —Estoy siendo egoísta, quiero que se quede aquí, conmigo, fuera de la cárcel—. Va todo tan deprisa, tan...

—Mírame, Louise.

Lo hago.

—Sé sincera, ¿no crees que esto es lo correcto? ¿Una vez que sacas nuestros sentimientos de la ecuación?

Por la calma de su rostro, sé que ya conoce la respuesta, y asiento. Es lo correcto, incluso si acaba mal y nadie lo cree, la verdad debe salir a la luz.

—Es muy injusto —digo, y estoy ardiendo por dentro, necesito hacer algo—. A lo mejor puedo ir a verla y...

—No, no lo hagas. Es peligrosa.

—Es que tengo que...

—Es una sociópata, Louise. —Me sujeta la mano con fuerza—. ¿Lo entiendes? No puedes acercarte a ella. Prométeme que no lo harás. De hecho, preferiría que cogieras a Adam y salierais de Londres hasta que haya hecho lo que tengo que hacer. Por lo menos, prométeme que te alejarás de Adele.

—Lo prometo —mascullo.

No es justo que esa mujer le destruya la vida y se vaya de rositas. No es justo

que destrozé la mía y también se libre.

—Bien. No soportaría que te sucediera algo malo y no quiero tener que preocuparme por ti mientras me enfrento a esto. Te quiero, Louise. De verdad.

Se levanta para acercarse a mi lado, y nos besamos. Sabe a alcohol rancio, pastillas de menta y café, pero no me importa. Es agradable, cariñoso, fuerte y mío, y las lágrimas me vuelven a rebotar.

—No pasará nada —me susurra cuando nos separamos—. En serio. —Me sonrío—. ¿Qué tal se te dan las visitas penitenciarias?

Me río un poco a través de las lágrimas que no cesan.

—Siempre estoy abierta a nuevas experiencias.

Paga el café, un acto rutinario muy mundano que consigue que todo lo demás parezca todavía más surrealista, y después salimos y lloro un poco más contra su pecho, sin importarme quién nos vea.

—Todo saldrá bien —me asegura.

No es así. Nada saldrá bien, pero asiento, y nos besamos un poco más; lágrimas, mocos, cansancio y alcohol rancio. Menuda pareja estamos hechos. Aprieto mi rostro contra su cuello y absorbo su cálido olor, y de repente me encuentro tan solo con aire frío y el humo de los coches, y él se ha ido. Lo observo caminar hasta el metro. No vuelve la vista atrás. Creo que no se atreve, por si cambia de idea.

Es todo por mi culpa, eso es lo que pienso por enésima vez mientras me apoyo en una pared y busco mi cigarrillo electrónico en el bolso. Culpa mía y de mi estúpida carta. No puedo creerme que haya sido capaz de marcharse tan deprisa para afrontar la situación. Su vida debe de ser terrible para que le resulte un alivio encaminarse a un lugar del que sin duda saldrá detenido. El fin de su carrera. Su vida y su reputación hechas pedazos; un asesino, a ojos de todos. Me seco las lágrimas de la cara y dejo que la brisa me enfríe. Tengo tan poca culpa como David. No somos más que marionetas. La culpable es Adele. Adele es la culpable de todo.

Pienso en el único secreto que he tenido que ocultarle a David: los sueños. Las puertas. Toda esa locura. ¿Por qué me lo enseñó si me odiaba tanto? La detesto con tanta intensidad que esa rabia supera a la tristeza que siento por David y a la lástima que me inspiro por perderlo. Tengo que tenderle una trampa, engañarla para sacarle la verdad. Puede que cuando se dé cuenta de que ha perdido a David de todos modos diga algo, lo que sea, que lo ayude. Debe de haber alguna forma de obligarla a entender lo que está haciendo. Que aquí no hay ganadores. Y, sobre todo, necesito que sepa lo que pienso de ella, con pelos y señales. Ha llegado el momento de mantener una conversación sincera con mi supuesta mejor amiga. No he mentado a David: no pienso entrar en la casa ni voy a verla

cara a cara. Sin embargo, no le he prometido que no hablaría con ella, ¿verdad?

## Adele

Me siento en la tranquila cocina con la única compañía del reloj, con su inalterable tictac. Es extraño lo reconfortante que me resulta ese sonido. A veces le doy vueltas al tema, a la proliferación de relojes ruidosos por el mundo, todos marcando sin descanso nuestra falta de tiempo. Deberían aterrarnos y, sin embargo, no sé cómo, ese repetitivo soniquete calma nuestras almas.

Ignoro el tiempo que llevo aquí sentada. Estoy prestando atención al latir de los segundos, no a los minutos ni a las horas. Es como estar al margen de mi propia vida. Redundante. Ya casi ha terminado todo, y me siento vacía y triste.

Dicen que, si quieres a alguien, debes dejarlo marchar. Bueno, pues por fin lo voy a dejar marchar. Hay formas más sencillas de conseguirlo que el camino que he escogido, pero no se puede fingir la confianza, ni tampoco la fe ni el momento en que comprendes la verdad. Debe ser real. Tiene que ver esas cosas con claridad en los ojos de Louise. La conmoción al saber que ha malinterpretado por completo la historia. La inocencia de David. Todas las cosas que yo no podía ofrecerle.

La quiere de verdad, no puedo seguir negando ese hecho. En fin, *c'est la vie*. Disfruté mientras pude. Mientras me quedo aquí, esperando y escuchando cómo se me va consumiendo la vida, me siento a la deriva. Sí, concluyo cuando el tono agudo del móvil barato me saca de golpe de mi ensimismamiento, podría haberlo hecho todo de otro modo, pero así ha sido mucho más interesante. Al menos, me merezco mi canto del cisne.

Louise es un manojo de energía, rabia y enfado al otro lado del hilo telefónico, la antítesis de mi calma. Me vibra en el oído, lo irradia como si fuera calor.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —me pregunta. Percibo que necesita toda su fuerza de voluntad para no chillarme las palabras—. ¡Quiero saber a qué coño has estado jugando!

Está furiosa y me contagia su estado.

—Creo que eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no? Al fin y al cabo, tú eres la que se ha estado follando a mi marido.

—Lo que no entiendo —dice ella sin hacer caso de mi pulla— es por qué me contaste lo de los sueños. ¿Por qué me ayudaste si corrías el riesgo de que

descubriera la segunda puerta? ¿Y, si lo conseguía, que lo averiguara todo?

Qué desagradecida es, la muy zorra.

—Entonces no lo sabía —respondo mientras reprimo mi repentino acceso de rabia—. Creía que eras mi amiga. Intentaba ayudarte. Nunca había conocido a nadie como yo, y me hiciste sentir menos sola.

Percibo su desconfianza, un leve temblor en su aliento al otro lado del teléfono.

—Solo puedes usar la segunda puerta para ir a los sitios que ya conoces —le digo despacio, para asegurarme de que lo capte—. Si no has estado antes, no puedes verlo. Tienes que visualizar los detalles. —Apoyo la espalda en la fría pared—. No crucé la puerta de tu piso hasta una noche que estaba sola y te echaba de menos. Quería verte. Pero lo que vi fue a mi marido allí, contigo. —Hago una pausa y me esfuerzo por llorar—. Entonces lo descubrí. Entonces lo supe.

Louise es un libro abierto. Sé que está intentando descifrar la lógica de lo que le he contado. Tiene demasiadas cosas dentro de esa cabeza suya como para recordar ahora la conversación que mantuvieron en el despacho aquella primera mañana, sobre su indiscreción de borrachos. El despacho que yo había visitado el día antes. Pero yo sí la recuerdo, cada palabra y cada gesto: los nervios de ella, el pánico de él. Además del calor que emitían sus cuerpos al volver a verse. Recuerdo la rabia absoluta que tuve que controlar hasta que forcé nuestro encuentro y me contó lo de sus terrores nocturnos. Después de aquello, mi ira se derritió y se convirtió en puro júbilo. Una enemiga en potencia que, de repente, resultaba ser un regalo del cielo. Sin embargo, por ahora, al menos, lo que le he dicho tiene sentido para ella. También le he dado una información vital. «Tienes que visualizar los detalles». Mírame: incluso ahora la estoy ayudando.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué me contaste toda esa mierda sobre David? ¿Por qué te esforzaste para que pensara tan mal de él? ¿Por qué las mentiras?

Siempre en busca de respuestas, siempre queriendo saber. Debería haber sido detective.

—Las mentiras y las verdades son cuestión de perspectiva. ¿Y por qué crees tú que lo hice? —Me concentro en la tarea que tengo entre manos y alzo un poco la voz, enfadada y dolida. Quiere una confesión, seguro, pero todavía no ha terminado la partida—. Eras mi mejor amiga, mi primera amiga de verdad en años. Quería que lo odiaras. ¡Quería que me eligieras a mí! ¿Por qué iba a perderos a los dos? ¡Era injusto! ¡Yo no había hecho nada malo!

Puede que lo último sea pasarme un poco, teniendo en cuenta todo lo que sabe; debo sonarle como una loca. Por supuesto, por lo que a ella respecta, lo

soy.

—Deseaba que me quisieras más a mí —añado en un tono más suave, como si mi estallido de energía hubiera sido excesivo—. Pero tú lo querías a él y por mí solo sentías pena. Pena y culpa, eso era lo único que sentías por mí mientras te acostabas tan alegremente con el hombre al que amo.

Puede que yo no sea el mejor ejemplo de autoridad moral, pero pienso defender mi papel de esposa engañada.

—Eso no es verdad, y lo sabes. —La noto un poco más a la defensiva. Me imagino su rostro, ruborizado. Es tan predecible...—. Era tu amiga —continúa—. Creía que tú eras mi amiga, e intenté dejarlo. Había empezado antes de conocerte. No sabía que estaba casado. Intenté dejarlo. Y lo dejamos.

Le toca a ella decir verdades a medias. Sí que lo dejaron, pero porque intervine y él descubrió nuestra amistad. Louise habría seguido abriéndose de piernas para él (con aire culpable) a mis espaldas si David no se hubiera asustado y la hubiera dejado. Para protegerla de mí. Así es David. Siempre salvando mujeres. Por supuesto, esa versión de los acontecimientos no encaja con la imagen que tiene de sí misma, así que le gusta pensar que su culpa habría ganado la batalla y habría cortado con él de todos modos. Sin embargo, sé mejor que ella cómo es la gente. Sé cómo es ella.

—Bueno, ahora nos has perdido a los dos —me dice, desafiante.

—No, David no me abandonará. Jamás.

—No lo entiendes. —Me habla como si fuera una niña—. Te creí. Me creí todo lo que me contaste. Y se lo conté a la policía.

—¿Que hiciste qué? —exclamo, y casi se me escapa un grito ahogado. De sorpresa. O, al menos, de una buena imitación de sorpresa.

—Les escribí una carta, dirigida al policía que investigó el incendio en el que murieron tus padres. Ese en el que creías que estaba involucrado David. Les conté lo de Rob y que suponías que su cadáver estaba todavía escondido en tu propiedad.

—¿Que hiciste qué? ¿Por qué ibas a hacer semejante cosa? Yo no te lo pedí.

—¡Lo hice porque soy estúpida y no sabía que estabas loca!

—No te van a creer —mascullo mientras me levanto y me pongo a pasear por el vestíbulo con la cabeza gacha mientras pienso a toda velocidad. No puede verme, pero sí oír mis pasos. Percibirá mi preocupación—. No te van a creer.

—No, puede que no. —Respira hondo—. Pero a él sí.

—¿Qué?

Me quedo paralizada y hago una pausa.

—Va camino de Escocia para hablar con ellos. Va a contárselo todo. Les va a contar la verdad.

Se hace un largo silencio entre nosotras, tan solo interrumpido por el tictac del reloj.

—¡Pero no puede hacerlo! —digo al final—. No le harán... No puede... No haría...

—Tiene que hacerlo. Y no, no creerán su versión. Se te da demasiado bien mentir. Lo detendrán.

Noto que, por un momento, mi horror le alegra, le alegra que ambas suframos. Veo arder con fuerza en su interior todo el amor en potencia que siente por él y que le han negado durante tanto tiempo.

—Las dos sabemos que él no mató a Rob —dice—. ¿Por qué no lo confiesas ya?

—Lo meterán en la cárcel —musito, casi en un susurro—. Me lo arrebatarán.

Las lágrimas se me agolpan en el rabillo de los ojos. La mera idea de que me separen de David me provoca una reacción física, incluso ahora.

—¿Por qué no podías limitarte a odiarlo? —Esta vez soy yo la que grita—. ¿Por qué? ¿Por qué me haces esto?

No responde, así que gimo como un animal y me dejo caer al suelo.

—Se suponía que debías odiarlo —insisto, llorándole al teléfono—. Se suponía que debías elegirme a mí. —Me pego las rodillas a la barbilla mientras mancho de mocos y lágrimas la manga de seda, absorta en mi interpretación—. ¿Qué voy a hacer ahora? No puede abandonarme. No puede. No lo hará.

—Ya lo ha hecho —dice; ahora es Louise la tranquila, la que controla—. Pero puedes detener todo esto, Adele. Eres la única que puede hacerlo. Cuenta la verdad. Al menos, cuéntame la verdad, aquí y ahora.

«Oh, no, mi pequeña chaquetera —quiero bufarle—. No te va a resultar tan sencillo».

—Estás enferma, Adele.

«Que Dios te bendiga por decir eso, Louise, patético ejemplar de zorra robamaridos. Las dos sabemos que la palabra en la que estás pensando ahora mismo es *loca*».

—Las pastillas que no te has estado tomando te ayudarán —continúa—. Si acudes a la policía y confiesas que lo que le sucedió a Rob fue un accidente y que te entró el pánico... Bueno, serán comprensivos contigo. Lo único que hiciste fue ocultar el cadáver. Con David, pensarán que fue asesinato. Puede que también crean que asesinó a tus padres.

Me doy cuenta de que evita con mucho cuidado sugerir que quizá fuera yo la que los asesinó a los tres: la psicópata de Adele.

—Serán más amables contigo, hay atenuantes: perdiste a tu familia y habías estado en tratamiento. No te meterán en la cárcel, estoy segura.

Ay, qué lengua tan meliflua tiene. No, puede que no me encierren en la cárcel, pero he oído que el psiquiátrico de Broadmoor tampoco es un paseo por el campo, muchas gracias.

—¿Por qué haría David algo así? —gimo—. ¿Por qué?

—No te quiere, Adele. Hace mucho tiempo que no te quiere. Solo ha estado intentando cuidar de ti, hacer lo mejor para ti.

Entre su falsa simpatía y su presunción de saber tanto sobre nuestro matrimonio me entran ganas de propinarle un puñetazo en su cara. Me clavo las uñas en las rodillas para desahogarme mientras ella sigue hablando.

—¿Qué razón hay para que sufra? Si de verdad lo amas, y creo que sí, puedes salvarlo. No te lo puedes quedar, Adele. No puedes mantenerlo atrapado, contigo. Esa no es vida, para ninguno de los dos. Pero si contaras la verdad, si lo protegieras ahora que te necesita, quizá consigas arreglar algo.

—Me lo has quitado todo —susurro otra vez. No reconoceré mi culpa. No a estas alturas de la partida—. ¿Qué se supone que voy a hacer sin él?

—Podrías hacer lo correcto. Demostrarle que lo amas. Acabar con toda esta mierda. Al menos, quizá así no te odie. Quizá tú no te odies.

—Que te jodan —susurro, disfrutando de la sensación del lenguaje vulgar en mi boca. Me quedo aquí sentada un momento hasta que la rabia sale disparada de mí en un estallido de saliva—. ¡Que te jodan! —le chillo, y me echo a llorar.

Oigo un clic y el tono del teléfono colgado, y me vuelvo a quedar sola con el interminable tictac del reloj. «Dios, esa zorra a veces se pone muy paternalista», pienso mientras me levanto, me meto el móvil en el bolsillo y me enjugo las lágrimas. Sin embargo, tiene razón: ha llegado el momento de arreglarlo todo.



## Louise

Cuando cuelgo, estoy temblando.

¿Habrán surtido efecto algunas de mis palabras? ¿Qué hará ahora? ¿Llamar a la clínica? ¿Destrozar la casa cuando se dé cuenta de que no le mentía? Pienso en cómo sonaba, hecha polvo. No. Me ha creído. Sabe que David se ha marchado. Intento llamarlo por teléfono, pero me salta el contestador automático. Debe de estar ya en el tren, y seguro que hay mala cobertura. Suelto una palabrota entre dientes, aunque le dejo un mensaje asegurándole que estoy a salvo.

A salvo.

Adam. Se supone que tengo que recogerlo dentro de una hora. ¿Cómo voy a jugar a la familia feliz con él esta noche, con todo lo que está pasando? Ay, mi bebé, lo quiero una barbaridad, pero hoy no puedo enfrentarme a él. Estoy demasiado distraída. Además, está Adele, que sabe dónde vivo. ¿Y si su terrible malestar se convierte en ira? Sociópata, así la describió David. ¿Y si viene a por mí cuando asimile lo sucedido? Considero la posibilidad de irme a un hotel, como sugirió David, aunque lo descarto porque tendría que darle demasiadas explicaciones a Ian cuando Adam vuelva a verlo. Además, una parte de mí quiere averiguar hasta qué punto está loca Adele. Si viene a por mí, quiero estar preparada. Creo que va a perder el control cuando le falte David. Casi espero que lo pierda. Eso lo ayudaría a dar credibilidad a su versión de los hechos.

Llamo a Ian mientras me prometo en silencio que, pase lo que pase, mañana me llevaré a Adam a una merienda especial madre-hijo.

—Hola —le digo cuando me responde, un poco preocupado, ya que nunca lo llamo al trabajo. Esos días quedaron atrás hace mucho tiempo—. No pasa nada, tranquilo, es por si Lisa y tú podíais hacerme un favor, aunque es un poco de última hora.

—¿El qué?

—¿Podrías llevarte a Adam esta noche? ¿Recogerlo de la escuela de verano? Se me ha presentado algo y voy a salir tarde, y además tengo una invitación a cenar.

—¡Claro! Llamaré a Lisa, ella irá a recogerlo.

Percibo el entusiasmo en su voz: cree que tengo una cita, que su exmujer por fin pasa página.

—Gracias —le respondo—. Eres un cielo.

—No hay problema. ¡Que te diviertas!

Nos despedimos y colgamos. Qué raro es que el amor pueda convertirse en odio y después en esta tibia amistad.

Me resisto al impulso de comprar una botella de vino por el camino porque, por mucho que me asegure que solo me beberé una copa, con mi estado de ánimo sé que la botella habrá desaparecido para cuando llame David, y no me fío de mí: si me emborracho, no sé si lograré evitar suplicarle que cambie de idea.

Y, además, por supuesto, está Adele. Si aparece y he estado bebiendo, no tendré ninguna oportunidad contra ella.

## Adele

Cómo pasa el tiempo, ¿no es eso lo que dicen? Tic, tac, tic, tac. El tiempo pasa y pasa a lo largo del día. Es el último día. No esperaba que fuera esta noche. Tampoco esperaba estar sola cuando llegara la hora final. Había planeado que sucediera durante el fin de semana, cuando Adam no estuviera y David sí. Puede que drogado y dormido, pero aquí. Sin embargo, las estrellas se han alineado a mi favor, y Adam está con su padre, mientras que David, bueno, está embarcado en su misión autodestructiva en Escocia. De vuelta al hogar para limpiar su conciencia. Es mucho mejor así. En primer lugar, menos complicado, y, de todos modos, esto solo nos concierne a Louise y a mí. Él no es más que el premio de nuestro juego de tirar de la cuerda, y las dos estamos cansadas de tanto esfuerzo. Ha llegado el momento de que acabe la partida. De decidir quién gana y quién pierde.

El escenario está preparado y todo está listo. Organizo el dormitorio, escribo mi carta y la dejo en un sobre blanco cerrado, sobre el escritorio de David. Es papel nuevo, caro. Solo tiene mis huellas. No podrán incriminar a David. He pensado en todo, y todo tiene que ser perfecto. Que parecer perfecto.

Todavía quedan unas cuantas horas, y, tras practicar una y otra vez hasta que no consigo obligarme a volver a hacerlo, me limito a pasear por nuestra casa vacía para despedirme de ella. Con el pulso acelerado y la boca seca. No paro de ir al servicio. Por primera vez, me doy cuenta de que tengo miedo.

Ya no llueve, así que salgo al fresco del crepúsculo para disfrutar del cosquilleo de la piel de gallina. Me calma. Debo atornillar hasta el tope mi coraje y no fallar. Las ramas de los árboles cuelgan bajas por encima del césped y los lechos de flores, aunque están rebosantes y vivas, y el otoño que acecha todavía no ha reclamado las hojas. Es como una versión domada del bosque de la casa de Escocia. Si no la tocáramos, ¿cuánto tardaría esta naturaleza podada en volverse salvaje? Me siento como este jardín, como una criatura salvaje a la que han podado. Me quedo un rato para saborear los olores, la brisa y la vista, y después, cuando la tarde se sumerge en la noche y la piel me tiembla de frío, vuelvo al interior.

Me doy una larga ducha caliente, unos cuarenta minutos, puede que más. El

tiempo parece estar avanzando más deprisa ahora, como si fuera consciente de mi creciente terror y jugara con él. Respiro hondo, envuelta en vapor, para apaciguar los nervios. Yo tengo el control. Siempre lo he tenido. No me convertiré en una mujer llorosa, quejica y temerosa ahora, al final.

Me seco el pelo y disfruto de su reluciente exuberancia, y después me examino en el espejo antes de sacar mi mejor pijama de seda. Tengo ganas de llorar, a pesar de que sea absurdo y de que me odie un poco por ello. Compruebo que las cosas estén donde deben estar, aunque preparase el dormitorio hace un par de horas y sepa que todo se encuentra en su sitio. Como David cuando comprueba una y otra vez que tiene el pasaporte en las raras ocasiones en las que hemos pasado las vacaciones fuera. Sonrío. Pensar en David me calma. Todo esto es por él. Siempre ha sido por él. Lo amo tanto, tantísimo...

Miro la hora: las diez de la noche. Dentro de una media hora, aproximadamente, será el momento. Me tumbo en la cama y cierro los ojos.

## Louise

No vuelve a llamar hasta pasadas las diez, y ya estoy que me subo por las paredes. Poco a poco empiezo a ser consciente de la realidad de lo que está haciendo. Puede que la próxima vez que lo vea sea al otro lado de una mesa, en la sala de visitas de una cárcel. Noto el estómago revuelto y los nervios de punta, como si hubiera bebido demasiado café y muy cargado, y oír su voz me supone un alivio tremendo. Está en un hotel de Perth, a la espera de Wignall, que va a ir a verlo. Me alegro de no haber bebido nada, porque si él es capaz de ser fuerte, yo también. Le cuento lo de mi llamada a Adele, lo suelto todo en un tsunami de palabras.

—No conseguí que confesara. Sonaba culpable y preocupada, pero no llegó a decir que fueras inocente. Lo siento mucho. Quería obligarla a ver lo que había hecho. Esperaba que fuera sincera, quería convencerla de que contara la verdad sobre el reloj, sobre lo que había sucedido.

—No pasa nada, Lou —responde. No suena enfadado, solo cansado y resignado. No obstante, me gusta oírle decir el diminutivo de mi nombre. Es muy íntimo—. No sabe cómo contar la verdad. Ahora debes tener cuidado. No creo que comprendas realmente cómo es. Si te ocurriera algo, no podría soportarlo.

—No me va a pasar nada, te lo prometo. Estaré aquí cuando me necesites.

No hago más que soltar clichés, cosa que no me importa.

—Creo que ya llega —masculla David al teléfono, alguien a cientos de kilómetros de distancia que acaba de mirar hacia el otro extremo de la habitación—. Te llamaré en cuanto pueda, lo prometo. Y, por favor, sal del piso esta noche, ¿vale? Por lo menos, vete a casa de un vecino.

—David...

No sé qué decir, ¿te quiero? O algo que lo dé a entender, como mínimo. Jamás he estado tan segura de querer a alguien. Sin embargo, no tengo la oportunidad de terminar mi semideclaración de semiamor, porque oigo el clic del teléfono al colgar cuando el policía reclama a David.

La tensión abandona mi cuerpo de golpe. No hay marcha atrás. No queda tiempo para que cambie de idea. Me siento hueca y vacía, y soy tan egoísta que

desearía que Adam estuviera aquí para entrar en su dormitorio y observarlo mientras duerme, para así recordarme que he tenido un poco de suerte en la vida. Sin embargo, lo que hago es meterme en la cocina para coger la botella de ginebra y el zumo de la despensa. Será mejor que nada. Estoy sirviéndome una cantidad estúpidamente grande cuando oigo sonar el móvil: un mensaje.

Vuelvo corriendo a la sala, con el corazón en un puño. ¿Será David? ¿Le habrá dicho el policía que regrese a casa y se haga mirar la cabeza? ¿Lo echan sin escuchar su historia? ¿Creen que es una pérdida de tiempo?

Pero no es David, sino Adele. Estaba tan segura de que sería él que me quedo mirando el teléfono un momento antes de registrar el nombre, y entonces se me forma un nudo de nervios en el estómago. ¿Y ahora qué? ¿Qué va a hacer ahora? Pulso el botón para leer el mensaje.

«Tenías razón, tengo que arreglarlo y ser sincera sobre todo lo que sucedió. No puedo vivir sin David y me lo van a quitar. Pero tampoco puedo permitir que me encierren. No puedo. No quiero estar en un sitio horrible lleno de locos. Es mi cabeza, y no quiero que jueguen con ella. No soy lo bastante fuerte para eso, ni para vivir sin David a mi lado. Así que voy a elegir el camino más fácil para salvarlo. Quizá no el más fácil, aunque sí el único del que dispongo. Supongo que es lo correcto, además, después de todo. Espero que estés contenta. Puede que ahora él lo esté, sin mí. Fui tu amiga, Louise, durante un tiempo. Recuérdalo, por favor».

Me quedo mirando el mensaje para intentar encontrarle sentido. ¿Qué piensa hacer? ¿Qué me está contando? ¿El camino más fácil? ¿Qué quiere decir? La verdad de su sentido me grita por dentro mientras el resto de mi cerebro intenta ponerse a la altura. Es tan poco propio de la idea que me he formado de ella... Entonces recuerdo cómo estaba al teléfono, destrozada y llorosa. Puede que sea una loca, pero quiere a David. Nunca ha estado sin él.

«El camino más fácil». Se va a suicidar. Recuerdo las pastillas que guardan en la cocina. ¿Se las piensa tomar todas? ¿Es eso?

Intento llamarla, pero no responde. Joder, joder, joder. Me zumban los oídos por culpa de la tensión. ¿Qué hago? ¿Llamo a la policía? ¿Y qué les digo? ¿Y si ni siquiera es verdad? Se trata de Adele, al fin y al cabo. ¿Será una prueba? ¿Una trampa? Por otro lado, ¿y si no lo es? Incluso después de todo lo que ha sucedido, no quiero que pese sobre mi conciencia el haber podido evitarlo. ¿Cómo saberlo?

Me doy cuenta de que puedo intentar una cosa: mi propia locura, esa que ella ha liberado dentro de mí. Mi nueva habilidad.

Me trago la mitad de la ginebra con naranja y me siento en el sofá. Si puedo verla, lo sabré. Ralentizo mi respiración, dejo que el cuello se me relaje y no pienso en nada más que en la puerta. Me concentro como nunca antes, y ahí está, la plata resplandeciente. Pienso en la casa de Adele, en su dormitorio, en la cama de estructura metálica, en la pared con las tres franjas verdes, en el tacto del juego de sábanas de algodón bajo mis dedos, en la tarima flotante. Por un momento creo que puedo llegar, pero entonces la puerta me empuja hacia fuera y desaparece. Está demasiado lejos. No soy capaz de llegar tan lejos. Todavía no.

Mientras me maldigo, la maldigo a ella y lo maldigo todo, me siento y cojo el móvil. Abro la aplicación Uber para buscar un coche: hay vehículos disponibles a dos minutos de aquí.

«Fui tu amiga, Louise, durante un tiempo».

A la mierda. Joder, mierda, joder, tengo que ir. Tengo que ir. No me queda alternativa. Ni siquiera cojo el abrigo antes de salir corriendo al frío de la noche.

El taxi es fiel a su palabra y llega a la calle casi a la vez que yo, y después de ladrarle la dirección al conductor, dejo un mensaje en el teléfono de David para decir adónde voy y por qué. Si es una trampa y algo sale mal, al menos sabrá lo que me ha sucedido. *Quién* me ha sucedido. Intento llamarla otra vez, sin respuesta. Tamborileo con el pie en el suelo y me inclino hacia delante para meterle prisa al motor.

¿Cuánto hace que recibí el mensaje? Diez minutos, máximo, creo. Sin embargo, quizá sean demasiados. ¿Llego tarde?

Salgo del coche antes de que pare del todo y grito mi despedida al conductor con aire ausente. Después subo volando los macizos escalones de piedra y, con mano temblorosa, pulso el timbre hasta el fondo. Oigo que suena al otro lado, pero no veo luces en la planta baja. Vuelvo a llamar, dejándolo pulsado cinco segundos o más; nada.

Me agacho y me asomo a través de la rendija del buzón.

—¡Adele! ¡Soy yo!

Me llega un olor acre, ¿humo? En el otro extremo del pasillo, dentro de la cocina, veo un resplandor naranja. Ay, mierda. Ay, joder. Un incendio.

¿Qué había dicho Adele? ¿Que iba a arreglarlo? ¿Estaba hablando de sus padres, más que de Rob? Un incendio mató a su familia, y hubo un incendio en la floristería en la que trabajaba. ¿Es cosa suya? ¿Suicidarse en un incendio es su forma de equilibrar la balanza? Llamo otra vez al timbre, roja de pánico, y entonces recuerdo la llave y me pongo a rebuscar en la maceta, a hundir los dedos en la tierra hasta que acepto que no está. Se la ha llevado. No puedo entrar.

No sé qué hacer, ¿y si no está dentro? ¿Y si intenta que me detengan por

provocar un incendio o algo así? Sin embargo, por otro lado, ¿y si está en el dormitorio de arriba, drogada, esperando a que el fuego la queme, a ahogarse o como sea que se muera la gente cuando se les incendia la casa? Llamo a la puerta. Adele está tan cerca y, a la vez, tan lejos...

Tan cerca...

Pienso en la segunda puerta. Ahora estoy cerca, quizá sea capaz de conseguirlo desde aquí. Me siento en el escalón de arriba y me apoyo en el porche, contra la esquina. Respiro hondo, primero con el aliento tembloroso, después más tranquilo. Vacío la mente y me concentro en la puerta plateada. Una vez perdido el miedo, esto cada vez se me da mejor, y soy capaz de llamarla, en vez de que aparezca ante mí sin pedirla.

Cuando los bordes brillan con fuerza en la oscuridad detrás de mis ojos, me imagino el dormitorio de Adele. La imagen es clara: los colores de las paredes, el verde del bosque de la culpa, el cuarto de baño en la esquina, el frío del aire atrapado entre los ladrillos viejos, el espejo interior de la puerta del armario. Lo veo con absoluta claridad y, de repente, atravieso la puerta y...

... estoy aquí, flotando sobre la habitación. Está oscuro, pero veo a Adele tumbada en la cama y perfecta, con un pijama de seda color crema. No hay ni rastro de pastillas ni de agua para tragarlas, aunque siento que emana un vacío terrible, como si ya estuviera muerta. Una opacidad gris cuelga del aire que la rodea mientras las primeras volutas de humo suben desde el pasillo.

Me doy cuenta de que se ha ido. No está muerta, sino que ha abandonado su cuerpo. No quiere sentir la muerte. No quiere estar aquí cuando suceda. ¿La asusta cambiar de idea? ¿Pánico en el último momento? ¿Es lo que les ocurrió a sus padres?

Me acerco más a ella mientras me llega el crepitar de las llamas desde abajo. Los incendios no se propagan en silencio, y por los ruidos que oigo, este se extiende deprisa. Debería haber llamado a los bomberos, haber hecho algo práctico. Algún vecino verá las llamas dentro de poco, pero será demasiado tarde. No sé cómo habrá provocado Adele el incendio para que prenda tan bien. Tengo que sacarla de la casa. Mi primer instinto es tocarla, aunque no puedo, soy incorpórea, pura energía. ¿Qué hacer? ¿Cómo sacarla de aquí?

Se me ocurre algo con absoluta claridad, como si la falta de las reacciones químicas del cuerpo hubiera mitigado mi pánico. Es una idea demencial y no sé si será posible, pero quizá sea mi única oportunidad de salvarla.

Su cuerpo está vacío. Yo estoy aquí. Solo tardaría unos tres o cuatro minutos en correr escaleras abajo y salir de la casa para ponernos a ambas a salvo. Es lo único que se me ocurre. Las escaleras quedarán impracticables dentro de nada. Hay suelos de madera por todas partes, barnizados. ¿Cuánto tardarán en arder?



Contemplo su cuerpo, todavía algo sorprendida por lo bella que es, y entonces pienso en sus ojos de color castaño. Me imagino mirando desde detrás de ellos. En cómo me sentiría dentro de esa piel tonificada, firme y delgada. Me imagino siendo Adele, introduciéndome en ese cuerpo, controlándolo, y entonces, a la vez que siento una terrible sacudida en el alma y la sensación de que algo va muy, muy mal, me encuentro dentro de ella.

## Después

—En la carta que dejó no menciona el incendio en la casa de sus padres —dice el inspector Pattison—, pero los informes indican que empezó en la caja de fusibles.

Es un hombre con un cuerpo rechoncho de barrilete cuyo traje ha visto tiempos mejores, aunque en sus ojos se percibe el desencanto de un policía de carrera. Es cumplidor. La gente confía en él. Es tranquilo.

—El incendio de su casa, doctor Martin, también empezó en la caja de fusibles de la cocina —continúa explicando—, así que quizá haya ahí algún indicio de culpa.

—¿Saben ya lo que usó? —pregunta David, que está pálido y demacrado, como ocurre con algunas personas tras un golpe emocional, pero también mucho más animado. Por supuesto que sí. «Ding, dong, la bruja ha muerto».

—Aguarrás y paños de cocina empapados.

—Tiene sentido —responde David—. Había estado redecorando.

—Encontramos la carta que escribió, esa especie de confesión, en su escritorio. En ella confirma todo lo que le contó usted en su declaración al inspector jefe Wignall en Perth: que tiró el cadáver de Robert Hoyle al pozo y que llevaba puesto su reloj en ese momento. Desde Escocia nos confirman que han recuperado el cadáver. Como es natural, está en avanzado estado de descomposición, aunque esperamos que el historial dental nos confirme que es él. Además, dada la forma en que ha muerto su mujer (la sobredosis de heroína), según ella lo mismo que provocó la muerte al señor Hoyle, da la impresión de que intentaba reparar el daño causado. Puede que tuviese que limpiar su conciencia por ambas cosas: la muerte de sus padres y la del señor Hoyle.

—¿Y de dónde sacó la heroína? —pregunta David—. Tenía muchos problemas, pero no era esa clase de persona.

—Anthony —digo, como si se me ocurriera de repente. Tengo la garganta bastante tocada por todo el humo, así que estoy ronca—. Anthony Hawkins. Lo vi merodeándola unas cuantas veces. Quizá Adele lo convenciera para conseguírsela.

—¿Hawkins? —repite el inspector mientras anota el nombre.

—Uno de mis pacientes —explica David—. Un antiguo paciente, de hecho. Drogadicto y obsesivo. Se presentó en casa un día. —Entonces veo que se le enciende la bombilla—. Adele le abrió la puerta. Puede que el chico transfiriese su obsesión por mí a ella. Adele es... era muy guapa.

—Hablares con él. En cuanto a la carta de su esposa, estaba escrita de su puño y letra, y solo tenía sus huellas, así que no hay duda de que la escribió ella. —Levanta la vista—. Lo que son buenas noticias para usted, aunque tiene suerte de que no ardiera en el incendio.

—Típico de Adele —comenta David, que esboza una media sonrisa amarga —: ni en sus últimos momentos fue capaz de dejarme libre del todo.

Apenas lo escucho. Lo único en lo que puedo pensar es en que David me sostiene la mano y me la aprieta con fuerza. Llevo mucho tiempo sin sentir esto. Anoche, a pesar de que ya llevábamos tres días de purgatorio policial, hicimos el amor, nos reímos, sonreímos y nos abrazamos con ganas. Es como vivir un sueño.

—¿Tendrá que ir David a la cárcel? —pregunto, preocupada.

—No puedo comentar nada al respecto hasta que concluya la investigación. Después, si se presenta una acusación formal, informaremos a su abogado. No obstante, hay circunstancias atenuantes. Su mujer se encontraba en un momento muy frágil cuando murió el señor Hoyle, y él intentaba protegerla. Por otro lado, aunque la muerte fuera accidental, lo cierto es que Adele ocultó el cadáver y David fue su cómplice después de que se produjera el hecho.

—Lo sé —responde David—. Aceptaré la acusación, si se presenta.

—E imagino que no ejercerá la psiquiatría en un futuro próximo, ¿verdad?

Pattison parece comprensivo. De todos los delincuentes que habrá visto a lo largo de sus años en el cuerpo, David debe de ser el menos probable.

—No, supongo que no. También estoy esperando ese dictamen, aunque la verdad es que no me importa mucho. Puede que necesite un cambio radical.

Entonces me mira y sonrío, y le devuelvo una sonrisa tan amplia que temo que me estalle la cara. No hay por qué ocultar nuestros sentimientos delante del policía: la aventura, el amor, también aparecía en la carta.

Lo sé bien. Yo la escribí.

Me aparto mi nuevo pelo rubio de la cara mientras salimos de la comisaría. El cuerpo de Louise (mi cuerpo) sigue resultándome extraño. Para empezar, cargar de repente con seis kilos más de peso me ralentiza un poco, aunque disfruto de tener más curvas, y si a David le gustan, ahí se quedan. Sin embargo, Louise necesita gafas para ver de lejos. Creo que todavía no era consciente de ello.

Ay, Louise, qué perfecta era, qué bien cumplió su cometido. Y yo tampoco me he quedado corta. Mi plan funcionó a las mil maravillas. Después de mi intento

fallido de comprar caballo en aquel horrible paso subterráneo, y acabar con un ojo morado y casi sin bolso, Anthony Hawkins llegó como caído del cielo, encantado de poder hacer algo por mí. Drogas, jeringas, todo lo que necesitaba, él me lo suministró.

Había practicado con la heroína, así que sabía cuánto debía inyectarme (entre los dedos de los pies, para que nadie viera las marcas) sin quedarme aturdida de inmediato. Había estado practicando el día que apareció Louise y culpó a las pastillas de mi estado. Una ayuda extra que no me esperaba.

Primero preparé el fuego, aunque no lo prendí. Una vez que fue lo bastante tarde, le envié el locuaz texto en el que avisaba de mi intención de suicidarme. La observé. La vi intentar verme y rendirse. Justo antes de que llegara el taxi, prendí el fuego y corrí escaleras arriba. Después del primer timbrado, me inyecté la dosis exacta de heroína y oculté el resto de las drogas bajo la cama, donde ya había ocultado unos guantes quirúrgicos de David. Atravesé la segunda puerta. La vi fuera. Y entonces llegamos a la parte más delicada: elegir el momento propicio para entrar en su cuerpo vacío. Una vibración en el aire, detrás de mí, me permitió saber que ella entraba en el mío. De haber regresado a su propio cuerpo, estoy segura de que me habría echado de él.

No obstante, la fortuna favorece a los valientes, y su piel se convirtió en la mía. Cogí la llave, que estaba oculta encima del dintel de la puerta, donde la había dejado, y corrí escaleras arriba a través del humo, cada vez más denso.

Estaba gimiendo un poco en la cama, con la mirada vidriosa. Así se queda una chica cuando recibe una dosis inesperada de heroína. Enfocó un poco la mirada al verme. Louise estaba allí, detrás de mis ojos, mirándome a mí en su cuerpo. Entonces tuvo miedo, a pesar del colocón. Creo que intentó decir mi nombre. Balbuceó algo, en cualquier caso, pero no me paré a despedirme. No teníamos tiempo para eso. Me coloqué los guantes y saqué la jeringa para inyectarle el resto de la droga entre los dedos de los pies; de mis pies. Buenas noches, princesa, se acabó lo que se daba.

Dejé caer la jeringa al suelo, me metí los guantes en el bolsillo para deshacerme de ellos más tarde y cargué con ella mientras me daba a mí misma las gracias por haberme quedado tan delgada y a Louise por, al menos, haber ido unas cuantas veces al gimnasio. Después la llevé medio a rastras hasta la calle. Ya se oía el gemido de las sirenas en la oscuridad, y la ancianita de al lado estaba de pie en la acera, en camisón, agarrada a su escandaloso perrito.

Y eso fue todo. Cuando aparecieron los bomberos les conté lo del mensaje que había recibido y que había sacado la llave de repuesto de la maceta para entrar e intentar salvarla, pero que llegué tarde y estaba muerta. Es probable que muriera mientras bajábamos por las escaleras.

Adiós, Adele; hola, Louise.

Si quieres a alguien, debes dejarlo marchar. Menuda gilipollez.

## Entonces

—Lo estaba haciendo cuando murieron mis padres —dice Adele. Están tumbados frente a la chimenea, con el libro de Shakespeare que le leía a Rob abandonado entre ellos—. Estaba volando por todas partes, como si fuera viento o algo así. Planeando sobre el paisaje.

Le pasa el porro a Rob, aunque él no lo necesita, porque ha estado «persiguiendo al dragón», como él dice: fumando heroína. Al menos, no se la inyecta, algo es algo.

—Empezó cuando era pequeña —sigue explicando—. Leí sobre los sueños lúcidos en un viejo libro que me regaló David, y una vez que conseguí dominarlos empezó esta otra... cosa. Al principio solo era capaz de hacerlo cuando estaba dormida, puede que fuera cosa de las hormonas o lo que sea. Puede que no tuviera tanto control mental de niña. Pero, Dios mío, siempre era maravilloso. Una habilidad secreta. Al principio solo podía ir a sitios que era capaz de visualizar y no llegaba demasiado lejos. Después, con el paso de los años, fui mejorando. O cada vez me resultaba más natural, no lo sé. Ahora me sale casi sin pensar. Intenté contárselo a David en una ocasión, pero se rio de mí, creía que le estaba gastando una broma o algo. Entonces supe que jamás se lo creería, no del todo, así que me lo he callado. Hasta que te conocí.

—Por eso no dormías —dice Rob, que le coge la mano y se la aprieta; sienta bien. Sienta bien hablar de esto con alguien. Compartirlo.

—Sí —responde en voz baja—. La muerte de mis padres fue culpa mía. El incendio fue un accidente, digan lo que digan, pero si yo hubiera estado allí, aun dormida, me habría despertado. Podría haber hecho algo. El problema es que no estaba allí, sino en la cima de los árboles, observando los búhos, el bosque y toda la vida que surge cuando anochece.

—Putadas como esa ocurren de vez en cuando —dice Rob—. Tienes que pasar página y seguir con tu vida.

—Cierto —coincide ella, aunque después añade, más sincera—: Y no creo que pudiera renunciar a ello, ni queriendo. Forma parte de mí, de quien soy.

—Entonces, de eso va la segunda puerta. Ya la he visto unas cuantas veces, pero me daba cosa. Lo escribí en el diario.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No quería que pensaras que era un pirado.

Ahora le toca a ella apretarle la mano. Quiere a Rob, lo quiere de verdad. Y aunque a David no le caiga demasiado bien (se da cuenta, por mucho que su novio no comentara nada), seguro que se acostumbrará.

—Bueno, si eres un pirado, yo también lo soy —se ríe, y Rob se le une. Ella es feliz, él es feliz, y David es maravilloso. Su futuro resulta prometedor—. Y me encanta que tú también puedas hacerlo. Es genial.

—Oye —dice Rob mientras rueda hasta ponerse de lado y se incorpora sobre un codo—, deberíamos probar una cosa. Una ida de olla completamente demencial.

## Rob

Estamos junto a la tumba, de la mano. Nuestra presencia aquí sirve para enterrar el pasado y que descanse en paz. Para despedirnos. Hay poco que ver, solo un nombre y dos fechas. ¿Qué otra cosa podría haber grabado David en esa lápida de mármol negro? ¿Amada esposa de...? Difícilmente. Y, de todos modos, por mucho que sea el cadáver de Adele, es Louise la que en realidad está sepultada bajo esta porción de tierra.

La pobre y dulce Adele. Mi trágica Bella Durmiente. Tan dulce y amable, y a la vez tan simple. La quería a mi manera, de verdad que sí, pero fue como en *Romeo y Julieta*: Romeo creía que amaba a Rosalinda hasta que vio a Julieta. Hay amores tan profundos que se lo llevan todo por delante.

Recuerdo a la perfección la primera vez que vi a David. Adele estaba en el camino de grava, presa de su emoción infantil, mientras que yo permanecía entre las sombras de los escalones, resentido por aquella inminente invasión de nuestro paraíso.

Y entonces de aquel maltrecho coche viejo salió David y fue... una revelación. Por un momento no pude ni respirar. Me sentía tan cegado como iluminado. Fue amor a primera vista, un amor que no moriría nunca. Adele y toda su dulce amabilidad palidecían en comparación. Lo que sentía por ella no era más que polvo que se lleva el viento y desaparece en un segundo. David era fuerte. Listo. Me encantaban sus tranquilas maneras, toda esa calma. Por fin comprendí por qué Adele lo quería tanto, aunque en ese preciso instante también entendí que ella sería su rémora, que estaba demasiado tocada para alguien tan brillante como David. Él necesitaba a una persona que estuviera a su nivel. Me necesitaba a mí.

Apenas logré pronunciar palabra durante todo el fin de semana, solo mascullaba respuestas a sus preguntas o quedaba como un tonto intentando resultarle gracioso, mientras deseaba con todas mis fuerzas que Adele parara de una puta vez de revolotear a nuestro alrededor y nos dejara solos para permitirme disfrutar de la presencia de David. Entonces supe que tenía que ser mío. No había vuelta de hoja. Era el destino.

Ambas noches permanecí despierto, escuchándolos reír y follar, y aquello me



consumía. Quería sentir sus fuertes brazos de granjero en la piel. Me acordé de la mamada que le había hecho al enfermero para conseguir la yerba en Westlands y me pregunté lo genial que sería hacérsela a alguien como David. A alguien a quien adoraba. Quería tocarle las cicatrices y recordarle que, de no ser por ella, seguiría intacto. Crucé la segunda puerta y me quedé observándolos un rato, torturándome con la visión de su fuerte espalda sobre el cuerpo de Adele mientras la embestía. Quería sentir esa pasión, ese amor, ese cuerpo introduciendo su lujuria en el mío.

Cuando se marchó para regresar a la universidad fue como si me hubieran arrancado el alma. Me sentía vacío. No quería vivir sin él. ¿Por qué tenía que quedárselo Adele? ¿Adele, tan boba y débil, que no sabía apreciar nada? ¿Que daba su amor por sentado? ¿Que tenía todo ese dinero y ni siquiera le importaba? Si yo hubiera tenido a David y el dinero, me habría asegurado de que la vida de mi amado resplandeciera.

Y entonces fue cuando se me ocurrió. Mi plan, sencillo y aterrador.

—¿Vamos? —pregunto, y me inclino para besarle con los carnosos labios de Louise.

Él asiente.

—Adam debe de estar ya aburrido.

Caminamos de vuelta al coche bajo la luz de última hora de la tarde, y reflexiono sobre lo maravillosa que es la vida cuando estás enamorado.

Es más fácil hacer algo por segunda vez. Fue más fácil con Louise. Lo único que temía era la planificación, las variables. Con Adele, mi miedo era que no funcionara, incluso después de que aceptara llevar a cabo mi demencial idea: «¡Vamos a ver si podemos intercambiar cuerpos! ¡Solo un minuto! ¿Nunca te has preguntado cómo es tener polla?».

Louise jamás habría caído con algo así, por supuesto, pero Adele era joven, y los jóvenes son famosos por su estupidez..., por no hablar de que estaba colocada y feliz de contar por fin con alguien con quien compartir su secreto. Y, encima, le caía bien. La tormenta perfecta. Yo había tomado la heroína justa, no tanta como para que ella lo notara si me concentraba en disimularlo. Salimos al bosque, entre risas... ¿Qué fue lo que dijo ella?: «Si vamos a hacer magia vudú, debería ser en un claro del bosque, de noche». Eso fue.

Y entonces nos intercambiamos. Abandonamos nuestros cuerpos, contamos hasta tres y entramos en el del otro. Ella no supo ni de dónde llegaba el golpe. Darle una calada de vez en cuando a un porro no te prepara para la potencia de un colocón de caballo. En cuestión de segundos, ya le había clavado la aguja. Sobredosis inyectada. Igual que hice para matar a Louise.

Adiós, Rob; hola, Adele.

Arrastrar el cadáver hasta el pozo fue agotador. Los cuerpos de las mujeres son muy flojos, y no me había preparado para eso. Las hojas secas y el barro se me pegaban a los vaqueros, y mi débil cuerpo me dolía mientras el sudor se me enfriaba con el aire húmedo. Había esperado que el mundo fuera distinto después del cambio, pero todo me parecía lo mismo. Lo único distinto era yo. Que el reloj cayera con ella fue un afortunado accidente. No me importaba mucho porque se lo había dado a ella, no a mí. Tampoco me importaba mucho dejar allí mi cuerpo para que se pudriera. Nunca me había gustado. Nunca expresó lo que era por dentro. Yo era mucho más glorioso que aquella carcasa macilenta y llena de granos. Sin embargo, guardé el cuaderno, que constituía el único vínculo con mi antigua vida. Arranqué las páginas en las que hablaba de la segunda puerta (no podía permitir que David lo leyera por accidente) y lo escondí en la caja con los restos de las vidas de los padres de Adele. Todavía lo conservo. ¿Quién sabe cuándo me volverá a resultar útil? Quizá lo necesite de nuevo.

Lo cierto es que no llevé demasiado bien el cambio con Adele, después de aquello. Debería haber demostrado más arrepentimiento por el cadáver del pozo. Esa fue la primera señal de alarma para David, creo. Después, por supuesto, llegó el horrible descubrimiento del embarazo. Ya me estaba costando bastante adaptarme a todas las demás peculiaridades del cuerpo femenino como para recordar tan siquiera que tendría que haberme bajado el período, y de ningún modo estaba listo para que otra persona me creciera dentro. Además, era el niño de Adele, no el mío, y no quería nada de ella en mi maravillosa nueva vida con David. Tampoco sabía lo suficiente sobre Adele. Sobre su historia. Tuve que fingir demasiadas crisis para retenerlo y después, por supuesto, recurrir a las amenazas.

Esta vez es distinto porque David no conocía tan bien a Louise, y yo la he observado, y he aprendido y memorizado su vida; sus rarezas, sus gustos, su humor. En cualquier caso, ahora me ama, lo veo en sus ojos. Se ha liberado del pasado. Quizá le dé un hijo esta vez; así seríamos una familia de verdad.

—¿Adónde quieres ir en tu viaje de novios? —me pregunta cuando estamos de vuelta en el coche—. Elige el sitio que más te guste.

Nos casamos hace una semana, solos los dos, en el registro civil. El día que enterraban a Adele, en mi cuerpo original, en un pequeño cementerio de mierda de Edimburgo. Sin embargo, ahora que los dos somos oficialmente libres para hacer lo que queramos hemos empezado a pensar en lo que viene después. Finjo que dudo un momento.

—El Orient Express —digo—. Y después puede que un crucero.

—Odias los barcos —dice una vocecilla desde el asiento de atrás, y no

necesito volverme para ver la oscura mirada en los ojos de Adam. Sabe que algo va mal conmigo, pero no consigue averiguar el qué—. Siempre dices que odias los barcos —repite, tozudo.

—No le hagas caso, se pone tontorrón —digo mientras le aprieto el muslo a David—. Creo que es porque teme que me alejes de él.

Aprieto los dientes detrás de la sonrisa. Sigue quedando un obstáculo que superar para que nuestra felicidad sea completa. Puede que David no conociera bien a Louise, pero Ian sí, al igual que Adam. Debo cortar esos vínculos. Me resultó sencillo acabar con la amistad de Sophie (bastó con mencionarle a su marido sus posibles infidelidades), pero sacar a Adam de mi vida será un poco más dramático. No debería costarme demasiado, porque todo el mundo sabe que los niños son muy dados a los accidentes. Además, de todos modos, la tristeza une a las personas, ¿no?

—Te quiero, Louise Martin —dice David mientras arranca y nos alejamos, dejando atrás el pasado.

—Yo también te quiero, David Martin —respondo—. Más de lo que te puedas imaginar.

## Agradecimientos

Ay, Dios mío, qué difícil es saber cómo empezar con esto, porque la lista de gente a la que debo dar las gracias es larga y notable. En el Reino Unido, gracias a mi fabulosa agente y amiga Veronique Baxter, de David Higham, y también a todo el equipo de derechos internacionales por su gran trabajo en la venta de *Detrás de sus ojos* a los distintos países. Y, por supuesto, ¡un agradecimiento enorme a todos los editores que lo han comprado! Estaré siempre en deuda con Natasha Bardon, mi editora de HarperFiction, por darme la oportunidad de presentarle el libro y por defender después su publicación. Lo mismo digo de los equipos de publicidad y *marketing*, del departamento artístico y de todas las demás personas que han aportado su entusiasmo. Estoy muy contenta de haber encontrado un nuevo hogar con todos vosotros.

En los Estados Unidos, agradezco de corazón a Grainne Fox, de Fletcher & Co, su maravilloso trabajo y su cabeza fría mientras yo chillaba de emoción durante todo el proceso, y también estoy encantada de que Flatiron Books sea mi nuevo hogar en ese país. Gracias a Christine Kopprasch, mi editora, por querer el libro y por tener fe en él, y también a Amy Einhorn por su apoyo. De nuevo, como en HarperFiction, todo el equipo de Flatiron ha sido un encanto; no podría pedir mejores compañeros. Espero que mi libro os haga justicia a todos. Tengo la suerte de contar con grandes editoras que me han hecho importantes aportaciones. Este libro es mucho mejor gracias a ellas.

También debo dar las gracias a Baria Ahmed, mi colega, por avisarme, después de que el libro pasara por varias tandas de correcciones, de que había hecho referencia a un hospital del Perth de Australia en vez del Perth de Escocia. ¡Bien visto!

Y por supuesto, por último pero no por ello menos importante, mi más sincero agradecimiento a todos los lectores que han escogido *Detrás de sus ojos*. Espero que lo hayáis disfrutado. Vosotros hacéis que este trabajo merezca la pena.

Sarah

Título original: *Behind her Eyes*

Revisión del texto a cargo de Antonio Torrubia.

Edición en formato digital: 2017

© Copyright © Sarah Pinborough Ltd., 2017  
© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2017  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9104-690-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

# Table of Contents

## Primera parte

1. Entonces
2. Después
3. Ahora
4. Louise
5. Adele
6. Louise
7. Entonces
8. Adele
9. Louise
10. Adele
11. Entonces
12. Adele
13. Louise
14. Adele
15. Louise
16. Entonces
17. Louise
18. Adele

## Segunda parte

19. Louise
20. Entonces
21. Louise
22. Adele
23. Louise
24. Adele
25. Entonces
26. Adele
27. Louise
28. Adele
29. Louise
30. Adele
31. Entonces
32. Louise
33. Adele

[34. Louise](#)

[35. Adele](#)

[36. Louise](#)

[Tercera parte](#)

[37. Adele](#)

[38. Louise](#)

[39. Entonces](#)

[40. Louise](#)

[41. Adele](#)

[42. Louise](#)

[43. Adele](#)

[44. Louise](#)

[45. Entonces](#)

[46. Adele](#)

[47. Louise](#)

[48. Adele](#)

[49. Louise](#)

[50. Entonces](#)

[51. Louise](#)

[52. Adele](#)

[53. Louise](#)

[54. Adele](#)

[55. Louise](#)

[56. Después](#)

[57. Entonces](#)

[58. Rob](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)